

**Hebe Uhart**

**EI GATO  
TUVO LA CUIPA**

**blatt & ríos**

EL GATO  
TUVO LA CULPA

HEBE UHART

**blatt e ríos**

# Índice

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Nota de los editores](#)

De *Eli, Eli, Lamma Sabacthani?* (1963)

[Gina](#)

[A propósito de un duelo](#)

[El amo y los criados](#)

[Judas](#)

[Eli, Eli, Lamma Sabacthani?](#)

De *La gente de la casa rosa* (1973)

[Mis abuelos](#)

[El señor Ludo](#)

[El amor](#)

[Turismo](#)

De *La elevación de Maruja* (1974)

[La elevación de Maruja](#)

[Maruja en París](#)

[La vuelta de Maruja](#)

[Epílogo](#)

De *El budín esponjoso* (1977)

[El tío Pipotto](#)

[Mi tío de Lima](#)

[Los cuentos de los amigos de Cecilia](#)

[Cuento chino](#)

[El Centro de Investigaciones](#)

[El Sr. Bellone](#)

[El predicador y la isoca](#)

[La señorita Irma](#)

[El chico que no se podía dormir](#)  
[El juego de cartas](#)

De *La luz de un nuevo día* (1983)  
[El gato tuvo la culpa](#)  
[Pascual di Genaro, operiartist](#)  
[Moreno](#)

De *Guiando la hiedra* (1997)  
[Cómo vuelvo](#)  
[Sombras nada más](#)  
[Mi gato](#)  
[El padre Calderón y sus ayudantes](#)  
[El mono Alberto y la antropóloga norteamericana](#)

De *Señorita* (1999)  
[Iorá](#)

De *Camilo asciende y otros relatos* (2004)  
[Cartas de un colono](#)

[Sobre la autora](#)  
[Créditos](#)  
[Otros títulos de Blatt & Ríos](#)

## Nota de los editores

*El gato tuvo la culpa* compila cuentos que fueron publicados entre 1963 y 2004 y que no están incluidos en *Relatos reunidos* (Alfaguara, 2010), la compilación más importante de Hebe Uhart. El orden de los textos es cronológico y se tomaron en cuenta primeras ediciones en todos los casos.

“Gina”, “El viejo”, “El tío y la sobrina”, “A propósito de un duelo”, “El amo y los criados” y “Eli, Eli, Lamma Sabacthani?” fueron publicados en *Eli, Eli Lamma Sabacthani?* (Goyanarte, 1963); “Mis abuelos”, “El señor Ludo”, “El amor” y “Turismo”, en *La gente de la casa rosa*, libro prologado por Haroldo Conti (Compañía General Fabril Editora, 1973); “La elevación de Maruja”, en *La elevación de Maruja* (Editorial Cuarto Mundo, 1974); “El tío Pipotto”, “Mi tío de Lima”, “Los cuentos de los amigos de Cecilia”, “Cuento chino”, “El Centro de Investigaciones”, “El Sr. Bellone”, “El predicador y la isoca”, “La señorita Irma”, “El chico que no se podía dormir” y “El juego de cartas”, en *El budín esponjoso* (Editorial Cuarto Mundo, 1977); “El gato tuvo la culpa”, “Pascual Di Genaro, operiartist” y “Moreno” –este último, junto con “Paso del Rey” (publicado en *Relatos reunidos*), forma parte de “Algunos recuerdos”–, en *La luz de un nuevo día* (Centro Editor de América Latina, 1983); “Cómo vuelvo”, “Sombras nada más”, “Mi gato”, “El padre Calderón y sus ayudantes” y “El mono Alberto y la antropóloga norteamericana”, en *Guiando la hiedra* (Simurg, 1997); “Iorá”, en *Señorita* (Simurg, 1999);

“Cartas de un colono”, en una antología que prologó Elvio Gandolfo, *Camilo asciende y otros relatos* (Interzona, 2004).

## Gina

Yo estaba sintiendo últimamente una especie de fatiga que no sabía a qué atribuir. La atribuía sobre todo al trabajo. Pensaba y pensaba y no veía el modo de aligerarme. El trabajo de la casa me ocupaba una gran parte del tiempo, no porque quisiera tener la casa muy hermosa y limpia, sino porque era una casa grande, con jardín grande también y, vieja, de esas casas con paredes altas que juntan muchas telarañas y con rincones llenos de zócalo desprendido. A veces venía un podador, pero no era suficiente. Dejaba todas las ramas que podaba en el suelo hasta que se pudrían y de tan podridas se hacían chiquitas. Yo las juntaba entonces con facilidad y las ponía en el cajón de la basura. “¿Cómo podré aliviarme de todo esto?”, pensaba. “La casa es demasiado grande para mí, no doy abasto”. Y una vez que estaba hojeando el diario se me ocurrió lo siguiente: “Voy a conseguir una muchacha. Eso es. Me va a ayudar a hacer un montón de cosas y a lo mejor también sabe cocinar. Le voy a enseñar a hacer pasteles con nueces, que, por otra parte, es lo único que sé hacer. Le voy a regalar todos mis vestidos viejos; todos, menos el vestido azul marino; ése, aunque sea viejo, lo voy a guardar”. Tenía que ser una muchacha sin hijos, porque si hubiera habido chicos, hubieran interrumpido el silencio, que conservaba desde hacía tanto tiempo. Pensando en esto último mandé poner en seguida un aviso en el diario local que decía así: “Se precisa muchacha soltera por todo el día con cama”.

Cuando volví de poner el aviso me senté en el banco de afuera a comer un resto de panqueques con nueces que había quedado de la mañana. Me sobraron muchos y pensé: “También me va a servir de compañía; he estado muy sola este último tiempo”. Y no era justamente que yo lo quisiera, sino que las cosas se dieron así y por mi parte no hacía nada por cambiarlas. Además hay que ver que hacía aproximadamente veinte años que vivía de esa manera, trabajando, dando algún paseo, no demasiado tarde, y luego volviendo otra vez a casa para ver si todo estaba en orden como corresponde.

Sin embargo no se puede decir que estuviera del todo sola, porque tenía un amigo, un hombre de edad, como yo, al que veía muy poco, unas tres veces al año, y entonces nos sentábamos en los bancos del jardín, leíamos el diario en

compañía y hacíamos algún comentario sobre la marcha de las cosas en la política. A mí mi amigo me gustaba mucho y tal vez hubiera querido hablar de cosas que no sólo fueran la marcha de las cosas en la política, pero no se daba así y recibía las cosas tal como venían. Pensé pues con alegría que la muchacha iba a ser una gran compañía y el haber llevado el aviso me puso contenta de tal manera, que cuando antes de irme a dormir le pasé el plumero al zócalo y saqué una gran cantidad de pared descascarada, me sorprendí cantando una cosa muy especial que yo creía que había olvidado y hacía mucho tiempo que no cantaba. Al darme cuenta me callé en seguida y abandoné el plumero. Me fui a dormir bien temprano.

Los días siguientes los pasé casi sin darme cuenta. Había recibido un trabajo largo, una especie de censo con planillas que ocupaban toda la mesita chica en que yo trabajaba. Tenía que atender demasiado para hacerlo perfectamente y cualquier ruido me distraía y me llenaba de malhumor. No podía soportar siquiera que los pájaros cantaran. Y menos todavía podía tolerar los ruidos que venían de la calle, aunque llegaban bastante atenuados. Estaba haciendo planillas como dije, cuando sonó el timbre y muy pocas veces sonaba el timbre en mi casa. Dejé rápido todo y fui a ver: me di cuenta de que era por el aviso del diario. Era una mujer gorda, con un rodete en la punta de la nuca, que ya no era una muchacha ni mucho menos. Sacudía la cabeza y junto con ella el rodete y tenía las manos sobre la falda. No era en realidad lo que yo esperaba. Además estaba de malhumor por las planillas y no creo que le haya puesto cara muy amable, porque entró un poco cohibida, miró la casa como si la estuviera por comprar, se asombró de lo largo del patio y además lo difícil que sería limpiar todo ese mosaico percutido, ya casi negro, y entonces hizo un movimiento de cabeza como de que no. Me parece que también añadió, aunque muy bajo:

—A mis años...

Y siguió mirando todo, incluso el gallinero, pero con desgano. Yo no hacía nada por convencerla y recorriamos toda la casa en silencio. Después de un rato dijo:

—Es muy grande.

Yo le dije:

—Sí, es muy grande.

Preguntó si había chicos y le dije que no. Se quedó pensativa y dijo que en todo caso contestaría, pero nunca más la vi. Volví a hacer las planillas con

más rabia que antes, pero sin embargo la mujer que había venido me daba material para pensar: “¿Cómo”, me decía, “si puse muchacha vino ella que no es muchacha?”. Empecé a considerar la ternura que siente por sí misma la gente cuando es grande y sin embargo se sigue considerando muchacha. “Pero”, pensé, “también es posible que no se haya fijado en eso: muchacha era simplemente un modo de decir, una expresión como otra cualquiera”. En realidad en los avisos uno no se detiene en la imagen de lo que se menciona: ella leyó “se precisa muchacha” como si leyera “se precisa mujer”. No hizo caso a la imagen de la muchacha. “Lo mismo pasa con los mozos”, pensé. “Se dice se precisa muchacha como se dice se precisa mozo”. Al mismo tiempo consideraba con cierta alegría, que ella, que era dos o tres años mayor que yo, que ya había cumplido cuarenta y dos años, todavía se consideraba muchacha. Eso me daba una especie de vaga esperanza. Cuando estaba distraída en esas consideraciones hice un manchón de tinta tan grande en la planilla, que tapé toda una serie de datos muy importantes. No pude borrarlo ni con la goma ni con *gillette*; tenía miedo de romper la hoja y fui a comprar borrratinta. Me llevó bastante tiempo traer el borrratinta y cuando salí de la librería, vi que alguien tocaba el timbre de mi casa, alguien que estaba de espaldas a mí, por lo que no veía que yo me aproximaba. Era una muchacha que seguramente había venido por el aviso, aunque al verla de cerca dudé, porque tenía algo de audaz su aspecto: era como humilde y audaz al mismo tiempo. Se sorprendió al verme venir de la calle y yo me sentí un poco intimidada como si ésa no fuera en realidad mi casa y yo entrara por alguna confusión. Le pregunté:

—¿Viene por el aviso?

—Sí —dijo ella, y bajó la cabeza.

Tenía un pelo rubio, que a primera vista no parecía nada, pero lo miré otra vez y vi que era precioso. Era un pelo un poco como pelusa, pero suave, como suelen tenerlo los chicos chicos. La cara me pareció que no tenía nada que llamara la atención, salvo que estaba un poco enrojecida. No me explico cómo no me di cuenta de que era linda. Quizá porque en el hablar y en el vestido y en su postura había algo que era lo que más me llamaba la atención: una especie de influencia de asilo o de colegio de monjas para chicas pobres, que se veía en el modo de sostener el chaleco en una mano y también en el modo de dirigirse. Además cuando habló vi que tenía esa pronunciación lenta y cortada, un poco ceceosa y recelosa que tienen los chicos de un asilo

cercano de mi casa. Hablamos del precio y recorrimos todo, y no pareció impresionarle de ninguna manera: ni como grande ni como chico, ni como viejo ni como nuevo; conservaba el saquito apretado bajo el brazo y escondía un monedero. Como no había dicho nada me pareció que había aceptado y le señalé su cuarto, una piecita arriba que era bastante linda; tuve que indicarle varias veces el lugar porque no miraba; le ofrecí agua y jabón para lavarse por si estaba cansada; de paso quería averiguar si venía de lejos o de dónde venía. Pero no me dijo si quería agua o no y se fue a su cuarto. Entonces me puse a borrar el manchón de la planilla. Cuando me había puesto a trabajar de nuevo, me di cuenta de que algo pasaba: me volví y en el segundo escalón de la escalera estaba la muchacha mirándome. Sonrió y se puso algo roja y se fue ligero a su cuarto. En seguida sentí que apagaba la luz de su pieza.

Al día siguiente le mostré cómo quería yo que limpiara todas las cosas, dónde estaba el plumero, la pala, el trapo de piso y dónde debía poner la basura. Asentía con la cabeza a cada cosa que le mostraba, como cuando uno tiene muchos deseos de aprender y lo que se aprende son revelaciones. Después iba a buscar las cosas y se equivocaba; sonreía y yo me daba cuenta de que no sabía dónde estaban el plumero y la escoba. En todo ese tiempo no decía nada, pero luego, poco a poco, en vez de sonreír cuando buscaba el plumero me preguntaba:

—¿Me podría decir dónde está el plumero?

Yo se lo decía cuantas veces me lo preguntaba. Mientras, hacía otra planilla más chica que la anterior; mirándola ir y venir usé la tinta azul en lugar de usar la roja y dije fuerte:

—¡Me equivoqué otra vez!

Lo dije con voz muy enojada y nerviosa. Ella debe de haber oído, porque dijo una cosa rarísima y con una voz también muy rara, bien recalcado el acento de asilo:

—La vida a veces da vuelta las cosas.

Yo me asombré de semejante dicho y esperé que después de eso viniera toda una serie de explicaciones de cómo la vida le había dado vuelta las cosas a ella, todo lleno de cuestiones enojosas sobre la muerte del padre enfermo o de hermanos chicos, etc. Pero no añadió nada a lo dicho y siguió pasando el plumero. Es decir, las cuestiones no hubieran sido tan enojosas, porque yo, previendo la posibilidad de que las dijera y para ayudarla, dije a propósito:

—Sí, a todos nos pasa; la vida nos da vuelta las cosas.

Pero ella se sonrió apenas y no dijo nada. Vi que no tenía la cara tan colorada como el día de su llegada, aunque se había mojado el pelo y lo tenía un poco pegado.

En seguida se dio vuelta y preguntó:

—¿Voy a limpiar el comedor?

—Bueno –le dije yo.

Pero ella, antes de escuchar mi respuesta, se había ido muy apurada a limpiar el comedor.

Esa vez tomó el desayuno antes de que yo me levantara, porque cuando me levanté, estaba ya con todos los instrumentos de limpieza en el paso. No bien me vio, me llamó y me dijo con ese tono misterioso de asilo:

—Hay tierra debajo de las camas. Debajo de los muebles también hay.

Yo en realidad sabía que había tierra, pero en general antes nunca me preocupaba. Y ella ahora me venía a recordar que había tierra debajo de las camas. No podía hacerme la desentendida y tenía que ver que me importaba. Entonces le dije:

—Sí, es necesario limpiar. Hace poco estuve de viaje.

Me disculpé así y eché una mirada para que viera cómo miraba yo la tierra y cómo era necesario sacarla. Cuando a la tarde fui a fijarme que todo estuviera más o menos en orden, me di cuenta de lo siguiente: había limpiado todo, pero la tierra que estaba bajo la cama y los muebles, a la que ella se había referido como tres veces, la había dejado tal cual. Fui a la otra pieza y todavía estaba con el plumero, pero debajo de la cama no limpiaba. Yo no quería darle a entender que ella había dicho que había tierra debajo de los muebles y que no la había limpiado, y para que la suciedad no quedara como una prueba la limpié yo, que hacía tanto tiempo que no hacía esos trabajos. Además me dio un poco de dolor de cintura. A la noche cuando estábamos cenando le pregunté cómo se llamaba. Entonces ella me dijo:

—Gina.

A mí me pareció muy exótico, porque Gina era el nombre de una actriz que estaba de moda en ese tiempo y era muy distinta de esa muchacha: Gina era sonriente, alegre y conversadora. Entonces pensé que posiblemente la muchacha quisiera que la llamasen Gina, pero que no se llamaba así, que a lo mejor se llamaba María, por ejemplo. Incluso a riesgo de parecer una persona mal educada, que se distrae cuando le dicen cosas importantes como lo es un

nombre, le pregunté otra vez:

—¿Cómo se llama?

—Gina —me dijo con sencillez.

No tenía ningún documento para comprobar si se llamaba Gina o no, pero algo me aseguraba que no se llamaba así. Después yo siempre le decía Gina, pero con cierta desconfianza, y al mismo tiempo me reía a solas de eso; ella no parecía darse cuenta para nada y cuando la llamaba venía con seriedad.

Tenía un amigo, como dije, que me veía de vez en cuando. Llegaba siempre de sorpresa, más o menos a las once de la mañana. Esa vez vino algo más temprano porque había llevado a arreglar su reloj y estaba un poco distinto: me pareció más alto y con ropas más claras. Le conté que tenía una muchacha nueva que se llamaba Gina o que así lo aseguraba, y estuvimos hablando mucho rato de ella sin que apareciera. De repente vino y me propuse fijarme bien cómo actuaba con las visitas, porque desde que vino nunca habíamos recibido visitas. Me di cuenta con asombro de cómo se mostraba amable con mi visita, y mi amigo me miraba como preguntando por qué había dicho yo todas esas cosas. Conmigo también era amable, pero con una amabilidad genérica y hasta me pareció que su voz de asilo había cambiado. Conversábamos con mi amigo animadamente de cosas de la política, y ella escuchaba. De repente se sentó en una sillita más baja y se quedó escuchando en silencio. Mi amigo estaba hablando de alguien que se había arriesgado inútilmente por una causa y de repente oigo que ella dice esto:

—Todo comedido sale mal.

Y durante toda la conversación dijo cosas ambiguas, que en realidad no se destacaban mucho pero no se podía decir que fueran disparates; a lo sumo un poco tontas, pero sólo un poco. Mi amigo asentía sonriendo a sus frases y la cara de Gina se iba poniendo rosada, de un color bastante agradable. Entonces fue cuando descubrí que era linda. Su pelo era lindo, su cara también era linda, sólo que un poco diluida. Cuando fueron las once dijo que estaba cansada y que deseaba retirarse, si podía hacerlo; le dije que sí, y vi la luz encendida y sentí pasos hasta tarde. Mi amigo comentó que esa muchacha tenía un sentido común saludable, que debía ser de raza aldeana. Y después mencionó lo saludable de la intervención de la raza aldeana en la política. Dijo también que le gustaba esa conversación que habíamos tenido esa noche, y en la que también había participado el pueblo. Yo asentí y seguimos hablando de Gina mucho rato, hasta que se nos hicieron las tres de la

madrugada. Mi amigo recordó de pronto que tendría que haber pensado en su reloj, pero ya era demasiado tarde. Prometí retirárselo y se fue con ánimo contento pero muy apurado.

Hacía tiempo que lo pasábamos bastante bien, si se quiere con poco trabajo, cuando yo le dije:

—Hoy vamos a encerar los pisos.

En seguida compró cera, una cera que a mí no me gustaba porque era muy colorada, pero no le dije nada. Se arrodilló en el suelo y con un trapo viejo se puso a encerar con tanta energía que se sentía fuerte el ruido del trapo. Trabajaba sin descansar y cuando me acerqué a ver cómo iba, se puso de pie como esperando algo, pero no me dijo nada. Cuando me iba a la otra pieza me preguntó con voz grave:

—¿Quién es el caballero?

Yo tardé en responder, y dije después de un rato:

—Es mi amigo.

Parece que eso le bastó, porque siguió encerando con igual energía y otra vez se sintió el ruido del trapo.

A las once de la mañana cayó mi amigo, que desconfiaba de que yo le retirase su reloj y lo venía a buscar. Cuando la vio encerando, arrodillada en el piso, dijo:

—¡Pero esos son métodos antiguos! En seguida vamos a mejorar esto.

Entonces fue cerca, donde vendían máquinas eléctricas y pidió a su dueño (porque era amigo del dueño) una máquina prestada para probar. Vino con la máquina de encerar, le enseñó cómo se enceraba con la máquina y la muchacha no aprendía; así que él solo enceró casi toda la casa. Se secaba el sudor, pero estaba contento y dijo:

—El tiempo que nos queda lo vamos a aprovechar. ¿En qué lo podemos emplear? Ya sé, vamos a jugar a las cartas.

Y sacó un mazo de cartas y con una agilidad sorprendente las repartió en grupos chicos sobre la mesa. Le preguntó a la muchacha:

—¿Sabe jugar a las cartas?

—No sé —dijo ella y se puso roja.

Yo sabía jugar a las cartas, pero muy poco; en general me distraía; al rato me aburría y me daba lo mismo poner una carta que otra, pero muy de tarde en tarde jugaba, sobre todo al solitario. Mi amigo le empezó a explicar cómo

se jugaba y ella escuchaba con tanta atención como si se tratara de una cuestión de vida o muerte; pero igual no se daba cuenta, se ponía roja y después se sonreía. De todos modos empezamos a jugar a las cartas y mi amigo actuaba como director de juego, porque sabía jugar y además le interesaba. Entonces dijo que como ella recién aprendía, iban a jugar de compañeros contra mí; además está decir que me ganaron todos los partidos, pero él jugaba por ella y le decía lo que debía tirar; jugábamos a la escoba y debíamos sumar quince. Le indicaba cómo podía hacer quince puntos y ella se mostraba complacida como ante una perspectiva vital nueva. Después que me ganaron así, mi amigo dijo que de esa manera no prestaba interés al juego porque era desparejo; íbamos a jugar de otra forma, yo sola contra ella sola. Cuando dijo eso, Gina pareció reaccionar tardíamente, porque dijo con voz triunfante:

—Le ganamos.

Me sorprendí porque llegaba tarde la aseveración y mi amigo dijo:

—Claro. Ahora también le podemos ganar.

Entonces se puso detrás de ella y le indicaba todo lo que debía tirar y cuando no aprendía le decía: “Tiene que ejercitarse, tiene que ejercitarse”. Y ella sonreía y tiraba con atención. Para mí había llegado el momento en que tiraba cualquier carta y empezaba a bostezar. Dije sonriendo:

—Estoy cansada. Ya debe ser hora de dormir.

Se nos había hecho muy tarde y mi amigo prometió volver pronto, lo que me pareció bien pero inusitado. Cuando se fue, Gina cerró el portón, se fijó que las puertas interiores estuvieran cerradas y antes de irse a dormir, al preguntarme qué carne debía comprar para el día siguiente, dijo:

—Otra vez puede ganar usted.

—Espero –le dije sonriendo–, pero ya es hora de dormir.

Todo febrero fue lluvioso; no se podía salir sino con botas, había demasiado barro y lo pasamos casi todo el tiempo adentro. Una tarde que me levanté de la siesta, la encontré a Gina con todas las barajas sobre la mesa.

—¿Qué estás haciendo? –le pregunté.

—Quiero hacer un solitario –me dijo–, pero no sé...

En rigor, no me pidió que le enseñara, pero yo le enseñé; aprendió con bastante facilidad, posiblemente por sus anteriores experiencias en el juego de la escoba. Desde esa vez, cuando yo dormía la siesta se lo pasaba haciendo

solitarios y una vez que me levanté y que llovía como de costumbre, lo veo a mi amigo indicándole cómo debía hacerlo. Se quedó extrañado de los progresos que había hecho y abrió una botella de vino que llevaba y todos tomamos vino. Brindamos y no recuerdo bien por qué cosa brindamos, pero el ambiente estaba bastante contento, aunque yo tenía un poco de dolor de cintura. Como se hacía agudo, y yo no quería decir justo en ese momento que me dolía la cintura, me fui al banco del patio y allí me quedé un rato largo. Cuando volví todavía estaban hablando y riéndose y dije:

—Estoy un poco cansada. Me voy a dormir.

Les dije con amabilidad:

—Pongan todo en orden.

Y mi amigo respondió por los dos:

—Pierda cuidado. Buenas noches y que descanse bien.

Tardamos un ratito en despedirnos y en recomendaciones. Me quedé en mi cuarto pero no me dormí; mi dolor de cintura no me lo permitía.

A partir de ese día todas las tardes Gina me pidió permiso para salir después de las seis; creo que aunque se lo hubiera negado hubiera salido igual. Se iba con su chaleco en la mano, pero ya no del modo rígido de la primera vez, sino con más soltura. Lo llevaba apoyado en su brazo con negligencia, o en el hombro; incluso una vez vi cómo se lo cruzaba en la espalda, como lo llevan los deportistas jóvenes. Ahora se ponía polvo y se había comprado guantes de goma. Eran unos guantes enormes que debían ser hechos para una señora monstruosa, pero ella estaba convencida de la utilidad de los guantes. Una tarde en que Gina terminaba de hacer su acostumbrado solitario, me dijo en un tono que quería ser indiferente, pero que tenía algo de la gravedad del asilo:

—Me voy a casar.

—Me parece bien —dije—, me parece muy bien.

Se sonrojó y se sonrió como de costumbre cuando le dije eso. Después de un silencio dijo:

—Vamos a alquilar una casa. El casado casa quiere.

—Me parece bien —volví a decir.

Y ella no dijo más nada.

Y así fue: Gina se casó justamente con mi amigo y se fue a vivir a la casa que alquilaron, que quedaba en un pueblo vecino. Mientras tanto, yo que me acuerdo de todo esto me olvido de lo principal: debo conseguir otra

muchacha porque el trabajo se me hace muy agotador.

## A propósito de un duelo

Estaba asomada a la puerta y vi venir a las dos señoras; quise cerrar la puerta para que no me vieran, pero no tuve tiempo y vi que una ya había sacado el pañuelo. Venían por mi duelo, y cuando vi que una se secaba las lágrimas con su pañuelo, me dije: “Así como lo sacaste lo vas a guardar otra vez”. Pero cuando la tuve cerca, no atiné a decirle nada y casi me echo a llorar. Yo sabía que era chismosa y que quería ver cómo estaba dispuesta la habitación después del duelo, pero la hice pasar lo mismo. Esperaba sorprender su mirada y así confirmar lo que había pensado de ella. De repente miró la cama y dijo:

—¡Ah!

Y yo suspiré.

En seguida descubrí que tenía un sombrero que terminaba en una especie de antena y eso me incomodó. Las hubiera echado afuera y hubiera cerrado la puerta. De repente dijo:

—¿No sería bueno tener un canario aquí?

Y la otra se apresuró a confirmar:

—Un canario es siempre un canario.

—Sí —dije—, yo también solía decir eso... antes.

Ya las estaba viendo venir con una jaula y un canario... ¿Y qué? En ese caso cerraría la puerta. ¿Y por qué tendría que cerrar la puerta? ¿Acaso uno no tiene derecho a abrir la puerta y mirar el sol y las plantas? Y sin embargo, una vez que la abrí, vi venir una vaca enorme y sentí mucho miedo. Tuve que cerrarla en seguida otra vez.

A las seis las señoras miraron el reloj y una le dio una palmadita en la pierna a la otra y le dijo:

—¿Vamos?

Yo dije:

—Quédense un rato más: hago café, hago un alfajor y enciendo la luz.

Se quedaron sentadas, mirándose y moviendo la cabeza como diciendo: “Pobrecita, va a hacernos café; por hoy le vamos a dar el gusto”.

Alfajor no hice porque estaba triste. Les rogué que se quedaran a dormir

conmigo; yo creo que no se quedaron porque como no sabían cuál había sido la cama del muerto, tenían miedo de elegirla. Cuando se fueron las acompañé hasta la esquina y a esa que había estado callada le di un beso en la frente. Pero en realidad el beso se lo había querido dar a la otra, a la del sombrero con antena.

\* \* \*

Y sin embargo, la ropa hay que tenderla. Hay que tenderla bien, con dos broches a cada lado y cuidando que la cuerda alcance. Son hábitos buenos que se aprenden desde que uno es chico, esos de tender la ropa. Pero noté que una de mis piernas se desviaba como para patear una sábana aunque en seguida pensé: “¡Qué absurdo! Patear una sábana colgada es como pretender juntar agua con la mano”.

Además ese gato que estuvo sentado todo el tiempo mientras yo trabajaba y que se relamía. Primero pensé que se relamía porque esperaba que yo le dijera algo: después me di cuenta de que siempre lo hacía así, de lo cual deduje que los gatos también tienen sus hábitos.

\* \* \*

¿Y quién dijo que en la pieza faltaba aire? Yo, el otro día, que siempre digo cosas sin ton ni son; en la pieza se está muy bien; sólo salgo a tomar aire muy de vez en cuando, y cuando entro, algunas veces, veo a alguien tendido en esa cama, que yo sé bien qué cama es. Y una cosa no puedo soportar: que mis visitas lo llaman el finado, porque finado es una palabra que nunca me gustó. Y una vez que lo nombraban así, yo miré fijo y no pude menos que sonreírme. En seguida me puse a hacer café y torta y dije que iba a encerar los pisos. Todo el vecindario estaba de acuerdo en que mis pisos no merecían ser encerados; yo nunca los oí, pero los imagino diciendo: “No va con su genio”. La verdad es que ni siquiera me atreví a comprar cera.

Una vez el gato se metió en la pieza y se sentó como para acomodarse en la cama.

—Ahí arriba no —le dije, y lo empujé; pero el gato es blando, se escurre de las manos y pretende quedarse medio dormido en la cama. Me costó trabajo sacarlo, tenía que hacerlo por partes: lo sacaba por el cuello y él se prendía

silenciosamente con las uñas. Por fin lo pude sacar pero se quedó en la pieza y yo no podía meditar. Le dije:

—Vamos, gato, que quiero un poco de intimidad.

Entonces agarré la escoba y otra vez la misma historia: empujar ese gato blando. Todo eso es una empresa cansadora y larga y yo no soy capaz de matar un gato.

Pasó una cosa curiosa; entraron mis visitas sin que yo me asomara para nada a la puerta. Vinieron mientras estaba en la cama. Entonces pensé dos cosas distintas: primero que habían venido porque estaban de paso y habían estado recogiendo flores hasta que se tropezaron por casualidad con mi puerta; y segundo que tal vez mis visitas no estaban vivas. Porque a mí me había sucedido muchas veces que desde la cama veía abrir esa puerta, la veía a mi abuela, por ejemplo, entraba y después no sé dónde se metía. Y también, y sobre todo de noche, veía una mujer pelirroja y vieja con un pelo muy feo. Pero ella no saludaba ni hablaba. Aunque pensándolo bien, el saludo no es más que una simple fórmula, como el dar la mano. Eran demasiado amables estas visitas y yo me puse a desconfiar. Además jugaban constantemente con el gato y yo no quería usar de violencia con el gato porque todo el que lo conserva sabe para qué lo tiene, me decía el sentido común. La verdad es que no me di cuenta cuando se fueron. Yo siempre dije que las relaciones deben ser independientes y esperaba el momento de poderles decir: “Me gustó mucho que el otro día se fueran sin que yo me diera cuenta; así deben ser todas las cosas”. Pero me olvidé de decírselos y es feo decir ciertas cosas porque no hay muchas respuestas adecuadas. Al rato las vi aparecer, pero como esta vez no me saludaron, ni me dieron la mano, pensé: “Todo será simple fórmula, pero yo también debo darme mi lugar”, y entonces me puse a investigar en un libro algo muy difícil.

Y una vez vi lo más increíble del mundo, una cosa que no podía creer y que me pareció lo más injusto de todo: mis visitas iban caminando por el parque con el finado, como ellas dicen. Pasaron cerca y no me vieron; estaban hablando del problema social. A mí se me partió el corazón. Yo tenía una relativa fe en ellas; sabía que eran chismosas e inconsecuentes a veces, pero eso no lo esperaba. Tenían un aire grave y silencioso; el que hablaba era él sobre todo. Era imposible suponer que se fueran a detener a mi lado porque era evidente que no llevaban otro camino que el de su conversación. Si los hubiese llamado no se habrían dado cuenta de tanto que pensaban. Entonces

entré y cerré con llave la puerta y vi que el gato se había sentado otra vez en la cama. Ahora lo dejo hacer caca cuando quiero; cuando se me da la gana agarro la escoba y le pego. Hay que ver cómo chilla. Nunca le pego porque esté indignada; pienso simplemente que un poco de ejercicio me hace bien y que nadie tiene derecho a estar sentado en este mundo, salvo que yo se lo dé. El otro día lo herí y después le lamí la herida, pero cada vez que la veo, tan rosada, tengo ganas de agarrar el palo.

## El amo y los criados

Aquí estoy. Tengo una casita; yo digo casita, otros casa; no es muy grande. Se me ha repetido constantemente: “Fue regada con lágrimas de tus antepasados”. Pero yo pienso: “¿Desde cuándo han visto las casitas regadas por lágrimas?”. No tengo la menor constancia. Sentado cerca de la ventana, miro el poniente; no todos los ponientes, eso cansa demasiado, pero de vez en cuando, gusta. Me agrada tomar de un líquido marrón nuevo, no sé cómo se llama... Creo haberlo sabido la otra tarde. Porque la memoria me falla constantemente; no es cuestión de la edad, todavía soy joven, y aunque no fuera joven, no me preocupa la edad, porque yo no soy ningún trapo. Mi memoria siempre falló; son significativas las anécdotas al respecto, pero no las recuerdo. Casi nunca recuerdo el nombre de las cosas, sino sólo lo significativas que son. Eso me proporciona grandes ventajas; de repente cae una moneda o pasa una sombra y en seguida eso está vinculado con otro episodio semejante. Le pregunto a Asdrúbal, mi criado, qué cosa era eso, y me dice:

—El ciego que tocaba el organito en una plaza.

—Así es —le digo, y seguimos andando.

Tenía una especie de huerta que todavía tengo, y una vez les dije a mis criados:

—Cualquier cosa planten menos tomates.

Y por lo tanto todo es ahora de color verde, de todos los tonos de verde. Tengo animales también: un chivo bastante grande que tiene las cejas como pintadas. Creo que no fui yo quien las mandó a pintar, me altera lo que sea contra natura; sin embargo están delineadas tan perfectamente, tan perfectamente... Vacas nunca quise; con ellas mantengo una cierta cortesía a lo sumo. Estoy completamente rodeado de árboles bastante grandes, pero no tanto que no me permitan ver los árboles siguientes y éstos los que siguen. Y recuerdo al respecto una voz que me dice: “Esto era un páramo”. ¡Qué palabra páramo! Rima con álamo, así es. Tengo un cortapapel no muy filoso, aunque al principio tenía mucho filo, y yo lo hice desafilarse. El otro día le dije a Asdrúbal, mi criado:

—Este cortapapel pierde filo.

—Usted lo hizo desafilar –me dijo.

“Es cierto”, pensé, y me sonreí. Asdrúbal tiene mucha memoria y yo le suelo decir:

—No seas rencoroso, hijo. ¿Adónde quieres ir a parar?

Pero no me preocupo demasiado de que me escuche y, por otra parte, él no molesta demasiado. Mi otro criado, Tomasito, suele molestar a veces, pero no lo hace a propósito, lo cual no quiere decir que eso lo justifique, ni mucho menos. Le digo:

—Tomasito, ¿si fueras perro, ladrarías?

Tomasito asiente y se le ven los tres dientes que le quedan. El otro día ocurrió algo divertido: estaba dándole migas a las palomas, vino Tomasito, se creyó que no lo veía y se las comió. Pensé decir: “Yo veo todo, Tomasito”, pero ¿para qué? Creo que aunque vea todo le falta algún resorte a mi brazo para impedir que Tomasito se coma las migas y, después de todo, es gracioso. En cambio le dije:

—Eso es para las palomas.

Y lo dije cuando Tomasito ya no estaba. Me proporciona un verdadero placer no encontrar otra respuesta que el silencio. Hubiera repetido la observación ochenta veces, como un estribillo de canción. Y tengo un solo amigo, pero ahora está en el otro extremo del mundo. Siempre se traslada y nunca sé bien en qué lugar se encuentra. Se puede decir que somos absolutamente opuestos y nos encontramos muy rara vez. Pero generalmente sueño con mi amigo, sueño que tomamos vino y estamos sentados. Si me dijeran: “Tu amigo está ahí, escondido detrás de la arboleda para sorprenderte”, diría: “Es posible, eso está dentro de sus posibilidades”. Y si me dijeran: “Pasó la tranquera, viene hacia aquí”, tal vez haría un esfuerzo para levantarme, porque me cuesta muchísimo trabajo levantarme: tengo gota. “Las piernas no me obedecen”, le oí decir a alguien, y yo le digo: “Yo no obedezco a otra cosa que no sean mis piernas”. A veces sueño que hago dos agujeros en el suelo y allí las meto. No hay cosa que me guste más que el mar. Y eso no quiere decir que la montaña o la llanura no me gustan, me gusta todo, aunque en realidad he visto todo en fotografías. Nunca salí del lugar en que vivo. Me basta llamar a Asdrúbal, que viajó por todo el mundo, que conoce las gentes más diversas, que vio la India, y decirle:

—Asdrúbal, ¿has visto el mar?

Y Asdrúbal se pone pensativo como si se tratara de alguna potencia peligrosa y me dice:

—Es bravo.

Eso me basta. Tengo la idea hasta del silencio del mar con eso. A veces le pregunto sobre gentes de otras tierras, sobre todo africanas, y me dice:

—Eran bravos.

Y yo lo entiendo perfectamente. A Tomasito no se le puede preguntar nada de esto, porque es montañés trasplantado. Tiene siempre unas nostalgias tremendas y no hay nada más cómico que verlo nostálgico, con esas manos tan largas y tan voraces, que agarran galletas, árboles, cualquier clase de cosa. Un día observé detenidamente a Tomasito y consideré el filo de mi cortapapeles, pero como dije, no tenía mucho filo por el motivo que me recordó Asdrúbal.

Esa tarde me había sentado frente a la huerta y vi algo verde, naturalmente, pero de forma sospechosa. ¿Cómo se llamaba eso redondo? Lo sabía perfectamente: eran tomates. Y llamé a Asdrúbal para que los sacara, pero Asdrúbal no me oyó o no me entendió bien. Ahora creo recordar que al tomate lo llama de otra manera, de una manera absurda. En realidad, todo es culpa mía: los dejo hablar tanto entre sí, que tienen un lenguaje distinto. A mí verlos hablar me divierte muchísimo. Tomasito le da a Asdrúbal en el brazo para ver si tiene músculos según dice. Y ya sea por el golpe mismo o por la dureza de la carne de Asdrúbal, se queda todo dolorido, se venda la mano, etc. Es divertidísimo. Entonces le enseñé que cada vez que le ocurriera eso (y yo prevengo que le va a ocurrir siempre) me podía pedir una venda. En realidad él sabe perfectamente dónde están las vendas, pero no las puede sacar antes de pedírmelas a mí. En realidad no vigilo nada ni me preocupo por nada, pero por lo de la venda sí; es ya como un ritual y tiene todo el encanto de lo perfectamente previsible. Viene Tomasito y me dice:

—Señor, por favor, una venda.

Y yo le digo a Asdrúbal:

—Bien. ¿Dónde están las vendas?

—En el último cajón —dice Asdrúbal, y Tomasito va a buscar su venda.

Bueno, retorno a lo anterior: en la quinta habían plantado esas frutas redondas llamadas tomates. ¿A cuál de mis dos criados llamaría para solucionar eso? “Esto tiene aire de enredo y confabulación”, me dije algo cansado. Por otra parte, creo que fue una de las poquísimas veces que los

llamé para decirles algo. La vida era aquí muy tranquila y ellos hasta entonces se habían encargado perfectamente de todas las tareas. “Pero he aquí algo nuevo que, caramba, tiene su parte de excitación”, pensé. ¿A quién llamaría primero siendo que los dos eran culpables? Y pensé decir: “Asdrúbal y Tomasito, vengan los dos, hijos míos”. Pero entonces me dije: “De este modo no. Así parece que te fueras a morir. Es ridículo”. Se los podría llamar por separado a ver quién mentía. “¿Y qué importa quién miente? Lo que yo no quiero son tomates”, me dije. En cuanto los vi, lo primero que hice fue golpear las manos para que vinieran, y pasaron delante de mí y no vinieron. Entonces me levanté y dije:

—¿Cómo? ¿Desde cuándo pasan sin mirarme? Creo haber golpeado las manos.

Y entonces Tomasito imitándome dijo:

—Estaba así.

Con la mímica me quería indicar que estaba ausente.

Asdrúbal me miró bien y me dijo:

—Perdón, pensábamos que golpeaba las manos distraído.

—Asdrúbal, siempre afirmé que eras siniestro –dije, aunque en voz tan baja que creo que no me oyó.

Asdrúbal preguntó entonces:

—¿Llamaba?

Me sonreí y dije:

—En efecto, llamaba. ¿Qué es aquello que se ve allá?

—¿Aquello cuál, señor? –dijo Asdrúbal.

Y Tomasito se hacía visera con la mano para ver. Entonces me ruboricé, no sé si a la vista de la fruta, y dije:

—Aquello redondo entre esas plantas altas.

—¿Redondo? –dijo Asdrúbal.

Tomasito alborotaba y Asdrúbal dijo con aire preocupado:

—¿Cómo se llaman señor?

Y noté que me ponía rojo por segunda vez. Carraspeé y dije:

—Creo que son tomates.

—Ah –dijo Tomasito como recordando–, son los tomates.

Y los dos se fueron, supuse, a solucionar ese enredo. Pero por la tarde volví a ver los tomates y me callé. Confieso que tuve un deseo vergonzoso: ir de noche y arrancarlos todos sin que nadie me viera. Pero, como dije, mis

piernas están duras y me quedé en mi sitio.

A la mañana siguiente lo vi a Asdrúbal y le dije:

—Asdrúbal, los tomates.

Asdrúbal los sacó todos aparentemente, pero vi uno escondido. Entonces pensé: “¿Voy a fijar la vista en algo semejante teniendo delante una inmensa perspectiva, los árboles, todo?”. Por consiguiente siguió luego una cierta calma, aunque noté una cosa: mi brazo se había puesto rígido y si me repantigaba en un sillón (y ahora se me trataba con una solicitud inusitada) y luego me trasladaba a una silla, la mano se me quedaba suspendida en el aire, en la misma posición que antes había adoptado al apoyarse en el sillón. Y, es cierto, Tomás y Asdrúbal tenían un exceso de celo, me trasladaban y se adelantaban a mis deseos, que adivinaban perfectamente, salvo unas pocas veces. Pero para saber hasta qué punto se equivocaban, hubiera sido necesario indagar acerca de la naturaleza del deseo. “Que es tarea muy ardua”, me dije. ¿Y qué vi al mes siguiente, cuando mi mano había alcanzado cierta fluidez en sus movimientos y no se mantenía tan rígida? En el campo se destacaba entre todas las cosas una, roja y enorme o, por lo menos, así me lo pareció. Llamé a mis criados y les dije:

—Quisiera comer tomate.

Asdrúbal dijo:

—Los caballos no se pueden enganchar hoy al carro; hay mucho barro, señor. ¿Le parece bien mañana?

Dije pensativo:

—¿Es preciso enganchar los caballos para... cuándo?

—Hoy no se puede, señor.

Y dije:

—Muy bien. Que se haga así.

Inmediatamente sentí una especie de molestia por estar allí y me sentí desasosegado todo el día. Y cuando engancharon los caballos al día siguiente para comprar tomates, dije:

—Yo voy también. Una vuelta en carro no me vendría mal. Hace mucho tiempo que no salgo.

Y fuimos. Como cerca de la venta tengo una casa más chica, pero con las comodidades suficientes, mis criados me aconsejaron que me quedara en ella, y en ella me encuentro ahora, aunque al principio dije que estaba en mi casa. Estaba simplemente evocando. Y de todos modos, el panorama en este tipo

de lugar es bastante parecido.

P.S.: Esto lo escribí yo, Asdrúbal. Mi amo tiene las piernas y el brazo aletargados, de modo que no puede escribir nada, pero me permití escribir esto porque lo conozco muy bien.

## Judas

“Cuando pase por el monte –dijo Judas– no voy a mirar el naranjo”. Primero pasó por un campo pelado; se sentía digno y majestuoso. Entró al monte y al pasar por el naranjo no lo miró. Por un momento creyó percibir la conformidad del mundo, que emanaba del mismo monte. Agradecido, levantó la vista: el naranjo estaba al borde del camino, al lado de una planta chiquita.

## Eli, Eli, Lamma Sabacthani?

Cuando me levanté, noté que había un cierto desajuste en el cuadro de las virtudes suplementarias o como se llamen: repaso: justicia, templanza, impudicia y venganza. “No es así”, pensé medio dolorido por el roce de la almohada. “Así falta algo: justicia, templanza y caridad”. Inmediatamente me distrajo un olor que venía del baño, no precisamente a caca reciente, sino hecha hace un rato: por lo cual era todavía más irremediable. Una gallina cantaba y el día estaba húmedo. “Que ponga el huevo o que no lo ponga, a mí me da exactamente lo mismo”, me dije.

Me sentía orgulloso de mi prescindencia; no iba a ser yo quien dependiera precisamente de las gallinas. “Pero hay que reconstruir el cuadro de las virtudes suplementarias”, pensé “o mejor, de los pecados capitales; los pecados capitales son: gula, lujuria, lascivia, ira, envidia y faltan dos. Falta la soberbia y me parece que la lujuria está repetida, porque puse lascivia. ¿En qué se diferencia la lujuria de la lascivia? Supongamos que la gula es la madre de la lujuria, y qué queda para la pereza, que es la madre de todos los vicios”. Eso lo decía mi abuela que se llamaba Teresa y aún recordaba yo la impresión que me causó aquel chico al cantar: “Teresa, poné la mesa y si no tenés pan poné la cabeza”. Tendría yo solamente tres años y pensé que a Teresa la llevarían al matadero como si hubiera sido una vaca. Inconscientemente estaba a punto de rezar, cuando me acordé que sólo rezan los que creen que hay Dios o los que tienen miedo de que no haya. “Ahora bien”, me dije: “Yo no me expido sobre Dios y no sé. Me podría hacer la señal de la cruz, así, bien ligero, como para espantar algún maleficio o espantar moscas”, dije, “pero mejor que no, mejor ir y lavarse los dientes con crema dental Kolynos y las manos con jabón Lux de tocador, tamaño usual”. ¿Por qué no tamaño baño? Evidentemente, entre quienes yo vivía, el simple jabón Lux “que usan nueve de cada diez estrellas de cine” era una especie de lujo, y uno no establece distinciones funcionales en lo que es objeto de admiración. En fin, y qué era esa voz de gorda amargada que me sugería ahora “¿y si fuéramos al parque, a tomar algo?”. Y yo seguramente hubiera dicho “bueno”, porque yo no sabía decir otra cosa que bueno. ¿Y ahora iba a

echar a perder todo ese día que la vida me había deparado por una voz de gorda idiota que no existiría realmente si no fuera porque yo me lo pasaba convocándola para mi mayor martirio, cuando tenía relativas ganas de martirio y sobre todo que éste no tenía aún ningún objeto? “No, señor, hoy vamos a pasear de mañana; vamos a pasear por el río, a ver los barcos y a tomar café. No me voy a poner el traje claro”, me dije, “porque me lo van a salpicar y yo no corro riesgos; yo me pongo el traje oscuro aunque tenga demasiado olor a lana caliente y haya humedad”. Afuera había una humedad espantosa y pasó un chico lamiendo un caramelo de palito, medio pringoso. Pasó ajeno y yo me empecé a atormentar como si me hubiera olvidado de algo y después me di cuenta de que era porque el chico había pasado demasiado ajeno. ¿Y qué ves en los barcos? –me pregunté. ¿Qué tienen los barcos que no tengan las cacerolas? Bien los ves desde arriba, desde el altillo, sin necesidad de caminar bajo la humedad, salvo que quieras hacer algún experimento útil a la historia, comparando cómo se ven los barcos desde el altillo y cómo de cerca. “De modo muy distinto”, me dije, “porque cuando estás en el altillo los ves de lejos y cuando estás cerca sabes que se van a ir y que vinieron hace poco, además de llevar gente adentro. Creo haber comprobado eso hace bastante tiempo y lo único que difiere es el modo en que lo recibo. Ahora lo recibo sin ton ni son. Allí están jugando al fútbol; me voy a apartar porque tengo miedo de la pelota. “Veamos”, dije. “¿Por qué tengo miedo de la pelota? No es que me manche, y si yo estuviera desprevenido no me importaría, a cualquiera lo alcanza un pelotazo y se acabó; pero yo estoy pensando tanto en un pelotazo que si, en una de esas amargas, crueles, inusitadas y asombrosas circunstancias, la pelota me llega a golpear, me voy a sentir definitivamente peloteado y es posible que ni siquiera continúe mi camino hasta el puerto”. Pero, por más que estuve mirando un rato, la pelota no me pegó y sorteé los lugares con barro y llegué. Ya se sentía la brisa marina, pero para disfrutarla plenamente había que sentarse en unos bancos largos, como los de las plazas, y que como los de las plazas estaban llenos de jubilados. Me pregunté hasta qué punto mirar el río era una ocupación absorbente para ellos y no me pude dar cuenta. Además me sentí molesto, como si algo estuviera fuera de lugar: los jubilados por una parte, porque estaban en una atmósfera marina, y el río por la otra, porque estaba lleno de jubilados. Entonces me fui a tomar un café y una de las ventajas de tomar un café consiste precisamente en que ya sé cómo va a ser.

El café tenía ventanas al río; pasó un barco, traté de seguirlo en su ruta y traté de ponerme melancólico, pero nada. Me dediqué a pensar qué podría comer; si comía, ya entraba en el plano de la frivolidad. Debía tomar un café solamente. “Pero qué es la frivolidad”, me pregunté. “Hay una frivolidad inmanente y una frivolidad trascendente: la frivolidad inmanente consiste en el dulce de leche, cosa que no pienso pedir”. Y no supe qué era la frivolidad trascendente y no pedí nada, salvo un café. Me atendió una vieja, que no parecía posadera, por lo cual intenté tratarla con el mayor respeto. Y entonces, quise evocar una cara que yo siempre recordaba y de pronto se me hizo presente. En ese momento pasaba un barco de vuelta, quizás el mismo que había visto antes, y me sentí hondamente melancólico, de modo que jamás hubiera comido dulce de leche en este mundo. Y tal como había venido esa cara se fue, con algo de inescrutable. Y pusieron música, una música de frivolidad inmanente y me gustó, porque fundamentalmente me gustaba hacer lo que estaba haciendo: tratando de recordar. Estaba a medio camino entre el recuerdo y el olvido, y no lograba apresar ninguna imagen pero tenía el sentimiento que corresponde a la presencia de una imagen, hasta que poco a poco, con el sonar de un reloj y quién sabe qué cosa, todo se volvió ocioso y me fui del café. Miré mi cara en un espejo y en mi cara había cierto reproche. ¿Para mí? Era absurdo, pero había cierto reproche para mí. “Bajemos la escalera de un modo jovial”, me dije. “Eso es”. “Panem nostrum quotidianum da nobis hodie” y después, con pausa: “Sed libera nos a malo”, con esa voz de coro de clérigos, medio dubitativa. Los de la pelota se habían ido, porque era el mediodía, cada cual a aguantar su porción de humedad, siempre más agradable adentro que al sol. No bien había caminado tres cuerdas, apareció Eulogio. ¿Qué pitos tocaba exactamente Eulogio en mi vida? Me daba siempre una última oportunidad de tratarlo para saber qué lugar ocupaba en mi vida y siempre me quedaba la duda, y el temor de que advirtiera lo que me sucedía.

Eulogio me dijo:

—Hace calor.

Y yo le dije:

—Sí, más que ayer.

—Bah —dijo—, no hablemos del tiempo.

Pensé que yo nunca sabría lo que era improcedente, que gentes como yo no progresan en las finanzas, ni en los negocios, ni en la televisión. “Eso es”, me

dije, “a mí también me parece vulgar hablar del tiempo, pero yo hablo así por piedad. Sí, señor; exclusivamente por piedad”. Pero a Eulogio no le dije nada de esto y Eulogio dijo:

—Los bóers derrotaron a los croatas en Dalmacia.

—Sí, me enteré —dije yo.

—Fue extraordinario —dijo—. Llevaban municiones pesadas y tanques livianos H.M.E. y la coartada seguía...

Y Eulogio siguió hablando. “Como en la batalla de Tacuarí”, pensé, “cien luchando contra mil”. Quise recitar a Eulogio la poesía “El tambor de Tacuarí” pero por suerte no la recordé. Eulogio se hubiera sorprendido y a mí su sorpresa me confundía. Él me invitó a comer y no acepté.

—Ya comí —dije, y era mentira. Y él se iba a comer a su lugar habitual, donde el mozo lo conocía y le tenía puesto el pan. Yo no sabía qué comería y me eché a andar. Nunca camino mucho, camino hasta que encuentro una plaza, como esa vez. Me senté en un banco. No era a la sombra, era realmente para preguntarse qué hacía uno en esa plaza al sol, sin comer. Miré muchas veces la hora en el reloj, pero estaba en números romanos, que no entiendo muy bien; pasó el heladero y quise comer un helado pero se escapó. De lejos vino una figura y la miré con cara de simpatía culpable, cara que pongo ante las gentes que me parecen pobres o inferiores, y en seguida me di cuenta de que se iba a sentar a mi lado. Y se sentó. Tenía un paquete envuelto en diarios. Me dijo:

—¿Se nota el olor? Llevo pescado.

—No —dije.

—A mi marido le gusta —dijo—. Por eso lo llevo. Si no, no lo llevaría. A mí no me gusta.

Creí que me vería obligado a manifestar mi opinión sobre el pescado, pero dijo:

—Mi marido es de Funes. Yo soy de acá. A mí Funes no me gusta, porque es muy trasmano...

—Claro —dije yo.

—Es inútil —dijo—, cuando una se casa joven...

“¿Cuál será la respuesta?”, pensé. “¿No hay vuelta que darle?”. Me pregunté si me pediría dinero. Pensé que no estaba dispuesto a darle dinero. De antemano, no le iba a dar. Ella en cambio dijo:

—¿Usted es de acá?

—Hace un tiempo —dije.

Y me siguió hablando, y yo por primera vez en mi vida no escuché a alguien que me hablaba y me asombré de cómo el otro pueda no darse cuenta de que uno no escucha. Cuando se fue, me quedé pensando en el raro fenómeno de no haberla escuchado. Me pareció que yo era mucho más viejo y que tenía una mirada que antes nunca había tenido. Me levanté y me sentí cansado. Era el momento de meditar sobre no haber escuchado a la mujer que estaba a mi lado. Me hablaban las voces de la conciencia. Una voz me decía: “Ahora o nunca, hay que detenerse como cuando a Sócrates se le ocurría alguna idea”. Otra voz me decía que yo estaba demasiado cansado; otra que estaba caminando normalmente, que tenía buenas piernas para caminar y algo de dinero. “¿A ver”, me dije, “qué cara peculiar tenía la mujer?”. Ninguna; ni tenía pañoleta, ni me pidió dinero, tenía pescado con olor repugnante, puesto en el banco de la plaza entre ella y yo. “¡Que se aleje!”, pensé. “No es mi prójima, lleva pescado con olor, habla de ella y de su marido, no pide dinero y todo se resuelve en nada y no llego a ninguna conclusión. Pero yo voy a llegar a alguna conclusión; voy a ir al cine con el dinero que tengo, voy a ir a ver películas cortas sobre la vida en Holanda o la artesanía del vidrio. Sí, señor”. En seguida el mundo se configuró en función del cine y toda la gente que vi comprando helados iría seguramente al cine.

El cine era barato; me atendieron con esa displicencia, mejor dicho, negligencia con que atienden en los cines donde van niños en su mayoría. La película se refería a las costumbres de Bali. Yo sabía las costumbres de Bali, mejor dicho, no quería saber más respecto de las costumbres de Bali. Esperé a ver si venía algo distinto, y vino la curtiembre del cuero; era absolutamente indescifrable, me salteaba etapas de curtiembre y de repente veía el zapato hecho, y no sabía para nada por qué procesos había pasado. “Dios mío”, me decía, “¿no entenderé nada nunca?”. Y me fui; me eché a caminar y había refrescado. Era la hora en que todos pasean; paseaban las señoras con sus hijos, paseaban los novios, las muchachas todas juntas, los viejos amigos. Todos hablaban y se dirigían a algún lugar alegre, y habían salido a su hora, oportunamente, después de haber dormido la siesta y de haberse cambiado, afeitado y bañado. Y no vagabundeaban por ahí y sabían muy bien a donde querían ir porque no siempre tenían la oportunidad de salir. Y las muchachas se contaban cosas unas a otras, se reían por lo bajo y se daban codazos, y las señoras llamaban a sus hijos o les compraban manzanas acarameladas donde

está la maquinita que echa humo y uno se enojó con otro, pero nadie hacía en realidad mucho caso. “Así es”, me dije, “así es y pronto será noche cerrada. Me voy a sentar o dormir. Voy a volver a aquella plaza y ahora va a parecer lo más natural que repose en aquella plaza”.

Y me siguió un perro; un perro lindo, todo lleno de pelo, medio sucio. Inmediatamente me puse a considerar de qué modo había empezado a seguirme: si espontáneamente o de modo vacilante; resolví que me seguía con una obsecuencia suficiente, pero no excesiva; en fin, la que corresponde. Le dije:

—Perro, perro —y vino más ligero. Pero pensé que a un ritmo ya previamente regulado, ya casi lo iba a desadoptar cuando lo vi adelante, que me miraba. Entonces lo toqué con suavidad y se acercó más; lo quise llevar a un banco de la plaza, para que se sentara a mi lado, y contempláramos juntos, pero no pude hacerlo sentar. Me senté yo en el banco y el perro se me sentó al lado y me tendió la pata, y yo me dije: “Este perro está conmovido. Nadie se puede separar de un perro conmovido”. Pero el pensamiento me llenó de inquietud, nunca me había pasado algo así antes, y sentí ansias de moverme, de caminar, de hacer trotar a mi perro, que con el pelo sucio parecía medio enfermo, y el perro seguía sentado. Le dije:

—Vamos, pobre perro mío Canuto, vamos a andar —y él seguía sentado. Supuse que si me veía caminar, caminaría él también, y me siguió lentamente, y yo vi que se bajaba así, le quise dar ánimo, me acerqué demasiado y lo pisé. No gritó, o por lo menos, no lo recuerdo. Simplemente cruzó la calle y se fue. Y yo dije débilmente, dos veces:

—Perro mío, Canuto —y él se fue. Comprendí que era inútil instarlo. Seguramente se iría cabizbajo una cuadra, y después se iría a mear a algún árbol cercano, lo cuál no sería un obstáculo para que después siguiera cabizbajo. “Otra vez estoy en situación de pensar”, me dije, “pero ya tan frecuentemente estoy en situación de pensar que toda coyuntura puede ser buena para eso”. “Gran cosa es el pensar” decía un verso malo. ¿Será la última satisfacción que me depare el mundo, los malos versos? Dejemos que los malos versos ocupen su lugar. “Yo estoy en situación de pensar, y lo único que voy a hacer es lo siguiente: voy a comer”, me dije. “El que no trabaja no come”, dijo San Pablo y también los comunistas. Y yo dije: “El que no come no piensa. Voy a comer por moral, para después no tener excusas de debilidad para no pensar. Voy a comer con sobriedad, de modo

que los humores no llenen mi cabeza ni se salgan por las orejas; pero quiero comer lo más rico que haya porque si no como lo más rico me va a agarrar tal desilusión que me va a ser imposible pensar”.

Comí algo que no era para nada semejante a lo que comen los dioses en el Olimpo y tampoco era piadoso, ni era rechazable, ni era estimulante, ni siquiera era creíble: era una cosa que comían varios a mi alrededor. Y después de comer estaba igual que antes, con la cabeza algo más pesada que me decía: “Dormir”. Iba contando las baldosas y caminaba al ritmo de la palabra dormir. Cuando llegué a la pieza, no quise hacer el esfuerzo de desvestirme. ¿Para qué desvestirme si al día siguiente me tendría que vestir otra vez? ¿Qué espacio mediaba entre las diez de hoy y las ocho de mañana? Entonces sólo dije al acostarme “Eli, Eli, lamma sabachthani?”. Y entonces me acordé que alguien había dicho: “Éste llama a Elías”.

# Mis abuelos

## Genaro

En la puerta había un cartel que decía:

SE VENDE TODA CLASE DE AVES.  
HAY TAMBIÉN AVES DE PARAÍSO

Y habían venido campesinos del pueblo vecino para ver el ave del paraíso. Vinieron en un carro, y también dos señoras de la ciudad, con sombrero. Se bajaron del carro y dijeron:

—Vinimos por el cartel.

Entonces Genaro, que era el que lo había puesto y vendía las aves, dijo:

—El ave del paraíso...

Y fue adentro y le preguntó a su mujer:

—¿Dónde está el ave del paraíso?

Y la mujer dijo fuerte:

—Esta mañana no la vi. Entonces Genaro les dijo:

—El ave del paraíso está en un corral que queda muy lejos. Más allá de esa montaña.

Y la señora de la ciudad preguntó:

—¿Se puede ver?

Y él dijo:

—No, no se puede. Pero tengo otras aves para vender.

Les mostró lo que tenía: una gallina renga y un pollo con viruela, pero las señoras dijeron que no precisaban aves y se fueron en el carro.

Genaro entró en la casa, y su mujer, que se llamaba Anunciada, le dijo:

—Eso es mentira. El mandamiento dice: “No mentir”.

Entonces Genaro se le acercó para pegarle, pero la vio muy asentada con las manos en las caderas, y agarró el cinturón grueso que tenía y les fue a pegar a los chicos. Les pegaba un poco a cada uno hasta que quedaba sudoroso y los chicos corrían y se escapaban. Tenía diez chicos, pero había recogido siete

que pedían limosna y ahora les pegaba a todos de vez en cuando.

A la noche se reunían para comer y Genaro sabía historias de Salomón y también de San Cayetano y de Jesucristo, y siempre contaba esta historia:

“Una vez había un pastor que tenía muchas ovejas y Nuestro Señor le pidió la más linda y que fuera toda blanca. El pastor eligió una muy linda, pero no era toda blanca, porque tenía una mancha negra en el rabo. Entonces el pastor pensó:

”—Nuestro Señor no se va a fijar en el rabo, porque Él no se ocupa de esas cosas y se va a creer que es toda blanca.

”Cuando se la dio, Nuestro Señor, sin mirar el rabo ni nada, supo que tenía la mancha y dijo que no la quería, y el pastor se fue desmayado”.

Cuando Genaro contaba esta historia todos quedaban impresionados y miraban pensativos las ovejas.

A la noche rezaban el rosario y Genaro decía oraciones para sacar el mal de ojo, para que se fueran los malos vecinos, para que viniera gente de la ciudad a comprar toda clase de aves y para la buena muerte. Y una vez que la comida había alcanzado para todos y era la hora de la siesta y Genaro no se había enojado ni una sola vez, ni le había pegado a su mujer, dijo Genaro con voz ronca:

—Ahora vamos a ir a la montaña.

Y les hizo poner el sombrero para ir a la montaña y como tenían sólo dos sombreros, Genaro ordenó:

—Una cuadra uno y una cuadra otro.

Fueron todos a la montaña y cuando llegaron arriba ya estaban cansados, y Genaro dijo:

—Aquí Dios se le apareció a mi abuelo.

Y el más chico, que siempre se quedaba pensando, preguntó:

—¿Dónde?

Y Genaro dijo:

—Donde está esa nube.

Todos miraban la nube y no veían nada y Genaro estaba con el pelo erizado, el sombrero en la mano y diciendo cosas en voz baja. Ellos tenían más miedo que cuando les pegaba con el cinturón.

Empezaron a bajar lentamente y a medida que bajaban se iban tranquilizando y corrían, y cuando llegaron a la casa, la madre sirvió otra vez de comer y todos comieron mucho. Genaro le comió la comida a su mujer y

ella gritó; ya Genaro le iba a pegar; pero después miró a lo lejos y cuando todos hicieron silencio, dijo:

—Te perdono.

Los domingos iban a misa a pie, porque no tenían carro, y Anunciada miraba por el camino todos los carros que pasaban. Genaro le hacía desviar la mirada y decía:

—El mandamiento dice: “No hay que envidiar”.

Y una vez que salían de misa e iban caminando despacio, vieron pasar a una mujer por la vereda de enfrente. Anunciada dijo:

—Esa fue adúltera cinco veces.

Y Genaro le dijo:

—No se debe levantar falso testimonio.

Y la pellizcó fuerte. Después se dio vuelta y miró a la mujer adúltera, pero como ya estaba algo lejos no la podía ver bien. Entonces hizo visera con la mano y la vio. Luego se sacó el cinto y le empezó a pegar a su mujer. Decía:

—¡Ya no hay santidad! ¡Todos miran a sus prójimos y levantan falsos testimonios!

Los chicos se desbandaron y llegaron antes a la casa y se escondieron toda la noche, porque sabían que si no los veía no les hacía nada.

A veces Genaro contaba de cuando había sido soldado del rey y combatía a los prusianos, y los prusianos se morían como moscas. Guardaba una medalla de plata que le habían dado por haber matado a dos prusianos. Se la había entregado un pariente del rey que llevaba penacho. Y cuando llegaba a esa parte de la historia, Anunciada decía:

—Y te dijo: “Bravo soldado”.

Entonces Genaro se levantaba, clavaba el cuchillo en el suelo y gritaba:

—¡Yo soy el que cuenta!

Los miraba a todos y después seguía contando la historia.

Y una vez no tenían ni trigo, ni arroz, ni papas, ni carne, todos se arrodillaron de noche a pedirle a Dios que les diera papas y carne. Genaro se preguntaba por qué Dios no les mandaría comida. Tenía un hijo con las piernas torcidas y un día le dijo a su mujer:

—Ése no le gusta a Dios.

Y le decía que caminara derecho, como caminan todos los que andan bien. También decía que a Dios no le gustaba la gallina tuerta y le retorció el pescuezo y la mató, y anduvo tres días buscando por todas partes qué cosas

eran las que hacían enojar a Dios. Y así degolló al pollo con viruela, puso la verja más lejos de la calle, borró el cartel del ave de paraíso y bañó a la cabra, que tenía mal olor.

Tenía chicos de todas las edades, y una vez, uno de los más grandes se escapó. Entonces llamó a la policía para que lo trajeran y la policía lo buscó tres días y después lo trajo a la rastra. Cuando Genaro lo vio se emocionó y lo besó en la frente y en la cabeza. Otra vez ese chico, en vez de darle rebasillo al burro, lo tiró en la zanja y Genaro se dio cuenta, pero no le dijo nada. Ahora Genaro estaba cada vez más pensativo y frecuentemente pensaba en el chico, que no le había dado de comer al burro, pero no le pegaba ni con el cinto ni con la bota. Y una vez que Genaro pasaba al lado del corral de la cabra y contaba monedas, sintió una voz que no era ni de hombre ni de mujer, y era una voz bien clara que le dijo:

—Yo soy Jesucristo y te vas a morir.

Y él sintió que las piernas le dolían y que se sentía mal del estómago, pero no dijo nada a nadie. Al día siguiente, sin que nadie lo viera, se levantó al alba y se fue a la montaña donde su abuelo había visto a Dios, y se quedó allí, sosteniendo el sombrero con las manos, arrodillado, pero Dios no le dijo nada y se tuvo que volver. Y ya no se enojaba por nada y otras veces volvió a la montaña a ver si oía la voz, pero no oía nada. Entonces pensó:

—Debe ser al lado del corral de la cabra.

Y allí fue. Y una vez no pasó nada y otra tampoco. Pero un día que iba distraído y también contaba monedas, sintió la misma voz que le decía.

—Te vas a morir y vas a venir conmigo.

Y aunque no le dio tiempo de preguntar quién era, él supo que era Jesucristo.

Y ahora ya no contaba más la historia de Salomón ni la de la oveja, contaba la historia de la muerte de Jesucristo y cómo le clavaron los clavos y de todas las veces que se había aparecido así. Entonces el más chico, que estaba cansado, le preguntó una vez:

—¿No se cuenta la historia de la reina de Saba y los camellos?

Y él no respondió, ni le pegó, ni le dijo nada. Y cada vez que él empezaba a contar la historia de los clavos, todos se miraban. Ahora no les pegaba ni les decía nada.

Y una mañana que había estado leyendo desde la madrugada en un libro que hablaba de la muerte, de repente se puso el sombrero y se fue al pueblo, a

la casa del cura. El cura tenía sueño y se tuvo que vestir, y Genaro le dijo:

—Soy Genaro. Venía a decirle una cosa.

Entonces le contó, y el cura le preguntó cuándo le había hablado y cuántas veces y dónde, y él dijo que cerca del establo de la cabra. El cura se quedó un rato pensativo y dijo:

—A mí nunca me sucedió una cosa así y hace veinte años que sirvo al Señor. ¿Para qué te tiene que hablar?

Y otra vez lo miró y dijo:

—Además no tenés trabajo y sos muy mentiroso. ¿Por qué te tendría que hablar?

Y Genaro dijo:

—Yo lo oí.

Y le contó cómo era la voz, que no era ni de hombre ni de mujer, y cómo no lo llamaba en la montaña, sino siempre cerca del establo de la cabra. Entonces el cura no sabía qué partido tomar y le dijo a Genaro:

—Debo pensarlo.

Y Genaro se fue a su casa y leía siempre en ese libro, apoyado en la verja y una vez, mientras leía, oyó la voz que le decía:

—El mes que viene te vas a morir y Yo te voy a llevar conmigo.

Y ahora casi no comía, pero igual tenía buen color y sólo un domingo se sacó el cinturón para pegarle al hijo que tenía las piernas torcidas, porque de repente se dio cuenta de que no le gustaba nada a Dios. Su mujer Anunciada ahora lo miraba con otra cara y a veces conversaba con la vecina y las dos lo miraban y miraban por dónde caminaba, y decían:

—Ahora va al granero.

O si no:

—Ahora va a buscar agua.

Y lo seguían fascinadas con la vista.

Después nunca más se volvió a sacar el cinturón y estaba contento, y una noche en que su mujer Anunciada estaba durmiendo, la despertó y le contó lo de la voz. Ella se asustó mucho y se puso a llorar. Decía:

—¡Mi pobre y querido marido!

Pero él dijo que no debía asustarse, porque lo iba a llevar Jesús. Y como Genaro tenía buen color a pesar de que no comía, su mujer lo miró y dijo que siendo así, a lo mejor iba a estar muy bien.

Cuando faltaban diez días para que se cumpliera el plazo, le encargó a su

mujer Anunciada todas las cosas. Le encargó que comprara un hermoso cajón, que fuera un cajón de roble y que tuviera borlas de color rojo y que después no lo llevaran a pie al cementerio, que lo llevaran con coche de caballos y con camelias. Ella le prometió que así lo haría y para eso vendieron el pollo, la mitad de la casa, la cabra y le pidieron plata prestada a los vecinos con los que estaban peleados. También mandó qué carrera debían seguir los hijos y lo dejó escrito todo. Uno iba a ser talabartero, otra granjera y así todos. Dejó también escrito a cuáles vecinos iban a saludar y a cuáles no, porque le habían hecho desprecios; y después de haber dejado escrito todo eso, se pasaba el tiempo leyendo y esperando oír otra vez la voz, pero no la oyó por muchos días. No fue más a la iglesia ni tampoco a la montaña, porque tenía miedo de que la voz hablara y lo encontrara fuera de lugar, y se quedaba siempre por ahí, y de noche soñaba con el establo de la cabra y una nube, y también con la voz, que en sueños era distinta.

Y la noche anterior al día que tenía que morir, se quedó solo en su pieza, porque su mujer no quiso dormir con él y ella estaba en otra pieza con sus hijos rezándole al Dios de los clavos. Él los oía rezar desde su pieza, oía como un ruido que se repetía y a su mujer que de vez en cuando lloraba y después se callaba. Y pensando que Dios lo había llamado porque era bien portado, porque había sacado el cartel del ave de paraíso y por muchas otras cosas. Y así se quedó dormido del todo. A la mañana siguiente, cuando apenas había salido el sol, la mujer y los hijos, que habían estado rezando hasta esa hora, entraron a la pieza, vieron que respiraba y se asustaron. El hijo menor lo tocó y lo llamó y el padre no se despertó, pero cuando lo tocó otra vez, se despertó y vio a su mujer y a todos los hijos que estaban allí parados y no se movían. Entonces la madre lo miró, los miró a todos y dijo:

—Voy a hacer el desayuno.

Pero los chicos no querían irse de allí y no se fueron hasta que el padre, tendido de espaldas, se tapó la cara con las cobijas. Entonces ellos, sin que nadie les dijera nada, fueron saliendo de a poco.

A mediodía el padre se levantó y limpió el corral de la cabra. Miró a su hijo, el que tenía las piernas torcidas, y no le dijo nada. Su mujer le dijo a la tarde siguiente:

—Nosotros no tenemos carro. Nunca tenemos carro nosotros.

Él la miró y no le contestó nada.

Esa tarde temprano colgó el cartel que decía se venden aves de paraíso,

pero cuando vio venir un coche de la ciudad, lo sacó y esperó con timidez que pasara. Su mujer dijo enojada:

—¡Pasó de largo, pasó de largo!

Y hablaba fuerte. Él no dijo nada y cuando cayó el sol, los miró a todos y dijo:

—Vamos a dormir.

Y vino el vecino a pedir el dinero que había prestado. Se vino armado, pero Genaro le dijo:

—Pronto se lo voy a dar.

El vecino le preguntó cuándo y Genaro le dijo qué día y se puso a trabajar para juntar el dinero, y como su mujer vio que trabajaba y que ya estaba por devolver el dinero, le dijo:

—Ayer vi un carro chico.

Y él siguió trabajando y pudo comprar el carro. Ahora iban todos al pueblo en carro, pero como a él le gustaba más ir caminando, a veces se iba solo a pie, miraba las cosas del pueblo y se volvía. Y trabajó dos meses para comprar un burro nuevo, y cuando volvió del pueblo con el burro, le dijo a su mujer:

—Me duele el hombro.

Y la mujer le fue a preparar fomentos y a juntar hojas de malva para hacerlos, y cuando volvió, vio que se tocaba el pecho, y ladeaba la cabeza y después se murió. Entonces Anunciada lo puso en el cajón que tenía comprado de antes, y esa noche ella y los hijos lo velaron. A veces se oían voces y de vez en cuando la mujer que lloraba, y luego otra vez las voces.

## El señor Ludo

El señor Ludo aparecía en los lugares donde vivía poca gente. Tenía mujer y seis hijos que andaban como jóvenes camellos. La primera vez que los vecinos de aquel lugar lo vieron, estaba clavando cuatro palos y poniendo una lona encima, y se quedaron asombrados. Entonces vino un vecino y preguntó:

—¿Es un circo?

—No —dijo el señor Ludo—. Es mi casa.

Al día siguiente vieron que esa gente no hacía comida, pero tenían un gran alfajor y el padre lo cortaba y les daba a todos, y mientras, la mujer estaba en un rincón. Nunca salían separados y a veces uno de los hijos asomaba la cabeza por debajo de la lona y la metía ligero adentro. Y entonces no les preguntaron nada, aunque siempre seguían espiándolos.

El señor Ludo tenía una barba castaña y larga y era calvo, y al tercer día de estar ahí, los vecinos vieron aparecer un animal largo, que parecía un perro, pero que caminaba como un pato, y en seguida apareció una mano que lo metió otra vez adentro. Por muchos días no vieron más nada y ya casi se habían olvidado de ellos, cuando los vieron salir a la calle. Iban uno detrás del otro y adelante iba el señor Ludo calzado con sandalias. Cuando hablaban no se paraban para escuchar y atendían a lo que decía el de adelante, desde el señor Ludo hasta el más chico de los hijos. Caminaban por todas las calles de la ciudad y después volvían, y nunca entraban a comprar nada y toda la gente miraba a los hijos del señor Ludo, que parecían jóvenes camellos. Entonces la mujer, que era temerosa, le dijo al señor Ludo:

—Miran a nuestros hijos.

Y entonces el señor Ludo le dijo:

—Son hijos muy robustos.

Y seguían caminando y no hablaban casi nada, y sólo hablaba el señor Ludo para dar la orden de doblar o descansar. Descansaban parados, y entonces el señor Ludo se limpiaba el sudor con un pañuelo violeta y después decía:

—Seguir.

Y seguían hasta bien entrada la noche, y entonces volvían a su casa.

Un día estaban caminando por la calle, adelante el señor Ludo y por detrás de todos, el chico más chico. Cuando doblaban la esquina el chico más chico dijo:

—Se me perdió un zapato.

El siguiente se lo dijo al otro, y así, hasta que lo supo el señor Ludo. El señor Ludo pensaba y no decía nada, y después de haber pensado un poco, dijo:

—Hay que buscar ese zapato.

Entonces se dieron vuelta y todos regresaron a buscar el zapato. Lo buscaron por todas las calles de la ciudad y no estaba. El chico más chico parecía rengo y caminaba de un modo raro. Y cuando pasaron por la zapatería, la madre dijo humildemente:

—Podríamos comprar otros zapatos.

El señor Ludo no la oyó, y buscaron el zapato hasta bien entrada la noche. Cuando todos estaban cansados, el señor Ludo dijo con mucha seriedad:

—El zapato se ha perdido.

Todos repitieron eso, y se fueron camino de la casa.

Y el señor Ludo les decía así a sus hijos:

—Hijos: el padre de ustedes fue legionario alpino. Iba al frente de los ejércitos que están en las montañas. Allí todos vencían y cazaban patos salvajes, pero ahora estamos acá. Nosotros no estaremos siempre acá y vamos a volver a las montañas alpinas.

La madre hacía que sí con la cabeza, pero los chicos nunca habían sido legionarios alpinos y miraban con curiosidad a la madre. El padre seguía:

—Allí nadie recoge las cosas del suelo para comer y los que se comen un pato salvaje que esté herido en el ojo, son fusilados delante de todos.

Y entonces el más chico dijo:

—¿Y si cerca del ojo?

Y el señor Ludo no respondió, y decía:

—Allí cantan canciones y nadie descansa, todos están en marcha y hacen sus necesidades en la marcha.

Los niños se asombraron de pensar en tanta gente caminando y activa, y el chico más chico tenía sueño y quería dormir. Por fin se iban a dormir y el señor Ludo se quedaba levantado y conservaba el fuego. Cuando todos estaban dormidos y nadie lo veía, leía un libro con letras rojas y hacía señales

raras, y cuando se quedaba dormido sobre el libro, se abofeteaba y seguía leyendo. Pero nunca nadie, ni siquiera su mujer, supo qué había en ese libro, ni tampoco que lo leía.

Y de día el señor Ludo no estaba en la casa y su mujer debía ir a buscar agua a la casa de los vecinos. Y la mujer al principio iba, pero después mandó a su chico más chico, que traía el agua muy contento. Una noche volvió el señor Ludo más temprano y vio que el chico traía agua en balde y le dijo a su mujer:

—¿Quién debía traer el agua?

Y la mujer bajó los ojos y dijo:

—Yo.

Y dijo el señor Ludo, levantando un dedo:

—Él no traerá agua; él será legionario alpino.

Y entonces el chico, que estaba esperando con el balde en la mano, preguntó:

—¿Qué hago? ¿La tiro al suelo o la devuelvo?

El señor Ludo miró, y era de noche; las casas de los vecinos ya estaban cerradas y se veían algunas luces a lo lejos. Dijo levantando el dedo:

—Sólo esta vez se entrará el agua.

Un día los vecinos vieron cómo levantaban la lona y se iban caminando, llevando la casa como se llevan los estandartes en la procesión. En la espalda llevaban un bulto y todos estaban serios. Así llegaron a un terreno y pusieron la casa. En seguida vino un hombre con la cara roja y les dijo que se fueran. Y el padre muy seriamente mostró una medalla que tenía unas perlas muy viejas. El hombre miró un rato las perlas, y dijo:

—No me importa.

Y entonces el señor Ludo y todos los demás siguieron llevando la casa hasta encontrar otro terreno libre, y cuando lo encontraron, cansados como estaban, pusieron en seguida la casa. Y cuando entraron y estaba la lona puesta, vieron que estaba lleno de estiércol de caballo, y tuvieron que irse a otro lado. Era de noche, y aprovecharon para quedarse en un terreno, y a la mañana siguiente, la primera vecina que se despertó llamó a las demás y se pusieron a espiar hasta que vieron aparecer la primera cabeza. Era el chico más chico, y en seguida se metió adentro. Después su madre lo mandó a

buscar agua y los vecinos no le dieron, y esa noche se tuvieron que mudar de allí.

Al fin el señor Ludo tuvo que vender su medalla con perlas y le dieron un terreno, pero en el terreno también tenían que estar dos caballos y una conejera. El más chico se había hecho un agujero para espiar a los caballos y los conejos, pero el agujero casi no se notaba. En ese tiempo también tuvieron botas nuevas y el señor Ludo compró un perfumero y todas las tardes echaba perfume por la casa y a veces, al aire. Todos quedaban con mucho olor a ese perfume y estaban contentos, y la mujer también, porque tenía una alfombra nueva y había comprado un pescado. Comieron el pescado crudo y el señor Ludo lo partió en trozos y puso la sangre en un baldecito. Después todos se lavaron, y en esa casa siempre se lavaban con agua y nunca con jabón.

Una vez salieron todos a caminar, uno detrás del otro, y llevaban bolsas chicas. El hijo menor tenía la bolsa más grande y era porque había agarrado un conejo de la conejera. Él había mirado la conejera y se había dicho:

—Hace mucho que nunca tengo un conejo.

Y entonces lo embolsó. Cuando iban caminando por la calle, abrió la bolsa para mirar el conejo y se le escapó, y no podía decirle al señor Ludo que su conejo se había escapado. Entonces, en puntas de pie, sin decir nada, se fue a buscar el conejo y se dijo:

—No voy a volver hasta que lo encuentre.

Y lo buscaba y no lo encontraba. Los otros hermanos no dijeron a su madre que el más chico se había ido y, como a una señal convenida, se fueron para el otro lado, sin hacer ruido. Al doblar, la madre se dio cuenta y se cubrió los ojos. Empezó a llorar y a gemir, y el señor Ludo, sin darse vuelta, le dijo:

—Usted también puede irse.

Y la madre se fue, y lloraba y gemía.

El señor Ludo se fue a su casa, perfumó todo y se puso a leer de día ese libro que sólo leía de noche, y leyó mucho tiempo, y cuando llegó la noche, salió y llegó a una plaza. En un banco estaba sentado un hombre que leía el diario, y el señor Ludo se le sentó al lado. El hombre del diario lo miró y el señor Ludo le dijo:

—Pronto iremos a las montañas a combatir contra las tribus de los que

llevan penachos. Yo soy legionario alpino.

—Ah, es legionario alpino —dijo el hombre del diario, y siguió leyendo.

—Allá todos los que amasan el pan sin levadura son mandados a Siberia —dijo el señor Ludo con orgullo.

Y el hombre del diario dijo:

—Ah, a Siberia —y siguió leyendo.

—Los moribundos están todos en un lugar, para tener el consuelo de los otros moribundos —dijo mirando a lo lejos.

—Claro —dijo el hombre del diario, y se fue.

Mucho tiempo se quedó el señor Ludo en el banco de la plaza y luego se fue a su casa caminando despacio y no decía a nadie que siguiera, ni que doblara las esquinas.

Cuando llegó a su casa sintió ruido adentro y pensó que a lo mejor había ladrones.

Un rato estuvo pensando si entraba, y por fin entró. Adentro estaba su hijo más chico, dormido al lado del conejo. Quiso sacarle el conejo con suavidad, y el conejo también estaba dormido. Cuando quiso sacarle el conejo, el chico se despertó y aprestó el conejo contra sí, y después se durmió otra vez.

El señor Ludo leyó otra vez a la noche ese mismo libro de letras rojas que ya había leído a la tarde, y después avivó el fuego.

# El amor

## La gente de la casa rosa

Había una vez una casa rosada que se había puesto un poco verde. No tenía verja, ni portón, ni ventana grande. Adentro tenía chanchos y floreros de porcelana muy viejos, y grandes cortinas amarillas que se corrían con una cuerda que nunca andaba y siempre se rompía. Toda la gente que pasaba sentía mucho olor a cordero y a veces a cabra, pero los vecinos sabían que allí no cocinaban cordero ni cabra y que era el olor que había siempre. También había olor a lirios, porque en el jardín tenían lirios, junquillos y rosas enanas. En el jardín sacaban las hojas con un rastrillo y estaba todo liso, pero en el fondo guardaban los instrumentos rotos y los hilos viejos. Allí no llevaban nunca a nadie porque podían enredarse cuando caminaban.

En esa casa vivían la madre, el padre y la hija. El padre tenía bigotes y dos ojos en forma de bolitas negras y los labios tan colorados que parecían pintados. A veces no conseguía trabajo, pero cuando traía algún adorno para la casa, era que había conseguido trabajo. Él nunca quería comprar escobas y por eso la madre lloraba afligida en un rincón y no se alegraba cuando él traía chanchos de porcelana, y suspiraba. Entonces el padre decía:

—Sí, ya sé que faltan escobas.

Y la madre se iba a un rincón y se quedaba en la sombra, porque ella sólo hablaba para decir que no había escobas.

Pero el padre hablaba muchas veces con la hija que tenía dieciocho o veintiocho años y siempre se hacía unos rulos en la cabeza, que eran como esos pitos largos de carnaval que se enrollan, cuando no están del todo enrollados. Era muy blanca y a veces se ponía vestidos violetas, pero se le ensuciaban en seguida, porque el violeta es un color delicado.

Ella hablaba con el padre y le contaba cosas de los novios de las otras muchachas, porque ella no tenía novio. Entonces el padre le decía cuáles novios querían casarse con las muchachas y cuáles no, porque ella le contaba cómo pasaban las cosas.

La madre se quedaba siempre en la sombra y a veces interrumpía para

arreglar el vestido violeta con un golpecito, y la chica le daba un golpecito en la cabeza a la madre y seguía escuchando al padre.

La chica decía a veces algo secreto a su madre y ésta se lo decía al padre y así se divertían mucho, y esa gente siempre se decía secretos y a veces iban por la calle y para que la gente no los oyera, se decían secretos y después se reían fuerte y miraban para todos lados. La madre nunca inventaba secretos, ella sólo los escuchaba y estaba contenta porque se reían y porque todo marchaba bien.

Cuando la madre había conocido al padre, él tenía los labios muy rojos y los ojos como bolitas, pero sabía hablar muy bien y decir versos y casi nunca conseguía empleo, pero decía versos a la luz de la luna, y después se reía mucho y se mordía los labios colorados. La madre era pobre y lo admiraba mucho y por eso se casó y tuvieron esa hija que se llamaba Florentina.

Cuando Florentina iba a la escuela nunca llevaba caramelos y siempre les pedía a los demás, y los otros a veces le daban y a veces no. Entonces ella contaba cuentos malos que había aprendido de un primo que tenía doce años, y después le daban caramelos. En la escuela aprendía casi todas las cosas, pero no se acordaba de los nombres de las batallas y decía nombres parecidos, pero distintos, y los chicos se reían. También llamaba a las cosas con nombres raros, que los otros no conocían y decía “entreverado” en vez de decir “mezclado”. Entonces los chicos decían que entreverado no quiere decir mezclado y la preguntaban a la maestra, y la maestra decía que sí. Entonces Florentina decía:

—¿Vieron? Vale igual.

Y todos miraban con curiosidad y también con desconfianza. Ella fue la primera que se soltó las trenzas y se hizo grandes rulos, pero la madre le ponía una red en la cabeza para que no se le deshicieran. Los otros se reían mucho en la clase porque tenía la red puesta, pero ella en el recreo se la soltaba un poco para que vieran los rulos que tenía debajo. Pero a veces había humedad y tenía que tener cuidado porque se le deshacían.

Después siempre se hizo rulos y ya el pelo tenía cierta consistencia y cuando se peinaba, el padre y la madre la miraban enternecidos y ella les sonreía.

Una noche el padre no había conseguido empleo pero tenía cincuenta pesos

y se emborrachó. Esa noche volvió borracho a su casa y la mujer se puso a llorar. Como la mujer lloraba, cuando se despertó al mediodía, se fue a emborrachar otra vez y se quedó dos o tres días mareado. Ella no quería que la gente se diera cuenta, pero como lloraba mucho y no había comprado la leche, la gente se dio cuenta igual. Después le dio una píldora y el hombre se quedó dormido.

Y como no conseguía empleo, la chica tuvo que salir a trabajar. Y entonces trabajaba en una casa donde vendían perfumes con tapa colorada. En ese lugar trabajaba un muchacho alto y delgado, que tenía ojos oscuros y la piel casi transparente y a Florentina le gustó y lo empezó a mirar. Y después Florentina se hacía los rulos con cuidado y se ponía un poco de perfume detrás de las orejas. Cuando ese muchacho se dio cuenta de que lo miraban, la miró y siguió atendiendo a la gente. Él vendía jabones y Florentina no precisaba jabón, pero pensó:

—Le voy a comprar un jabón.

Y fue caminando, se ajustó el cinturón y le dijo si le vendía jabón, y él le vendió y le preguntó si era nueva, y ella le dijo que sí. Se puso muy colorada y él la miró sorprendido.

Después, cuando ella no tenía clientes, se iba a charlar con él que tenía muchos clientes, y una vez él le dijo:

—Ahora estoy ocupado.

Pero después se arrepintió porque no había sido amable y se fue a conversar con ella, y ella se puso muy contenta. Todos los días lo iba a buscar y a veces lo acompañaba unas cuadras porque le gustaba mucho. Ella les contaba a sus amigas que tenía un novio hermoso y cuando le preguntaban cuándo se iban a casar, decía:

—¡Quién sabe! Todavía falta.

Y le contaba al padre cómo pasaban las cosas y el padre le explicaba, y la madre le planchaba todos los vestidos y le emparejaba el pelo.

Pero ese muchacho era muy distraído y a veces se olvidaba de saludarla, pero ella igual lo iba a visitar.

Así pasó un año y ella le dijo un día que lo quería mucho y que por él estaba dispuesta a todo. Él se espantó y se fue caminando ligero y ella lo siguió. Entonces él la miró con curiosidad, como cuando los chicos la miraban en la escuela, y se quedó con ella. Esa noche ella quiso pasar la noche con él, y se dio cuenta de que ella había sido la novia de él, pero él no,

y se fue muy triste para su casa, porque ya no tendría ninguna historia de novios para contar a sus amigas.

Cuando el padre supo que Florentina tenía novio se puso muy contento, porque él quería hacer una fiesta de casamiento grande y que todos se quedaran asombrados, y entonces se puso a trabajar para juntar plata para la fiesta de casamiento. Y trabajaba todos los días y nunca se emborrachaba y ahorraba todo y, a veces, le compraba escobas a su mujer, que ahora estaba contenta.

Un día vino borracho a la casa y la mujer se puso a llorar sin preguntar nada, y cuando vino Florentina, le dijo que no quería verla ni aunque se muriera, y le contó a su mujer lo que había hecho Florentina. Su mujer lloró por mucho tiempo y Florentina anduvo dos días por la casa sin que nadie la mirara y con los rulos deshechos.

Habían pasado quince días desde que el padre había vuelto borracho, cuando recibieron una carta de la tía del campo para pasar las vacaciones. La madre miró la carta y dijo:

—¿Cuántos años hace que no vamos a lo de Julia?

—Tres.

—¡Cuánto tiempo! Y dice que Juan está enfermo.

—Sí. Y ellos vinieron cuando se murió la abuela.

—Hay que ir, si no van a pensar que somos maleducados.

Entonces el padre llamó a la pieza de Florentina y dijo:

—Vamos a lo de la tía Julia de visita. Prepárese.

Y Florentina se hizo los rulos, pero no quiso ponerse perfume y salieron. En el camino no hablaron casi nada y cuando llegaron al tren, se sentaron. Florentina tenía un vestido almidonado que hacía un pico y su madre se lo aplastó y su padre lo vio y se puso a mirar por la ventana. De vez en cuando miraba a su hija, pero Florentina estaba muy dura y quieta y había puesto la valija en el pasillo. Una señora se cayó y empezó a gritar y les dijo maleducados y llamó al guarda. El padre discutió mucho con el guarda y decía:

—Mi hija la puso cerca de su asiento. ¿O se cree que es una maleducada?

Y el guarda le quería hacer sacar la valija, pero el padre no quería y dijo:

—Vamos, hija, vamos.

Y Florentina dijo:

—Papá tiene razón.

Y el padre dijo:

—Nos vamos a bajar de este tren.

Y le dio el brazo a Florentina y con el otro llevaba la valija. Y se fueron caminando a la casa de la tía del campo, y por el campo se decían secretos, aunque no había nadie y la madre se reía porque todos se reían.

# Turismo

## **Un viaje a Bahía**

El error en realidad fue ir a Bahía porque había antigüedades y pobreza. Mis propósitos no eran exactamente esos, más bien me estaba escapando, pero con tal inercia, que el único modo de haber hecho turismo en Bahía como es necesario hubiera sido sobre una silla de ruedas. Impulsando con diligencia mi silla de ruedas, yo hubiera recorrido las callecitas antiguas y tal vez hubiera entrado en alguna iglesia. Pero no entré en ninguna y recorrí con muy poco abandono las calles y el puerto. Cuando iba al puerto y me sentaba un rato en la costa, esperaba vagamente que viniera un Zeppelin, piloteado por dos hombres franceses de bigote, y que se incendiara en el aire o acuaticara y yo y toda la gente, todos los negros, fuéramos a recibirlos con grandes fiestas, comidas, etc. Como eso no ocurría, me iba a mi pieza a leer el diario de Bahía y buscaba mucho color local en el diario. Generalmente no lo encontraba, y cuando lo encontraba, decía: “Esto tiene color local y lo podría guardar”. Después terminaba envolviendo con el diario toda una cantidad increíble de basura que yo dejaba en el piso y la tiraba a un canasto de basura que era la cosa más triste y mezquina de este mundo. La mía era una pieza que si uno no se había decidido a tenerla para siempre, por elección, para morirse por ejemplo, no se sabe qué relación podía tener con el turismo. Daba la sensación de que en cualquier momento podía entrar alguien; podía entrar el hombre bizco con un ojo azul y otro marrón que hacía la limpieza usando como balde una lata enorme; venía y me mataba o me dejaba encerrada con llave, sola. De modo que en los momentos de cordura, yo abandonaba la pieza, me iba a bañar y lavar la cabeza al baño, que tenía una enorme ventana que nunca se podía cerrar bien, que daba al mar, con una vista muy hermosa, pero yo no podía prescindir de que estaba en el baño y que en ciertos momentos tenía que cerrarla, porque no quería que me viera un barco desde lejos. Una vez, sin embargo, que ya estaba bañada y limpia, me senté en el suelo del baño y me puse a mirar un ratito el puerto y todo, hasta que me di cuenta de que estaba mirando y dije: “Se me hace tarde”. Decir “se me hace

tarde” es una costumbre saludable cuando uno tiene algo que hacer, pero mi imaginación no me proponía más que comer o tomar café, comprar el diario y encontrar a un pintor argentino muy famoso que yo, sin conocerlo, imaginaba viejo pero conservado, con barba, pipa, recursos, pintamonas o pintabarcos. A pesar de eso hice un montón de gestiones para conocerlo, pero sin ningún resultado. Iba veinte veces con cara de culpa a la librería que estaba al lado del hotel, donde se harían tertulias literarias, pensaba, preguntaba por él y me decían que ya no estaba. Hasta en el Banco pregunté por él y me atendió el gerente. Me dio un poco de miedo, pensé que me iba a cobrar alguna cosa o descubrir que yo no tenía fondos, por ejemplo. Al pintor, como es natural, no lo encontré. Cuando volvía de no encontrar al pintor, me encontré con una conocida de mi adolescencia, que estaba buscando antigüedades y folklore.

—¿Qué haces en Bahía? —le pregunté.

Entonces me dijo que hacía dos meses que estaba y que si por ella fuera, viviría toda la vida allí. Yo, en un ataque súbito de valentía le dije que yo no, pero igual, por cortesía, no me pude negar a ir al lugar donde ella vivía, donde había piezas en la parte alta y abajo era un museo, todo lleno de antigüedades. Un poco por cortesía y otro poco por cumplir, como se dice, pensé: “Ahora veo todas las antigüedades juntas y ya está”. Además, hacía muchos días que no hablaba con nadie y quería contarle que se me había roto la pileta de la pieza y había corrido el agua por el piso, cosa que tomé con bastante naturalidad. Fuimos entonces al museo. A pesar de que los pisos estaban deslumbrantes, todo muy limpio, los trajes coloniales me parecieron un poco sucios, pero había algunos muy hermosos. Además no se podía fumar. Si me hubiera podido sentar en el suelo y, fumando, mirar un poco todo, tal vez la visita hubiera sido distinta. Después salí y no vi más a mi conocida y viví como los días anteriores, salvo que iba y venía muchas veces de una estación lejana, donde tenía que tomar el ómnibus de vuelta.

El último día que me tenía que quedar, me sentía llena de melancolía y esperanza; tomé una cosa distinta de un café, agua mineral, pero también tenía mucha sed y calor, pero no eran obstáculo para mi melancolía y mi esperanza. Dejé la billetera sobre el mostrador y me robaron el dinero que tenía para la vuelta, que era poco. Estaba bien así. Mejor que me lo hubieran robado; no tenía dinero y ahora debía pensar en conseguirlo.

Era el momento de poner a prueba mi espíritu de aventura y mi eficiencia, cosas de las que siempre desconfié, pero mi melancolía y mi esperanza me

decían que algo nuevo iba a ocurrir, y que yo seguramente iba a recibir ese dinero y de sobra para volver. Algún ángel se iba a hacer cargo de mí. Pero hacía calor y estaba un poco cansada. Volví al hotel y miré lo que tenía para vender; tenía un pañuelo blanco para la cabeza muy lindo, todo sucio, y un disco de un baile del lugar, que la gente de Bahía seguramente no querría comprar.

De pronto se me ocurrió una idea luminosa. Yo había observado muy atentamente el día anterior una cosa insólita. Una mujer, de pelo casi rapado, huesuda, con un pijama que le llegaba a las rodillas, zapatos abotinados y anteojos. Se acercó a grandes trancos a la portería y dijo que en su pieza había un ratón y que no lo podía tolerar. No estaba alterada, era simplemente una cosa que no podía tolerar. El negro, que la atendió sonriente, pensando que un ratón se puede tolerar y que a ella también se la podía tolerar, fue a ver el ratón y lo echó. Yo espí qué pieza era, y era la de al lado de la mía.

No le di importancia a eso. Cuando pensé en vender, dije: “Ya sé, a ella le voy a vender el pañuelo y el disco”. Pensé que una mujer así, lo menos que podía hacer era comprármelos; ya bastante sacrificio hacía yo desprendiéndome de eso.

Cuando le fui a vender el pañuelo y el disco me emocioné; pensaba que era una pobre persona que debe vender cuanto tiene y me acordaba de Dostoievski.

Casi temblando fui con el pañuelo y el disco; su cara mostraba la indiferencia más absoluta y me dijo que no me compraba nada porque no usaba pañuelo en la cabeza y no compraba discos; me asomé y me sentí tan humillada que me fui casi llorando; no solamente ningún ángel me había dado el dinero, sino que esa especie de marciana me lo negaba con tal seguridad que me hacía pensar que tener un disco y un pañuelo era una cosa ridícula. Y además agregó:

—Pero le puedo dar el dinero.

Me fui violentamente, sin saludarla, dispuesta a pedir plata al chofer del colectivo o a un mendigo. Cuando me vio así, me siguió, reflexionó un poco y dijo:

—Vamos a conversar.

Yo podía no haber conversado nada, pero mi violencia se convirtió en curiosidad. “La marciana quiere conversar”, pensé.

—Bueno —dije.

No me acuerdo cómo empezó las averiguaciones, pero sé que la conducían a saber que yo era una persona letrada y me enteré de que ella también era una persona letrada, que estaba en Bahía para estudiar folklore y antigüedades, y que iba a ir a Buenos Aires. Por mi parte la cosa no hubiera pasado de ahí, si no fuera porque quería averiguar qué relación había entre una persona letrada y la intolerancia de un ratón y, por otra parte, escuchaba una voz que me decía: “Tenés que mostrarte muy inteligente para ganar el dinero; si no te mostrás inteligente no te van a dar el dinero”.

Sentí un poco como si participara en un torneo, y ella fuera la Reina de Corazones de *Alicia en el país de las maravillas* y yo, por qué negarlo, un poco Alicia. Al mismo tiempo su rigidez era tan perfecta que si en ese momento me hubiera demostrado toda la sabiduría del mundo y me hubiera demostrado con esa calma la cuadratura del círculo yo no me hubiera asombrado para nada.

Algo siniestro me decía que tenía toda la sabiduría del mundo. Su enorme cabeza cuadrada había pensado en todas las cosas que hay que pensar: geografía, historia, matemáticas y también el corazón humano. Cuando llegamos al corazón humano, siempre en un terreno de generalidades decorosas y tanteo expectante y objetivo, me ensombrecí y después sonreí, pero una voz tenaz me decía: “Adelante”.

Cuando me dije “adelante” en seguida ensayé el placer de manejar la situación; yo podía efectivamente decir cosas brillantes, pero noté al momento que no servía para nada; era como si otra persona estuviera hablando; hice una pausa y la miré bien; noté una cosa curiosa: estaba sentada en la cama con las piernas muy juntas, con su pijama, y limpiaba cuidadosamente sus anteojos, con cierta humildad, y tenía los pies juntos y una pulserita de oro que llevaba un poco alta en el brazo, en la que no había reparado, y sus ojos azules y pequeños, un poco cansados, le daban un aire desolado y al mismo tiempo la devolvían a su infancia, una infancia en Alemania, seguramente, donde su padre, por qué no, a lo mejor la quería.

Me callé completamente y se hizo una pausa.

—Bueno —dije—, me voy a acostar.

Se dirigió a la mesa, tomó la billetera y me dio el dinero.

Así es, allí estaba el dinero, hablé de modos de devolución, absolutamente inconexos.

—Por favor —me dijo—, y vi que su cara se retraía y, sin perder la firmeza,

se ponía un poco pálida.

—Bueno —dije yo sonriendo y tratando, con cierto esfuerzo, de dar calor a lo que decía—. Hasta Buenos Aires.

—Así, sí —dijo ella—. Hasta Buenos Aires.

Me fui con un peso más y un peso menos.

## La elevación de Maruja

En un barrio de clase media acomodada sin pretensiones, vivía don Arturo, industrial jubilado. Los departamentos de la cuadra eran amplios, silenciosos y viejos, como si fueran ciegos a las cosas que pasaban en la calle; la calle, por otra parte, estaba poco iluminada. El departamento de don Arturo tenía mármoles negros en la base, y en el pasillo de entrada una araña con caireles, vieja y ostentosa. En el pasillo había un olor que desconcertaba un poco: no era a comida ni a perfume, sino a algún remedio lechoso que impregnaba las paredes. Don Arturo había sido dueño de una pequeña industria y a su trabajo iba a la mañana, a la tarde y a veces a la noche. No se hacía problemas por firmas, papeles, ni esperaba ansiosamente cuando alguien estaba a punto de defraudarlo. Su frase favorita era “Palabra de caballero”. Y si alguien no cumplía o no pagaba, decía “No es un caballero”. Lo despreciaba momentáneamente y después, olvidaba. Pero ahora, a quien no podía olvidar era a su mujer. Se había muerto hacía un mes; se llamaba Ema y dependía en todo de él: él le había enseñado a comprar con sistema, como decía; no hoy una papa, mañana 2kg. de arroz; compraban para toda la semana y en cantidad abundante. También le enseñó a ella que el dinero tiene un valor funcional, que no hay que asustarse cuando se acaba, porque se acaba y después aparece; no bien aparece se gasta sin parar, eso sí, con sistema. No tenían hijos, tenían una perra, Pipa, y un loro. La perra dormía en la cama con ellos y el loro estaba en el patiecito; pero al atardecer, cuando esa luz amarilla de la calle se iba apagando y la oscuridad se extendía a ese patiecito gris y encerrado, ponían al loro en la cocina y le daban alimentos especiales para loro. Estos animales eran tratados como si fueran hijos, y si en algo estaban de acuerdo don Arturo y Ema, era en que los animales entendían todos los problemas humanos que merecían ser entendidos; por ejemplo, entendían cuándo estaban alegres o enojados. Estos animales eran considerados “temperamentales” y se discutía largamente las características de los respectivos temperamentos. Ema sostenía que la perra era del tipo sagitario, mientras que el loro encajaba mejor en libra.

Hacía diez años que Ema tenía dolores varios y alternados: la cabeza, el

estómago, el cuello, los tobillos. Estos dolores venían siempre a lugares distintos, pero ya fuera que a ella le doliera el pie, el codo o la cabeza, su aspecto era siempre el mismo, como si estuviera traspapelada, sentada en una silla al lado del loro y la perra. Don Arturo le traía los remedios, y cuando ella se sentía mal, le pintaba las uñas. El primer médico que tuvo era uno joven, de anteojos. La examinó con diversos aparatos y dictaminó una enfermedad muy complicada: tenía que tomar como diez remedios diferentes. Explicó científicamente los síntomas de la enfermedad, de modo que algo comprendieron y quedaron conformes. Ema iba controlando el efecto de cada remedio en su cuerpo y llegó a la conclusión de que uno no le hacía bien, y sin decir nada, dejó de tomarlo. Los dolores habían aminorado un poco, posiblemente porque Ema estaba distraída tomando pastillas, supositorios y comprimidos en forma de pequeñas balitas de todos los colores. Pero cuando el proceso de tomarlos se hizo mecánico, se aburrió porque no tenía en qué pensar ni ganas de salir. Un día le dijo al médico:

—Suprimí la Pirodixina.

Entonces el médico, como si encontrara justificación a un enigma, dijo:

—¡Con razón! Usted se ha venido perjudicando todo este tiempo porque justamente la Pirodixina es la que ayuda a la metabolización basal y fundamental del resto de elementos.

Y después la retó. Se puso entonces a tomar ese remedio, que tenía un gusto horrible y venía en un frasco marrón de aspecto espantoso, fabricado como para que nadie dude de que un remedio debe ser un castigo. Y los dolores aparentemente desaparecían, pero era como si tuviera una persona agazapada adentro de ella que estuviera siempre dispuesta a producir nuevas manifestaciones. Tenía que estar alerta, porque nunca se sabía cuándo esa enemiga le iba a mandar dolor de pie o de ojos. Entonces Ema decidió que ese médico no servía y quiso ver a otro. Arturo trajo inmediatamente otro, que cobró mucha plata y dio un diagnóstico completamente diferente del anterior.

Ema preguntó tímidamente:

—¿Cómo puede ser, doctor?

—Señora —dijo el doctor muy digno—. Yo soy responsable de lo que hago y digo, no de los demás. Ahora si ustedes no tienen confianza en mí...

—Pero cómo no, doctor —dijo don Arturo, que siempre tenía confianza en las cosas nuevas—. Además, el proceso ha variado con el tiempo. ¿No es así?

—Es obvio —dijo el médico.

Este médico no revisaba ni auscultaba mucho. Curaba más bien por control remoto, lejano, se lo veía muy espaciadamente, hablaba poco y recetaba poco. Como el consultorio de este médico tenía pocos instrumentos y mucho más viejos que los del joven, Ema decía:

—Se ve que no precisa tantas cosas. Claro, el que tiene cabeza, guarda la ciencia en la cabeza.

Además Ema decía:

—Da unos golpes acá (se señalaba el cuello) bien secos y muy precisos. Qué, ni comparación con el otro.

Pero ese médico se fue becado a Estados Unidos, y la vio solo dos o tres veces. El tercer médico la miró gravemente a los ojos y le dijo:

—Señora, usted está muy enferma. Atienda por favor lo que le voy a decir.

Y Ema atendió desde el fondo de su alma, sentía que todo su cuerpo se excitaba casi con placer, y no atendía más que al médico.

Un tiempo estuvo mejor, pero después a Ema le volvieron con fuerza esos dolores, y ya no quiso ir más al médico. Ahora ella pensaba que el loro y la perra estaban enfermos y muy viejos, y ella les daba los remedios que había ordenado el primer médico, el joven; la perra y el loro tomaban en dosis para chicos. Ya ahora no auscultaba más la mejoría o el empeoramiento en sí misma, había aprendido a convivir con sus dolores. Ahora observaba los síntomas perfectamente en el loro y la perra. Cuando venían visitas y le preguntaban por sus dolores, ella decía con un tono entre displicente y aburrido:

—Ahí andan, che.

Como si fueran viejos e ingratos, que se olvidarían de visitarla, pero no por eso dejaran de existir.

Don Arturo estaba jubilado y arruinado, pero seguía activo, aconsejaba a otros industriales que estaban en actividad, lo llamaban por teléfono para preguntarle, y él, en seguida iba a buscar lápiz y papel para anotar. Ahora él iba al mercado y le gustaba comprar cosas complicadas y caras: compraba endibias, caracoles, lomo de solomillo, etc. Volvía a grandes pasos, ponía todo en la pileta de la cocina, abría la canilla como para limpiar el pescado o las verduras, y los dejaba allí con la canilla abierta. Y Concepción, la muchacha, se encargaba de verificar si les correspondía o no agua, porque él se iba al living a revisar papeles que tenía desparramados por todas partes.

Parecía que tuviera hormigas en el traste. Cuando Ema y don Arturo eran jóvenes, Ema lo miraba ir y venir y se llenaba de orgullo, como si fuera ella la que iba a la calle y hacía todas esas cosas y negocios. Ahora la actividad de él la cansaba y la irritaba un poco, como si hubiera querido que él se quedara un poco quieto. Finalmente terminó por mirarlo como a alguien que tiene su ley propia, y modificarlo sería tan imposible como pretender rehacer un colectivo, por ejemplo. Entonces no reparaba más en él. Y él cuando la veía pálida y quieta, le decía:

—Te voy a pintar las uñas.

—No —decía ella, débil pero definitivamente. Entonces él se iba a controlar si el loro había comido.

\* \* \*

La perra se murió a la semana de morir Ema y don Arturo consideró que todo era un rudo golpe para el loro. El loro estaba cada vez más amarillo, de modo que lo mandó al campo, a Navarro, a la casa de unos parientes. Además él no podía soportar mirarlo, la presencia del loro le fomentaba locas esperanzas de que la perra y Ema estuvieran vivas. Si el loro antes estaba cuando estaban ellas, estaba vivo aunque estuviese todo descangallado, ahora, en cualquier momento aparecían Ema y la perra.

Se empezó a sentir desasosegado en el living, pero de todos modos era el lugar donde mejor se encontraba; las piezas parecían habitadas por espíritus nuevos y peligrosos y la cocina nunca fue lugar de su competencia. Ahora se volvía un lugar un poco inquietante, porque estaba Concepción que venía para hacer las tareas; pero don Arturo antes nunca había reparado en ella. Comenzó a considerarla como operaria, mirando con cierta curiosidad el tipo y orden de los trabajos que hacía, tratando de ver qué plan oculto había detrás de todo eso; no comprendió qué objetivo había detrás de todos esos movimientos, de modo que se cansó y se puso a recordar a Ema sentado en el sillón del living. Se esforzaba por acordarse y no podía; se acordaba de cosas que ella solía hacer, pero de su figura, de su forma, no, cuando estaba en el living. La figura de ella se le aparecía en la pieza, a la noche, en colores. Él demoraba todo lo posible irse a dormir.

Cuando estaba en el living contaba el espacio con pasos, a lo largo y a lo ancho, y resulta que no coincidía con las dimensiones que figuraban en la

escritura del departamento. Entonces medía sus pasos, para ver si el que calculaba mal era él. En eso estaba una tarde cuando apareció Maruja, pero Maruja es un capítulo aparte.

\* \* \*

El padre de Maruja era industrial arruinado, como don Arturo, pero se había arruinado mucho antes, de joven. Había comprado hojitas de afeitar a precio muy bajo y como apareció en ese tiempo una hoja de afeitar que duraba toda la vida, llamada la interminable, él se quedó con la casa llena de hojitas de afeitar. Su mujer se llenó de rabia y empezó a enojarse con él y a pelearlo, cosa que hacía ya desde antes: pero si había un tema que estaba prohibido encarar en esa casa, era el de las hojitas de afeitar. Él se ponía pálido, frenético y empezaba a temblar, Pero sí había otros temas sobre los que se podía pelear ampliamente; se levantaban no bien salía el sol para pelear. Vivían en un suburbio de Buenos Aires, lleno de pequeños chalets separados unos de otros por árboles, troncos y caminitos de tierra. Parecían casitas encantadas, parecían las casitas del bosque, pero como había mucho espacio abierto resonaban los gritos del padre y de la madre de Maruja. Ellos eran españoles y la madre de Maruja le decía al padre:

—En España yo tenía piano.

Y eso originaba un largo debate. A Maruja siempre le hablaban gritando, y gritando le decían:

—¡Anda, niña de mis ojos, niña garbosa!

Y también:

—Eres una golfa, eso es lo que eres.

Y Maruja comprendió que solo le hacían caso a ella si gritaba también, o si transmitía algún hecho extraordinario. Entonces ella entraba gritando:

—¡Ahí afuera hay un sapo enorme comiendo bichos, saca la lengua! —y toda clase de hechos insólitos y retocadamente insólitos.

La madre la mandó estudiar danzas españolas y Maruja quedaba muy linda con una flor, las castañuelas y la pañoleta. Eso no era obstáculo para que se fugara al café que quedaba cerca del camino, ponía agua de los vasos en las tazas de café; si veía una botella de Coca-Cola medio llena la tomaba. También subía a los techos. En el chalecito de al lado había un muchacho que se llamaba Ángel, que estudiaba para ser técnico mecánico. A él le gustaba

Maruja porque era linda, pero notó que gritaba mucho. “Debe ser una costumbre de la casa –pensó–. Ahí todos gritan”. Entonces quiso casarse con ella. Empezaron las discusiones de los padres. La madre decía: “Tiene poco estudio, es poca cosa”. Al padre le gustaba y a Maruja le daba lo mismo casarse o no.

Al fin se casaron y tuvieron una nena. Cuando tuvo la nena Maruja empezó a gritar y a gritar y no paraba. Ángel tenía un trabajo peligroso, que era supervisar los palos de la luz; se subía arriba de ellos con guantes protectores, con una escalerita apropiada. Una vez Ángel y Maruja se habían peleado a muerte (ya él dormía en otra pieza y entraba por la ventana y tarde para que Maruja no le gritara) y se subió al palo de la luz sin los guantes protectores y le dio una descarga. Perdió un brazo, y le tomó tal odio a Maruja que no la quiso ver más. Dicen que se casó con otra mujer, que puso una pizzería y le va muy bien. Maruja dejó la nena con los abuelos y vivió los diez años posteriores de modo muy confuso, con gente extraña. Se ignora lo que pudo haber sucedido en ese período, ya que ella no contaba a nadie con quiénes andaba. Parece que hizo algún estudio de danza en ese tiempo, pero cuando cayó en la casa de don Arturo, fue por dos motivos: se enteró de que se había muerto su madrina, quería consolar a su padrino y quería vivir en la casa de él un tiempo para seguir estudios de danza.

\* \* \*

Maruja no vino sola, vino con un muchacho rubio, de unos 25 años, que cuando abrió la puerta y vio a don Arturo contando con pasos el largo del departamento hizo un gesto como diciendo: “Me voy antes de que se dé cuenta que vine”, pero Maruja lo retuvo y se puso a hacerle cosquillas. Don Arturo miró en ese momento, y Maruja se acercó a su padrino para saludarlo, mientras el muchacho quedó plantificado y avergonzado, como si tuviera culpa de algo y esperaba disculparse para irse. Maruja llevaba una valijita de avión y se la había encajado al muchacho. Entonces Maruja y el padrino se saludaron con un abrazo.

—¡Marujita!

—¡Padrinito!

Después don Arturo miró resueltamente al muchacho y le dijo a Maruja:

—Despedí al mandadero.

Y le daba dinero a Maruja para que le diera a él, como propina. Maruja dijo, con voz áspera:

—No es el mandadero, tío, es César.

Y César desde su lugar hacía señas de que no tenía ningún inconveniente en irse, pero era como si una profunda vergüenza lo tuviera plantificado en ese sitio.

—Ándate, corazón —dijo Maruja sin darle el dinero y le dio un beso con ruido. César saludó rápido con la cabeza y se fue a los piques. Maruja no cerró la puerta ni entró la valija, la dejó en el pasillo y parecía una viajera que no está del todo instalada.

—¡Pobre padrino! —dijo—. ¡Cuánto tenemos que sufrir!

—Si lo sabré yo, m'hija —dijo don Arturo.

—¿Cómo si lo sabré yo? —dijo Maruja indignada—. ¿Y yo? Mirá.

Y mostró una mancha rosada en el brazo, que era una prueba de sufrimiento.

—Vos sos egoísta, padrino. ¿Vos te crees que vos solo sufrías? ¿Y el Aníbal, pobre viejo?

—Está en el campo.

Entonces Maruja dijo con voz convincente:

—No podés amargarnos la vida a mí y al Aníbal. No hay derecho. (Aníbal era el loro).

Entonces don Arturo se echó a llorar en brazos de Maruja, pero en el camino del llorar le pasó una cosa extraña: los ojos se le limpiaron en seguida con las lágrimas, y ahora parecía por lo menos contento de haber llorado.

—Concepción —dijo—, dos vasos y una botella de sidra.

—¿Sidra? —dijo Concepción extrañada.

—Bueno, lo que sea, pronto.

—Padrino, yo no doy más del sufrimiento. Yo miro en casa esa foto que tengo con madrina. ¿Te acordás cuando la acompañé a Carhué? (El padrino no puso cara ni de acordarse ni de no acordarse). Sí, cómo no te vas a acordar esa que estoy con malla de camiseta.

Don Arturo se acercó a la cocina porque no venían los vasos; Maruja lo fue siguiendo mientras le decía:

—Padrino, yo quiero elevarme de este estado. No puedo seguir así. En el pueblo todo es más triste, por eso quiero estudiar para elevarme. ¿Vos sabes cómo es el pueblo, no? Y por eso dije: De paso lo acompañé al padrino y

aprovecho para elevarme. ¿No, padrino?

—Me parece muy loable, me parece muy bien. Ahora, eso sí —dijo don Arturo en tono admonitorio. Y con el dedo en alto—: Hay que elegir bien el campo. Circunscribirse a una cosa, y a eso dedicar la vida. Eso es la vocación. Un filósofo famoso ha dicho: “El genio es un 10 % de inspiración y un 90 % de transpiración”.

Maruja dijo:

—Yo me voy a elevar con la danza. Porque...

Don Arturo interrumpió:

—La danza ya se practicaba entre los fenicios, lógicamente, debía ser de características diferentes a la...

Maruja interrumpió:

—No creas que cualquier clase de danza, ¿eh?

Concepción trajo hielo y Maruja no la registró.

—Y después, padrino, talento yo tengo —Maruja hablaba con su voz áspera y las palabras salían como descontroladas, era una voz ronca y ansiosa.

—¿Pero y el envase?

Don Arturo dijo:

—Claro, justamente la base debe ser firme.

—¡Ma qué base! —dijo Maruja—. Yo te digo el envase, la pilcha. ¿No viste ahora cómo vienen los envases de todas las cosas? Vienen lujosos, no medio escrachados como antes. Y una artista no puede parecer medio escrachada. ¿No, padrino?

Don Arturo dijo:

—Disiento profundamente con lo que acabas de enunciar. Un artista, un político, un pedagogo, en fin, cualquier eminencia, triunfa por su eminencia y nada más. Y tenemos el caso de Einstein, que usó el mismo pullover durante treinta años; Madame Curie, que salía de su casa y se olvidaba hasta de peinarse, porque estaba pensando en cosas más elevadas. Elpidio González, gran estadista argentino, ¿qué hizo en su vejez? Iba con un traje viejo y una valija más vieja todavía, casa por casa, para vender anilina.

Y suma y sigue, y suma y sigue, y suma y sigue.

Como si lo que él dijera confirmara lo que Maruja estaba pensando, ella dijo:

—Por eso te digo. Ahora, ¿ellos qué son? Todos fiambres, ¿no?

Entonces don Arturo, con aire de poner el dedo en la llaga, dijo:

—Careces de rudimentos de cultura general. Una persona con rudimentos de cultura general, jamás denomina de ese modo a una eminencia.

—¡Señora! —gritó Maruja a Concepción como si estuviera muy lejos y Concepción apareció. Cuando apareció, le preguntó:

—¿Cómo se llama, señora?

—Concepción —dijo Concepción con reserva.

—Bueno, señora Concepción. ¿Me trae otro vaso de este vino? Está bueno.

Don Arturo dijo:

—Es un Gamba de Perniche, cosecha 1932. Hija, hace de cuenta que estás en tu casa.

—Seguro —dijo Maruja. Pero la valija todavía estaba en el pasillo y la puerta medio abierta.

—Voy a anotar el equipo de danza.

Maruja sacó un lápiz y un papel y anotó todo lo que precisaba para la danza. Don Arturo se puso a leer en el diario el artículo de fondo, porque él siempre leía el artículo de fondo. El de ese día era “El monocultivo del sorgo en las regiones húmedas no costeras”.

Don Arturo dijo:

—Señora Concepción, venga un momento, escuche.

Concepción apareció con un repasador en la mano.

—Atiendan esto.

Maruja levantó la vista y vio que don Arturo estaba leyendo el diario: entonces siguió anotando los elementos que precisaba para la danza. Concepción se quedó un momento parada, como desconcertada. Don Arturo empezó a leer:

—“El cultivo del sorgo en las provincias húmedas se ve perjudicado por agentes patógenos, endógenos y exógenos. Los endógenos son en cierto modo controlables teniendo en cuenta las pautas de cultivo que tienden a una unificación de criterios de laboreo básico: los exógenos provienen de fuentes muy dispares entre sí, como las precipitaciones pluviales sólidas y líquidas, las corrientes marinas y aéreas y un sinnúmero de imponderables entre los que encontramos los cataclismos, maremotos y la experimentación misma del hombre con el suelo y el aire, sea esta de carácter bélico o no bélico”.

Concepción, cuando don Arturo estaba leyendo lo de los factores exógenos, como vio que él no la miraba, se fue acercando a la cocina y desde allí secaba los platos, pero mirando un poquito para el lado de don Arturo, como para

hacerse visible. Maruja siguió anotando: una malla verde, una violeta y zapatillas doradas, de esas que tienen como un polvo de oro alrededor y debajo.

—¡Padrino! —gritó Maruja con su voz áspera y con un tono de nena incordiosa.

—¿Para qué es el polvo dorado de las zapatillas?

—Para no resbalar —dijo don Arturo sin mirarla, como quien atiende dos cosas a la vez, y luego releyó en voz alta otra cosa que le llamó la atención.

La ventana estaba abierta y hacía calor. Se hacía de noche ya, y a lo lejos se veía un cartel luminoso rojo, como una bola de fuego que giraba en un sentido y en otro. Más alto que ese, otro que simulaba un rayo que desaparecía y aparecía en distintos colores: amarillo, verde, violeta y colorado.

\* \* \*

Se acercaba Navidad y Concepción le dijo a don Arturo:

—Quiero ir a Santiago, a ver a los chicos.

Don Arturo dijo:

—¿Cómo es que se va así como así, de buenas a primeras?

Concepción dijo:

—No es así como así, quiero ver a los chicos.

Don Arturo dijo:

—Usted conocerá este proverbio, Concepción: “Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma”.

Concepción no dijo ni sí ni no.

—Entonces —siguió don Arturo— ¿qué problema tiene en traer a los chicos acá? Creo que hay lugar suficiente.

Concepción dijo:

—El más chico ha contraído enfermedad, parece.

Don Arturo, siempre optimista, insistió:

—Pero Concepción, acá están las más grandes eminencias entre los médicos, acá en Buenos Aires están todos los implementos para curar.

Concepción insistió:

—Tengo mi mamá allá.

Y fue toda una larga conversación para que se quedara, pero ella no transó.

Maruja, que llegó al final, dijo:

—Padrino, que haga como quiera. Si quiere quedarse, que se quede, y si no que se vaya. (Esto último lo dijo con más énfasis). Lo que sí, podemos hacer la despedida de doña Conce de paso que es Navidad, ¿no?

—Queda a tu criterio —dijo don Arturo.

Maruja empezó a revisar la casa, para ver si había elementos para decorar. Encontró un pesebre muy viejo y muy gastado; en ese pesebre la oveja estaba mustia, y de lejos el conjunto parecía un promontorio confuso y triste: no se distinguía demasiado la oveja del pastor de la virgen.

Entonces Maruja dijo:

—¡Esto es un escracho, todo estropeado!

Y le pidió plata a su padrino para comprar un pesebre nuevo y un árbol de Navidad grande; porque don Arturo y Ema ponían, cuando se acordaban, un arbolito chico y tímido, con muy pocos adornos. Al día siguiente, le pidió plata para comprar mallas, zapatillas de danza y algunos vestidos, porque se le habían gastado.

—Un momento —dijo don Arturo—. Hay que comprar con sistema. No es posible salir a la calle y comprar hoy un árbol de Navidad, mañana una cebolla, pasado mañana un vestido. Usted me dice todo lo que precisa este mes. Yo le entrego el dinero, y no precisa salir a la calle cada dos minutos para comprar una minucia.

Maruja hizo una lista enorme de cosas necesarias y don Arturo le entregó una enorme cantidad de dinero que sacó del banco, un dinero que le había dado para custodiar un amigo próspero que había viajado a Europa por un tiempo. Maruja se compró un vestido de fiesta, un pesebre con las figuras de tamaño casi natural, y un árbol de Navidad. En el pesebre, la Virgen María, San José y el niño tenían un halo de metal que se apagaba y se encendía; el cencerro de los pastores también y hacía ruido al encenderse. El árbol de Navidad tenía guías de nieve gruesas y ramas plateadas y globos luminosos grandes como pomelos.

Don Arturo no estaba disconforme con estas luces, pero le causaban cierta inquietud, caminaba por todo el living desasosegado. Don Arturo objetó el ruido del cencerro de los pastores y lo sacaron. Todos caminaban un poco ansiosos por el living, el piso vibraba y las cosas se descolocaban bastante, algunos adornos del árbol se caían. Maruja invitó a César para la fiesta de Nochebuena; César no quería venir, en parte porque era muy tímido, también

dijo:

—Me revientan las fiestas familiares y los casamientos.

Le contó a Maruja el único casamiento que le había gustado: era en una especie de gruta, todo se desarrollaba en penumbras, solo había luz de velas y tocaban un laúd. Pero siempre que Maruja tenía una fiesta, aunque fuera familiar, César preguntaba: ¿quiénes fueron?, ¿qué tomaron?, ¿vos qué hiciste? Como Maruja estaba haciendo la dieta macrobiótica, prepararon para Navidad ese tipo de comida, incluso el postre; esa dieta proscribía el alcohol, pero pusieron en la mesa sidra y champagne, por ser Navidad. Concepción no quiso comida macrobiótica y se hizo un bife. Para antes de comer, Maruja había preparado un pequeño espectáculo con tres danzas, para amenizar la fiesta. La primera danza que bailó, fue con un hula-hula, que es un aro grande; se lo hace pasar por todo el cuerpo sin que se caiga al suelo; además llevaba dos hula-hula más chicos en las manos; todo esto con música del Barbero de Sevilla. Cuando terminó, don Arturo dijo:

—Yo opino que esa danza es muy interesante, pero no permite el juego de piernas. El juego de piernas, junto con la unidad del tronco configura la esencia de la danza.

—Ya sé —dijo Maruja y tiró los aros cerca de la ventana (casi se caen a la calle). Entonces puso “Primavera” de Schubert, y empezó a levantar primero una pierna y después otra, en carreritas que iban de un extremo a otro del living. Como Maruja era un poco grandota y el piso estaba viejo, retumbaba. El pastor del pesebre se tambaleaba y también algunos camellos de la caravana. Don Arturo estaba más contento con esta danza y marcaba la música con gestos cada vez más amplios, que seguían los desplazamientos de Maruja. En ese momento entró Concepción, diciendo:

—La cocina toda tapada. Horno y arriba.

Don Arturo dijo irritado:

—Concepción, no venga con minucias, compre lo que sea necesario.

Le entregó un billete de 10.000 pesos. Concepción dijo, dudando:

—¿Un polvo limpiador?

—Estimada Concepción —dijo don Arturo—. Debe aprender a comprar con sistema. No hoy un polvo limpia hornos y mañana una cebolla. Compre diez, veinte limpia hornos.

Don Arturo le entregó mucho dinero. Concepción se fue, medio perpleja. Maruja quedó un poco cansada de su baile y don Arturo le dijo:

—A ver, vení un momento.

—¿Qué pasa? —dijo Maruja.

Don Arturo se puso el tobillo de Maruja en las rodillas y lo empezó a examinar como si fuera un científico.

—¿Qué pasa? —dijo Maruja, impaciente.

Don Arturo acercaba mucho los ojos al pie y fruncía las cejas. Finalmente, dijo:

—Ese tendón no sigue su línea natural. Fíjate en el ángulo de conversión.

Maruja estaba sorprendida, y don Arturo dijo, autoritario:

—Sentate cómoda.

La sentó a Maruja en sus rodillas para examinar el tobillo.

Maruja dijo:

—¿Está torcido?

—No exactamente. Pero la línea de conversión no coincide con la curva real. ¿Ves?

Y entonces le pasó un dedo por el tobillo, después por una línea imaginaria que vendría a ser la línea por la cual el tobillo debería ir.

Maruja se levantó de repente y dijo:

—¡Ufa! ¡Se me arrugó la pollera! Yo preciso usar este vestido mañana. ¿Entendés? Cuando viene Concepción, que me traiga otro vestido.

Entonces no bailó la tercera danza; en cambio Maruja puso música, un villancico que dice: “Ya viene la vaca por el callejón”. La ventaba estaba abierta, ya eran las 9 de la noche y había en el cielo unos globos colorados grandes, y también a lo lejos los carteles luminosos que se apagaban y se encendían, algunos al mismo tiempo que el árbol de Navidad, como si se pusieran de acuerdo unos con otros para encenderse y apagarse, como si tuvieran una conversación.

Ya la mesa estaba puesta, la comida se componía de pequeños platitos con cereales y frutas variadas. Concepción comía su bife sin mirar nada, y ante ese revuelo de platos y platitos, don Arturo no sabía por dónde empezar. Entonces, señalando una harina y unos pescados vegetales, dijo:

—¿Esto va junto con esto?

Maruja, un poco impaciente, dijo:

—Todo va. Va cualquier cosa con cualquier cosa.

—No puede ser —dijo don Arturo y se puso a hacer combinaciones en pequeño, para probar qué platito iba mejor con otro determinado. Por fin

encontró una combinación que le gustó y le dijo a Maruja:

—Probá.

Y Maruja no hizo caso.

Después él dijo a Concepción que probara, pero ella tímidamente y con mucha cortesía, le dijo que no. Entonces don Arturo dijo:

—Esto es excelente. Es riquísimo.

Iban tomando vino y a los postres champagne. El corcho cayó cerca de Concepción y Maruja lo festejó:

—Se casa este año, Conce.

—De las mechas —dijo Concepción.

Concepción no quería volver a casarse porque había tenido dos maridos y decía que los dos le habían salido malos. Cuando don Arturo tomó dos o tres vasos de vino y dos copas de champagne, le dijo a Maruja:

—No creas que vos sola practicás el arte. Existe un arte. No sé bien si llamarlo arte o ciencia. Yo diría que tiene tanto de ciencia como de arte, como de técnica.

—Ufa, padrino. ¿Qué es? —dijo Maruja.

—Calma —dijo don Arturo—. Es difícil de denominar. Yo inventé una denominación especial. Debí haberla patentado, por lo que pudiera suceder. Yo lo denomino “tracción aérea”. Tracción por el aspecto impulsivo y aérea, por la zona específica de acción.

—¿Y quién hace eso? Yo no lo vi en ninguna parte —dijo Maruja con desconfianza.

—Lo has visto en muchas partes y no te has dado cuenta. Ciertos fenómenos de levitación, de base científica, pertenecen a la tracción aérea. Yo voy a demostrar lo que digo dentro de unos minutos, y me van a decir si existe o no la tracción aérea.

—Y bueno, dale —dijo Maruja, medio entusiasmada, medio cansada.

Concepción se había quedado triste y silenciosa después de comer su bife. Don Arturo corrigió a Maruja.

—Bueno dale, no. Cada cosa requiere su preparación. Yo haré lo siguiente: voy a proceder a levantar el mantel, con todos los objetos cuyo peso soporta y esos objetos permanecerán en la mesa sin caerse, y sin cambiar prácticamente su posición anterior.

—Para eso —dijo don Arturo— procedo primero colocando los objetos en posiciones estratégicas, para que la repartición del peso sea proporcional,

uniforme y equidistante.

Entonces don Arturo se paró, y se puso a acomodar sobre la mesa los objetos de modo diferente a como estaban; previamente reflexionaba un rato, como si estuviera jugando al ajedrez o a las damas; las dos mujeres lo observaban con mucha atención; vio un salero y tras una ligera vacilación, lo acomodó en la punta de la mesa, sacó un frutero con frutas muy hermosas y dijo: “Esto no va”. Después acomodó los platos grandes en el centro y los chicos alrededor, haciendo una gradación; a continuación puso los pancitos parados adentro de los vasos.

Después dijo:

—En la tracción hay elementos impulsivos y depulsivos.

Entonces explicó cuáles eran, hasta que Maruja le dijo, casi implorando por ver qué maravilla salía de allí.

—Bueno, dale, hazlo.

Don Arturo se había sentado ya para hacer la prueba, pero se paró para corregir un elemento impulsivo y otro depulsivo, para que no entraran en conflicto. Se sentó nuevamente, y agarrando el mantel por los dos extremos, en un gesto amplio, lo tiró con un tirón sumamente preciso para su lado, al ras de la mesa. Fue una sacada de mantel hecha con ajuste perfecto y hasta garbo, diría yo, pero todas las cosas se cayeron al suelo, el resto del postre se fue al piso y las botellas y las copas se rompieron.

Concepción dijo:

—¡Qué picardía!

Y don Arturo, sin amilanarse para nada, dijo, como reflexionando:

—A ver qué pasó.

Y se acercó a examinar con ojos de científico los objetos caídos. Concepción empezó a levantar un racimo de uvas, pero él dijo:

—No, no toque nada por favor.

Y se puso a medir con sus pasos la distancia que separaba un objeto de otro.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —repetía Maruja.

Cuando él estaba dado vuelta contando los pasos, Concepción agarró un vaso que tenía cerca y estaba sano, y lo puso arriba de la mesa.

—Ya sé —dijo don Arturo—. Aquí está la madre del borrego. Un elemento impulsivo mal calibrado entró en fricción con lo que nosotros llamamos “comodín” (agarró en sus manos un pedazo de pan y una compotera de plástico). Es curioso, esto sucede una vez de cada mil.

Y siguió explicándole a Maruja las leyes de la tracción aérea. Concepción dijo que tenía sueño, que se iba a dormir.

Y en cuanto Maruja empezaba a entender algo de la tracción aérea, cuando creía que sabía algo, aparecía una nueva complicación o factor, y tenía que aprender todo de nuevo desde el principio, empezando por las primeras nociones.

\* \* \*

Maruja perfeccionó sus estudios de danza, hacía movimientos raros con las manos y con los pies frente al espejo, los observaba bien y después los repetía hasta que los aprendía; también observaba los movimientos de la otra gente y los copiaba. Con la dieta macrobiótica había adelgazado y su cuerpo no era ya tan pesado. Ahora había empezado a ir con César a un café donde iban literatos, filósofos y pintores, que se llamaba La Paz. Allí se hablaba de Fellini, de Antonioni, de la sociedad de consumo y del proceso de concientización. Maruja en realidad iba como un aditamento de César, que opinaba sobre estas cosas. En general, Maruja no decía nada, porque no sabía distinguir una película de Fellini de una de Antonioni. A ella le interesaban los movimientos que hacía la gente con la cabeza y con las manos cuando hablaba. Una vez, un muchacho que usaba pipa, estaba hablando de la sociedad de consumo y hacía gestos muy vivos y amplios con las manos. Entonces Maruja le dijo:

—Repetí eso que hiciste con las manos.

Entonces el muchacho detuvo su mirada en ella durante un momento muy corto; era una mirada fría y seca. Después siguió hablando de su tema. Ahora a Maruja le pasaba una cosa curiosa: si bien no escuchaba mucho lo que decían de Fellini y de Antonioni, ella globalmente se daba cuenta de que la ciencia de los muchachos de La Paz era más elevada que la de su padrino.

Era una ciencia más moderna y más ágil. Entonces a veces cuando los oía hablar le daba una especie de angustia por su padrino, y lo llamaba por teléfono para comprobar si seguía viviendo. Y cuando iba a la casa, decía:

—He visto una película de Fellini que es una locura.

Y le explicaba la película a su padrino, recordando alguna cosa suelta que había oído en el café. Su padrino la miraba entonces de modo muy inquisitivo: en esos ojos se podía ver cierto orgullo herido, preocupación y un

poco de angustia y tristeza como por la pérdida de algo.

\* \* \*

Ahora resulta que llegaba a Buenos Aires la bailarina más importante de todo el mundo, Kalina Koumarova, para elegir integrantes de su cuerpo de baile. Ella ya no bailaba; solo elegía bailarines para recorrer el mundo. Ella viajaba por todas partes y en sus viajes por avión llevaba siempre una silla plegadiza. Tenía las uñas tan largas que parecían garfios y las juntaba y separaba de tal modo que parecía que esas uñas pensaban, se asustaban y dudaban. Iba con un secretario de unos 25 años; tenía él ojos muy lindos que miraban fríamente a las bailarinas.

En Buenos Aires todas las bailarinas estaban revolucionadas preparándose para que las eligieran; Maruja se preparó mucho técnicamente, se hizo poner una barra en la casa y don Arturo compró madera de petiribí para la barra; Maruja trabajaba día y noche.

Empezó el desfile ante Kalina Koumarova: la primer bailarina, con aspecto de atleta, ejercitó bien las piernas pero se olvidó de ensayar los brazos; entonces se notaba que estaba muy bien asentada y que jamás se iba a caer, ni iba a trastabillar, pero con los brazos hacía movimientos raros, los sacudía con fuerza mandando un movimiento que era intenso en el antebrazo y que cuando llegaba a la mano se convertía en un eco de ese movimiento, como si la mano no se hubiese enterado; entonces Kalina Koumarova apuntó en su cuaderno: NO y el secretario también puso: No. La segunda era una chica alegre con cara de hacer frangollos, pero impresionó muy bien de entrada porque era muy dinámica: ella hacía danza libre y empezó haciendo unas carreras raras, como galopes estilizados para un lado y para otro. Kalina Koumarova miró al secretario y dijo con entusiasmo:

—C'est bien!

Él se quedó a la expectativa.

Pero ya esas carreras empezaban a ser fatigantes, porque era la misma desde todos los ángulos; entonces la cara de Kalina Koumarova se fue ensombreciendo y como cuando terminó las carreras la chica empezó a hacer muecas, la profesora dijo:

—Ne c'est pas possible.

Y le dijo que pare. Y Kalina Koumarova estaba muy rabiosa porque antes le

había parecido que lo que veía era más elevado de lo que en realidad era. Después pasó una piba bajita y flaca, con el pelo color rubio oro, y de la rubia anotó el nombre. La rubia no se preparó técnicamente, no hizo barra ni nada, porque era politizada y psicoanalizada; ella decía que había que manejar los imponderables en el momento oportuno. Cuando pasó Maruja también anotó el nombre y dijo en voz alta:

—Combien de vitalité! Combien de fraiche!

Pero el secretario le hizo notar que la línea real del tobillo de Maruja no coincidía con la curvatura ideal a la altura del metatarso. Maruja justo en ese momento miraba de reojo al secretario, mientras estaba bailando, y vio que anotaba algo.

Kalina Koumrova le dijo al secretario:

—C'est vraie, mon petit.

Y le pasó la mano por el pelo. Al final eligieron a una chica cordobesa que tanto sabía hacer el pas de quatre, como pasteles, como coserse la media sin que se le notara cuando se corría. Cuando Maruja supo que no había sido elegida fue a protestar y la atendió el secretario, la miró fríamente y le dijo:

—La señora Kalina Koumarova no atiende hoy.

Entonces Maruja fue a buscar a César que la esperaba sentado en el café de la esquina. Estaba furiosa y entró diciendo:

—Decime: ¿de qué se las da el guachito ese? ¿Quién lo conoce? ¿Se cree que YO voy a tolerar ese acomodo? ¡Ese me tiene bronca! Andá a fajarlo, César.

—Cálmate, Maruja –dijo César alarmado. Y César tuvo que salir de ese lugar y empezó a decirle a Maruja cosas suaves, y la llevó del brazo siempre calmándola, por el camino contrario al gabinete de Kalina Koumarova; la llevó a un lugar lleno de árboles, con mesitas al aire libre, en la costanera, desde donde se veían pasar barcos chicos. Y en ese día se enamoraron. Como César era muy estudioso, consiguió una beca en París para estudiar un aspecto de la semiótica estructural comparada. Entonces la invitó a Maruja a París.

Don Arturo dijo:

—Ah, sí; uno por la cultura, por elevarse en la vida debe hacer cualquier sacrificio.

Don Arturo tenía un primo en París que era peluquero de señoras, pero

hacía veinte años que no se escribían. Igual le dio la dirección y consejos para el viaje.

—No pidan habitación con baño privado porque no hay.

Y después con picardía:

—No se te ocurra decir “plaquette” porque es una mala palabra terrible allá.

Y Maruja dijo:

—Y si yo a esa mierda ni la conozco.

—Yo te digo por las dudas –dijo don Arturo y la miró con una sonrisa en los ojos.

Ya estaba todo preparado para irse, y don Arturo revisó la valija; estuvo protestando porque no puso repelente para los mosquitos, porque iban a pasar un día en Río de Janeiro. Ya estaba todo listo, y parecía que faltaba algo. Entonces don Arturo abrazó a Maruja y le dijo:

—¡Marujita!

—¡Padrinito! –dijo Maruja.

Al padrino le temblaban mucho las manos; Maruja se las agarró para que no le temblaran más.

Y así fue. Maruja de vez en cuando le mandaba una postal o una carta. Don Arturo se hizo traer el loro del campo, que estaba con los parientes de Navarro; el loro volvió muy rejuvenecido. Pero ahora no lo llamaba más Aníbal como antes. Ahora le decía Litití.

# Maruja en París

## París

Lo primero que llamó la atención a Maruja en París fue la cantidad de gente con perros: una vez en la misma cuadra vio tres, dos hombres y una mujer. Todos esos perros estaban haciendo pis casi al mismo tiempo, pero sus dueños no atendían a esa función: cada dueño permanecía erguido y reservado, como sumido en pensamientos muy privados e importantes. Tampoco se miraban entre sí, ni se saludaban a la distancia. También había muchas viejas con un pan enorme bajo el brazo; parecían más viejas, más encorvadas y más tristes que las de Buenos Aires. Si hubiera habido una sola vieja con un pan a Maruja le hubiera llamado la atención; pero como todas eran iguales, se dio cuenta de que en París se usaba así. En el Barrio Latino, donde estaba el hotel de César y Maruja, había chicas disfrazadas de dama antigua, muchachos de gondolero, otros de poeta romántico, de gitana y suma y sigue. No pasó nadie de bruja ni de oficinista. En el hotel había tres baños para diferentes funciones, uno en cada piso. En la pieza uno para lavarse las manos y eventualmente hacer pis; en el piso de abajo, uno para hacer sólido y arriba uno para lavarse la cabeza y bañarse. Cuando Maruja llegó, estuvo tres días sin ir al baño de abajo, porque el conserje no entendía el francés de Maruja; es más, lo ponía furioso; el francés de César tampoco lo entendía, pero se veía por la cara del conserje que eso ya era otra cosa. Esa cara decía: “Si bien yo no entiendo nada de lo que dice se ve que es una persona elevada”.

Al final Maruja pudo ir al baño de abajo porque un turco le explicó dónde quedaba. El turco hablaba un francés más claro, no como el francés de los franceses con esas V abiertas y cerradas. Y como Maruja había visto en Buenos Aires muchas mueblerías que se llamaban “Au meuble rustique”, esperaba verlas en París. Los negocios de Buenos Aires eran enormes y vendían muebles antiguos; los del Barrio Latino eran completamente estrechos y vendían globos y cubos del futuro: ceniceros, pisapapeles, bolas pisa, todos transparentes; ahora bien, no tenían ni un asa, ni una florcita, ni un

dibujo.

Un día Maruja iba caminando con César por la calle y se escuchaba hablar fuerte; algunos hacían gestos. Maruja le dijo a César:

—Qué querés que te diga. A mí cuando hablan me parece que se mandan la parte. Este idioma parece para mandarse la parte.

Maruja pensaba que hablaban en francés pero pensaban en otro idioma, tal vez. César le dijo que era inculta y poco elevada.

## **Una conferencia**

—¡Es increíble! —entró protestando César, que venía de la cátedra de semiótica estructural aplicada—. No se usa el diálogo, todo clase magistral. ¡Es inaudito!

Entonces Maruja dijo:

—El semiótico no usa el diálogo porque acá él sabe la clase toda entera. En Buenos Aires no se acuerda de lo que tiene que decir, entonces dice “¡Ahora podríamos dialogar un rato!”.

—Sin comentarios —dijo César con desprecio.

Y justo en ese tiempo, daba una conferencia en la Sorbona el cardenal Tisserou, un teólogo consumado, que iba a hablar en el aula magna de la facultad sobre el tema: “La zona de lo trascendente y la zona de lo inmanente”. El cardenal Tisserou tenía los labios replegados hacia adentro; a Maruja le hizo acordarse de su padrino y se enterneció. “Pobre viejo”. Pensó. “Le voy a pedir un autógrafo”. Cuando ya iba con el papelito y el lápiz, César, que no sabía qué iba a hacer Maruja pero esa expresión de decisión en su cara no le gustó, la agarró de un brazo y la sentó. Ella protestó, pero ya la gente los hacía callar haciendo shs en francés. El cardenal Tisserou dijo que había una zona de lo espiritual (y con las manos la apartaba y la iba poniendo momentáneamente a un costado) y una zona de lo sensual, que no era mala en sí misma, qué esperanza, pero con los brazos la apartó al lado de la espiritual, cerca; y en vez de levantar las manos hacia arriba después de delimitar la zona en un movimiento como de abarcar, cuando nombró la zona de lo sensual hizo un movimiento como de sacudirse el agua con los dedos como cuando uno se lavó las manos y ni tiene una toalla inmediatamente a mano. Ahora esa zona espiritual seguía el eje corazón-cabeza-zona propiamente

dicha, aunque a veces la corriente pasaba por otras zonas exóticas y peludas: pero si no era bien filtrado el asunto, parece que los cables generales de la instalación se pelaban. Todo esto era dicho con las “e” abiertas y cerradas, pero ahora Maruja comprendía un poco más. Además el cardenal Tisserou hablaba claramente y en voz muy alta por dos motivos: 1° para que le entendieran bien los jóvenes que estaban atrás de todo, y 2° porque suponía que el camino del conocimiento era muy arduo; de modo que si uno agarra una palabra o un concepto, había que decirlo en voz bien alta y escribirlo después en el pizarrón para que no escape. Lo espiritual era lo más elevado, después lo sensual, menos elevado, pero algo al fin y más abajo en la escala el estado de planta que a Maruja le pareció una verdadera desdicha. Al cardenal Tisserou no parecía preocuparle especialmente el estado de planta; lo nombraba con toda objetividad. Entonces Maruja empezó a pensar en lo que decía Tisserou y se acordaba de cuando ella ordenaba el ropero: los zapatos en el cajón de abajo, las medias en el siguiente, los vestidos colgados de las perchas, y arriba de las perchas había un lugar más elevado para poner los sombreros. Ella tuvo solo dos sombreros en su vida y decía: “Cuando vuelva a Buenos Aires le voy a decir al padrino que me compre un sombrero”. Cuando el cardenal Tisserou estaba explicando cómo se conectaban pero sin mezclarse esas zonas de lo espiritual y de lo sensual, y ahora él decía: “De lo inmanente y lo trascendente, de lo terrenal y lo espiritual”. Maruja se perdió y empezó a mirar bien la cara de Tisserou: era como de tortuga, con ojos chiquitos, con algo de mulo también, y a veces sonreía y se ve que quería ser bondadoso, pero no alcanzaba a aflorar el gesto en la cara, como si esa cara fuera una barrera más que un paso de comunicación. Entonces Maruja volvió a pensar “Qué jeta de tortuga”. Pero se acordó de que su padrino, cuando ella era muy chica y para nombrar a alguien dijo “el chancho”, su padrino dijo:

—Es propio de las personas poco elevadas poner a la gente nombres de animales. Las personas elevadas hacen lo contrario, y lo habrás observado: a los animales le ponen nombre de persona. Así, hay conejos que se llaman Ángel, caballos que se llaman Arturo, y suma y sigue.

Y ahora el cardenal Tisserou estaba a los postres de su discurso, ya menos tenso, ahora contaba un ejemplo, una cosa que le había sucedido personalmente y empezó: “Una vez, yo iba en bicicleta de ... a ...” todos pararon la oreja. Resulta que Tisserou, mientras iba en bicicleta por el campo,

no encontró un perro muerto ni un camión colorado; recibió un llamado divino, trascendente. Pero no trascendente espectacular, parece, sino trascendente discreto; apenas se movían unas hojas de los árboles y esas hojas estaban en relación con un estado muy elevado de su espíritu. Maruja estaba cansada y le dijo a César:

—Vámonos.

Y lo pellizcaba despacio y le ponía la pierna cerca de la de él para jorobarlo. Pero César no se quería ir y miraba a Tisserou con cara entre pensativa e inexpresiva. Pero Maruja lo conocía y sabía que César estaba pensando muchas cosas que casi seguro no le iba a contar, pero le gustaban esos ojos grandes y claros y tenía ganas de darle un beso y tocarlo para que saliera del influjo de ese hombre que estaba hablando. Cuando salieron, Maruja dijo:

—El cardenal Tisserou se parece al viejito catalán que vivía enfrente de lo del tío. ¿Te acordás?

Y como Maruja se lo pasaba todo el día comparando los ojos, las cejas y las orejas de la gente, y él ya estaba cansado de eso, le dijo a Maruja que para buscar horizontes más elevados para ella misma y también para la relación, ella debía ser más aventurera, debía buscar una aventura para satisfacer el afán de conocimiento y la curiosidad que todos traemos al mundo. De modo que por espacio de una semana, iban a salir separados.

Maruja le dijo:

—¡Turro!

Lloró un poco, discutieron y él la convenció; quedaron tan amigos como siempre.

## **Una aventura**

Maruja estaba mirando un negocio lleno de pavadas, cuando de pronto vio una cara que le pareció conocida. Era un hombre joven, muy parecido a un poeta-carpintero que había en Buenos Aires. No era un carpintero poeta, que tuviera ya el oficio de carpintero y conociera los secretos de la madera perfectamente, y mientras tanto su mente vagara por zonas más elevadas. No; conocía bien el oficio de poeta y sabía opinar con inteligencia y reflexión sobre las personas más importantes, pero los muebles los hacía a hachazos,

junto con otro socio que también era poeta carpintero. Cuando no sabían por dónde había que cortar la madera, si 10 cm más abajo o 10 cm más arriba, uno le decía al otro:

—Ma sí... cortá donde quieras.

Entonces les salían unos muebles muy bonitos, de forma muy original, pero a veces los hacían tan grandes que no entraban por la puerta de las casas, o mesitas tan bonitas y chicas, que si uno se sentaba a leer o escribir sobre ellas, se tenía que sentar en el suelo.

Maruja miró bien y no era el poeta carpintero de Buenos Aires; este muchacho tenía traje de pastor de cabras, con sombrero de piel haciendo juego, todo rústico. Él le preguntó:

—¿Usted vive en casa de Teresa?

—No —dijo Maruja—. Vivo en ese hotel.

—Ah —dijo él—. Yo creía que vivía en casa de Teresa.

Como si mientras pensara en otra cosa. Maruja lo miró: tenía una barba tupida, bigotes como de gato para dar miedo y unos ojos muy negros y relucientes, como ojos de chico, que no han tenido ninguna tristeza. Él dijo que era armenio y músico y la invitó a tomar un café al lado del Sena. El armenio dijo que era músico; inmediatamente empezó a cantar algo pegadizo y simpático; lo iba pasando de tono y haciendo variaciones, mientras hacía esta tarea miraba para adelante como un poseso y si Maruja quería hablar, le apretaba un poco la mano como pidiendo que lo dejara terminar con su música. Cuando un sonido le gustaba más que otro, se reía como si estuviera solo. En el café, en la mesa de al lado, había un señor inglés y una señora inglesa con la nena también inglesa. Ellos no los miraron mucho; la mujer tenía ojos de un color raro, tirando a violeta; pero se ve que no los aprovechaba para nada. La nena jugaba sobre la mesa empujando cosas, llevando y poniendo objetos imaginarios de la silla a la mesa, de modo muy juicioso, sin que nadie mirara lo que hacía. Maruja se dio cuenta en seguida de que los ingleses pensaban que ella y sobre todo el armenio no eran muy elevados que digamos; todo esto hubiera querido comentárselo al armenio, pero él le agarró la mano y después le agarraba la muñeca con fuerza, como si estuviera a punto de retorcerla, mientras cantaba se reía con sus dientes grandes y una vez se puso bizco. Entonces parecía que más bien razones de estado le obligaban a retorcerle la muñeca; el torcimiento correspondía con el final de una canción o cuando ella se distraía o no lo atendía.

Cuando iban caminando para el Sena, para dar un paseo, él se chupaba los dedos para recordar una cosa exquisita que había comido, se daba palmadas en la cabeza como diciendo “Pero, cómo no me di cuenta antes” y todo contribuía a que fuera imposible abandonarlo, como si hubiera sido una traición dejarlo solo gesticulando por el camino.

De modo que Maruja aceptó. Cuando bajaron al Sena, el armenio empezó a hacer cosas que no encajaban para nada en lo que decía el cardenal Tisserou; porque si bien el gesto de mostrar la lengua y hacer con ella un redondelito que formaba un todo de carne con los labios podría considerarse en principio como de la esfera de lo sensual, este gesto lo hacía como mecánico, revoleando los ojos. Maruja pensó que en Armenia se usaría así. Después el armenio dijo:

—Baissez moi.

Con voz de orden incondicional pero no de enojado, sino también como sería costumbre de Armenia. Maruja lo besó débilmente, y él antes de cada beso daba un panzazo. No era un roce de panzas, era un panzazo fuerte, que repercutía en la cabeza de Maruja y la dejaba medio boleada. Después la levantó, y eso que Maruja era pesada y dijo:

—Ahora te tiro al río.

No pasaba nadie, y si se veía alguna figura por ahí, estaba en sus cosas, nadie miraba donde estaban ellos, y eso que el armenio le había levantado el pullover a Maruja, y con el frío que hacía, ella estaba con media panza al aire. Entonces pensó que se encontraba en el río más romántico del mundo, pero lo romántico no aparecía para nada; el padrino leía en *La Prensa* de los domingos unas notas que hablaban de los puentes del Sena con su pátina del tiempo y no sé qué barcarolas, y ahí no había ninguna barcarola, había un linyera más o menos a una cuadra sentado debajo de otro puente. El único puente comparable a ese puente en Buenos Aires es uno que está cerca del Once, que nadie quiere pasar por abajo caminando cuando es de noche.

Después Maruja me contó que el armenio la llevó a su casa, pero no me explicó bien qué pasó.

## **Una visita**

Maruja y César iban a visitar a un conocido en París. Hacía diez años que no

lo veían; hacía diez años que ese conocido no estaba en Buenos Aires. El muchacho, que se llamaba Carlos, era gordito, tenía un pelo lindo como de cordero y ojos claros, sonrientes. En Buenos Aires tenía una novia rubia y también gordita; con esa novia escuchaban música y tomaban té con masitas. Era lindo ir a la casa del gordito porque ahí se podía bailar, zapatear y cantar. Él siempre sonreía con sus ojos claros. Cuando Maruja vio al gordito en París no lo reconoció; había adelgazado como veinte kilos y tenía el pelo todo largo alrededor de la cabeza; le hacía una cabeza muy grande y llamativa. Y ahora todos le decían: “Qué bien que estás, pareces más joven ahora que hace diez años”. Ahora se movía con arrogancia, daba largos pasos cautelosos y autoconscientes, ahora se parecía más a un gallo. Pero a pesar de que aparentemente parecía más joven, ya que además movía su cuerpo y sus manos de modo que su cuerpo se hacía muy presente, si uno lo miraba bien advertía dos arrugas que iban de la nariz a la boca, y sus ojos alerta; tanto sus ojos como esos pasos sigilosos que daba indicaban que era un hombre ocupado, que constantemente estaba resolviendo problemas de la manera que él consideraba más eficaz.

Y ahora estaba casado con Monique, se llamaban Monique y Charlie. Monique no era ni linda ni fea, ni alta ni baja, ni simpática ni antipática. Le faltaba culo, tal vez, o le sobraba un poco de nariz, a pesar de que su cuerpo era aceptable en líneas generales. Sus manos no eran lánguidas ni gorditas, eran manos que expresaban una gran irresolución, ya que ella siempre las frotaba o las retorció, o hacía gestos muy drásticos con ellas; pero nadie se impresionaba demasiado por eso. Maruja le preguntó a Monique:

—¿Y Carlos, escribe a su casa?

Y Monique, que estaba hundida en un sillón mirando distraída una revista, dijo:

—Ah, no sé. Esas son cosas de él.

Y Carlos hablaba en un tono de voz monocorde, sin matices, como si la voz fuera un instrumento que hubiera que calibrar muy bien. Cuando Monique dijo: “Esas son cosas de él”, Carlos semisonrió, complacido como si fueran una pareja más elevada que los demás y cada uno tuviera un lugar sumamente privado y elevado en el cual el otro no se entrometía. Maruja no paraba de asombrarse, era como si estuviera hablando con otra persona; ahora Carlos era profesor de música en la facultad. Justo cuando estaban invitando con unos caramelos macrobióticos, apareció un muchacho que tendría 16 ó 18

años; tenía el pelo castaño y grandes ondas que caían sueltas sobre los hombros. Era silencioso y tranquilo, y hasta Monique se enterneció cuando lo vio y le cambió la voz. Después de ese cálido saludo, el muchacho hizo todo lo posible para pasar desapercibido; comió un caramelo que le convidaron y tenía unos ojos un poco chiquitos tan tranquilos, que a Maruja le hacían pensar que todavía tomaba leche, que debía dormir toda la noche sin parar en medio de sueños tranquilos; tenía la piel apenas rosada y daba la sensación de que nunca le debía doler la barriga y que se podía deslizar silenciosamente en cualquier lugar, sin que nadie aparentemente hiciese caso de eso: en una fábrica, en un colegio, en una oficina o tocando la flauta. Pero también daba la sensación de que si, premeditadamente o no, alguien le pegaba o lo golpeaba o lo hería de algún modo, inmediatamente un montón de gente que en apariencia estaba ajena a él, se precipitaría a defenderlo y a golpear inmediatamente a quien lo había golpeado.

Maruja lo volvió a mirar y le dio tristeza. El chico comió el caramelo, saludó, habló aparte unas palabras con Carlos y se fue. Al rato se fueron Maruja y César y por la calle empezaron a pelear por pavadas. Cuando llegaron al hotel, el encargado estaba furioso contra Maruja. Maruja había dejado abierta la canilla del baño que se usaba para bañarse y esa tarde nadie pudo bañarse por su culpa porque amarrocaban agua en un depósito, se había gastado toda y se había inundado el baño y el pasillo. Maruja no se daba cuenta de lo que le decía, sólo se daba cuenta de que estaba furioso. César entendió a fuerza de miedo de qué se trataba, pero en vez de ponerse prepotente y decir “Y bueno, qué tanto joder, pago los perjuicios, le pago un baño a cada uno que no se bañó, le pago no ese baño roñoso sino uno con cataratas de agua y perfume sauna y la mar en coche, pago un acueducto pago”, se puso humilde y la miraba a Maruja con ira paciente, como si fuera una cruz que Dios le mandó. Entonces se empezaron a pelear a muerte y Maruja dijo:

—Yo me quiero volver a Buenos Aires.

Y se volvió.

## La vuelta de Maruja

Cuando Maruja volvió, su padrino estaba enfermo y en la casa había un movimiento y un espíritu inusitados: las primas de Navarro habían venido a cuidarlo. El padrino había tomado unos remedios equivocados, porque no veía bien, y esos remedios lo habían dejado casi ciego y con las piernas adormecidas. Cuando ella llegó a la casa se asombró: el piso estaba limpio, había un repasador tendido a secar que tenía en el centro un conejo comiendo una zanahoria y unas flores artificiales que habían estado en el ropero junto con olivo seco que dan en la iglesia para semana santa, estaban lavadas, lustradas y puestas en una computera que ella recordaba haber visto muchos años atrás. Todas esas cosas (el repasador no era de la casa: o bien era una compra de último momento o un traslado de Navarro) parecía ahora que lucían con cierta dignidad y era como si dijeran: “esta es una casa confortable, aquí vive gente sana y trabajadora, no se admite cualquier cosa”. El padrino estaba en la cama, pálido y flaquito como un pajarito con las dos manos en el borde de la sábana, como si él, siempre tan decidido y optimista, estuviera dudoso de su propia vida. A Maruja le pasó una cosa curiosa: su padrino se le aparecía como una sombra de lo que había sido y ya antes de irse a Europa su padrino también se iba convirtiendo un poco en una sombra, o, digamos, en una figura desvaída, lejana: y ahora que lo veía después de tanto tiempo, como esa sombra débil, ella sentía un ataque de cariño muy grande y le dio la misma sensación que un primo cuando dijo una vez: “Me voy a vivir al convento”. Preparó todas sus cosas y se fue: cuando más extraño y lejano, más hondamente querido. Maruja siempre se había sentido culpable frente a las primas de Navarro; cuando ella quería estudiar danza, las primas de Navarro no lo decían, pero no lo consideraban íntimamente una actividad sensata. En primer lugar porque para practicar danza se muestran las piernas y si uno de esos percances que una vez cada mil suelen suceder, la malla se cae o una engorda y se rompe la malla o quién sabe que otras cosas que aterrorizan a toda la humanidad. En segundo lugar, porque practicar danza hacía que Maruja se mirara mucho en el espejo; mirara sus movimientos cosa tampoco conveniente; una mujer que mira tanto sus

movimientos frente al espejo, ¿cómo va a tener hijos y educarlos? ¿Cómo sería esa familia, la madre sentada frente al espejo haciendo movimientos extraños y todas esas pobres criaturas sentadas en el suelo imitando a su madre, de dos, tres o cuatro años, moviendo los brazos y piernas frente al espejo y cerrándose a otras actividades que no fueran esas? En Navarro se pensaba de una manera muy concreta: si uno quería ir a Europa, hacía un poco de sacrificio, vendía una vaca y un ternero; si una tía de Navarro estaba triste y deprimida, pero no de una tristeza melancólica y elevada sino con reuma deformante o algo así, se vendía un lechón para ir a las termas de Copahue o de Río Hondo. No iban para el lado de Brasil, ensamblaban con una de esas giras para visitar la tumba y los lugares donde vivió Ceferino Namuncurá, y también la semana santa en Tandil. Y esa tía volvía mejor, qué mierda, porque en todo ese tiempo no tenía que hacer la comida ni esperar a nadie para ver si venía o no a comer: ella se sentaba en el hotel y la servían y, además, con los baños de azufre de la terma, donde toda la gente, generalmente vieja, se ponía una toalla en la cabeza y una manta como abrigo y unas chancletas viejas, los enfermos que estaban mejor sentían felicidad por estar así, en una especie de entrecasa olvidada, porque ahora los hijos los obligaban a vestirse mejor y a no chancletear. Porque las primas le decían a la tía de Navarro: “Mamá, ¿cómo vas a salir con esos zapatos?”. Toda la vida diciéndole lo mismo. También la tía traía una botella de agua curativa del volcán de Copahue, otra de agua sulfurosa y también otra de agua bendita del lugar del santito Ceferino Namuncurá.

Por eso Maruja no había sido del todo del gusto de las primas, ellas tenían una fuerza o poder que obligaba a Maruja a mostrarse más cuerda de lo que era delante de ellas: era como si hubiera que rendir examen de cordura, de sensatez. Esta sensatez era linda como ejercicio durante dos o tres horas; después Maruja tenía ganas de agarrar la calle y salir por ahí. Eso es lo que tenía ganas de hacer ahora, que su padrino querido estaba en cama y acompañado por las discretas primas. Pero por miedo a que esas primas pensaran que ella era irresponsable, loca de la cabeza o del traste, se quedó en la casa, hablando en una casi penumbra con la menor de ellas; la mayor le estaba haciendo al tío unos remedios muy curativos, no solo por la eficacia de los mismos remedios, sino por la manera pausada con que eran suministrados, acompañados por suaves golpecitos para acomodar las almohadas.

Y en ese quedarse con su prima, en esa penumbra discreta a pesar de las intensas ganas que sentía de rajar, Maruja sintió que había algo que beneficiaba la curación de su padrino; una especie de penumbra donde se teje la trama de la vida y se ayuda de algún triste y lastimoso modo, a la vida.

### **Maruja lucha contra la rubia carapálida**

Cuando don Arturo vio que la tía de Navarro cantaba al volver de Copahue, quiso ir él también, pero aclaró que no iba por las termas. Iba para registrar un sitio que nadie más iba a ver en estado natural y agreste; ellos iban a ser los últimos, porque pronto iba a venir gente de todo el mundo y eso se iba a convertir en una Babel. Maruja lo acompañó. Pasaron por arroyos cristalinos que no tenían ni un pescado; por el monumento a la manzana y a la pera, en Río Negro, justo arriba de una montaña: el monumento era una pera y una manzana gigantes, de color natural. Después de atravesar un precipicio tan angosto que apenas pasa el colectivo, llegaron.

Desde ese precipicio se veían las vacas como puntitos y los lagos como charcos. Maruja se moría de miedo y don Arturo decía:

—Es perfectamente natural. Si vamos a 1.500 metros de altura, lo que vemos es lo que corresponde.

Lo primero que se siente al llegar a Copahue es un olor fuerte y difuso a huevo podrido, propio de la terma de azufre. Las termas son como piletitas al aire libre, algunas están llenas de agua que levantan humo. Cuando ellos llegaron no había nadie bañándose, hacía mucho frío, viento y al lado del cerro grande nevado había un edificio destruido; estaba al lado de las montañas que nos separan de Chile, todo hecho de plástico y hojalata. Se había derrumbado por el viento y era una masa de lata abollada con fierros puntudos. Después había dos hoteles no derrumbados, unas cuantas cabañas de madera y carpas. No había cine ni café.

En el hotel la gente se cambiaba a la mañana, a la tarde y otra vez a la noche. Pero para ir a los baños se ponían del modo más raro, por ejemplo: una frazada como túnica, una toalla en la cabeza, anteojos de sol y chancletas. O si no malla de baño que se veía, el cuerpo de la cintura para arriba, frazadas en las piernas y los pies puestos en la laguna llamada del Chanco, toda llena de barro curativo. Algunos viejos prolongaban horas y horas su estada al sol

con las chancletas y la frazada puesta desde la cabeza, como un capuchón. Revolvían con las manos ese barro de la laguna del Chancho y se lo ponían por todo el cuerpo y con la cara cubierta de barro miraban el sol. Los jóvenes también se encapuchaban, pero con casacas de capucha celeste, roja y naranja, parecían un pueblo de encapuchados. Las casitas eran cabañas casi como de villas miseria, pero costaban 5.000 pesos de alquiler diario, igual que el mejor hotel. A ellas iba gente elevada, que detestaba la promiscuidad del hotel y sus bailes nocturnos. La gente del hotel escuchaba música a la noche y los más jóvenes del hotel, que ya tenían unos 50 años, bailaban. Las gentes de las cabañas cuando estaban podridas de estar en sus cuevas, y oían el ruido del viento que silbaba y el ruido de alguna chapa del abollado hotel que estaba al pie de la cordillera, se iban al hotel confortable y calentito, y aparecían como quien no quiere la cosa, a tomar una copa o a comprar cigarrillos, con sus pulloveres muy gastados y sus botas medio embarradas. Eso sí; traían algún detalle fuera de serie: un gorro alpino muy lindo, o con pieles cayendo, estilo David Crockett.

Cuando llegaban ellos difícilmente la gente del hotel bailaba, ellos sabían pasos de baile que los viejos, con sus problemas de reuma y cansancio, no podían intentar. Maruja empezó a conversar en el hotel con una mujer rubia que alquilaba una cabaña, que tenía dos nenas. La rubia dijo que era bailarina y Maruja le dijo que ella también. Empezaron a hablar de gente conocida y la rubia, que era alemana, le dijo:

—¿Por qué no vie-nes a que-darte allá? Tengo u-na cama.

Como el hotel estaba abarrotado de gente y todo el tiempo se hablaba ahí de enfermedades, Maruja fue. En el hotel había una señora que sacaba la lechuga del plato, condimentada y todo, y se la ponía en la frente con aceite porque era curativo. Esa señora irritaba a los demás: se ponía su planta de lechuga y podía pasar una hora así, sin hablar con nadie.

Todos decían: ¡Qué mal educada!

La rubia se llamaba Adalgisa y era herbívora; decía que matar una vaca era un hecho cobarde; si bien uno puede matar a la vaca, la vaca no puede matarlo a uno. Adalgisa no usaba ropa a la moda, usaba ropa que sirve para todas las modas, no se podría decir tampoco que fuera deteriorada. Tenía gorros con pompón que se ajustaban perfectamente a la forma de su cabeza, comprados en Alemania. La nena más chica de ella era flaca y mala como un demonio. Adalgisa usaba con ella una voz muy cálida, nunca se enojaba ni

perdía el control: dejaba que la nena perdiera el control hasta ponerse verde, cuando la chica estaba verde y con los pelos revueltos, Adalgisa decía:

—A la cama.

A Maruja le daba lástima, y sin que la madre supiera, la iba a acompañar un rato.

Entonces la nena, que a su madre le decía “mader” y se acercaba a ella con un tono suave y melodioso de pequeña princesita, a Maruja la agarraba a mordiscones y a patadas por todos lados, no bien Maruja no hacía lo que la nena quería.

Adalgisa le decía a la nena: —¡Cariño! ¿Co-mo es eso?

Pero se ve que no lo consideraba una falta grave. En cambio sí consideraba una falta grave que no ensayara la flauta dulce todos los días, a pesar de estar de vacaciones, debía ensayar la flauta dulce dos horas, ella, la mayor y la madre. La chica mayor era más bien gorda y exploradora; se le levantaba a las seis de la mañana para juntar piedras. Ella no protestaba por lo de la flauta dulce: lo consideraba un honor y un placer. Porque la madre la mandaba a ella siempre a buscar cosas muy lejanas y le daba permiso para irse de noche por la terma, y para desaparecer por todo el día. Además la madre decía que la más chica tenía muy buenos reflejos y a la grande no le decía eso, decía que la más chica era felina. Es cierto que a la más grande le decía que tenía aptitudes para la investigación, pero no era lo mismo. La más grande proponía siempre juegos de ingenio complicados, Maruja no los sabía hacer, entonces, un día la más grande le dijo:

—¿Y vos qué sabes hacer, entonces?

Cuando ensayaban la flauta dulce, Adalgisa traía invitados a la casa para que cantaran a coro, antes de servir vino y comida. Eran unos coros que terminaban siempre así:

Din - don - dan

Dan - din - don

A diferentes voces. Si alguien se perdía de su voz y se sentía irresistiblemente tentado de salirse de su voz por otra que oía, como si fuera un imán, Adalgisa lo miraba como si hubiera cometido una falta grave, si esa persona se aburría y se iba, ella la miraba con despreciativa tristeza, como se mira a alguien que toma el partido de las causas malas o injustas.

Adalgisa había vivido en carpa cuando tenía 12 años, después en yate y en un iglú. A las cinco de la mañana se levantaba la chica mayor para juntar piedras, a las seis de la mañana se levantaba Adalgisa para juntar flores en lo alto de la montaña. Adalgisa hacía cinco años que iba a esa terma, y conocía por el nombre todas las plantas del lugar. También conocía los cerros por sus nombres, pero no sabía chismes de la gente del lugar ni del hotel. Ella no iba a la terma por una enfermedad física, porque estaba sana, iba para estar en contacto con la naturaleza, con las montañas y los lagos.

Un día la chica menor de Adalgisa la mordió a Maruja y Maruja le dio una cachetada que la hizo trastabillar. Inmediatamente le dijo:

—Le voy a contar a mi mamá.

Y Adalgisa no le dijo nada directamente a Maruja, pero empezó a despreciar a la profesora de baile de Maruja diciendo que tenía una escuela de baile atrasada y poco elevada. Después, como conocía a algunos amigos de Maruja, los empezó a considerar poco elevados. La verdad es que Maruja no peleó nada: se fue al hotel con su tío. Su tío había encontrado un amigo industrial; este hombre no había fracasado en la industria, había variado siempre de ramo; tuvo fábrica de botones, comercio de lámparas chinas de papel, fábrica de sombreritos para los hinchas de fútbol en las canchas, etcétera.

Cuando el negocio empezaba a andar bien, él lo dejaba. Entonces le contaba a don Arturo cómo había hecho experimentos para hacer harina de pescado, y don Arturo hacía conjeturas y daba consejos como si el hombre tuviera la empresa en ese mismo momento. Ellos hablaban todo el día y Maruja se sentía sola.

## **Un encuentro**

Sobre ese encuentro no había mucho que decir, salvo que:

1. No bien lo vio se dio cuenta de que le tenía que hablar.
2. No bien empezó a hablar se dio cuenta de que le salía una voz absurda y muy aguda, no como la voz áspera de ella, se veía obligada a colocar la voz y sentía que la que hablaba era otra persona.
3. No bien empezó a emitir esa voz que presagiaba cosas raras y desastres (no desastres elevados como los de las tragedias griegas, sino que en medio

de esa situación tensa se caiga una silla al suelo con mucho ruido, por ejemplo) él la empezó a mirar con una mezcla de consternación, severidad y fastidio.

4. Al ver esa mirada, Maruja no encontró las palabras adecuadas que hubieran llevado su voz al cauce natural y se le empezaron a cruzar disparates en la cabeza que urgentemente tenía ganas de decir. Por ejemplo, preguntarse a ese hombre serio, con el cual estaba hablando de objetivas cuestiones, si comía medialunas o pan con manteca en el desayuno, si le gustaba sentarse en el pasto, si quería ir a vivir con ella en esas casillas del guardabarrera, al lado de la vía, con un cerco de campanillas, etcétera.

5. Como a Maruja le dio pánico ver que podía llegar a decir esos disparates (por otro lado pensaba que él sabía lo que ella estaba pensando, como si Maruja fuera transparente) siguió hablando, sin que él dijera nada, de un posible espectáculo de danzas en términos tan lamentables que parecía la organización de una danza de sombras que se arrastran por el suelo.

6. A esa altura él le dijo algo pertinente, como si lo que contaba Maruja tuviera algún sentido; eso reforzó la tristeza y el pánico de Maruja, esa soga que él tendía no estaba ella en condiciones de agarrarla, él no se daba cuenta por dónde andaba el asunto, por lo tanto Maruja no era transparente.

7. Si ella no era transparente, él ignoraba entonces que ella tenía puesto un par de medias corridas, que tenía roto el cierre del pantalón y se había puesto un alfiler de gancho, que tenía un defecto en el metatarso a la altura del tobillo, y que lo quería.

8. A esa altura, él formulaba escuetas y atinadas proposiciones acerca del proyecto de Maruja, que ella no estaba en condiciones de escuchar: ella se había quedado pensando que de algún modo, él la había rechazado por los defectos antes mencionados.

9. Como se ve que él no sabía qué hacer, fue a buscar un café, ocasión que Maruja juzgó propicia para escaparse sin decir nada, cosa que no hizo porque no se podía mover de la silla.

10. Después de tomar el café, él miró su reloj y dijo que estaba ocupado, por lo cual Maruja se fue.

Maruja empezó a acordarse de la nena que se le murió. Ahora, de estar viva, iría a la escuela. Tendría 10 años. Iría con una valijita y cincuenta pesos para comprar un chocolatín. Ella ya dibujaba mapas, y pintaba el celeste del mar con un lápiz de pasta celeste; el mapa de un color pasto tierno y en la

cordillera, una cadena marrón. La nena no sabía hacer bien esa cadena, en vez de hacer cabos que se colocan intermedios haría círculos unidos. Entonces diría:

—¡Mamá, no me sale!

Y Maruja entonces le empezaba la cadena de montañas, para que ella la siguiera. Después Maruja le haría pan tostado, manteca y dulce. Después la retaría porque la nena no se quería lavar los dientes; tampoco quería desenredarse el pelo. Entonces cuando Maruja tuviera un tiempo libre, le empezaría a desenredar el pelo, primero con rabia, al ver esa chica tan haragana y después de a poco, cuando el pelo se iba desenredando con suavidad, para que quede bien unido. La nena tendría un ponchito de esos que llevan tres llamas blancas adelante y un par de medias blancas, tres cuartos.

Después Maruja iba a tratar a dos o tres hombres, y el que fuera más bueno y más cariñoso con ella y la nena, a ese lo iba a querer. Maruja quería que fuera el hombre con quien se había encontrado, pero se ve que él no quería. Todo eso no se podía hacer porque la nena no estaba. Cuando esa nena se murió a Maruja no le importó, no le parecía que era su hija, ni siquiera una nena, le pareció que era un gatito.

Ahora que se daba cuenta que era una nena, era tarde. Antes Maruja nunca había pensado en eso, solo a veces le aparecía la imagen de un gatito muerto. A esa nena se le perdió el sol, los árboles, los colectivos, todo.

Ahora se había puesto a llorar de pena por la nena y por ella misma. Se sintió acompañada por los recuerdos y por los muertos. Y también acompañada por los recuerdos de cuando vio a ese hombre.

Ahora Maruja tenía mucho miedo de que él se enterara de que ella pensaba siempre en él, porque a lo mejor se enojaba de que se metieran con su persona, aun con el pensamiento; después, pensando, Maruja se dio cuenta de que a él no le interesaba que se metiera con su persona, le debía irritar sí, que lo agarraran desprevenido.

Se acordaba de su papá y de su mamá: se murieron sin que ella estuviera. Cuando ella desapareció de su casa, seguro que la estuvieron esperando mucho tiempo, sin siquiera hablar entre ellos de que la estaban esperando, siguiendo siempre la misma pelea, pero su mamá, cuando ponía la mesa, pondría por equivocación un cubierto más y en cuanto se daba cuenta de su error lo sacaba en seguida, no fuera a ser que su marido la pescara en un error. La esperaban y no la esperaban a Maruja: sabían que se había ido por

su bien a la capital, para elevarse en la vida. Y le agarró un ataque de cariño por los viejos, y entendió por primera vez una cosa que dice la gente: “Los muertos siguen viviendo en el recuerdo” que se contrapone a “A perro muerto, perejil al rabo”. Ella no había hecho ni una cosa ni la otra, no había querido saber más nada con los muertos, como si se hubieran ido a otro país y no hubieran escrito nunca más. Y ahora el recuerdo de la nena le decía: “Vamos, mamá, ponete contenta, yo te acompaño”.

Un día Maruja recibió carta de París, después de mucho tiempo. La carta tenía unas estampillas de colores muy bonitos pero muy severos, como les gustan a los franceses: rojo lacre, verde oliva y amarillo suave. Todos esos colores iban de acuerdo con el borde de la carta, que era azul marino y rojo discreto. Ninguna estampilla tenía un tucán, por ejemplo, o un pavo real; una tenía una estatua y otra un señor muy serio con unos ojitos chicos que juzgaban a todos. ¿Quién escribía? César.

Lo que decía la carta no estaba de acuerdo con ese sobre severo. César decía que arriba de la pieza de él había uno que tocaba el violín todo el día, que el concurso de profesor asociado lo ganó un reaccionario, que la lingüística se había dividido en dos ramas: la psicolingüística y la sociolingüística; en fin, que todo era un despiole y que nadie se ponía de acuerdo. Que él ahora escuchaba tangos y a Atahualpa Yupanqui. Que él había salido con una chica que preparaba una tesis sobre Lautremont, allá consideraban a Lautremont el mayor poeta maldito de América; la chica quería venir a Montevideo para ver los lugares donde vivió, apoyó sus pies, la silla donde puso su culo y escuchar a los biznietos de Lautremont, para ver si recordaban algo de lo que él había dicho o hecho, ya que era persona que constantemente hacía cosas memorables, hacía también maldades, pero eran maldades elevadas, lo mismo que sus locuras. Como César se peleó con esa chica, no iba a volver con ella; pero como ya tenía planeado el viaje, iban a venir hasta Montevideo en el mismo barco, y él llegaba solo a Buenos Aires. Que la extrañaba a Maruja y a los muchachos del café, que últimamente recorrió todo París para ver si había cubanitos y comprobó que no existían; que el otro día fue un muchacho argentino allá con un pullover muy lindo; que él vivía en una casa que no tenía incinerador de basura. Entonces, como estaba triste y solo tenía la pieza repleta de basura y últimamente estaba tirando cáscaras de naranjas al suelo. Que no sabía todavía cuándo volvía, pero que Maruja le mandara los libros de política, ya que ese muchacho del

pullover lindo le había dicho que la política estaba movida en Buenos Aires; ese muchacho le había dado una lista de lecturas; que por favor se las mandara.

Al final decía: “Con el cariño de siempre”. César.

Adentro de la carta había un recorte de diario, con una noticia en francés que ocupaba un lugar muy largo y finito: la señora Kalina Koumarova, que buscaba bailarinas por todo el mundo, se había muerto.

Maruja solo entendió que se había muerto. Maruja empezó a recordar lo que decían de ella: decían que cuando iba por todo el mundo, tomaba siempre jugo de pomelos para el desayuno, manzanas asadas, pescado hervido, caldo colado y suma y sigue. Todo eso para estar tan flaca y elegante. Y después de pedir caldo colado, lo hacía volver al mozo a la cocina porque el caldo no estaba bien colado, también quería que le sacara las cáscaras a las manzanas asadas. Dicen que una vez ella lo hizo ir al mozo a la cocina tres veces. El mozo dijo que no iba más, que el cocinero estaba ofendido. Entonces ella dijo: “Usted no sabe con quién está hablando”. El mozo dijo: “Yo no sé con quién estoy hablando pero tengo callos”. Como ella no entendía, él le mostró el zapato, los callos le hacían levantar el cuero del zapato. Como le pareció que ese mozo era poco elevado, esa señora se retiró y no quiso volver más a comer a ese lugar mientras estuvo en Buenos Aires.

Maruja se acordó también que a ella no la había elegido, decidió que era una vieja guacha que no tenía por qué acordarse más de ella. Pero de vez en cuando se acordaba y decía: “Pobre”. Pero con sentido diferente para cada uno: “Pobre” referido a la bailarina era porque esa mujer no había sabido dejarse estar, por ejemplo, no había mirado nada con detenimiento. “Pobre” por César, porque seguramente se le debía haber caído un poco el pelo y aunque no se le hubiera caído, ya seguramente tendría en la cara una expresión que indicaba que mañana nomás empezaría a caérsele: una especie de resignación y modestia en la cara debía tener y también los ojos un poco opacos.

## **Maruja lee libros de política**

Maruja compró los libros que César le pidió. Había uno: *Las lanzas y las masas*. Era bueno el libro, pero Maruja decía mal el título. Decía: “Las lanzas

y las llamas”, pensando mientras lo decía, que estaba cometiendo alguna equivocación muy grave, y sin embargo, le daba trabajo dar con el título tal como era. Ese libro le había hecho pensar y recordar muchas cosas. Maruja se empezó a acordar de cómo eran las fiestas en lo de los tíos de Navarro. Cuando Maruja era chica no tenía alegría más grande que ir a las fiestas de los tíos de Navarro; cuando fue más grande, ya las consideró poco elevadas por los temas de conversación y por la cantidad de comida que se comía. Una fiesta en Navarro era como sigue:

La casa era grande y nueva porque los parientes se habían enriquecido. En el comedor estaban las visitas propias del comedor: el médico y la señora, el químico y la señora, dos o tres visitas de la capital, un poco diferentes en la manera de vestir. Una prima de la capital era Olga, que llevaba tapados muy caros y vistosos y muchas joyas. En Navarro tenían la sospecha de que ese tapado lo había conseguido por algún medio retorcido, era como si ese tapado no le correspondiera ni tampoco esa pollera tan corta a su edad, se sacaba los aros porque le hacían doler y era como si llevara cencerros por el ruido. De vez en cuando, cuando hablaban de ella decían: “Pero es muy generosa”. Todos los chicos se ponían en fila y les decían:

—Saluden a la prima Olga.

Los chicos la miraban en silencio y con asombro primero, pero la prima Olga era zalamera y siempre encontraba algún chico al que le gustaban las zalamerías. Cuando Olga levantaba al chico, lo besaba y lo apretujaba, la tía de Navarro decía:

—Andá a jugar, no molestes a Olga.

No se sabía si lo decía para no molestar a Olga o para que el chico no se contaminara de ese perfume fuerte que llevaba ella. Por otro lado esa prima era fuente de diversión para grandes y chicos, era medio sorda, se podía decir cosas delante de ella sin que se enterara.

En el comedor había un cuadro que representaba un tropel de caballos debajo de una tormenta; la tormenta se veía con rayos, nubes, todos los caballos parecían querer escaparse pero en el cuadro quedaban inmobilizados. Ese cuadro lo había comprado la prima de Navarro en Buenos Aires, en esas casas de cuadros donde venden malagueñas, hombres de campo y paisajes de Suiza.

En la cocina, dos o tres mujeres de la familia ayudadas por una señora de pelo rubio pajizo con la cara muy colorada servían a toda la gente toda clase

de masas, tortas, etc. Los varones ayudaban llevando vino, y cuando las mujeres no daban abasto, comida. En la cocina se hacían chistes sobre los viejos, los morfones, etc. Al lado de la cocina había una salita con estufa a gas, de piso de mosaico y sillas cómodas. Allí había varias señoras viejas de muy diferentes costales, que tenían de común lo siguiente: se habían conocido de jóvenes, habían ido a la escuela juntas, habían sido hijas de María o de la Virgen de Fátima en la parroquia. Su aspecto era muy parecido: todas vestidas de oscuro, con muy poco maquillaje, se veían todas las gamas del negro, gris, marrón y azul: desde el oscuro pobre, arratonado por el uso y un poco brillante, hasta el negro apenas brillante pero fino, con alguna joya interesante. Si venía alguna vieja que hubiera superado la barrera del negro y llevaba colores más alegres, seguro que enfilaba para el comedor no sin antes departir un rato con las señoras de la salita. Algunas viejas vivían ahora en otros pueblos, y hacía mucho tiempo que no se encontraban con sus antiguas compañeras y a pesar de que unas eran más pobres y otras más ricas, querían saber ansiosamente qué era de la vida de cada una, y hablaban de la gente que conocían en común. Todas eran agasajadas por las personas que servían, las ayudaban a sentarse si llevaban bastón, traían masas sin crema para las que estaban enfermas, etc. Entre ellas, había una prima, Juanita, que de joven había caído en desgracia: sus padres tenían un campito, como el padre de la tía de Navarro, pero Juanita se metió con un peón y quedó embarazada. El peón se escapó y la dejó; el padre de Juanita la echó de la casa. Ella hasta hacía pocos años había lavado ropa para mucha gente, inclusive para la tía de Navarro que ahora la invitaba a la fiesta.

Juanita crió a su hijo lavando ropa para afuera en una pileta. De Olga también sospechaban que anduvo en malos pasos, pero Juanita ¿dónde se pudo haber ido con el peón? Al gallinero. Olga habría ido a algún departamento elegante para hacer sus matufias. Pero a Juanita no se le había perdonado con una especie de rencor profundo, que después se transformó en pena y reconocimiento. Lo de Olga causaba cierta irritación e incomodidad, y de ella se decía a propósito de cualquier cosa que hiciera o dijera “Cosas de Olga” o “Ya sabes cómo es Olga”.

El hijo de Juanita nunca vino a las fiestas de las tías de Navarro, pero ahora Juanita venía con el nieto. A ella mucho tiempo no la habían recibido en las fiestas: solo le daban ropa para lavar. Si Juanita o cualquier otra señora que tuviera el vestido medio arratonado decía que hacía empanadas fritas, otra

señora de negro con alguna joyita sobria y cara, decía:

—A mí los fritos me caen muy mal. Hace años que no pruebo nada frito.

Si el nieto de Juanita corría demasiado o tiraba cascotitos de granza del jardín, Juanita lo retaba y le hacía gestos amenazadores, algo así como: “Ya vas a ver cuando estés en casa”. Entonces la tía de Navarro decía:

—Déjalo, déjalo que juegue.

Y las señoras hablaban de métodos nuevos para blanquear la ropa y, en medio de la conversación surgía refulgente la venganza de Juanita:

—Sí, mi hijo me viene a buscar en el coche.

## Epílogo

El otro día me encontré con Maruja por la calle. Le pregunté si siempre bailaba y me dijo que la danza que ella hacía y sabía hacer ya no se practicaba más.

Ahora se hacía la danza con la cabeza encapuchada; Maruja conocía eso, ya que hacía rato que se venía haciendo hasta que se logró imponer. Maruja me contó cómo era el primer encapuchado que vio bailar, hacía como diez años: era un encapuchado que no llegaba a ser ridículo, ni a meter miedo, ni a ser misterioso, y sus movimientos querían ser solemnes. Eso se veía cuando el encapuchado se movía, porque quieto tenía un aspecto humilde. Había algo en él que hacía pensar en que bailaba por necesidad, para ganarse el pan, porque además tenía un traje largo, oscuro, como el de un seminarista, y por el modo de pararse y de permanecer, se veía que era una persona reflexiva y vacilante al mismo tiempo, alguien que no estaba muy seguro de su función de encapuchado. En diez años se impuso el estilo encapuchado y la otra danza prácticamente pasó a la historia: los hermosos ojos maquillados que expresaban bondad, maldad o dolor, pasaron a ser demasiado obvios para la gente.

—¿Y vos qué haces ahora? —le pregunté a Maruja.

—Otras cosas —me dijo con extraña reserva.

Por el tono de voz no insistí en preguntar, además ya no llevaba el pelo suelto desmelenado, ni sus grandes aros, ni pantalones de terciopelo. Cuando me saludó, me dijo como me decía antes: “Cómo te va, escopeta mal cargada”. Pero a pesar de que su voz seguía siendo ronca y descontrolada, había algo que no era igual que antes: pensé y pensé y me di cuenta: Maruja se había vuelto reservada. Pero esa es otra historia.

## El tío Pipotto

—Bersaglieri, corpo a terra! —decía mi abuelo.

Y todos los chicos se ponían cuerpo a tierra en la cocina. Mi abuela miraba despectiva.

—La testa a sinistra —decía mi abuelo.

Y los chicos doblaban la cabeza a la izquierda.

—Ya pasó un tren —decía mi abuela con voz amenazante.

Mi abuelo era cochero y debía correr detrás de cada tren para esperar a los viajeros. Los trenes pasaban cada dos horas; si él no se apuraba, los llevaba el otro cochero. Mi abuelo veía llegar el tren como desde 2 km. de lejos; todo ese tiempo lo empleaba en apurarlo para que salga a esperar a los viajeros. Pero ese tren se perdió y mi abuelo les decía a los chicos:

—Yo era bersagliero alpino, soldado dil ré.

Mi abuela, cada vez más exasperada, interrumpía la instrucción militar casera diciendo:

—Ma que re ni re. Te da de mangiare il re? Mangiale el morro al re.

Mi abuelo, profundamente mortificado por esa falta de respeto al rey de Italia, le decía:

—¡Apátrida!

Ya estaba decepcionado; ya todo su entusiasmo por los ejercicios militares ella se los había agitado. Ya bien podía ir al pueblo a buscar el otro tren o al diablo.

A mi abuela le importaba tres pitos que él le dijera apátrida.

Más bien le importaba tres pitos que él le dijera nada. Ahora que él salía, ella ya podía ocuparse de la cabra, del chanco y de la vaca Matilde.

El chanco y la cabra estaban cerca de la cocina, pero separados entre sí, como si cada uno tuviera su jurisdicción. Pero esta vez mi abuelo no alcanzó a ir al pueblo a buscar a los viajeros: como a diez cuadras vieron venir un coche con un viajero que se encaminaba para la casa de ellos. ¿Quién sería? De lejos se veía que el coche andaba con buen paso, esmeradamente, que el cochero se preocupaba por llegar pronto y bien.

—¿Quién será? —dijo mi abuela.

Hizo algunas conjeturas con mi abuelo, por lo tanto se amigaron momentáneamente, después tomó las medidas necesarias: María estaba sin vestido y tenía que esconderse en la pieza; habrá que alejar a la cabra y al chancho un poco más de la casa.

Todavía tuvo tiempo de decirle despectivamente a mi abuelo; a medida que iba apreciando al viajero:

—Te perdiste una propina.

Mi abuelo no contestó porque pensaba en quien sería.

Cuando se fue acercando, se vio un hombre de unos 50 años, gordo, con cadena de reloj, con una linda cara y muy bien vestido. Se bajó y dijo:

— ¡Teresa!

Mi abuela lo miró, lo miró y dijo:

—Ah, sí.

Pero no sabía quién era. Era su tío de Lima, que había venido a pasear a Buenos Aires. Mi abuela estaba más bien mortificada.

Pensaba: María tenía orden de quedarse adentro por lo del vestido ¿y si salía? Habrán sacado el chancho pero quedaban marlos de maíz tirados por ahí, ella tendría que matar una gallina porque ese tío querría comer. Además era como si el tío supiera que en esa casa se jugaba a estupideces, al cuerpo a tierra, como si las cosas estúpidas que sucedían siempre se volvieran más estúpidas.

Era como si hubiera llegado un inspector que por una parte producía molestias porque había que tratarlo amablemente, darle de comer, etc., y por otro lado, mi abuela tenía ganas de alcahuetearle algunas cosas a su tío.

El tío Pipotto examinó el panorama: el chancho, la cabra.

El chancho se había acercado y él lo espantó más lejos. Él cuando tenía 20 años cuidaba chanchos en Italia, pero ahora era industrial. Lo echó con un gesto de fastidio, como si un chancho fuese una cucaracha, pero otra sensación también tenía: como cuando uno sueña que vuelve a la escuela secundaria y tiene que rendir un examen que en el sueño uno sabe que ya lo rindió, o como un adulto que se pone a jugar a la bolita, sabe perfectamente jugar, emboca, etc., pero no tiene ningún entusiasmo por el juego. Le echó una mirada crítica al chancho; ni siquiera le producía excesivo rechazo. Un chico estaba quieto, sentado, tímido; no se acercó a saludar a su tío Pipotto. El tío Pipotto dijo:

—E questo qui, cuse ga, o fa il morto per non esse amasao?

(¿Y éste tiene algo o se hace el muerto para que no lo castiguen? )

El chico no respondió y mi abuela le mostró la nena más chiquita.

—Eh... —decía el tío Pipotto y meneaba la cabeza con aire de desaprobación.

—Eh... questa qui a poco fin en sa ruca.

Que quiere decir: Esta tiene poca vida en su cabeza.

—Si te ge scampitegarregi.

(Si vivís puede ser que salga algo de vos).

Pero meneaba la cabeza.

Entonces mi abuela mató la gallina más gorda para hacerla rellena.

El relleno era una hierba picada bien finita, tan finita que era casi un líquido. El tío Pipotto opinó que la gallina era realmente muy rica y comió mucha. A la hora de comer salió María, que se había fabricado un vestido con una especie de cortina. Era un vestido raro, pero no le causó tan mala impresión al tío Pipotto porque ya había comido y tomado vino. Estaban discutiendo con mi abuelo, (mi abuelo ponía más calor) sobre qué regimiento había rajado primero en la guerra; si el de los genoveses o el de los toscanos. Mi abuelo era toscano y decía que habían rajado primero los genoveses. Mi abuela escuchaba despectivamente mientras levantaba los platos y le dijo:

—Ma y a ti que se te importa. Tute muse.

(Todas pavadas).

—Eco —dijo mi tío Pipotto—. Musaie.

(Que quiere decir: Ni mas ni menos. Recontrapavadas).

—M'importa —dijo mi abuelo—. Anduve a fare il servizio militar a Italia.

Él se había pagado el pasaje para hacer el servicio militar en Italia. El tío Pipotto lo miró con indiferencia; haber hecho el servicio militar ni le quitaba ni le agregaba nada a sus ojos.

Mi abuelo dijo:

—Anotte he sognato qui staba in Italia.

Mi abuela dijo:

—Los sueños son como los pedos.

El tío Pipotto, riéndose con gran aprobación, dijo:

—Eco.

Mi abuela reafirmó:

—Tute muse, muse, musaie.

—Apátrida —pensó mi abuelo—, toda la familia apátrida.

Además mi abuelo pensaba que todos los ricos son duros de corazón.

Cuando se fue, el tío Pipotto mejoró su primera impresión: la comida era muy buena, su sobrina era joven todavía y por lo que le había escuchado, estaba muy bien encaminada.

## Mi tío de Lima

—¿Con quién vives tí?

—Con mi mamá, mi papá y mi abuelita —dije.

—Ve a llamar a tu mamá, ¿quieres? Dile que vino José Mazzini de Lima.

Observé que la fórmula peruana para pedir una cosa era diferente: él no quería decir si yo quería ir a llamar a mi mamá, era como si dijera: “Quiero que llames a tu mamá con tu consentimiento”, pero disentir era imposible.

La voz era rica, plena, suave. No era una voz de argentino. Era como si brotara de algún lugar profundo dentro de él y como si vibrara un poquito en su cuerpo.

—¡Vino José Mazzini de Lima!

—Abrí la puerta del comedor —dijo mi mamá.

Ella se acomodó el pelo y acomodó una silla. Estaba nerviosa: hacía cuarenta años había llegado el tío Pipotto de Lima justo el día en que se escaparon los chanchos. Ahora este tío y el comedor estaba desordenado.

—¡Sacá esos trapos! ¡No servís para nada!

Habitualmente esa observación me irritaba, pero esa vez no me afectó; venía un pariente de Lima y por eso mismo iba a esconder los trapos en un lugar insólito: detrás de un jarrón de porcelana; ojalá que se asomaran un poco.

Finalmente mi mamá salió, ya con cara de recibir visita. La cara de visita era para todos igual: afable, cortés, casi siempre desenvuelta, como si de antemano descontara que iba a recibir un gran placer. Con esa misma cara recibía a una amiga íntima y también a la señora de Bastión, que tenía un hijo mogólico de 40 años y explicaba minuciosamente cómo le cortaba la carne en pedacitos para que no se atragantara. Salió a la calle y dijo:

—¿Qué tal? —como si lo hubiera visto hace un año. Mi tío de Lima, con la voz un poco emocionada, con un leve matiz de duda para que la emoción fuera después más plena y el encuentro más histórico, le dijo:

—Tú eres Emilia, ¿ya?

—Y tú José —dijo mi mamá hablando de tú seguramente por contagio. Nunca la había oído hablar de tú y pensé que a lo mejor lo haría en otras

oportunidades que yo desconocía.

Se abrazaron y José tenía los ojos brillosos. Entonces mi mamá dijo:

—A ver. Vos sos hijo de Cayetano.

—No —dijo—, de Juanito. Cayetano tuvo dos hijos: uno volvió a Italia y el segundo, Marcos.

—Pero es cierto —dijo mi mamá un poco fastidiada porque se había equivocado—. ¡Qué tonta! Si sos hermano de...

Cuando se estableció bien la filiación, lo invitó al comedor a sentarse en unas sillas duras, altas e incómodas. Mi tío de Lima se sentó sin reparar en ellas como si una silla fuera un obstáculo útil para sentarse, y siguió muy emocionado.

—¿Y la tía Teresa? —dijo.

No dijo “la tía”, dijo algo así como “la zia”. Claro, resulta que era sobrino de mi abuela. Pero mi abuela estaba en su pieza, sentada en su cama rezando, acomodando todas las estampitas como para un solitario y no sabía que había venido un sobrino. Ella acomodaba todas las estampitas sobre la cama, les rezaba y las cambiaba de lugar de acuerdo con algún orden.

Ella rezaba para todos, pero quién sabe si se acordaba de ese sobrino.

Mi mamá dijo:

—Un momentito, le voy a avisar. Quedate con el tío José.

El tío José me sonrió y me contó cómo había venido.

Mi mamá no fue alborozada a decirle a mi abuela que había venido José; fue para ver si la abuela tenía las estampitas en orden sobre la frazada y para peinarla. Con el apuro, el peinado y es precipitación, mi abuela no entendía de qué se trataba. Sólo que era alguien de Lima. Mi abuela hizo un gesto como diciendo: “Justo ahora”. Estaba por la oración de San Francisco. Estaba atrasada en el rezo y ya venía atrasada del día anterior. Además quería estar con cierta majestad en la cama y sentía en ese momento que no tenía ninguna majestad, se sentía un poco débil. Mi mamá le puso colonia y mi abuela revivió. Le pidió a mi mamá que saliera y la dejara sola un minuto para prepararse para la visita. Mi abuela era imperiosa; tenía la nariz larga y afilada y la mandíbula sobresaliente; llevaba la boca siempre apretada y era flaca. Ella decía siempre:

—Pónelo cua. Pónelo la. Torna cuesto. Porta vía. Mete cuesto in la. Guarda cua. Tapa il sole. Ve in casa. Prego, levanta la stampa. Sta in calma.

Después entró mi tío de Lima a la pieza de mi abuela, y otra vez la filiación.

Con mi abuela fue más largo el asunto; dijo que sí, que comprendía, pero me parece que dijo que entendía porque ya iba para largo. La verdad es que mi abuela, por tratarse de ella, hizo mucha alharaca. Ella también tenía una voz para las visitas y una amabilidad distinta, pero siempre como si el centro fuera ella. Ella sabía que era una anciana venerable que había vivido y trabajado duramente: no esperaba más que laureles y siempre cosechaba laureles y rosas de las visitas. Pero esta vez era diferente: le pidió a mi mamá estar a solas con su sobrino de Lima y mi mamá vio la parte práctica del asunto, que era hacer la comida, mandarme al almacén, etc. Todo esto era normal. Lo que no era normal era lo que se oía desde la pieza de mi abuela. Mi abuela lloraba con la voz quebrada, como si le hubiera salido una voz finita, de viejita femenina, con agudos estridentes que nunca le había escuchado.

Se estaba confidenciando. Era una voz de víctima y de prima dona, a veces de pajarito. José le decía “tía” como si la hubiera visto toda la vida y le preguntaba cosas en italiano con esa voz rica y peruana. Mi abuela se había olvidado del italiano en la Argentina y siempre dijo que a ella Italia no le iba ni le venía. El italiano que ella hablaba era un idioma propio, una mezcla, y cuando tenía que hablar con unas amigas italianas, decía todo que sí para abreviar, pero la mitad no entendía. Pero ahora con el sobrino ella quería hacerse entender y él le hablaba un italiano perfecto y ella lo entendía. No se oían órdenes ni aseveraciones como de costumbre. A veces parecían lamentos, recuerdos. La voz de él era serena, un poco grave. Oí que mi abuela le preguntó:

—Il tuo padre vive ancora?

Preguntó con una voz humilde y temerosa, pero ya más en confianza, no con voz amable de visita, sino como si fuera un sobrino que ella viera cada tanto.

—No —dijo él—, papá falleció en el 50. ¿A ver? Espera. Sí, digo bien, en el 50 porque...

Lo dijo en tono neutro, objetivo, como si recordara la fecha de la muerte de un presidente.

—Ah —dijo medio desconcertada mi abuela—. ¿Y Caetán?

—Caetán falleció de joven, cuando la fiebre amarilla, espera, a ver si me equivoco. Pero no, fue en el 18 —sorprendido—. ¿No lo supiste, pues?

—¡Emilia, Emilia! —dijo mi abuela llamando a grandes voces a mi mamá—.

Ha morto Caetán!

Se echó a llorar tapándose la cara con las manos. Yo nunca la había visto llorar a mi abuela. Mi mamá estaba haciendo tallerines y la salsa se estaba por quemar.

—Y claro, mamá —dijo mi mamá—. ¿No te acordás de que ya avisaron? Yo tengo la idea de que avisaron.

Y le habló por lo bajo a José, diciéndole que a mi abuela le fallaba un poco la memoria. Mi abuela agarró la estampa de San Cayetano; como no veía casi nada hizo un esfuerzo para mirarlo bien a ver si era, y mientras, lloraba, pero no ya con esos sollozos impactantes, sino que se le lloraba.

Después vino otra vez mi tío de Lima a comer a mi casa. Ese día habían puesto un mantel de supergala que yo no había visto nunca puesto y la mejor vajilla. Yo jamás había visto todo el despliegue junto. Mi abuela se mostró amable, lo suficiente, y correctamente cariñosa.

Después que mi tío se fue, mi abuela, más imperiosa que de costumbre empezó a decir:

—Mételo cua. Guarda cuesto la. Súbito el trapo, ve.

## Los cuentos de los amigos de Cecilia

Los amigos llegaban, se sacaban el sobretodo y lo ponían en un perchero grande, y después se sentaban a charlar con Cecilia, que los había invitado. Cecilia los había invitado a todos juntos, así ellos hablaban y ella sólo escuchaba, porque estaba cansada, y ahora estaban todos sentados alrededor de la mesa contando historias.

El primer invitado contó una historia de monos. Un mono se subía sobre un cajón y con un palo agarraba una banana y después la pelaba y se la comía, Cecilia lo escuchaba con atención y trajo café en pocillos con platos debajo, y todos revolvían el café hasta que uno empezó a decir:

—¿Podríamos contar historias de ladrones?

—No, historias de ladrones mejor que no –dijo una señora con moño en la cabeza.

Entonces todos empezaron a tomar el café callados y contentos de estar al calor, porque afuera helaba y cada vez que se abría la puerta, corrían a cerrarla y se volvían a poner contentos porque estaban al calor. Después se empezaron a contar historias por separado, y cada uno le contaba algo al que tenía a su lado, y Cecilia escuchaba la historia que le contaban, que era justamente la de los ladrones.

Mucho tiempo charlaron así, hasta que se abrió la puerta y entró otro amigo. Este amigo se quedó con el sobretodo puesto y se sonreía siempre. Se sentó y permaneció sentado con las manos en los bolsillos. Cecilia fue corriendo a traerle café sin decir nada y todos le explicaron lo que estaban haciendo:

—Estábamos contando cuentos, pero los tuyos son los mejores de todos. Nunca vi a nadie que supiera tantos cuentos.

El amigo se sonrió como pidiendo disculpas y se puso a contar la historia justo cuando Cecilia traía el café y se sentaba.

—Voy a contar una historia que pasó hace tiempo –dijo, y se puso las manos en los bolsillos–: “Una vez había una mujer que se estaba lavando la cabeza y se miró al espejo para ver si tenía el cuello limpio. Cuando se miró al espejo, vio que al lado de la oreja tenía una mancha colorada y redonda y

se dijo:

—Será una mancha de tinta.

”Y se empezó a frotar esa mancha que antes no tenía y gastó todo el jabón. Cuando vio que no salía, pensó que estaba enferma y fue a ver un médico y el médico le dijo:

—Es una mancha cualquiera, pero no es de tinta y usted no está enferma.

”La mujer se fue a su casa sin olvidarse de que tenía una mancha colorada en la cara y se la tapaba todas las veces que podía, y cuando estaba con alguien, le parecía que en seguida se iban a dar cuenta de que tenía una mancha y se avergonzaba.

”Por eso se quedaba mucho tiempo sola y toda la gente que la conocía se preguntaba por qué esa mujer habría cambiado tanto, pero nadie se lo explicaba y como ella había cambiado, ellos también, y eran amables y celosos con esa mujer. Ella se daba cuenta y sufría mucho.

”Una tarde estaba mirándose en el espejo distraída, sin pensar en nada. De repente se acordó de algo: ¡había mirado y no se había visto la mancha! La mujer se miró otra vez y el corazón le golpeaba fuerte; la mancha no estaba. Entonces buscó apoyo y se sentó, porque sintió que tenía las piernas flojas y estaba por llorar. La mancha se había ido. Esa mujer levantó su pelo todo lo que pudo y se fue a tomar el sol que había en su casa, para que su cuello recibiera el sol y después volvió muy contenta y se acostó. Cuando se levantó a la mañana siguiente, tenía la mancha otra vez en el mismo lugar, una mancha redonda y colorada y todavía ahora la tiene”.

El amigo se sonrió y sacó las manos del bolsillo para tomar su café, y uno dijo, mirando a Cecilia:

—Es una historia muy rara.

—Las manchas a veces son de nacimiento —dijo la señora del moño en la cabeza.

Y otro amigo bostezaba y miraba su reloj. Después dijo:

—Son las doce y debemos dormir.

Entonces todos agarraron los sobretodos y se fueron, y el último en irse fue el hombre del sobretodo puesto y le sonrió a Cecilia y le dijo adiós.

Cuando todos estaban afuera dijeron:

—Cecilia nunca habla, sólo escucha lo que dicen.

—Yo nunca la oí hablar —dijo un señor pelado.

Es como si no estuviera, pero hace un café muy rico —dijo la señora del

moño en la cabeza.

Y después se dispersaron y se fueron cada uno para su casa.

La señora de al lado siempre tejía y Cecilia le ovillaba todas las madejas porque así se entretenía mientras hablaba la señora de al lado, pero ella no tejía. También compraba muestrarios de perros, donde aparecían perros de todas clases y de todos los precios, pero ella no compraba ninguno.

Y Cecilia invitó muchas veces a esos amigos, y siempre les servía café, y cuando venía algún amigo nuevo, ella iba en silencio a la cocina, le ponía más agua a la cafetera y le daba café. También cuando se iban les alcanzaba los sobretodos y se los cepillaba, y todos decían muchas gracias.

Cecilia iba al cine muchas veces y se asustaba cuando un hombre alto quería matar a otro, y se sonreía cuando aparecían chicos jugando o cuando la gente se enamoraba.

También trabajaba: era la que llevaba los papeles de un lado a otro, y los revisaba muy bien y les borraba las manchas de tinta y los apilaba todos según el color, todos los días.

Una vez que volvía del trabajo, el viento la despeinó toda y enseguida que llegó a su casa, se peinó con cuidado. En el costado derecho, debajo de la oreja, tenía una mancha redonda y colorada. La miró con fijeza, se pasó jabón y la mancha no salió. Cecilia se puso un camisón y se acostó, y sentada en la cama se puso a rezar las oraciones, como todos los días, y después sacó un espejito chico y se miró otra vez, sonriéndose un poco y se dijo:

—¿Y por qué no yo?

Y se quedó dormida.

## Cuento chino

Yo conozco bastante a los hombres porque soy prostituta en la casa de la señora Liú. Mis padres me pusieron allí de joven porque pensaron que esa debía ser una buena colocación para mí. El primer hombre que conocí cuando tendría unos 16 años, estaba atormentado por unos fantasmas que él creía ver en la habitación. Yo ya casi empezaba a ver grandes sombras rojas ahí adentro y tenía miedo, pero no me daba cuenta. Sólo pensaba: “De aquí me voy a escapar”. Me quise escapar cuando él dormía, pero se dio cuenta y me retuvo. Era bueno y cariñoso, ya se había olvidado de imprecicar a esos fantasmas y me dijo que pidiera algo de regalo. Le dije que no aceptaba ningún regalo y se sorprendió. Por fin, al verlo compungido, se lo acepté.

Los regalos eran muy importantes en esa casa, y eran el tema de conversación de todos los días. Una vez, un hombre muy bueno que había, nos trajo un monito para que nos divirtiéramos; todas jugábamos con el monito, pero Anita, una chica que siempre lloraba, se sentó el mono en la falda y empezó a llorar. Entonces la señora Liú le dijo al hombre que se lo llevara, que no lo quería ver al monito porque hacía destrozos. Pero la causa era otra; cuando la vio a Anita llorando, la retó y le dijo:

—Estando triste se pierde el 50% del valor. No hay que estar triste.

Ella velaba siempre para que no estuviésemos tristes. Cuando alguna andaba medio despeinada o como ausente, le compraba lindos vestidos y hacía una comida especial.

—Yo creí que les iba a gustar —dijo el hombre del mono, y se fue con el mono.

No bien se fue, todas se empezaron a burlar de él; lo llamaban Mono, decían que tenía el culo como los monos y, como no apareció nunca más, de vez en cuando alguna preguntaba:

—¿Qué será de Mono?

Después no recuerdo que alguien haya traído un animalito o una planta para alegrar la casa. Me acuerdo de uno al que todas querían; era joven, bastante lindo, charlaba y hacía chistes con todas; todas lo admiraban. Yo le tenía odio, porque cuando estaba conmigo se relajaba como un gato y atendía solo

a su placer; le tenía que hacer cosquillas con una pluma, quería que le rascaran la espalda y después de hacerle yo mil masajes por todos lados, me daba una palmada y se iba.

Otro no hablaba una palabra: se desvestía y se vestía en silencio.

A ese lo encontré por la calle una vez, y los dos hicimos como que no nos conocíamos. Ni siquiera miró para otro lado; yo lo miré y él pasó con cara de piedra, imperturbable. Pero a él yo no le tenía rabia, no le tenía nada. Yo, no sé por qué, les contaba a algunos hombres historias de mi infancia desvalida; eran todas inventadas y cuando las contaba, yo las creía. Me parecían lo más sincero de mí misma, y era como el placer de lamer una herida. Pero mi infancia no fue tan desvalida; mis padres, ahora lo veo, hicieron todo lo que pudieron por mí. Había uno que también me contaba su infancia desvalida, me decía que él también era como un chico desvalido. Y así nos pasábamos en la cama tendidos un largo rato, solos en la oscuridad y dándonos calor y compañía. Eramos como dos hermanos.

Después había otro que me insultó. Me dijo los peores insultos de esta tierra. En la casa de la señora Liú estaba prohibido insultar y el que insultaba no entraba más. Pero yo lo perdoné porque comprendí que insultaba su propia maldición, su propia desesperación; veía la miseria de todos y no la podía superar; insultaba a la miseria y cada vez se revolcaba más en ella. Me conmovió porque se tiró a mis pies y me pidió perdón; pero me puse dura ante los insultos. Yo, antes de esos insultos, creía que los insultos eran como la muerte; creía que la ira causaba la muerte. Pero los insultos son graves de otra manera que como la gente piensa; los insultos son como una tierra en la que hubo un terremoto alguna vez: momentáneamente se puede estar tranquilo, uno se distrae, pero siempre está la amenaza latente.

Por ese tiempo yo me había adaptado a todas las normas de la casa de la señora Liú, aceptaba los regalos, distinguía uno malo de uno bueno, tiraba distraídamente los malos y me quedaba con los lindos. Estaba más linda que antes, estaba en mi plenitud. Pero cuando quería recordar algo que me habían dicho, se me confundían las personas y las cosas ¿Quién me había dicho que el azul me quedaba mejor que el rojo? ¿Este? No. ¿Quién dijo que los relojes se limpiaban con detergente? Y no podía recordar quien era.

Mezclaba lo que uno decía con otra cosa y así lo repetía yo a mis compañeras, a veces, diciendo algo que había escuchado como si lo hubiese dicho yo, sin darme cuenta para nada en el momento. Pensaba que estaba

perdiendo la memoria y me decía: “Dios mío, que no pierda la memoria”. Yo no le conté a nadie esto, ni a la señora Liú, que no advirtió nada. Me reía como siempre.

Un día apareció un hombre que parecía llevar un peso muy grande sobre sus espaldas, pero no me dijo qué le pasaba; yo tampoco le pregunté. Ese hombre me hacía hermosos regalos, pero yo no les daba importancia. Parecía que los regalos fueran cosas que estaban ahí puestas, que no fueran de él ni de nadie. Yo me cuidé muy bien de decirle lo hermosos que eran sus regalos, dado que él no les daba ninguna importancia. Y me puse a pensar en esa característica suya, de ser independiente de todo, de no darle importancia a nada. Cuando me puse a pensar en eso se me notó en la cara y la señora Liú me empezó a mirar. Yo, a él le dije un día:

—No quiero más regalos tuyos, quiero...

Y no sabía cómo decirle lo que quería. A lo mejor me había olvidado de lo que quería. Él me dijo:

—¿Qué querés? Te doy lo que quieras.

Y yo quería otra cosa y no sabía lo que quería. Desalentado dijo:

—Las mujeres son así. No sé por qué no sabrán lo que quieren.

Yo no dije nada. La señora Liú lo hizo ir con otra. Fue una sola vez y no apareció más por allí. A mí no me calienta para nada que se haya ido. Si no es en esta vida, yo pienso que en la otra lo voy a encontrar.

## El Centro de Investigaciones

En un edificio gris, sencillo, enfrente de la feria, se leía “Centro de Investigación Educativa”. A las 5 y 30 hs. cuando entraba el último grupo de alumnos a investigar, desde la feria se oía “Vamos, vamos, que se acaba” y la Sra. de Ruberto, secretaria del centro, se iba a comprar la carne. Todos los días compraba la carne y todos los días el grito del carnicero la tomaba de sorpresa “¿Será posible, las 5 y 30 ya? ¡Y yo con todo esto por pasar! Voy pronto, antes que cierre”, le decía a la bibliotecaria. Se iba con su canasta a dar una voltereta y volvía más contenta y un poco envalentonada. Por ejemplo, ese día tenía que cursar invitaciones para una charla sobre el tema “Educación y desarrollo económico”.

Le tenía que mandar al intendente, a la inspectora de escuelas, al director de cultura y a un viejito que vivía solo, que una vez pidió que lo invitaran si había una charla o cualquier cosa cultural porque a él toda la vida le habían interesado esas cosas.

El papel era poco para las invitaciones y además llovía y parecía que al día siguiente también iba a llover. Entonces la Sra. de Ruberto dijo:

—Al intendente no le mando nada, qué va a venir.

Después se acordó del viejito, sorprendida, como cuando se acordaba de que tenía que comprar la carne y dijo:

—A él le mando media hoja, así me ahorro media para otra vez.

Cuando hacía las invitaciones, no leía bien el nombre del profesor que las iba a dictar y le dijo a la bibliotecaria:

—¡Ay! ¿Cómo se llama este hombre? ¿Kourek?

—Koukvrek -dijo la bibliotecaria que era joven y se recogía el pelo con una hebillita. La bibliotecaria fichaba y entregaba libros todo el tiempo, le encantaba entregar libros, trataba de que nadie se fuera sin uno, pero para buscar en los estantes de arriba, le hacía falta una escalerita o un banquito. La Sra. de Ruberto percibió eso y un día vino triunfante con un banquito viejo; en un montón de basura había encontrado tirado un banquito y dijo:

—¡Qué picardía!

Lo limpió y se lo trajo a la bibliotecaria para que subiera a los estantes

altos. Otro día, revisó la oficina de al lado, que estaba semiabandonada y encontró papel: se trajo un montón de papel bien contenta y dijo:

—Quién se acuerda que está ese papel ahí.

La bibliotecaria, cuando no podía dar un libro porque el que pedían no estaba, se desesperaba como si ella tuviese la culpa; entonces le decía a la cliente:

—Estás pálida hoy, te noto pálida.

Entonces la cliente decía:

—Sí, callate, ayer me bajó la presión.

Y después contaba por qué le había bajado la presión y cuál era el mejor remedio para eso. Las que venían a estudiar también iban a la feria y a veces venían a buscar un libro como perdidas, como cuando una va a la farmacia a buscar un remedio raro que no conoce muy bien, que alguien le recomendó, pero uno no cree mucho en su eficacia. Ya con el libro en la mano, lo ponían en el fondo de la bolsa y a veces charlando, lo dejaban sobre la mesa porque tenían que ir a la feria y el carnicero cerraba.

Pero la que trataba por todos los medios de darle ímpetu a ese centro, de elevarlo, era la asesora. Ella venía de la capital e impartía los cursos. Trabajaba en hojas movibles, con anotaciones que decían “Ver página 56” y ya tenía a mano la página 56 de su resumen para asociar o dar más cuerpo a su tema. Ella no estaba conforme con el modo como marchaba todo; hubiera querido más despliegue, más vuelo. La asesora le decía a la Sra. de Ruberto:

—¿Hiciste las invitaciones?

La Sra. de Ruberto: ponía una voz entre eficiente y tranquilizadora, como de alguien que está satisfecho por haberse portado bien.

—Sí, ya las ensobré y las mandé también.

La asesora sabía hacer paquetes que parecían de Navidad; llegaba, abría un libro entusiasmada y se deleitaba con los temas; era como si mostrara un pimpollo. Cuando llegaba y veía que había olor a encerrado, ventilaba la habitación de los cursos y se movía con tanta resolución que parecía que Dios hubiera venido a ventilar.

Después ella esparcía armoniosamente sus papeles y carpetas allá y acá y traía de su casa ya una carpetita para adornar la mesa, ya una flor para poner en un vaso. Entonces parecía que esa oscura habitación cambiaba totalmente y se convertía en un lugar para investigar.

Los libros de la biblioteca eran de varias épocas. De la primer época era un

libro llamado *Mi pensamiento pedagógico* del profesor Alcides Ponzó. En la primera hoja del libro había una fotografía de Alcides Ponzó cuando era bebé, sobre una mesita ovalada con un vestido de lana, apoyado en la mesa en posición de nadar.

Este libro estaba dedicado y donado por otra pedagoga y la tinta se había puesto medio borrosa y celeste. La dedicatoria decía algo del camino hacia los astros. Era un libro de pensamientos, máximas, aforismos que en realidad se consideraba superado; mucho tiempo había ocurrido; pero la misma asesora, que estaba con las corrientes más actuales de la educación, cuando había que mandar una invitación especial, por ejemplo cuando se graduaban las alumnas y había que hacer invitaciones como la gente, como ella decía, arriba de las mismas ponían una sentencia de Alcides Ponzó. Por ejemplo: “Siembra una duda y cosecharán un ser libre”.

O sino: “Desbrozar la cizaña del trigo, he aquí la tarea y el problema de la educación”.

Cuando la Sra. de Ruberto tenía que pasar a máquina, le preguntaba a la bibliotecaria:

—¿Qué dice acá? ¿Desbrozar?

—Sí —decía la bibliotecaria.

La Sra. de Ruberto ponía una voz como diciendo “Los libros tienen cada ocurrencia y se meten en cada complicación...”.

Después el libro de Alcides Ponzó quedaba enterrado a veces hasta un año, hasta la próxima cita. A veces, la misma asesora leía una máxima para encabezar una invitación y decía:

—Pero esto no pega ni con cola.

Y la asesora buscaba y buscaba algo más adecuado para encabezar la invitación. Una vez era la hora en que la Sra. de Ruberto tenía que ir a la carnicería. Entonces estaba desasosegada, quería salir un rato y se atrevió a decirle:

—Pero Elisa, yo lo pongo, total quién lo va a leer.

La asesora la miró con cara de profundo reproche y dijo:

—Debemos hacer las cosas bien, no debemos dejarnos estar. Un Centro de Investigación debe tener cierto nivel.

Desde entonces, la asesora supervisaba a menudo la confección de las invitaciones: las hacían juntas y se cuidaba la diagramación, los sobres, etc.

Después había unos libros, todos de autores franceses, cuyos títulos eran *El*

*niño delincuente, El niño perverso, El niño anormal, El niño rebelde, etc.* Los autores franceses razonaban así “¿Quién tiene la culpa de que el niño sea perverso? ¿La herencia o el medio ambiente? Si bien no podemos desconocer el papel de la herencia, tampoco podemos subestimar el papel del medio ambiente. Pero ¿a qué debemos atribuir la perversidad? Debemos sopesar ambos factores y llegaremos a la conclusión de que cada factor juega su papel y tenerlos en cuenta en su interrelación para la determinación de cada caso en particular”.

Después seguía toda una serie de casos de niños perversos, muchos de los cuales martirizaban a los animales y un número grande de esos niños solían pegarle a su abuela, la ataban, le daban órdenes, etc.

Unos libros más modernos se titulaban *Educación y desarrollo económico, Educación y hambre en el mundo*. En esos libros se decía que la gente que mejor comía tenía una mejor educación. El problema era con la gente que comía menos. La gente que comía menos no aprendía. ¿Por qué no comía? Porque no alcanzaban los alimentos. ¿Por qué no alcanzaban los alimentos? Porque la producción era baja. ¿Por qué la producción era baja? Porque como estaban mal alimentados, no podían producir, ni estudiar. ¿Cuál era la causa de todo esto? Muy compleja.

La causa, decían estos libros, era muy compleja.

Pero después ese problema no interesó más; después interesó la planificación. La planificación era como sigue:

Por ejemplo, un maestro debía enseñar: “El peludo, sus costumbres y su idiosincrasia”.

La asesora enseñaba a interpretar estos libros de planificación que decían cómo se debe planear la enseñanza del peludo. Era así:

Objetivos intelectuales: Conocer al peludo y su circunstancia.

Objetivos afectivos: Aprender a amar al peludo.

Objetivos para habilidades y destrezas: Aprender a fabricar una guitarra con un peludo y rellenar un peludo dibujado con papelitos brillantes.

Como decía la asesora todos estos objetivos tenían niveles jerárquicos, que no había que mezclar. Y ella se entusiasmaba cuando veía una buena planificación, después se las mostraba a las otras alumnas, ellas la copiaban y cuando trabajaban en la escuela siempre rellenaban peludos con brillantitos pegados.

Una vez tenía que venir un profesor, especialmente invitado, a dar una

charla sobre “El arte y la educación”. Venía de lejos y era una persona prestigiosa. Su charla era a las 18 hs. Era un día de lluvia, no paró de llover en toda la tarde. A las tres de la tarde, la Sra. de Ruberto se golpeó la frente y dijo:

—Suelo, trágame.

—¿Qué pasa? —dijo la bibliotecaria.

—Me olvidé de mandar las invitaciones y no va a venir nadie. Ay, Dios mío, que siempre me has socorrido en todo momento, ¿qué hacemos?

—Me pongo el piloto y voy hasta lo de don Ángel.

Don Ángel era el viejito que siempre quería que lo invitaran. La bibliotecaria fue a buscar a don Ángel y no estaba.

La Sra. de Ruberto decía:

—¡Ay, Dios mío, ayúdame, por favor! Ojalá que si este hombre (por el conferenciante) viene en tren, ojalá que descarrile, que choque el tren, que él no se haga nada, yo no le deseo ningún mal.

Y si viene en auto, no va a poder pasar. No va a poder pasar con esta lluvia (Y ella misma se iba tranquilizando) Mirá que con esta lluvia va a poder llegar.

De repente se tranquilizaba, pero a cada rato miraba el reloj. Dijo:

—A las 5 viene Elisa.

A las 5 vino la asesora, con el peinado bien organizado, de conferencia y vestido elegante y algo monacal.

—¿Mandaste las invitaciones?

—Sí, Elisa, pero con este día, ¿sabés que por la ruta no se puede pasar? Está todo inundado.

Lo dijo con demasiado entusiasmo y Elisa la miró. La Sra. de Ruberto, para disimular, dijo:

—¡Qué picardía que se costeara con este día y no viniera nadie! Sería una verdadera pena.

La asesora miró llover pero ella jamás consideró que la lluvia fuera un obstáculo básico. Semejante lluvia le producía la más profunda de las indiferencias. Se puso a acomodar un florero y trajo la jarra de agua y un vaso con un platito debajo.

A las 6 en punto de la tarde aparecen por la puerta dos hombres, uno el inspector, precediendo a otro con un paraguas, cobijándolo debajo del paraguas con solicitud. El conferenciante tenía la cara luminosa, el pelo bien

peinado y aplastado y dijo:

—Vine, sinceramente, porque no me quedaba otro remedio.

Este señor (señaló al inspector con aire bonachón) prácticamente me obligó a venir, ya que hoy es mi aniversario de casamiento. Cumplo veinte años de casado.

La Sra. de Ruberto dijo:

—Lo felicito, Sr., y agradezco la atención que ha tenido con nosotros al molestarse en un día tan importante para usted.

Para ella pensaba:

—Tierra, trágame. ¿Por qué este infeliz no se habrá quedado en su casa?

Pero le dijo a él:

—¿Cómo llegó con esta lluvia?

El hombre explicó que había llegado relativamente bien.

La Sra. de Ruberto dijo:

—Acá es tan especial la gente. ¿Usted sabe que no hay quien los mueva de su casa los días de lluvia?

—Me imagino, me imagino –dijo el conferenciante, y preguntó dónde iba a ser la charla.

La asesora, entusiasta, lo acompañó adonde estaba la jarrita y el vaso. La Sra. de Ruberto dijo con voz inocente:

—Esta es nuestra salita, humilde, como usted puede ver...

—No importa, no importa –dijo el profesor.

—Esta es la manpostería –decía la Sra. de Ruberto. Allá hace poco se nos cayó el revoque, pero...

La asesora la interrumpió:

—El profesor tal vez querrá saber algo sobre el funcionamiento del centro. Este centro se creó en...

El profesor, medio desconcertado, miró el reloj. Eran las 6 y 25. Dijo:

—¿La gente tal vez suele atrasarse acá?

Firme y valientemente, la Sra. de Ruberto, dijo:

—Bueno, en general la gente es puntual. Ahora que con esta lluvia...

—Comprendo –dijo el profesor.

La Sra. de Ruberto dijo con voz festiva y alegre:

—¿Quiere ver la otra salita?

—Bueno –dijo el profesor.

—Esta salita –dijo muy convencida la Sra. de Ruberto– se comunica con la

escuela de al lado. Nosotros cualquier cosa que precisamos, siempre...

—Claro —dijo el profesor con voz débil.

—¿Un cafecito, profesor? ¿Y Ud., Sr. inspector?

Dijeron que sí y tomaron todos café. Estaban la bibliotecaria, que se sentía culpable de todo y no sabía dónde meterse, la asesora, que estiraba el cuello para escuchar al profesor, la Sra. de Ruberto, que servía las tacitas, ponía azúcar y se movía bastante y la lluvia que rajaba la tierra.

La asesora dijo que el tema de la charla era verdaderamente apasionante y el profesor empezó a hablar de las cuevas de Altamira.

Cuando la Sra. de Ruberto vio que lo de las cuevas de Altamira iba para largo respiró y agradeció a Dios. La asesora anotó en su libreta de hojas movibles un libro que el profesor citó sobre el tema y el inspector hizo una pregunta al profesor, con cierta modestia no exenta de dignidad, como si fuera un jugador de tenis, que le preguntara algún tecnicismo a un jugador de rugby. El profesor habló unos veinte minutos; la asesora estaba bastante contenta porque había tenido al profesor para ella sola y la Sra. de Ruberto le dijo a la bibliotecaria:

—Dios aprieta pero no ahorca.

Después vino una bibliotecaria nueva a trabajar. Aparentemente era fuerte como un toro, pero la habían mandado ahí con la consigna de que debía trabajar en un clima de mucha paz y tranquilidad.

Ella fue separada de su cargo y en su expediente figuran las causas que a continuación se detallan:

1) “Incumplimiento del horario de trabajo estipulado”.

Ella venía a eso de las 10 de la mañana y después se quedaba hasta muy tarde, cuando ya se habían ido todos. El motivo era que no podía permanecer durante ciertas horas en su casa, a la tarde, porque se peleaba con su papá. Y a la mañana, si venía muy temprano, el perro todavía no estaba atado y venía detrás de ella, por lo que optaba por venir tarde.

2) “Descuido ominoso y oficioso de los bienes y utensilios de trabajo”.

Una tarde de fin de año, estaban haciendo el recuento anual de los libros. La bibliotecaria anterior los buscaba en la biblioteca subida a su banquito y la bibliotecaria nueva, que se llamaba Chochi, los marcaba con una crucecita en el libro inventario. Después de poner la crucecita n° 5, vomitó sobre el libro inventario y lo inutilizó.

3) “Observar una conducta reñida con los principios de la moral y las costumbres”. Artículo 5º, inciso 7.

Chochi persiguió hasta la puerta al inspector, que era un hombre de unos 50 años, con cara de laucha engordada y le dijo que era precioso y que soñaba con él. A causa de esto, cada vez que el inspector pasaba por el Centro de Investigación se cruzaba a la vereda de enfrente porque le daba terror encontrarse con ella, no sabía qué actitud tomar. La asesora estaba muy enojada, porque decía que por culpa de ese clavo que les habían mandado (refiriéndose a Chochi) el Centro de Investigación carecía de supervisión. Decía que la supervisión era muy necesaria, era como una brújula, etc. El inspector no apareció más.

Además era culpable de otro episodio reñido con la moral y las costumbres. Se enamoró también de otro hombre que iba con frecuencia a la biblioteca (iban dos). Era el Sr. Arancio, un señor mayor que hacía investigaciones pedagógicas. Él era un hombre muy correcto, muy respetuoso, algo tímido si se quiere, que para ejemplificar un trabajo práctico presentó el problema siguiente: “Si una tortuguita tiene 20 manchitas y se le borran 4 ¿cuántas manchas le quedan?”.

(Se trataba de que los maestros presentaran problemas creativos, que no se atuvieran a los tradicionales). Ella entonces le declaró su amor al Sr. Arancio, él se asustó mucho y trataba de entrar por otra puerta a la sala de investigaciones. Pero Chochi lo esperaba y lo pescaba siempre. Un día ella le dijo que si él no le traía un frasco de perfume lo iba a correr por todo el pasillo, y otras amenazas. Al Sr. Arancio le agarró un ataque de desesperación y no quería ir más ahí, pero como le faltaba sólo un mes para terminar un curso que le había resultado arduo, le trajo un frasco de perfume. La asesora se quejaba constantemente de que el prestigio del Centro de Investigación bajaba y dijo:

—Si esto sigue así, voy a renunciar.

La asesora renunció y se hizo charlista viajera: dio charlas de un extremo a otro del país.

A Chochi, a pesar de que no tenía más de 30 años, optaron por jubilarla, ya que encontraron ciertos atenuantes para su conducta y le dieron una jubilación por invalidez y quedaron la Sra. de Ruberto y la bibliotecaria, amigas como siempre, a esa biblioteca tan fresca y oscura en verano.

Pero después que se fue la asesora, el Centro de Investigación Educativa

nunca volvió a ser lo que había sido.

## El Sr. Bellone

Nos mudamos a una casa nueva. Cuando fui con mi papá todavía estaban los ocupantes anteriores: un viudo y su hijo chiquito. Ese viudo fue muy amable conmigo y me dejó llevar al nene en cochecito.

Era muy cortés, sonriente, lejano. El nene de él tenía las piernas muy largas y se dejaba trasladar en coche sin chillar. Yo lo llevaba a todo lo que da y él se quedaba pasivamente, como diciendo: A mí qué más me da. Yo tenía la sensación de llevar un chico de más edad en el coche. Este era el segundo viudo que yo veía en mi vida y era completamente diferente del otro que había visto, un amigo de mi papá. Ese amigo, cuando llegamos a su casa, mostró un sillón al lado de la ventana y dijo:

—Aquí se sentaba ella.

Después agarró una muñequita de paño lenci y dijo:

—Este es el último trabajo que hizo. Hacía perros, gatos, hacía maravillas.

Entonces el Sr. Bellone se puso a llorar, fue hasta el ropero, lo abrió y mostró cómo guardaba todos los vestidos de ella. Después nos sentamos alrededor de una mesa (no nos dio café) y dijo:

—En esa silla se sentaba ella.

Y se limpiaba los anteojos empañados.

Después nos mostró las últimas fotografías de ella. Estaba de lo más risueña y parecía decir “qué miran”. Eso si uno pensaba que estaba viva. Considerando que estaba muerta, no había más remedio que asociarla al perro de paño lenci, a los vestidos que nunca más iba a usar. De todos modos, me pareció que la fotografía tenía alguna forma de vida mayor que las cosas de paño lenci y los vestidos. Además, revisar los vestidos sin que ella supiera...

Después contó lo que ella solía hacer. Solía sentarse al lado de la ventana, y ahí cosía o leía. Al Sr. Bellone le parecía esta costumbre algo notable. Yo pensé entonces que un muerto era una persona notable. Después dijo:

—¡Qué fatalidad, don Pedro, qué destino!

Como si la fatalidad y el destino fueran bichos que hubieran entrado a su casa cuando él estaba distraído y le hubieran llevado a su mujer.

Mi papá lo interrumpió y dijo:

—Hay olor a quemado, me parece que algo se le quema.

Él fue a la cocina y retiró una cacerola del fuego, sin decir nada. Cuando mi papá dijo que había olor a quemado, yo también lo sentí. Antes me parecía algo natural, como si correspondiera que en la casa de un viudo reciente hubiera olor a quemado. A lo mejor tampoco correspondía decirlo. El Sr. Bellone dijo que saliéramos al fondo para ver los pollos.

—Ella les daba de comer en la mano.

Y él ahuecaba la mano.

Mi papá dijo:

—Vinimos por un ratito, nomás.

Pero yo ansiaba ver el fondo y los pollos del Sr. Bellone. Antes, cuando contaba todas esas cosas de ella yo sentía cierta impaciencia, esperaba algo, como si todo ese revuelo que hacía él fuera para que ella se presentara. Porque él se movía para todos lados, iba de la ventana a la mesa, se sentaba, se paraba, suspiraba. Pensé que los pollos del Sr. Bellone debían de ser notables y lo eran: tenían un cogote largo, eran dos solamente, parecían un poco apestados y eran muy cariñosos. Piaban constante y desordenadamente cuando vieron aparecer el maíz; hacían un escándalo como si fueran veinte pollos, de repente se estremecían y parecía que se contaran chismes.

El Sr. Bellone empezó a decir “Coco”, “Pipí”, “Coco” con una voz absurda, un poco ridícula que me tranquilizó completamente. Esa era una casa permisiva, se ve que se podía hacer cualquier cosa.

Los pollos le daban picotazos en los dedos, él se dejaba picar y les acariciaba esos impresionantes cogotes y decía:

—La extrañan. Se ve que la extrañan. ¿La extrañas a Tina vos, eh?

Había una bolsa llena de maíz y yo le quería dar a esos pollos como un kilo de maíz para ver cómo clavaban la cabeza en el suelo con picotazos rápidos y después estiraban el cogote. Agarré un montón de maíz y mi papá dijo:

—No, dejá.

—Déjela —dijo el Sr. Bellone—. Es un tesoro.

—Es que nos vamos ya —decía mi papá.

Pero yo no me quería ir. Lo que me gustaba de esa casa era en primer lugar que uno podría hacer cualquier cosa y al Sr. Bellone le parecería bien, más aun, cada cosa, dar de comer a los pollos, regar con la manguera, debería cobrar un relieve extraordinario. En segundo lugar, en esa casa me sentía frágil. En esa casa uno sentía la fragilidad de la vida; cada gesto que uno

hiciera sería como único, como el último que uno hacía. En esa casa, dado que era frágil, yo podría ser caprichosa, por ejemplo.

Pero mi papá no se quiso quedar y el Sr. Bellone nos acompañó hasta la puerta con lágrimas en los ojos, no se sabía bien si porque seguía emocionado por la muerte de su mujer, si se había conmovido con los pollos o si pensaba morir o que nosotros nos muriéramos y entonces no nos vería nunca más. Nos saludó y después nos seguía con la vista y nos hacía adiós con la mano.

Mi papá dijo:

—Ese hombre no está normal.

—¿Está loco? —pregunté.

—No es eso —dijo.

—Será que está viudo —pensé.

—¿Así que sos un tesore? —dijo mi papá.

—¿Cómo un tesore?

—Un tesore, tesore —dijo.

Yo me reí muy poco porque me tenía cansada con cargadas. Le dije:

—Llorar mucho así hace mal, ¿no es cierto?

—Claro —dijo mi papá—, trae mal aliento.

Debí reconocer que mi papá tenía un poco de razón otra vez: el Sr. Bellone tenía un poco de mal aliento. Antes de que lo dijera mi papá a ese olor yo lo hubiera llamado perfume u olor de viudo que está llorando.

Pero ahora estaba todo en orden, y siendo las 6 de la tarde, me iba a ir a jugar un poco a la paleta a la calle.

## El predicador y la isoca

Las circunstancias imprevisibles de la vida, puestas esta vez de manifiesto en forma de un interminable aguacero, habían reunido en una oscura caverna a un predicador y a una isoca. El predicador decía así:

—Amados hermanos, debemos distinguir, según lo hiciera el sabio filósofo Spinoza, entre la natura naturans y la natura naturata. La segunda es engendrada pero no infundida por la primera, la primera es viceversa de la segunda.

La isoca decía que sí y mientras tanto comía el poco yuyo que crecía en la caverna. El predicador continuó:

—El ser primero contiene, sostiene, sobreviene y mantiene a todos los demás seres, y es razón y causa non causata.

La isoca dijo que sí y que iba a ver si llovía.

—Voy a ver si todavía llueve.

Salió afuera y dijo:

—No llueve más, pero me gustaría escuchar la crítica del voluntarismo leibniziano.

## La señorita Irma

La Srta. Irma era la menor de tres hermanas. Las dos mayores, que pronto se casaron y tuvieron varios hijos, tenían rasgos un poco caballunos. La más bonita era ella, se veía favorecida y desfavorecida por tener esas hermanas. Favorecida porque ganaba en la comparación de facciones y proporciones; y desfavorecida porque había un aire de familia que era común a las tres. Ellas vivían en un pueblo, y la Srta. Irma en su adolescencia leía poemas, pero no sólo de amor, sino también de paisajes y de los estados de ánimo. Ella estudió para ser maestra y admiró a los grandes espíritus de la humanidad, los científicos, los seres abnegados y su poema preferido era uno que decía que el mundo entero era sólo una gran cárcel. En el fondo de su corazón quería ser actriz, pero pensaba con cierto desprecio que todo escenario era también como una gran cárcel. Los gestos de sus manos eran muy significativos: si hacía un movimiento para expresar “Esas cosas hay que dejarlas correr” su mano indicaba el despecho perfectamente, unido esto a su cara altiva y a los ojos semicerrados. Si algo le gustaba mucho, generalmente un paisaje o algo que había leído, sus manos se unían como para rezar y se le iluminaban los ojos.

Después tuvo un novio que no presentó a nadie y nunca se supo por qué lo dejó de ver. Después que lo dejó de ver, no se notaba que hubiese sufrido o llorado, pero se aisló más de la gente y le dio cada vez menos importancia a las cosas cotidianas. Por ese tiempo el mundo ya no le parecía una cárcel estúpida; estaba resignada a una cárcel venenosa que había que enfrentar no confiando nunca en nadie. Si una compañera del trabajo iniciaba una conversación con ella diciendo, por ejemplo:

—¡Qué tiempo loco! Hoy llueve, a la tarde sale el sol...

Ella decía:

—De veras, qué tiempo loco.

Pero su voz tenía un matiz de reserva y además como si todos los tiempos hubiesen sido locos. Era una mezcla de reserva, tristeza y distracción. También usaba algunas palabras del lunfardo que se habían hecho corrientes entre las maestras, por ejemplo “despelote”. Pero cuando ella decía

“despelote” no evocaba lo que la palabra significaba, era como si acariciara la palabra con esa vocecita aplastada.

Ella era una persona que estaba realmente en contra de la ignorancia. En la escuela ni la directora ni las maestras estaban contra la ignorancia. Desde ya que nadie odiaba a las maestras rurales, las admiraban de lejos, cómo no, pero ocupaban tanto lugar en el pensamiento de sus compañeras como la fisura del átomo. En cambio ella era capaz de conocer el nombre de la Sra. Ermelinda de Suárez, maestra de Faimallá, que había inventado un método para leer con fichas de colores. La Srta. Irma era partidaria de trabajar con escasos recursos, por ejemplo cajas viejas de fósforos, papel de cigarrillos, etc. En las cajas de fósforos los chicos guardaban pequeños bichos. Decoraba el salón con unas muñecas, todas parecidas entre sí, con un vestido orlado por un festón. Estas muñecas eran de cartón, toda la parte de arriba planas, pero para darle redondez al vestido y para que quedaran paradas, les ponía una zanahoria debajo del vestido. Cuando era 25 de Mayo o 9 de Julio, estas muñecas que se fabricaban todo el año para jugar, llevaban una mantilla en la cabeza y un abanico de cartón en la mano. Para 25 de Mayo a la Srta. Nélide le tocó decorar la escalera de la escuela. La torre del Cabildo estaba hecha con un envase vacío de dentrífico, pero se ve que no alcanzó a cubrirlo con otro papel, porque se notaba claramente que era un envase de dentrífico y la marca. También delante del Cabildo había dos papas grandes, que venían a ser los cañones. Cuando vio eso otra maestra, la Sra. Amanda, que usaba una pulsera de oro y hermosos zapatos, dijo:

—¡Esto es un cacherío! Mejor hubiera sido poner un gran ramo de rosas rojas, sobre el escenario, o algún bouquet.

En fin, dos estilos.

Pero a quien realmente quería la Srta. Irma era a los chicos y se rompía toda por ellos. Cuando enseñaba la palabra “aire”, les decía a sus alumnos de siete años, con una voz de hablarle a los pollitos:

—A ver, a ver, quién me trae un poquito de aire.

Y la palabra aire sonaba como suplicante, como si ella les mendigara un poco de aire.

Todos ahuecaban las manos para juntar aire y ella llamaba a uno que muy seriamente le traía aire en el hueco de la mano. También los chicos olían rosas imaginarias y mientras ella se daba vuelta para escribir en el pizarrón, imitaban al sonido del viento y se movían como los árboles del bosque.

También hacía otro ejercicio que era aparentar que estaban dormidos, pero mientras pensaban cosas. Entonces ella decía:

—Soñando...

Y todos apoyaban las cabezas en los bancos sosteniendo las manos y a veces se quedaban como diez minutos así. Por ese tiempo, la Srta. Irma que siempre había sido delgada estaba muy delgada y era como si se estremeciera de a ratos. Cuando le proponían algo decía: “Claro, claro”, con voz aparentemente muy comprensiva, pero se veía que estaba distraída. No eran estremecimientos a destiempo ni demasiados espectaculares, pero por ejemplo decía: Sí, sí y el último “sí” terminaba como en un breve silbido.

Como quería tanto a sus alumnos, pasó con ellos a segundo grado, pero entraron dos nenas nuevas: Alejandra y Silvia. Alejandra tenía unos ojos celestes muy grandes y desorbitados, era muy linda pero tenía la boca levemente curvada hacia abajo. Casi no sabía leer y gritaba en clase en cualquier momento. Las dos se empezaron a pelear enseguida con los varones pero de distinta manera: Silvia con argumentos de justicia o injusticia. Alejandra imaginaba que le pegaban, que le robaban y que le gritaban insultos. Alejandra enfrentaba a las maestras más viejas de la escuela y si la retaban, se quedaba mirándolas con rabia contenida en los grandes ojos celestes. La Srta. Irma no se cansaba de decir:

—¡Qué criatura más creativa!

Alejandra aprendió a dibujar a la perfección esas muñecas de vestido largo, las dibujaba todo el día y en cualquier hoja en vez de escribir. Cuando los chicos aprendieron las autoridades de la escuela, Alejandra dibujó una muñeca de vestido largo y debajo escribió (con ayuda):

“La directora es una reina”.

Dibujó después otra muñeca de luto y debajo puso, también con ayuda:

“La secretaria es una viuda muerta”.

Un día Alejandra empezó a disfrazarse con un tul que había por ahí y no se lo sacó en todo el día. Entonces la Srta. Irma pensó: “¡Cuánto aprende uno de las criaturas! Nos enseñan a nosotros. Acá vamos a dramatizar. Voy a tener disfraces”.

Juntó cuanto trapo encontró y les hizo traer de la casa todos los elementos posibles. Alejandra hacía siempre de hada rubia y Silvia, que era morocha, quería hacer siempre de bruja. De los varones, uno solo se disfrazaba, era el

que hacía de director de tránsito. El director de tránsito era el que dejaba pasar al hada rubia e impedía el paso de la bruja; la bruja lo increpaba, fingía que lo arañaba y terminaba dando vueltas carnero por el suelo. Otro personaje importante era una nena rubia y muy delgada, de piel casi transparente, de modales muy suaves pero sumamente imperiosa; ella hacía siempre de princesa que se va a casar. Al comienzo pasaba inadvertida, no se la registraba pero de repente emergía con gran fuerza y la bruja, el hada buena y el director de tránsito enmudecían. Toda la clase enmudecía como ante lo innombrable.

Los varones no actuaban pero miraban interesados lo que pasaba. El que estaba ajeno a todo era Marcelo Riquelme, que se sentaba en el último banco, con el pelo rapado y aparentemente sin la menor conciencia de su pelo rapado. Marcelo tenía la cara tan sucia como el guardapolvo y el cuaderno más sucio que la cara y el guardapolvo juntos. Usaba un lápiz de trazo grueso y apenas se distinguía lo escrito de lo no escrito. En cuanto podía, Marcelo se escapaba al patio a espiar a los otros alumnos o a la cocina para que la portera le dé un pancito. La Srta. Irma no se daba cuenta de que se escapaba.

Un buen día, Alejandra empezó a salir disfrazada de hada buena al patio, con zapatos colorados de señora, una gorra de baño en la cabeza, un tul que enmarcaba la gorra y que arrastraba como un metro atrás. Cuando terminó el recreo en vez de ir al salón iba a subir la escalera que da a la terraza, cuando la vio la maestra Bianchi. La maestra Bianchi detectaba inmediatamente una infracción al orden. Podía estar pensando en cualquier cosa, distraída, pero si había algo incorrecto, enseguida reaccionaba.

—¿Adónde va! —le gritó estridentemente.

—Mi maestra me dio permiso —dijo Alejandra con su disfraz.

—Bájese de ahí —le gritó fuera de sí.

Como Alejandra no se bajaba la fue a bajar de un brazo. Llena de rabia, trataba de desasirse y después se lo contó a su maestra.

Al día siguiente apareció nuevamente disfrazada todo el día y llevó papeles y registros a la dirección y a otros grados vestida así. La secretaria, que tenía voz de telefonista y además hablaba siempre por teléfono, le dijo:

—Nena, ¿por qué venís así?

Pero después se distrajo porque la llamaron por teléfono y Alejandra se dio otra buena vuelta por el patio.

—¿A quién le ganaste?

Le gritó un chico desde un salón.

Pero ella seguía dando vueltas, arrastrando el tul, con los ojos fijos adelante, como si tuviera una misión que cumplir.

Al día siguiente, la portera Luisa estaba tomando sol en las várices escondida detrás del mástil de la bandera. Tenía una toalla en la cabeza y apoyaba las piernas en un banquito. Marcelo Riquelme fue a pactar con ella.

—Dame pancito.

—Levantá los papele —dijo Luisa.

—Entonces dos pancito —dijo Marcelo.

—Buen —dijo Luisa medio dormida.

Él se fue al patio porque estaba muy oscuro en el salón. La Srta. Irma no abrió las persianas y estaban dramatizando de nuevo. Esta vez se dramatizaba un falso chimento. Se comentaba que la bruja había tenido un hijo. La dramatización era así:

—¿Quién lo dijo?

Dos nenas se acusaban mutuamente.

Vino el hada buena y le dio un empujón a la bruja que cayó desmayada. Las dos nenas del chimento daban vueltas alrededor de sí mismas desde el escritorio a la puerta, eran unas vueltas como de purificación.

Mitrópoulos, un chico muy inteligente que estaba sentado en el primer banco, miraba todo con aire pensativo y como intrigado. La Srta. Irma estaba resplandeciente. La directora vio esa representación y no le pareció muy usual, pero como era improvisación, pasaba. Le llamó la atención el olor a encerrado que había en el salón y sintió calor. Estuvo tentada de decirle a la Srta. Irma que abriera las ventanas, pero la Srta. Irma estaba con una sonrisa tan plena que proponerle abrir las ventanas hubiera sido como convidar a comer a una fotografía. Se fue de ese grado con una leve sensación de disgusto que olvidó enseguida. Asuntos urgentes la requerían.

Esa misma semana llegó la inspectora, con grandes anteojos ahumados. No tenía ganas de inspeccionar nada y hubiera dado su vida por una Coca-Cola, pero todos los negocios estaban cerrados. Cuando le dijeron a la portera que estaba la inspectora, la portera miró como preguntando qué le importaba a ella.

—Quiere un café —le dijeron.

—Ah, que espere —dijo la portera.

Hacía mucho calor y la portera no asociaba bien.

La inspectora dijo:

—Quiero ver un grado lindo.

Quería sentarse en algún salón tranquilo, fresco, mientras alguna maestra hablara de la vaca, sacar a diferentes vacas de todos lados y sobre todo ver verde, mucho pasto. También estaba dispuesta a escuchar alguna canción tranquila, siempre que los chicos no desafinaran demasiado o una clase de geografía para ver el mar pintado en el mapa.

La directora dijo:

—¿Un grado lindo? Vamos a lo de Irma, entonces.

—Vamos —dijo la inspectora.

La Srta. Irma estaba dramatizando cuando la reina Isabel le entrega las joyas a Colón.

La reina Isabel era Alejandra, que tenía la gorra de baño en la cabeza y el tul largo con el que había barrido el patio toda la tarde. Colón tenía zapatillas de gimnasia, medias coloradas y un gorro de colores con visera, más bien de apache.

Cuando llegó la inspectora, las ventanas estaban herméticamente cerradas. La Srta. Irma no se inmutó por la llegada de la inspectora, la saludó como si fuera usual que viniera, como si siempre hubiera estado en el salón y siguió no más la dramatización.

Los chicos que dramatizaban hablaban en voz muy baja y la Srta. Irma, casi doblada, les iba diciendo ansiosamente lo que tenían que hacer. La corona de la reina era un elástico circular que Alejandra tenía en la cabeza. Se producían demoras porque Alejandra no se podía sacar el elástico y Colón no atinaba a recibirlo. Colón dijo:

—¿Qué hago con el elástico?

—¡Con la corona de la reina! —rectificó la Srta. Irma, convirtiendo con su frase el elástico en un objeto sumamente valioso. Tímidamente se quedó Colón con el elástico en la mano y después la Srta. Irma dijo:

—Ahora la sopera de plata de la reina.

La sopera de plata de la reina era una enorme pava gris de lata que se usaba para servir mate cocido a todo el grado.

—Tené la pava —dijo una nena con entusiasmo.

—¡Cómo brilla la sopera de plata de la reina! —dijo la Srta. Irma con entusiasmo.

Colón recibió la pava y la sostenía como si fuera una regadera. La Srta.

Irma se la acomodó poniéndole las manos debajo de la pava, mientras decía:

—¡Es un hermoso presente!

Pero la pava era enorme y Colón no podía sostenerla, la pava se cayó al suelo y la Srta. Irma dijo, con voz entusiasta:

—A ver, a ver, empecemos de nuevo.

Cuando la Srta. Irma dijo “empecemos de nuevo” la inspectora empezó a sentir olor a pis. Estaba sentada al lado de Marcelo Riquelme y le pidió el cuaderno para mirarlo. Miró la primer hoja y no quiso ver más. Desde la primer hoja ya lo sabía de memoria, no quería mirar ese tipo de cuaderno. Le dijo a la Srta. Irma:

—Quisiera ver cómo leen sus alumnos.

La Srta. Irma dijo:

—No, ahora no pueden leer, porque están en plena dramatización. Si leen se confunden.

—Que lean lo que están dramatizando. ¿Puede ser?

A regañadientes, la Srta. Irma les dio los libros y los chicos leían con voz inaudible. A Colón, sobre todo, no se le escuchaba nada.

—No oigo —dijo la inspectora desde el fondo.

—Son vocecitas de siete años —dijo la Srta. Irma—. No son locutores de televisión.

Los chicos leían cada vez más confundidos y ella les soplaba por atrás, pero les soplaba fuerte; de modo que la única voz que se oía era la de ella, y decía con énfasis, con voluptuosidad, como si se tratara de algo comestible:

—El collar de la reina.

La inspectora se retiró sin saludarla y le dijo a la directora sin énfasis, como si estuviera levemente disgustada:

—Está loca.

También como si fuera una circunstancia en cierto modo frecuente, una cosa posible, un ingrediente más que se unía al calor, a la falta de Coca-Cola y al café que se había demorado.

—Quiero hablar con ella después —dijo—, fomenta la confusión de roles. Los chicos van a creer que una reina es una mendiga.

Apareció la Srta. Irma para hablar con la inspectora con los ojos como dos carbones. La inspectora encendió un cigarrillo y dijo:

—Me permito observarle, señorita (acentuando la palabra, como si dijera, señorita que en su casa la conocerán), ¿cómo es su apellido?

—Irma Santini —dijo con suma violencia.

—Me permito observarle que usted crea confusión en los roles en esas dramatizaciones. Los chicos van a tener una idea tergiversada de la historia y todo los lleva a suponer que la reina Isabel era una mendiga.

—Perdóneme —dijo cortante la Srta. Irma.

—Un momentito —dijo la inspectora—, además la higiene de esos disfraces deja mucho que desear porque...

—No le permito —dijo la Srta. Irma y salió hecha una furia.

—¿Adónde va? —preguntó la inspectora a la directora.

—No sé —dijo ésta.

Se quedaron las dos a esperar que vuelva.

Volvió con una caja de cartón llena de polleras, eran todos disfraces de polleras. Fue sacando las polleras una a una mientras sus ojos brillaban. Eran polleras viejas, descoloridas, todas hasta el suelo y había como veinte.

—¿Esto está sucio? —decía y con los ojos quería comer a la inspectora. Finalmente tiró todo el contenido de la caja sobre el escritorio y desapareció.

—Había que sacarla del grado —dijo la inspectora—. No puede enseñar.

—Es una persona sumamente dedicada a la docencia —dijo la directora—, no tiene amistades, vive sola, pone tanto empeño en la enseñanza... Además usted debería ver otras cosas que hace...

—No —dijo la inspectora—, por favor no me lleve nunca más al grado de ella.

Hacía mucho calor y la inspectora estaba cansada.

Mandó comprar una Coca-Cola.

La directora insistía:

—Es tan dedicada a la docencia.

—Desde que entré —dijo la Inspectora— vi a esa rubia disfrazada por la escalera. Eso no me gustó nada.

—Yo le voy a decir que pare con ese asunto. Su foja de servicios...

—¿Qué nota le pusieron antes?

La inspectora miró y todos los informes sobre la Srta. Irma eran elogiosísimos: no bajaban de maestra sublime.

Entonces ella se puso a escribir un informe moderativo. Se acordó de que había estacionado mal el auto y ahora estaría recalentado.

—Bueno, que pare con todo eso —dijo.

Y se fue.

Al día siguiente la directora vio entrar a la Srta. Irma con los ojos como dos carbones y la quiso aplacar.

—Irma —le dijo— mire qué lindo informe le dejó la inspectora.

La Srta. Irma no lo quiso leer. Dijo:

—A mí no me importa. Si dejó buen informe está loca. ¿Por qué dice una cosa y escribe otra? A mí no me importan los informes, no trabajo para eso.

Y pensó, con profunda ira y desprecio, que el mundo era una gran cárcel.

## El chico que no se podía dormir

Había una vez un chico que no se podía dormir. Todas las noches su mamá le dejaba un velador prendido, muy lindo, con un foco tan chiquito como un garbanzo.

Primero llamó a su mamá y dijo:

—¡Mamá, tengo sed!

La mamá se levantó y le trajo un vaso de agua. Después se quedó con un ojo abierto y otro cerrado y le dijo de nuevo.

—¡Mamá! ¿Te acordás cuando fuimos a ese lugar, a ese lugar? ¿Cómo era?

—Bueno, ahora dormite –dijo la mamá que quería dormir, porque las madres precisan dormir también.

Él miraba la silla y le parecía que no era la que veía todos los días; ahora parecía que la silla tenía un vestido largo y arriba una cabecita chiquita que se iba poniendo más clara.

—¡Mamá! –dijo.

Pero la mamá se había dormido. Entonces cerró los ojos. Cuando cerró los ojos vio pasar montones de redondelitos como granos de arroz, pasaban y pasaban. Eran tantos como si todo el mundo estuviera cubierto de granos de arroz. Cuando abría los ojos, esos arroces desaparecían.

Su mamá le había dicho:

—Para dormirse hay que contar ovejas. Ovejas que saltan por un alambrado, una detrás de otra van saltando. Ovejas, no abejas, porque las abejas vuelan de flor en flor y no se pueden contar.

—¿Y si cuento perros? –dijo el chico. Cerró los ojos y empezó a contar perros. Pero los perros hacían un bochinche bárbaro, venían todos juntos, no cruzaban uno detrás del otro. Uno se enredó en el alambrado, otro ladraba con las orejas bien paradas.

—Voy a contar ovejas –pensó.

Cerró los ojos y apareció una ovejita sola, chiquita, con la lana un poco sucia. Esa oveja comía pasto pero sin ganas, parecía medio triste y seguro que no quería cruzar el alambrado. Ni pensaba.

Él no se podía dormir porque al día siguiente se iban a ir de excursión con

la escuela a Buenos Aires, en un colectivo, y nunca había ido de excursión. A la mañana en la escuela habían saltado todos juntos y gritaban:

—¡Excursión! ¡Excursión!

Él tenía que llevar un paquete a la excursión con sándwiches y manzanas. Entonces pensó “¿Estará el paquete? Voy a mirar si está”.

Se levantó y vio que en la cocina estaban los sándwiches y las manzanas. Entonces la mamá sintió que andaba levantado y le dijo:

—¿Qué está haciendo?

—Nada, nada.

La mamá lo acompañó a su cama y dijo:

—Bueno, dormite ahora –le dio un beso y le acomodó la frazada bien acomodada, porque él se había destapado todo.

Entonces empezaron a aparecer las ovejas, una detrás de otra. Eran ovejas gordas, con una lana suave y con rulitos; levantaban la patita y una, levantaban la patita y dos, y seguían pasando. Después ya parecía que iban flotando, cada vez se hacían más grandes las ovejas; ahora se veía todo claro, suave, enrulado, una cosa toda blanca que se movía despacito, y se quedó dormido.

## El juego de cartas

Cuando era chica aprendí a jugar a las cartas a un juego que se llama escoba de quince.

Mi papá me enseñó. Me mostró un hombre con el pelo largo, con medias coloradas que cubrían unas piernas más bien gordas y que llevaba zapatos negros con hebillas.

—Esta es la sota —me dijo.

Por empezar, el juego se llamaba escoba y no había nada en él que tuviera que ver con una escoba; la carta representaba a un hombre y el hombre se llamaba sota.

Mi papá añadió:

—La sota vale 8, aunque arriba diga 10. Había un hombre que se llamaba Sota, que tenía un 10 arriba pero ese 10 para él valía 8.

La sota podía venir de varias maneras: aparecía a veces con un oro, a veces con un palo, a veces con una espada.

Al principio yo esperaba alegremente cómo iba a aparecer la sota; me parecía que era como una decisión personal de ese caballero aparecer de formas diferentes, como si cuando se vistiera, dijera, por ejemplo: “Ahora me voy a poner un oro encima”.

La sota de oro me ponía contenta; parecía que el hombre estaba mas completo cuando llevaba el oro. Cuando llevaba el palo, un palo gordo y lleno de hojitas, al principio me produjo cierta desconfianza; después vi que no tenía ninguna actitud ni gesto airado, más bien llevaba el palo como una carga, con una especie de resignación. Como iba jugando todos los días ya me había acostumbrado a las variantes en que podía aparecer la sota; finalmente me agarró una cierta irritación, como si la sota fuera un boludo que llevaba lo que le ponían, como si tuviera la obligación de llevar el oro la espada y el palo; pero conservaba cierta alegría por la sota de oro.

El rey era otra figura. Pero el rey tenía corona, manto y mando; era comprensible.

El caballo también; era una carta que tenía dibujado un caballero: su caballo estaba un poco de perfil y cumplía una función, iba *a caballo*.

Pero la sota, ahí parado, como si viniera de visita, no tenía caballo ni era rey (aparte tenía el número más bajo de todos, el 10) me parecía que era como un subordinado del caballo y del rey.

Cuando aprendí el mecanismo del juego, mi papá dijo:

—Ahora vamos a jugar por porotos.

¿Cómo será eso?, pensé.

Inmediatamente aparecieron unos veinte porotos en la mesa y me di cuenta de que nadie pensaba en cocinarlos. Eran muy pocos, parecían porotos viejos y me producían una mezcla de admiración y fastidio. Alguna virtud que yo no conocía deberían tener para que mi papá se dignara manipularlos.

Yo también aprendí a manejarlos y hasta les cobré cierto aprecio: el que reunía más porotos, ganaba. En el mejor de los casos, los porotos eran aliados, trabajaban para uno. En el peor, era tan miserable ese conjunto de dos porotos viejos que uno realmente no podía enrostrarles nada.

Además sería una regla importante jugar por porotos; desde hacía siglos todos los hombres vendrían jugando a las cartas por porotos; sin ellos, el juego no serviría de nada, eran la moneda de las cartas.

Pero un día los porotos desaparecieron, no se los encontraba por ningún lado. Entonces mi papá dijo:

—Vamos a jugar por maíces. Es lo mismo.

—No —dije yo protestando—, por maíz yo no juego.

Era el colmo, ese juego había perdido toda seriedad. Además si lo que correspondía eran porotos, los maíces eran una perversión y una de dos: o ese juego era tan inoperante y tonto que uno podía hacer lo que le daba la gana, o a lo mejor jugar con maíces era un delito, una infracción, algo que podía tener algún castigo.

Y por un tiempo no me gustó más jugar a las cartas. Un año después, jugaba para ganar.

## El gato tuvo la culpa

En esa cuadra de departamentos con espejos, puertas de vidrio, y paredes interiores color naranja y alfombras rojas, había una casa vieja cuya puerta estaba pintada de violeta y verde. No eran por supuesto un violeta y un verde brillantes, sino opacos y bien combinados. Sin duda, las alfombras rojas y las paredes anaranjadas de las otras casas eran preciosas, pero eran compradas, que comprar cualquiera compra con plata. En cambio, esa vieja casa, con esa pintura tan extraña y bonita al mismo tiempo, y con un cartel arriba que decía “Escuela de Danzas” era de gente que... que sabe alguna cosa, digamos. En el cartel que decía “Escuela de Danzas” había una bailarina que era puro pelo, como si se hubiese desmelenado al bailar; visto de cerca era llamativo, pero puesto arriba se perdía entre las luces, los comercios y nadie reparaba en él.

Eran las siete de la mañana. La directora de la escuela de danza con unos pantalones anchos apropiados para hacer los ejercicios, estaba barriendo personalmente el pasillo. Tuvo que echar a la señora que limpiaba porque finalmente decidió que era una imbécil. No obstante, la señora que limpiaba la sorprendió favorablemente una vez: cuando las alumnas practicaban la posición “Flor de loto”, la señora, desde el pasillo, la hizo mejor que nadie y todas la admiraron. Ella la usó como ejemplo para sus alumnas, les hizo observar cómo flexionaba las rodillas.

Le hizo hacer el ejercicio varias veces. La admiró por un momento pero después consideró que globalmente era una imbécil o para decirlo mejor, una persona mezquina.

Hasta que no encontrara otra, debía barrer. En eso estaba, cuando apareció su ex-marido. Su ex-marido a esa hora aparecía siempre borracho, pero borracho como una cuba, discernía en la cara y en los movimientos de ella el clima reinante. Esas barridas sonoras no anunciaban nada bueno. La cara de ella tampoco. Le dijo secamente:

—Tengo clase a las ocho.

Él empleó una voz apaciguadora, producto del miedo y le dijo:

—Bueno, Doris, ¿pero me puedo quedar a dormir en la pieza de arriba?

—Te podés quedar en la cocina —dijo sin mirarlo.

Sin mirarlo sabía cómo tenía los ojos, sabía que había andado toda la noche por todas partes, dando vueltas.

Él se fue a la cocina tratando de caminar derecho, lo que hacía que sus pasos tuvieran cierta parsimonia. Doris estaba sumamente contrariada. La barra para ejercitarse todavía no estaba colocada y esto la obligaba a tocar el tambor para hacer ejercicios de ritmo. Tocar el tambor la dejaba agotada. Era un tambor gordo y pesado con un palo grueso y pesado, y justo las mujeres que venían hoy carecían de reflejos. Pero juró que las iba a hacer bailar en forma con el tambor. Iban a hacer sal, aceite, vinagre y picante.

Cuando llegaron, el tambor empezó a sonar cada vez más rápido y fuerte. En la cocina, su ex-marido, Agustín, que estaba tomando un poquito de vino de una botella, gritó:

— ¡Tambour! ¡Tambour!

Las alumnas no se dieron cuenta porque no sabían que él estaba allí. Pero Doris muy mortificada y enfurecida dijo:

—Un momento, por favor.

Estaba digna como una reina. Se dirigió a la cocina y le dijo:

—¿Por qué no te fuiste a dormir, imbécil?

—Pero, Doris, vos me...

—Volá de acá.

Pero cuando él se disponía a irse, se dio cuenta de lo parsimonioso que era su andar: cuando pasara por el estudio, las alumnas lo iban a ver. Entonces le dijo:

—Andate a dormir arriba, querés.

—No, no —dijo él—. Si me echás, me voy.

Le había agarrado un ataque de dignidad y no lo podía persuadir. Entonces, cambiando de tono, le dijo:

—Bueno, perdoná, a mí me gusta que te quedes a dormir, ¿entendés?

Él dijo:

—No puedo, encantado me quedaría, pero tengo importantes obligaciones que cumplir.

Doris estaba a punto de desintegrarse, pero le dijo:

—Ya sé, ya sé que tenés obligaciones importantes, después las cumplís.

Agustín, vacilando, mientras iba a la pieza, decía:

—Debería ir a mis obligaciones.

Pero tenía mucho sueño. Ella lo acompañó hasta arriba y él se acostó.

Cuando volvió con las alumnas, cerró bien las puertas, después hizo sonar el tambor más fuerte que nunca.

Su marido actual iba a colocar la barra para que se ejercitaran las alumnas. Él no vivía con ella porque la rutina de la vida cotidiana empobrece las relaciones conyugales. Él iba y volvía, libremente. Ahora lo estaba esperando ansiosamente para que pusiera la barra, y debía crear las circunstancias propicias para que se trabajara con tesón y perseverancia. ¿Qué sería mejor, echarlo a Agustín cuando terminara de dormir la borrachera o integrarlo al, digamos, equipo de trabajo, aunque más no fuera para alcanzar los clavos? Su marido y su ex-marido eran muy amigos, ya que tenían afinidades estéticas. En Suecia por ejemplo, todos colaboran; nadie es mezquino; más todavía; al que no colabora, lo denuncian. No se trataba de que su marido no tuviera espíritu de colaboración: tenía reservas estéticas. Consideraba que la danza moderna era incomprensible, tan incomprensible como la Numismática.

Cuando llegó, percibió que no era el momento de explicitar ninguna teoría. Casi sin saludarlo, Doris le dijo:

—¿Trajiste el martillo?

—Pero me extraña. ¿Cómo no voy a traerlo? ¿A quién se le ocurre clavar sin martillo?

Y del bolsillo de su campera sacó un martillo y de otro, una botella de vino.

—Bueno —dijo—. ¿Cómo querés que realice la operación, con clavos, con pernos...?

—¿Qué son pernos? —preguntó Doris con profundo desprecio y desconfianza.

—Me extraña, maestra —dijo Miguel. Y sacó de su bolsillo de arriba un perno y se lo mostró.

—No, con eso no —dijo ella—. Son muy gruesos y feos, se van a ver y yo quiero la barra lisa.

—¿Pero en qué cabeza cabe que se van a ver, se puede saber? —dijo él y se tomó un vaso de vino.

En eso bajó Agustín y se alegró al ver que había vino y visita.

—A ver, maestro, da tu opinión, ¿qué te parece que debo usar: clavos o pernos?

—Yo opino que esa es una tarea innoble —dijo Agustín, que todavía no

había dormido lo suficiente.

—Nadie pone en duda eso; eso no es lo que se debate; en este momento el motivo del debate es otro.

—¿Es que alguna vez se debate sobre algo? —dijo Agustín.

Doris empezó a lavar los platos que habían quedado del mediodía y no decía absolutamente nada. Entonces ellos fueron al estudio de danza. Agustín sintió ganas de dar un golpe de tambor, pero sabía que le podía costar caro. Miguel, con aire contrariado, con cara de escepticismo, como si toda la vida hubiera sido carpintero y ese oficio le hubiera dado pocas satisfacciones, empezó a desparramar clavos. Los desparramó como si fueran algo miserable y sórdido, como si fueran los clavos que mataron a Cristo. Mientras Miguel clavaba un trozo de barra, Agustín lo acompañaba sentado en una sillita de paja, cerca. Miguel clavó bien fuerte, recordando a la alumna gorda de Doris, calculó exhaustivamente el peso de la pierna de la alumna gorda. Doris dijo:

—Ella tiene una plasticidad envidiable. Y un juego de cintura que más de cuatro quisieran tener.

—Es posible, maestra —dijo Miguel—. Pero la carne es la carne.

De la carne pasaron al concepto de masa y a la relación entre masa y energía. Mientras hablaban de eso, Doris iba a la cocina y volvía. Hubiera querido que ese equipo de trabajo estuviera más ocupado en terminar la barra, digamos, por ejemplo, día y noche y hablando menos. Si por alguna casualidad, el Papa en persona hubiera aparecido en esa casa, se lo hubiera invitado a clavar la barra.

Pero resulta que había un problema técnico: se acabaron los clavos. Miguel le propuso a Agustín que lo acompañara hasta su casa, donde tenía unos clavos torcidos; era cuestión de ir hasta allá, traerlos y enderezarlos. Agustín contestó:

—Yo soy un caballero español.

Miguel lanzó una risotada. Conocía la teoría sobre el caballero español. Un caballero español rescata princesas encarceladas en torres altísimas, se bate a duelo y va a la guerra, pero no busca clavos torcidos a las dos de la mañana. Después de escuchar eso, ella, que también conocía la teoría del caballero español, dijo:

—Se van de acá —y los echó a los dos.

Al día siguiente vino su marido solo a trabajar. Por su cara seria y medio ausente, ella corroboró que había venido realmente con intención de trabajar. Él saludó, habló unas pocas palabras, como si fuera un operario contratado y se dirigió al estudio de danza. Esa entrada fría y ese aire triste hicieron pensar a Doris si no estaría ofendido por algo, pero no era el momento de plantearlo; como es sabido, es conveniente hacer esos planteos algún fin de semana, cuando uno tiene tiempo para dormir y reponerse por el esfuerzo realizado.

Él se concentró inmediatamente en el trabajo, primero con ese aire triste. Mientras, ella iba y volvía de la cocina al estudio, ida y vuelta para ver si necesitaba algo, para espiarlo y para contemplar cómo iba quedando clavada la barra. Él, a medida que iba clavando, se fue interesando cada vez más por el asunto y hasta empezó a silbar.

¡Qué felicidad tener un hombre que carpintea en la casa! Es como tener a un santo varón, es un espectáculo hermoso. Solo que, para que todo fuera perfecto, hubiera correspondido que ella se pusiera a hilar. Pero ella no tenía ganas de hilar, iba y venía de la cocina al estudio y él no la miraba. La felicidad de ella por verlo carpintear iba aminorando. Entonces empezó a mirar la barra con ojo crítico y le dijo:

—¿No te parece que allá está más alto? —él se apartó para mirar y dijo:

—¿Dónde ves más alto, mujer?

—¿Y eso va a quedar así? —preguntó señalando otra parte.

—¿Y cómo se te ocurre que puede quedar?

—Qué sé yo, pensaba que no se verían los clavos.

—Ahí no hay modo de que no se vean.

Entonces ella arriesgó una hipótesis.

—Si en lugar de ponerlo así, lo das vuelta para el otro lado... Yo digo así.

Y le mostró cómo a ella le parecía que quedaría mejor.

Él dijo fríamente:

—¿Qué sugerís, que saque todo y lo ponga de nuevo?

—Yo no digo todo —dijo ella con aire sensato—. Esa partecita en que se ven los clavos.

—¿No te gusta cómo quedó?

—Sí, no digo que no —dijo ella no muy convencida.

Él se concentró en la barra y siguió clavándola absorto como si fuera el amor de su existencia: ella se fue a la cocina y no volvió más para mirarlo ni para corregirle nada. En la cocina se puso a meditar.

“En Suecia es distinto” pensó mientras le daba de comer a uno de los siete gatos que había en la casa. “Allá todo ocurre ordenadamente, según el clima: en verano, tienen relaciones sexuales en las islas, en la playa, bajo el sol; durante el largo invierno, meditan en sus casas al lado de la estufa. Es tan largo el invierno como profundas las meditaciones de los suecos. Allá todos colaboran espontáneamente, porque no son un país de imbéciles. Habrá sus cosas, como en todos lados, pero son cosas... distintas. Y después esa distancia europea, esa exquisitez”. Miró a la gata con profunda compasión y ternura, porque se veía obligada a vivir acá. Entonces Doris hizo todo un plan de vida en Suecia delante de la gata, mientras la gata no decía nada. De pronto, desde el estudio, se oyó un maullido terrible y Doris se acercó alarmada. Miguel había terminado y se acercaba a la cocina.

—¿Qué pasó? —dijo ella.

—Nada, lo pisé sin darme cuenta —dijo él.

—Claro —dijo ella con distancia europea inusitada y una voz rara.

—No me di cuenta, te lo juro —dijo él.

—Por supuesto —dijo Doris—. Cómo voy a suponer que vas a hacer semejante cosa queriendo.

La dignidad y la distancia europea de Doris eran cada vez mayores. No fue a mirar cómo había quedado la barra, no lo invitó a pasar a la cocina, entonces él se fue.

Con ese asunto de la barra, estuvo descuidando a los gatos. La gata Ana Poteraika, la más hermosa, estaba anoréxica, no quería comer hígado; entonces Doris le compraba un bife de lomo y se lo daba picado. Pero como en realidad tampoco quería comer lomo, comía con displicencia dos o tres pedacitos; venía entonces el gato Dagoberto y le arrancaba casi todo. Entonces Doris le decía al gato:

—¿Te crees que yo me voy a privar de comer carne como lo estoy haciendo, por la pobre Ana Poteraika, para que vos la curres?

Ese gato era un atorrante, ya la tenía cansada. También debía comprar antibióticos para la gata Jorgelina; tenía conjuntivitis y otra, que era también atorranta y andaba todas las noches por los techos, estaba embarazada de nuevo. A esa le tenía que hacer una operación para que no tuviera más gatitos. La operación costaba cuarenta millones de pesos y ella estaba sin

zapatos; pero lo que importaba no era el precio en sí; en realidad no lo hacía porque no sabía si era humano hacerlo, o digamos gatuno. Cuando terminó de comprar los medicamentos y de administrarlos, se sintió tan cansada y triste que deseaba que viniera alguien a consolarla. ¿Quién podría estar en su casa, hoy sábado a la noche, cuando todos salen? Posiblemente su ex-marido, que salía durante toda la semana. Lo había echado para siempre hacía unos días; era un irresponsable y un imbécil... pero... Ella estaba profundamente inquieta por esa gata que no quería comer. Entonces lo llamó por teléfono y le dijo:

—Ana Poteraika está anoréxica, venite.

—Y bueno —dijo él que estaba sobrio y contemplativo—. Y yo qué podría...

—Te digo que te des una vuelta.

—Bueno —dijo él.

Mientras esperaba que él viniera, Doris se iba poniendo cada vez más ansiosa y desesperada; sentía una angustia rara, nunca le había pasado eso. Cuando él llegó, con los ojos grandes y como asustados, le dijo:

—No come desde hace tres días. Lo llamé al veterinario y me dijo que era pasajero, que los animales tienen períodos así. Yo no sé qué clase de imbécil es ese veterinario. ¿Cómo un período pasajero? Tres días para un cuerpecito tan chiquito equivalen a veinte para nosotros.

—Y unos dos meses para King-Kong —dijo Agustín—. Bueno, Doris, no te pongas así —dijo mientras pensaba en una muela que le molestaba de modo extraño; se le había colocado encima de otra; buscaba espacio y tenía la sensación de que la boca se le iba a agrandar. Pero no era momento para hacer esa reflexión. Se tomó un vaso de vino y ella otro.

Cuando ella tomó su vino, quizá porque estaba sin comer, se puso a llorar y se fue a la pieza. Agustín estaba vacilante, tal vez debería ir a la pieza a consolarla, pero era posible que quisiera llorar sola; además, si iba a consolarla era posible que lo echara.

Después él tomó otro poco más de vino en la cocina y ella no venía. ¿Cómo, había sido invitado para ir de visita y lo dejaban solo en esa casa? Entonces empezó a cantar bien fuerte, como para que oyera ella.

—¡Si al bailar no se quitan las penas, déjala que se joda y se muera!

Pero ella no venía ni a insultarlo ni a echarlo, como otras veces. Entonces se alarmó; fue hasta la pieza y ella seguía llorando en la cama, quietamente. Él le dijo:

—¿Querés que lo llame a Miguel?

—No, no lo llames, no quiero.

Él agarró el teléfono; ella forcejeó para que no lo llamara, él la hizo correr y dijo:

—¿Miguel? Hay una emergencia. Venite porque Ana Poteraika está anoréxica; no, en serio, hay una emergencia.

Doris le dijo:

—¡Imbécil! Ahora voy a llamar yo para que no venga. Durante todo este tiempo, Doris estuvo llena de ira pero cuando vino su marido, se tiró en la cama y se puso a llorar de nuevo.

—¡Maestra! —dijo Miguel—. ¿Qué pasa?

—Nada —dijo mirándolo con ojos de profundo reproche. Entonces él conversó con Agustín sobre la salud de Ana Poteraika, en términos prudentemente festivos. Mientras Miguel hablaba, ella lo seguía con la vista; él se volvió a ella y le dijo:

—Vamos, maestra, a levantarse, que vamos a bailar una ranchera.

—No, no —dijo ella débilmente.

Pero consiguió hacerla levantar, y sin disco, tarareando, bailaron una ranchera. Él, empeñoso y alegre, ella, triste y medio colgada de él, como una convaleciente.

El día siguiente era un hermoso día de primavera, pero tirando a frío. El cielo azul daba ganas de lanzarse a la calle.

Mientras regaba su linda planta de batata, Doris se puso a meditar. No era posible que estuviera encerrada en esa casa, oyendo imbecilidades todo el día. En el mundo había mucha gente que hacía esquí acuático, otra que se compraba camperas nuevas, otros colegas suyos habían presentado sus espectáculos de danza, mostrarse, mostrar los progresos de sus alumnas. Y no iba a hacer un espectáculo como el que hizo el año anterior, en una de esas salas pobres gentilmente cedidas donde va todo el barrio con los chicos en brazos, donde los chicos empiezan a correr ida y vuelta, ida y vuelta desde el escenario a la salida.

Para colmo, justo al final del espectáculo, que era el momento culminante del baile, cuando los chicos empezaron a correr, apareció Agustín y se puso a caminar por el pasillo. Todos lo miraban; él se sentó en una butaca libre; no

hizo absolutamente nada, pero Doris estuvo temblando hasta el final, no fuera que se le ocurriese algo en voz alta. No, esta vez iba a poner un espectáculo en un buen teatro. Para eso llamó a unos amigos que conocían a un empresario de teatro. Buenos amigos, todo era cuestión de moverse, de ir a visitarlos, de ir a esa casa que era un remanso de paz, donde se tomaba Cepita, la sana costumbre, se hablaba de la contaminación del aire y ninguno de los dos, ni ella ni él tiraban papeles por la calle para no contaminar el ambiente.

Sí, sí, qué alegría de verla, cómo no, la iban a vincular con el empresario del teatro Argentino de La Plata, justamente lo iban a ver en estos días. Cuando volvió a su casa, mientras le daba alpiste al canario, pensaba alegremente “todo es cuestión de conectarse, de moverse, de circular”. Lo iba a invitar al empresario con una comida riquísima.

El día anterior a la comida empezaron los preparativos. Doris compró un pescado gordo y hermoso. Preparó una salsa rosada que hacía pensar en algún amanecer cerca de una playa del norte brasileño, y decoró todo el plato con arabescos de mayonesa; con huevo duro fabricó ostras y lo rodeó con ellas. Matitas verdes aparecían por aquí y por allá. Agustín vino la tarde de la preparación, la acompañó mirando respetuosamente los inusitados preparativos y fue informado acerca del reglamento que debía observar si quería ser invitado a la comida del día siguiente.

Estaba invitado, siempre que obedeciera las siguientes reglas:

- 1) No mencionar que era un caballero español.
- 2) Ni pensar en decir que cualquier empresa era algo innoble.
- 3) Prohibida cualquier alusión a razas, religiones, vestimentas, tamaños de las personas, hábitos alimenticios de los distintos pueblos.
- 4) Era conveniente que se lavara los dientes, que estaban muy manchados de nicotina; para eso ella le iba a proporcionar un poco de virulana que los deja perfectos, teniendo presente que la virulana debe ser usada con prudencia, porque quita el esmalte. Miguel iba a colaborar trayendo unas botellas de vino cosecha 1908, que tenía guardadas en su casa desde hacía tiempo. Doris le quería dar un consejo a Miguel respecto de su actuación; le quería decir que él, a cierta hora de la noche tenía tendencia a monologar o a encerrarse en una especie de silencio a veces, siguiendo largos razonamientos solitarios, pero no le dijo nada.

El empresario llegó. Tenía una campera, tan hermosa, que ellos nunca habían visto una igual por la calle. Posiblemente la gente que tenía esas camperas vivía escondida. El empresario era alto y tropezó con un adorno que Doris le había puesto a la puerta, un abalorio oriental que sonaba cuando uno entraba y además, casi tropieza, pero fue oportunamente avisado, con una tabla de madera que separaba el pasillo del estudio de danza, para que los gatos no entraran en él.

Al trasponer esa madera se dio cuenta de que no debía ser una casa muy visitada. Llegaron a una salita, Doris iba adelante, altiva, medianamente cordial y engalanada con una pollera larga. En la salita estaba la mesa con el pescado deslumbrante. La mesita era chica para tantas copas y alimentos y además se movía un poco. Entonces el empresario buscó a su alrededor con la vista y enseguida encontró un cartón que colocó como taco debajo de la pata. Cuando Doris vio el cartón, con asombro un poco desmedido, le preguntó:

—¿Usted lo puso?

—Sí —dijo él como quien desea pasar a otro tema de conversación.

—Gracias —dijo entonces Doris, seca y altiva.

A todo esto, Miguel y Agustín estaban sentados, expectantes; Miguel preguntó si debía traer algo de la cocina y Doris, en tono impersonal y respetuoso, le dijo:

—Las servilletas, por favor.

Agustín estaba callado. Habitualmente no iniciaba una conversación si un desconocido no hablaba primero. Tenía la sensación de que había llegado un inspector, bondadoso, pero inspector al fin. Por una parte, que llegara un inspector lo alegraba y lo aliviaba; por otra, tenía una sensación dolorosa de estar en su propio cuerpo; hubiera deseado ser invisible y contemplar todo. El empresario, viendo que la sillita de paja que le ofrecieron para sentarse no tenía almohadón, pidió permiso y sacó un almohadoncito redondo de otro sillón para poner en su silla. Puso un almohadón redondo en una silla cuadrada. De haber reparado bien hubiera notado que ese almohadón jamás había salido de ese silloncito, que hacía varios años que lo cubría y que estaba destinado a morir amorosamente junto con el sillón correspondiente.

Miguel trajo de la cocina queso, aceitunas y aperitivo, para empezar. Le dijo al empresario: —Maestro... —y le sirvió aceitunas.

Miguel pensó que en lo suyo debía ser un maestro, sin duda. Él amaba y respetaba las maestranzas de las distintas personas, siempre que no se mezclaran demasiado entre sí: hay maestros poetas, maestros de escuela, maestros jardineros y por qué no, maestros porteros.

El empresario dijo:

—He visto ayer un espectáculo muy interesante en el SHA.

—Ah, ya sé —dijo Doris.

Aunque no había ido, estaba informada.

—Más que la obra en sí, lo interesante es la puesta.

—¿Qué obra es? —preguntó Agustín en tono cortés, haciendo gala de una educación inusitada.

—“El bosque de los abetos” —dijo el empresario.

—Basada en un cuento de Gogol —dijo Miguel.

—Sí —dijo el empresario tranquilizándose y comiendo un pedazo de queso. Se tranquilizó porque vio que esos hombres estaban en algo similar, evidentemente. Uno nunca sabe a dónde lo llevan. Agustín dijo:

—Ya sé qué cuento es, pero no es de los mejores.

Y se puso a recordar otros cuentos de Gogol que eran mucho mejores, mientras tomaba su vino. El empresario miraba su cuerpo, sus brazos muy flacos y notó que le faltaba un diente. El empresario, de tanto observar y escuchar personas para contratar, estaba acostumbrado a prestar una doble atención: escuchaba a ratos los argumentos y paraba la oreja si algo le llamaba mucho la atención, como cuando uno distingue ruidos en un fondo de silencio; por otra parte, mientras escuchaba, pensaba: “Qué brazos flaquitos, no debe de haber hecho el servicio militar, no serviría para cultivar papas en caso de apuro”.

Doris estaba tensa; tenía miedo de que se pusieran a discutir Miguel y Agustín sobre los cuentos de Gogol, asunto respetable sin duda, pero en ese momento le parecía una antigüedad. Para evitar la charla sobre Gogol, dijo:

—Vi la puesta de “El sombrero de paja” en el SHA. Me pareció lamentable.

—Sin embargo, yo opino que tenía algunas cosas rescatables —dijo el empresario.

—¿Por ejemplo? —dijo Doris en un tono que parecía decir: “Bueno, nombrame una”.

—En el segundo acto hay momentos logrados —dijo con una especie de desgano, que no parecía propio de él.

Doris dijo:

—Bueno, en el segundo acto, unos momentos, por supuesto, algo tiene que haber. . .

Agustín estaba tranquilo; por suerte Doris volvía a ser la misma de siempre. Miguel se mantenía en un silencio prudente, como el de alguien que se acompaña a sí mismo; pero se lo veía un poquito cansado, como trasapelado. Doris empezó a objetar:

—Cuando hace esos largos parlamentos inútiles, que son una lata imposible, cuando aparece ese... medio imbécil, que le pusieron un nombre que no pega ni con cola...

—Ah, ya —dijo el empresario.

Agustín había tomado más vino y empezó a hacer aportes. Él no había visto la obra, pero era como si la hubiera visto; suponía cómo debían ser los parlamentos. Entonces dijo:

—Sí, debe ser una lata brutal. Dejame de joder —y se sirvió otro vino.

En ese momento a Miguel le dio un ataque de risa sana, alegre, fresca, pero no se sabía de qué se reía.

El empresario, mientras Doris hablaba, la pudo observar a gusto: linda mujer. ¿Con cuál de los dos andaría? Por los ojos podría ser española de influencia árabe, tenía las manos secas y las orejas chicas.

—Yo —dijo Agustín— hace siete años que no voy al teatro, a ver la última vez que fui...

—Él es poeta —dijo Doris rápidamente—, muy buen poeta.

—¿Ha publicado algo?

—No —dijo. Estaba por decir “publicar es innoble” pero se acordó del pacto y se calló.

—¿Cómo que no publicaste, maestro? —dijo Miguel—. ¿Y la revista?

Doris se puso tensa de nuevo; el tema de la revista era conflictivo; noches enteras discutieron sobre si se trataba o no de una publicación, ya que había que ver si la revista era o no una revista.

Doris dijo:

—¿Empezamos a comer?

—Cuando disponga —dijo el empresario, mundanamente.

Los preparativos de la comida le gustaron; todos fueron a buscar algo que faltaba a la cocina, menos Agustín que quedó solo, esperando que volvieran. Se dio unas vueltas por la habitación, se distrajo mirando unas figuritas de la

pared. De repente todos se sobresaltaron por un ruido y fueron corriendo a la mesa: el gato se subió a la mesa, había volcado todo el contenido de la fuente y había comido el pescado. No había argumentos posibles. Se produjo un silencio y después Doris, con una voz más allá del bien y del mal, le preguntó a Agustín:

—¿Cómo entró?

—No sé, Doris, no lo vi entrar.

Ella no podía decir gato imbécil delante del empresario, delante de él tenía que defenderlo porque era su gato, después de todo. Todos ayudaron a limpiar el piso; Agustín ayudó bien y con diligencia, con dignidad e iniciativa, limpiando donde corresponde. Estaba contento y lleno de paz porque pensaba: “esta vez yo no tuve la culpa de todo; la culpa fue del gato”.

No había otra comida; había dulce y queso, pero no eran apropiados para después del vermouth. Doris le ofreció otra copita de vino al empresario, que dijo:

—No, gracias. En realidad yo no tendría que haberle dicho que me quedaba a comer, porque vine con muy poco tiempo —miró su reloj—. En una hora debo estar en el centro. ¿Habrá taxis a esta hora?

—Taxis a esta hora, difícil —dijo Miguel.

El empresario lo miró con ligera alarma, después, levantándose, como con una certeza, dijo:

—Sí, voy a encontrar.

Miguel le dio indicaciones para encontrar taxi y lo acompañó hasta la puerta; Agustín dio unas vueltas por la pieza y Doris fue a la cocina sin decir nada. Miguel cuando volvió dijo:

—Encontré taxi.

Entonces se produjo un silencio; era tenso el ambiente. Agustín olvidó por un momento su alegría de no haber tenido la culpa; el empresario se había ido. Ese padre de la campera de hilos de seda, armonioso, mesurado y mundano, ese padre de ellos se iba por ahí, quién sabe dónde, porque el gato se había comido el pescado. Quién sabe si volvería. Después de ese silencio, Doris agarró un palo y corrió al gato hasta la terraza; le cerró violentamente la puerta, puso la tranca de madera y volvió a la pieza. Después, se pusieron a tomar vino.

## Pascual di Genaro, operiartist

Volvió Pascual de Suecia. ¿Qué Pascual? ¿Ese pintor que iba a las reuniones de Casariego, hace unos años? No, no era el boliviano, era uno de bigote, calladito, que pintaba unos cerdos medio cuadrados. Bueno, no importa, la cuestión es que expuso en Suecia y parece que hasta trabajó con Bergman, así que se hace una reunión en lo de Alejandra.

Casi nadie recordaba a Pascual, solo uno o dos tenían presente unos dibujos de unos cerdos hechos a lápiz, esfumados; todos los cerdos se parecían entre sí. También dibujaba obreros con overall de trabajo; los obreros, los cerditos y Pascual tenían la misma expresión y aspecto: eran un poco anchos, chatos y de mirada triste. No expresaban una tristeza profunda o un alma revuelta; más bien parecían decir: “Qué se le va a hacer, hay que aguantar”.

Pascual pintaba esos obreros achatados porque había pertenecido a un grupo cuyo director decía que la pintura debe ser comprometida y politizada; este hombre últimamente pintaba coyas y la Pachamama, que de por sí son anchos y chatos, los hacía en colores brillantes, con unas patitas muy graciosas y una firma que parecía formar parte del dibujo; muchas personas compraban coyas en rojo y amarillo, brillantes, grandes como Sansón y los colgaban en el living. Él no podía asistir a la recepción de Pascual; lo lamentaba, pero justamente tenía otro compromiso.

Pascual estaba agradecido por la reunión; pero en realidad ¿quién lo había invitado? Conocía solamente a otro pintor, de vista, de los tiempos en que iba a copiar modelos a Bellas Artes. Lo invitó una mujer, dijo que se llamaba Alejandra; tenía una voz ronca, parecía que tomara Pernod, ajeno y ron; se veía que era moderna y distinguida. Menos mal que atinó a anotar bien la dirección.

Desde que llegó, no entendía el teléfono en Buenos Aires; era distinto al de Suecia y no se podía acostumbrar a hablar con el sistema de acá.

Cuando él se fue, hacía diez años, los mozos de los cafés llevaban una chaqueta distinta, eran en general hombres mayores y llevaban la bandeja en alto; ahora veía con asombro que la bandeja tropezaba con las personas que pasaban y él podía esperar media hora hasta que el mozo volviera a cobrarle.

Ahora no miraban a los ojos del cliente como diciendo, “Sí, ya voy”. Venían cuando querían.

Los mostradores no tenían estaño, las tortas no estaban más debajo de la campana redonda de vidrio, y, a la Costanera Sur, donde está la fuente de Lola Mora y esos viejos restaurantes con parque y pérgola, nadie iba; ahora las ratas se paseaban por ahí.

Pero, lógicamente, todo cambia, todo evoluciona y él se sentía un poquito perdido, porque recién había llegado. Para adaptarse se necesita tiempo. Él recordaba el tiempo que le costó adaptarse a Suecia; nada era como en Buenos Aires.

Primero trabajó como cocinero y cuando fue a pedir trabajo por la puerta principal, le cerraron el paso y le dijeron que entrara por la puerta de servicio. A él, un artista pintor. Después fue pintor de paredes y en una de las casas que pintó, conoció a una chica que era vegetariana y de la secta de los devotos del buen Jesús; vivió dos años con ella; antes de irse a vivir juntos, ella lo citaba en invierno en una plaza; ella tardaba mucho siempre; una vez en que tardó más que de costumbre, a Pascual se le congeló la nariz y el aliento. Por fin consiguió un empleo fijo; era bueno para su seguridad, pero nocivo para su imaginación creadora.

Lo tomaron como dibujante de fósiles en el instituto de Arqueología de Estocolmo; tenía que reproducir a la perfección cada vértebra del dinosaurio o del megaterio y reducir esos monstruos al tamaño de una ilustración. No, eso mataba la inspiración creadora. Cuando no podía copiar bien las vértebras o cuando después de haber copiado el bicho entero se daba cuenta de que le faltaba un hueso, pensaba que los dinosaurios habían existido sólo para joderlo a él; pero cuando pensaba que gracias a ellos comía regularmente y no entraba más por la puerta de servicio, les tenía una especie de agradecimiento.

Primero sufrió mucho cuando se separó de esa novia; ella quería que se convirtiera a la religión del buen Jesús. No se podía fumar, ni beber, ni comer carne porque es cadáver.

Con el tiempo, dominaba inmediatamente a cualquier megaterio o lo que fuese. Al principio no. Los primeros tiempos, cuando lo veía, hasta que le encontraba la vuelta, sentía un mareo insistente ante esa mole que llevaba tantos huesos con una inocencia estúpida. Cuando dominó bien el problema, al salir del trabajo se podía tomar unos vinos en paz y comía toda la carne

que se le daba la gana.

Alejandra, la dueña de casa, estaba con un pullover y un pantalón negro y zapatillas árabes. Eran viejos, pero por la soltura con que se desplazaba y con que movía su pelo, se notaba que escondía vestidos mejores o que los había tenido. Dijo que se tenía que mudar de casa, pero el hecho no parecía preocuparla; parecía una persona capaz de cambiar de casa cada mes; tampoco controlaba algo que estaba en el horno. Cuando llegó Pascual, le dijo a todos:

—Este es Pascual, que viene de Suecia.

Inmediatamente gritó:

—¡Las empanadas!

Fue una mezcla de alarido y relincho y corrió en dos zancadas a la cocina, arrastrando en el camino a un hombre alto y morocho.

Desde la cocina se oían risas y relinchos; Pascual pidió permiso para sentarse y nadie consideró que fuese necesario concederlo.

—A la larga, vamos a ganar, porque papá nos va a ayudar. ¿Te crees que no sabe el viejo lo que hay que hacer?

Eso dijo un muchacho de grandes bigotes negros.

—Sí —dijo una rubia flaquita, que tenía cara de pasar de adolescente a vieja, sin transición—. Pero hay factores que no debemos desestimar.

“¿Qué factores? ¿Qué papá?”, pensó Pascual. ¿Y qué ganarían?

Renunció a entender la conversación y se puso a mirarlos. Pensaba: “¿Qué argamasa los une?”. En un sillón grande había una pareja ya mayor, que miraba todo con aire benevolente; ella tenía anteojos y un vestido hasta el suelo; él estaba pelado y parecía rico. Esa mujer mayor llevaba su vestido largo como si lo usara habitualmente entrecasa, para pelar papas, por ejemplo.

Había una cara que Pascual recordaba; claro, era el de Bellas Artes. Estaba sentado solo y no hablaba con nadie. ¿Y los otros, eran pintores y no hablaban de pintura? Hablaban de la renta per cápita, de si los metalúrgicos eran hijos de puta o no. Pascual notó que esa expresión había perdido toda su fuerza terrible; la rubia de constitución adolescente, con una voz calma y dulce dijo:

—Mirá, más hijos de puta en este momento son los gastronómicos.

—Mis dulces oídos acusan lo que una joyita que yo conozco dice de los gastronómicos.

Era el hombre morocho que había estado relinchando en la cocina con Alejandra; traían las empanadas. La voz de él era con sorna, agresiva, cachadora, pero de tono neutro.

La rubia apretó los labios y Alejandra dijo:

—Bueno, chicos, las empanadas.

Las puso sobre la mesa, pero daba la impresión de que su uso era optativo; en cualquier momento la dueña de casa podía jugar al sapo con dos o tres de ellas. Estaba sentada estilo bonzo en un sillón y le preguntó a Pascual:

—¿Qué cuenta de Suecia, m'hijito?

Era una mujer de su edad, de unos cuarenta años. ¿Cómo le decía m'hijito a él? ¿Era un apelativo cariñoso? ¿El hombre morocho que la ayudaba a cocinar empanadas estaría disgustado por eso? ¿Qué argamasa unía a ella con ese hombre?

Hace diez años, cuando él se había ido, todavía había gente que decía “Mejorando lo presente” o “Sin despremiar lo presente” y algunos decían malas palabras, cómo no; él tenía un amigo que las decía a cada rato, pero después agregaba: “con perdón de las señoras presentes”.

Recordando todo esto, Pascual dijo con voz débil:

—¿En qué aspecto?

—En cualquiera, qué sé yo —dijo Alejandra.

—Bueno, los suecos son muy distintos de nosotros. Voy a sacar unos recortes.

La rubia de aspecto adolescente se acercó como cuando un alumno se pone en el primer banco para escuchar mejor al profesor; se sentó a los pies de Pascual, con la mano en el mentón. El hombre morocho iba y venía de la cocina, porque estaba nervioso; Pascual no terminaba de abrir su portafolio que tenía como setenta correas, lo hacía con toda parsimonia. Justo cuando sacaba los recortes, se sobresaltó por una especie de alarido; era Alejandra, que había encontrado algo picante en la empanada. Ella le dijo que continuara, nomás, se iba a lavar la boca, y se fue a la cocina con el hombre morocho. Pascual sacó un diario, escrito en sueco, donde estaba su retrato y una reproducción del cuadro de los chanchitos. Arriba se leía: “Pascual di Genaro, operiartist”.

Para ilustrar que los suecos son muy distintos a nosotros, se vio obligado a

traducir el comentario. En él se lo mencionaba, como un caso insólito, como un fenómeno. En la nota decía: “cocinero, carpintero, pintor de paredes y artista pintor”. El hombre morocho, que ya había tomado bastante vino, consideró que Pascual era un zopenco. ¿Qué necesidad tenía de traducir esa nota en la que se lo menciona como una curiosidad, como un fenómeno? Era tan zopenco que sus sentimientos morales lo instaban a ayudarlo. Cuando una persona pasaba la barrera del sonido en materia de ingenuidad, él sentía la tentación de protegerlo.

—Lo importante —dijo—, es que aparece tu foto y tu obra (dijo obra con voz un poco pomposa). Y no cualquiera puede darse ese lujo. Vos te podés presentar con eso al mejor marchand de Buenos Aires y decís “Este es un diario de Suecia”. Ahí se ve tu obra, ahí estás vos, el que viste y calza, ¡qué curiosidad ni ocho cuartos! ¿Quién entiende el sueco acá?

Pascual no parecía del todo convencido. Empezó a hablar con calma, como recordando:

—Cuando yo dibujaba los fosiles.

—¿Los qué? —dijeron.

—Los fosiles —dijo—. Yo reproducía fosiles en el museo de Estocolmo.

—Los fósiles, serán —dijo la rubia.

—Bueno —dijo—, había que hacerlo con plumín y tinta china, había que tener mucho cuidado de que la pluma no se enturbiara...

Sería el vino, o que el ambiente estaba caldeado, como por arte de magia se escuchó un disco y ya estaban todos bailando, menos la pareja mayor, que miraba sonriente, Pascual y ese hombre que no hablaba. Pascual guardó sus recortes, cerrando de nuevo las setenta correas y el hombre se acercó a Pascual.

—Yo te conozco de Bellas Artes. ¿Vos no ibas a hacer modelos en tiempos de Nigro?

—No —dijo Pascual—. Yo iba en tiempos de Spilimbergo.

—Murió. Creo que murió, aunque no sé muy bien, porque anduve mucho fuera del país. Yo navego. Tocamos Estocolmo el invierno pasado. Hicimos Ciudad del Cabo, Frankfurt, Estocolmo. ¿Tocamos Estocolmo esta vez? Sí, digo bien. Bueno, se puede decir que sigo en la plástica.

Miró a su alrededor, todos bailaban.

Pascual levantó la copa y dijo:

—¡Skâl!

—¡Allt Bra! ¡Skâl! —dijo el hombre.

Cuando Alejandra vio que brindaban, hablaban en sueco y chocaban las copas, dejó un momento de bailar y se acercó a mirar; no entendió nada y volvió al baile, pero mientras los otros bailaban, ellos mantuvieron su prestigio en alto.

Después Pascual y su nuevo amigo, decían “Nazarovia” “Nazarovia”, ahora todos bailaban apretados, nadie recordaba que la fiesta era en honor de Pascual; de a poco, se iban yendo a las piezas cuando uno menos se daba cuenta. Cuando se hizo tarde y no quedaba nadie, Pascual y ese hombre caminaron un trecho juntos y se fueron cada uno para su casa.

La casa de Alejandra era diferente de las otras. No se podía saber, por ejemplo, si una persona era un visitante o residente en ella. Había visitas residentes, con ciertos derechos otorgados por la antigüedad de permanencia; podían leer en un rincón sin saludar a las visitas esporádicas, por ejemplo. Se podía saber si una visita era esporádica o residente nueva por los alaridos con que era recibida por la dueña de casa. Esta, sabiendo que Pascual vivía en un hotel miserable, lo había invitado a alojarse por un tiempo, para que contara la vida en Suecia. Como la huésped de las mil y una noches, la estadía de Pascual en esa casa comfortable dependía de los relatos que contara. Cuando llegó, Alejandra, como si lo hubiera conocido de toda la vida, abrió los brazos y dijo:

—¡Pascual!

En la cocina había dos hombres cocinando y ni miraron la entrada del huésped; cocinaban a lo grande, cordero, congrio asado, guisos de lentejas con tocino y pimienta, pollos a la sal, para lo cual había que llenar todo el horno de sal.

Cuando pedían en el almacén alubias, endibias o tres kilos de sal, el almacenero los miraba con cara de asco, como si su oficio lo llevara a hacer cosas bajas o viles. Porque quién sabe con qué fines llevarían eso.

—Las canillas —dijo Pascual—, allá son más redondas y de bronce, y el bronce facilita una mejor conducción del líquido, y los filtros de agua, en vez de estar bajo tierra, están instalados en el mismo sistema de canillas.

—¡Qué notable! —dijo Alejandra—. Me voy a tomar un vodka con pimienta.

Nadie preguntó más nada sobre las canillas en Suecia. La que preguntó sobre la situación de la mujer era la rubia que tenía cara de pasar de adolescente a vieja sin transición.

Pascual decía:

—Bueno, depende, todo es relativo. Depende de si es casada o soltera, joven o vieja, sueca o extranjera.

La rubia, rabiosa porque había tantas opciones, dijo:

—Vieja y extranjera.

—Bueno —dijo Pascual—. Todos los extranjeros no reciben igual tratamiento: hay españoles, marroquíes, italianos, son distintos los del Norte de los del Sud. A ver, sí, dije bien: italianos, españoles, marroquíes, ¿de quién me olvido?

Pero ya estaba la comida en una fuente inmensa. La rubia comió mucho arroz picante, tomó vodka, vino, y vomitó. No, no les interesaba saber sobre las canillas o la situación de la mujer. Tendría que pensar otros temas. Se acordó de Gunstrom Munsem, el mejor pintor sueco que casi nadie conocía, porque vivía recluido en una cabaña, en una islita, con temperatura de treinta grados bajo cero.

El hombre morocho dijo:

—Que se joda. ¿A quién se le ocurre ir a buscarlo?

Nada les interesaba; solo la vida erótica de los suecos y él, aunque vivió diez años allá, no podía saber lo que pasaba en los cien mil departamentos de Estocolmo y además no le iba a contar a esos comedores de congrio, su vida sexual con su compañerita de la secta del buen Jesús. Una vez, en que todos habían tomado vino y ginebra, sentados en el suelo sobre gruesos almohadones, Pascual estaba sentado al lado de Alejandra. Entonces dijo:

—Yo limpiaba bien mi plumín, preparaba el frasco de tinta china...

Ella le dijo:

—¿Con qué limpiabas el plumín, tesoro?

¿Qué quería esa mujer? Le decía tesoro. ¿El hombre morocho se enojaría? No, ahora él estaba con la rubia. ¿El hombre morocho miraba? No, no miraba.

Entonces Alejandra lo llevó a la cama, para que él le contara con más detenimiento cómo dibujaba los fósiles.

Ahora no se cocinaba más en esa casa. Enmarcaban cuadros, serruchaban, amontonaban hojas, se pasaban la vida tirados en el suelo. Entraban y salían veinte veces de la casa; Alejandra trabajaba mucho junto al hombre morocho. Este le dijo a Pascual:

—Pascual, operiartist, ¿por qué no expones con nosotros?

Y él dijo:

—No, no tengo obra. Recién me estoy adaptando a Buenos Aires, todo a su tiempo.

Como una plaga de langostas, con valijas largas y finas, se fueron a Rosario y Alejandra le dijo:

—Pascual, cuidame la casa.

Él se quedó contento porque se acabó toda esa precipitación. Ahora por suerte dominaba el teléfono en Buenos Aires y quería llamar al plástico marino. Quién sabe cómo le caería el llamado, la gente es muy impredecible.

Iba a buscar una hora adecuada; después de todo, debía descansar de la manga de langostas.

¡Pensar que él estaba en Buenos Aires! ¡Pensar que antes estaba en Suecia!

Recién ahora se daba cuenta verdaderamente de que estaba en Buenos Aires, en un departamento silencioso, donde solo había miel, pan y ginebra. Sí, a la noche iba a llamar al marino que estaba en la plástica.

¡Tenía ganas de preguntarle tantas cosas! Por ejemplo, de si se acordaba cuando el colorado Santillán robó el loro que usaban como modelo.

El plástico marino pasaba viajando la mayor parte del tiempo y siempre se enteraba tarde de las cosas que sucedían en tierra. Se le había muerto la mujer, de quien estaba separado y lo supo dos años después de sucedido el hecho. Le produjo una sorda irritación que no se lo hubieran contado, y además la sensación de ser descalificado socialmente, no tenido en cuenta. Para reubicarse, siempre se preguntaba ¿Cuándo cae carnaval? ¿Cuándo Navidad? ¿Cuándo veré la Osa Boreal? Era como si su viudez, en vez de producirle tristeza, le hubiera producido asco y frío. Iba muy bien aseado y muchas veces usaba una desesperanzada camisa marrón, a cuadritos. Hablaba poco y lo preciso, salvo si se trataba de temas artísticos. Pascual dijo:

—¿Crees que todo este apresuramiento, este afán por presentar la obra de cualquier modo, puede conducir a algo bueno?

—Pensemos que Miguel Ángel tardó cuarenta años en remodelar la capilla Sixtina, que el Tintoretto retocó toda su vida su obra prima y sin ir más lejos, no hay que ir demasiado lejos, Van Gogh se encerró durante meses para pintar “Llanura”.

—¿Y que se hagan obras de pequeño formato porque el marco es más chico, la tela más barata y todo se hace más pronto?

—Bueno —dijo el marino—. No olvidemos que en la exposición de 1852, ¿fue en 1852 ó 1853, en la Anual de París? Digo bien, 1852, Buffet presentó obras de pequeño formato, pero en realidad fue una exposición complemento... Pero tenía un sentido, una explicación, porque una exposición así, descolgada...

—A eso me refiero —dijo Pascual—. Si se piensa en la coherencia de una obra como la de Tintoretto.

—Sin ir más lejos, tomemos el ejemplo de Mondrian.

Pascual trajo el pan, la miel y la ginebra a la mesa. Se sirvió una rebanada de pan con miel y le ofreció una al plástico marino.

—No, te agradezco —dijo.

Él no comía pan y miel con ginebra porque la mezcla no era estética. Aceptó, sí, una ginebra. Tomaron con prudencia tres ginebras. A la tercera, el marino plástico recordó el coraje que tuvo Gauguin cuando dejó su empleo y su familia y se fue a Tahití. Pascual recordó que la familia le mandaba algún dinero allá (Pascual decía Tahiti).

Como no había nadie en la casa y afuera era una noche destemplada, Pascual lo invitó a quedarse a dormir, ya que había habitaciones de sobra.

—Te agradezco —dijo el plástico marino—. Pero me voy a mi casa.

Era un hombre que dormía o en los barcos o en su casa.

Unos días después iban por la calle, el plástico caminaba cerca del cordón de la vereda y Pascual abajo, en la calle.

El marino plástico dijo:

—El acrílico es más resistente que el formio. Además si bien el formio tendría en teoría la ventaja de la opacidad, no es una opacidad vistosa.

—Claro —decía Pascual—. Pero ahora hay un material, que no recuerdo bien el nombre, a ver...

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? —dijo el plástico con gran ansiedad.

—Realmente no recuerdo —dijo Pascual algo contrariado—. Y mi memoria es terrible cuando no quiere recordar.

El plástico contrajo la boca en una especie de mueca; no comprendía para qué podía servir una memoria que no puede recordar; era una basura y el que la guardaba, un infeliz. Pero era incapaz de hacer observaciones en voz alta sobre lo que pensaba; era un hombre educado. En cambio, dijo:

—Si bien la textura del telgopor podría aproximarse a lo que necesito, sin embargo no me convence.

En ese momento pasaron delante de ellos dos chicas de veinte años, con el pelo suelto y ondeado, con carteritas colgando a un costado y pantalones desflecados y movimentados.

—Der Var Sôt! —dijo Pascual.

—Hej! Der Var Sôt! —replicó el plástico (que en sueco quiere decir “lindo”). Los dos pensaron para sí mismos que tenían ganas de seguirlas, pero no, eran hombres grandes, artistas pintores. Pascual debía guardar fidelidad al recuerdo de Alejandra; si bien no venía ni escribía, ni sabía cuándo volvería, si él guardaba fidelidad a su recuerdo, algo bueno iba a suceder.

El plástico era viudo; un viudo no puede andar haciendo payasadas y además, ya se sabe, esas chicas ignoran todo y no saben hablar de nada interesante.

—Sin embargo —siguió el plástico—, a mí el telgopor no me convence.

—Y, cada uno debe buscar lo que le resulte más afín —dijo Pascual, que ya tenía un poco de hambre.

Eso de afín, ese tono de resignación de Pascual no lo convencían; le producían irritación. Encontraba muy pocas cosas que lo convencieran, por eso vivía irritado y cuando por fin encontraba algo que lo convenciera, sea una mujer, un pedazo de acrílico o un tipo de queso, le producía una especie de inquietud y alegría descontrolada ese momento de convencimiento; él miraba su propio descontrol y se daba repugnancia. Pascual dijo:

—¿Vamos a comer una pizza? En Italia dicen: “Comer enamora”.

El marino fue disgustado; no estaba dispuesto a cambiar sus reflexiones por una pizza. Cuando Pascual llamó al mozo y le pidió una pizza, el plástico dijo:

—Para mí un café.

Pascual empezó a pensar en Alejandra. Si le dio a cuidar la casa, era una prueba de mucha confianza, digamos hasta de amor. Ella era una mujer moderna, y una mujer moderna no ama como una antigua, lógicamente, las mujeres son diferentes. Además, para añadir más particularidades, era una artista pintora, las artistas son siempre un poquito raras, si no recordemos a George Sand y sin ir más lejos, a Isadora Duncan. No, él no era de esos hombres que quieren que la mujer esté todo el día atada a una batea de lavar

ropa. Le iba a decir eso a Alejandra cuando volviera: que él sólo quería que ella produjera su obra, él no quería nada para él. Su corazón se complacía en pensamientos abnegados; él se sentiría feliz con tal de que ella esté viva. Había, sí, algunas cosas que en fin, le desagradaban un poco, por ejemplo que a veces bebiera tanto, o que fuera tan sociable, pero lógicamente, nadie es perfecto.

Cuanto más abnegados eran sus sentimientos, más magnánimo y enamorado se sentía, empezaba a desear que volviera; podría escribir si supiera dónde estaba, pero no lo sabía.

Se iba a esmerar y a limpiar bien la casa, para que cuando ella viniera encontrara todo bien; probó poner un jarrón en otro lado, colgó un cuadro en otra pared, porque le pareció que quedaba mejor; pero después lo cambió de lugar; no, en cualquier momento ella podía llegar y a lo mejor, no le gustaba que le modificaran la casa.

Alejandra llegó con el pintor morocho un día de frío. Parecían cansados, un poquito malhumorados y distintos. Ella estaba más femenina y no lo saludó, como de costumbre, con gritos de júbilo. Le dijo:

—Pascual...

Usaba un tono cortés, afectuoso y algo triste, como si hubiera meditado sobre la existencia de Pascual y no hubiera llegado a ninguna conclusión feliz.

—Esto va arriba —dijo el pintor morocho y de pasada, abrió dos ventanas y apiló unos almohadones en un rincón. Él se movía con rapidez y resolución, manejaba el espacio en calidad de residente de la casa. Su hermoso sobretodo azul mostraba el deseo de decisiones drásticas.

—¡Qué maravilla todo! —dijo Alejandra con voz débil.

—Ayer justamente —dijo Pascual— limpié los pisos y aireé todo.

Alejandra, mientras revisaba la heladera y veía que no había nada, le dijo:

—¿Pensaste en cómo te vas a instalar, Pascual?

—Bueno —dijo—. Lógicamente, yo siempre tengo mi pensión.

No, ella no lo malquería a él. Se preocupaba por dónde se iba a instalar, no lo había recibido mal.

Hay amores de muchas clases: amor maternal, filial, y también había un autor que hablaba de amor oceánico.

Lógicamente, se fue a su pensión.

Hacía mucho frío, pero no era un problema; la dueña le prometió un

calentadorcito. Con la poca plata que tenía, se compró una botella de ginebra; tomó una copa, dos, tres...

No se producía ningún cambio; él seguía igual; no pensaba absolutamente en nada. Pensaba, sí, en cómo era posible que no tuviera ningún sentimiento, ningún pensamiento, ni ganas de ir a ningún lado. A la tercera ginebra, miró su piecita; era chica y oscura, pero hay que adaptarse; y lógicamente, adaptarse, lleva tiempo.

Y si no daba resultado, la internarían, aunque no estaba muy segura la abuela de que eso correspondiera a la voluntad de Dios.

## Moreno

En la casa de su tía Elisa se comía melón con jamón y postre Charlotte. Cuando Luisa llegaba, su tía Elisa le decía:

—¿A ver el ruedo de ese vestido?

Y Luisa debía dar una vuelta para que viera el ruedo.

—De este lado es un poco más corto que del otro.

Y Luisa sentía que había alguna infracción; su tía Elisa la iba a corregir.

—Los cuadros más chicos hacen más fino que los grandes. ¿Qué hiciste con ese vestido de cuadros chicos que tenías?

—Se gastó —dijo Luisa.

—Ah, querida, ¿cómo se te pudo haber gastado? Mira, esta es mi cartera nueva.

Luisa la agarró; era una cartera de cocodrilo, como si uno llevara un animal muerto de acompañante; como era muy feroz, en castigo lo habían transformado en cartera con broche de oro.

—Querida, la cartera no se revolea; se cuelga con medida del codo.

Luisa no quería colgarse con medida una cartera del codo; menos un cocodrilo. Pero se la iba a colgar igual.

—Muy bien, muy bien así —dijo la tía Elisa.

Todos los jueves a la tarde la tía Elisa iba a Buenos Aires y la llevaba; Luisa debía revisar antes de salir que el ruedo del vestido estuviera parejo; después agarraba la cartera de una forma que si bien no era la indicada por la tía Elisa, era decorosa. Consistía en agarrarla con fuerza con una mano, para no revolearla. A veces se olvidaba de llevar un pañuelo y volvía a buscarlo; su mamá le daba uno con bordado de florcitas, pero ella decía:

—No, ese no.

—¿Por qué? Llévalo.

—No, el otro, que es más liso.

Llevaba el más liso porque hacía más fino; porque la tía Elisa tenía un olfato instintivo para lo fino. Ella le hacía comprar a Luisa chalecos azules y marrones, porque daban sensación de fino. Azul marino, azul petróleo y marrón de abad franciscano. El más fino de todo era el azul petróleo, siempre

que no se abusara. Pero verde Nilo, a pesar de ser un color que le quedaba bien a Luisa, verde Nilo no entraba en los planes de la tía Elisa. Luisa, con saco azul marino, con la cartera bien agarrada con la mano y con los guantes a punto de tirarlos por la ventanilla del tren (eso hubiera sido un delito que quién sabe qué) podía conversar perfectamente con su tía Elisa sobre la escuela, sobre el vestido color beige claro que tenía puesto la señora que estaba sentada adelante. Pero no, no había que mirar de ese modo, por Dios, no. Se mira de reajo, con disimulo; uno espera, no se sabe cómo, si no está mirando a que el otro no esté mirando, y entonces observa. Tampoco se fija la vista en una parte especial de las personas, cuando a uno le llaman la atención; ni soñando se mira a los mogólicos, sobre todo cuando están acompañados por sus padres o tutores, porque éstos sufren. Ahora, si van solos, una ojeada, bueh.

Cuando llegaban a Buenos Aires, si Luisa no compraba zapatos o chaleco que hacen fino, iban a lo del tendero Josecito a comprar camisas para el marido de la tía Elisa. Ella constantemente compraba camisas a los tenderos turcos de la calle Piedras; éstos no eran parecidos a sus compatriotas de Moreno; en la tienda de Moreno, el gato estaba arriba del mostrador, junto a la cinta métrica. En la calle Piedras, Josecito aparecía con su hermosa corbata azul y recibía a la tía Elisa como si lo visitara una reina.

—¿Cómo le va, señora? —Y después picarón—: ¿Qué la trae por acá?

—Venía en busca de un jacard, pero no de la textura del de la vez pasada, sino un poco más...

—Un poco más gruesa.

—No exactamente más gruesa, sino con más cuerpo, he visto una tela que tiene. ¿A ver? Como unos redondeles aplicados...

Josecito desarrollaba media pieza de tela y la hacía saltar por el aire mientras sonreía.

—Ah, no —decía la tía Elisa—, pero esos ya son globos; yo decía algo que está entre pintas grandes y lunares chicos...

José hacía un gesto como diciéndole “Déjeme a mí” y traía una tela que tenía pequeños granos salientes.

—No es exactamente eso —decía la tía Elisa con el tono en que uno dice “No es la expresión justa”.

Josecito bajaba toda la tienda; algunas camisas eran anchas de cuello y cortas de manga; otras tenían bastones demasiado gruesos o los cuadritos

eran muy contrastantes. Después de una hora, en la que Luisa podía mirar sin esperar a que la miren o no la miren más o menos medio millón de personas que pasaban sin parar, la tía Elisa elegía tres camisas; una con bastones tan finos como un hilo, otra con cuadros pero que hacían el efecto de rombos y finalmente una lisa, que tenía la textura del lino y la consistencia del corleón. Después, si había tiempo y dinero compraba foulard, compraba jacard y todos esos paquetes se ponían en la red del tren. Cuando el tren se acercaba a Moreno, Luisa se paraba en el asiento y bajaba los paquetes.

Un día fue a lo de su tía Elisa con un vestido a grandes cuadros grises, blancos y negros, sobre fondo rosa. Cuando su tía Elisa la vio, le dijo:

—¡Ay, querida, qué cuadros tan horribles! ¿A quién se le ocurrió ponerte cuadros tan grandes? ¿Quién te eligió esa tela?

—Yo —dijo Luisa.

Pero no era ella, había sido su mamá. Entonces le dio pena por su mamá, que casi nunca le elegía ninguna tela y de esa justamente había dicho que le había gustado mucho y no había acertado. Oyó decir a su mamá que desde que la vio, le encantó. Y como a su mamá le encantaban pocas cosas salvo el sufrimiento, cuando algo le gustaba a ella, Luisa la quería. Porque las pocas veces que Luisa había viajado en tren a Paso del Rey con su mamá, cuando el tren pasaba por la casa que acababan de dejar, ella lloraba. Se veía la casa de María; ahora nadie vivía en ella, nadie gritaba; el cerco mostraba partes peladas y unas saliencias rústicas de trozos de árbol. Desde el tren se veía la casa color amarillo desvaído, despintada. La madre se corría hasta la ventanilla en que se veía la casa y lloraba.

—No mires, mamá —decía Luisa.

Luisa hubiera dado la vuelta al mundo, hubiera vivido a pan y agua para que su mamá no llorara de esa manera que parecía tan mortificada. Era una forma de llorar tan solitaria que Luisa notaba que no podría persuadirla de ningún modo; entonces, a veces, Luisa también lloraba.

—No llores —le decía su mamá llorando.

—No, yo no lloro —decía Luisa llorando.

Hasta en la calle Piedras de Buenos Aires su tía Elisa encontraba personas conocidas. Una vez encontró a una señora y le dijo calurosamente:

—¿Cómo le va, señora?

—¿Qué es de su vida, tanto tiempo?

Se saludaban de potencia a potencia, pero no eran potencias enemigas; cada una era cuidadosa de las fronteras de la otra.

La señora preguntó:

—Y Clara, ¿vive siempre allá?

—No, se mudó. ¿A ver? Hace unos tres meses, qué digo, cuatro.

— ¡Es notable cómo la gente va y viene y uno ni se entera!

—Bueno, si no inmediatamente, pensamos que usted más tarde se enteraría por Alejo...

—Bueno, si bien lo he visto de pasada a Alejo, no hubo oportunidad de...

—Es que a veces no hay tiempo de cumplir como uno debiera con todas las personas. Siempre me digo, le debo una visita a Ermelinda y por hache o por be...

—¡Claro! ¡Claro! —dijo la señora—. ¡Qué linda chica!

—Es de mi hermano Pedro, creo que usted lo conoce...

—No lo conozco, pero he oído hablar bastante de él...

—No es linda, pero es buena —dijo la tía Elisa.

—Claro, señora, lo importante es que sean buenos y sobre todo sanos. ¿No?

Cuando Luisa oyó decir de ella que no era linda, pero buena, se retiró un poco al costado y se puso a escuchar la conversación.

Cuando la señora decía que era linda, ¿quería decir realmente eso? Porque por ejemplo había algunas personas llenas de desidia, como la madre de Atilio, su vecino, que le decía “encanto” y “tesoro”. Atilio tenía las orejas en forma de pantalla, la nariz siempre colorada y sucia; su cuerpo era flaco y blando. Y cuando su tía decía que no era linda, parecía decirlo por alguna fuerza de la conversación. El misterio de esa conversación estaba en cómo se iban corrigiendo, recortando una a otra, siempre respetando los derechos del otro.

Si una señora hacía una afirmación, Luisa pensaba en qué le contestaría la otra.

La señora preguntó a su tía Elisa:

—¿Qué tal la casa nueva?

—Chica, pero cómoda.

La señora dijo:

—¡Ah!

—Cómoda pero hasta cierto punto.

La señora arriesgó, con toda prudencia y respeto, una hipótesis osada: Si había falta de espacio.

La tía Elisa dijo:

—No tanto la falta de espacio, no encuentro buena la disposición de las piezas.

Luisa pensaba en qué iría a decir la otra ahora; y cuando parecía que no quedaba nada por decir, cuando a Luisa no se le hubiese ocurrido nada, aparecían constantes apreciaciones: alegre, pero irresponsable; pobre, pero honrado. No solo mandó regalo; vino él personalmente. No sólo trabaja en el banco; también de noche vende muñecos de paño lenci.

Este arte de la conversación requería un delicado equilibrio; ese mismo equilibrio se debía mantener con los objetos; se mira, pero no se toca; se come, pero no en demasía.

Luisa se sentaba a leer debajo de un árbol de mandarinas. Mientras iba comiendo, una a una, todas las mandarinas del árbol, leía un libro llamado *Las niñitas modelo*. Eran dos: una más modelo que la otra. Constantemente se sobrepasaban una a otra, las dos hermanas, en perfecciones. Una, por ejemplo, iba a visitar a los hijos del molinero del castillo (porque ellas vivían en un castillo) que eran pobres, se iba con un vestido bien sencillo y pobre para no provocar la envidia de los hijos del molinero. La envidia del molinero, no, porque él estaba en otra cosa; lloraba siempre de puro agradecimiento.

La otra niñita modelo, por ejemplo, se privaba de comer las fresas mejores que habían recogido las dos con alegres delantales celestes mientras cazaban mariposas, para dárselas a una pobre vieja enferma que vivía a la vera del camino.

La madre siempre les decía a las niñitas modelo “ángeles míos” y a veces lloraba de felicidad al ver la perfección de sus hijas.

Luisa leyó muchos libros de las niñitas modelo; en todos se privaban del postre para dárselo a alguien, mejor dicho, se peleaban las dos niñitas para ver quién se privaba más. La madre las dejaba hacer todo lo que querían porque hacían todo bien y si alguna vez hacían algo que estaba mal, era mera apariencia; si mentían, por ejemplo, era por caridad frente a un enemigo que las había injuriado, y ellas no delataban. En los primeros libros, cuando

parecía que iban a hacer algo mal, una mentira digamos, Luisa se interesaba; pero después se dio cuenta de que, por naturaleza, ellas eran perfectas. Entonces empezó a leer un libro muy interesante, de la misma autora, *Las desgracias de Sofía*.

Por ese tiempo, Luisa se acostumbró a tomar una copita de anís, chica, después de almorzar y sin que nadie supiera; mientras todos dormían la siesta, ella leía su libro y tomaba de la copita sentada en un sillón rojo. Sofía y las niñas modelo se conocían, porque Sofía vivía en otro castillo; pero esos castillos eran como el día y la noche. Así como las niñas modelo vivían una vida plenamente dichosa porque eran virtuosas y razonables, Sofía era desdichada porque su conducta era la de un animalito irracional. Su desobediencia la llevó al extremo de tirarse a un pozo lleno de cal; de ahí salió quemada y casi muerta; su madre le recordó que se lo había advertido y para que no cometiera una imprudencia mayor, por ejemplo quemarse con una tea, su madre le cortó el pelo al rape. Luisa pensaba que esa madre era muy severa, pero no podía entender cómo Sofía no era más precavida de los peligros.

Le atraía de ese personaje una especie de inocencia, de ignorancia de sí misma; cuando Luisa sabía que Sofía iba a cobrar o a quedarse sin postre, se lo hubiera avisado, para librarla del castigo, pero se ve que esa Sofía era una cabra desatinada: subía a un caballo brioso y se caía, comía frutos verdes y se indigestaba. Luisa esperaba que Sofía alguna vez se reivindicara, donando su ración de postre o algo así; pero daba la sensación de que ni donando su postre ni haciendo cualquier tipo de acto generoso, se hubiera reivindicado.

Finalmente le produjo fastidio que Sofía fuese tan irredenta; pensó bastante en ella y en su pelo rapado; en su madre inflexible y en Sofía, que se le ponía a tiro, cuando lo mejor que podía haber hecho es haberse escapado de esa madre; entonces pensó: “Sofía es una embrollona”.

Y se puso a leer novelas de amor, todas del mismo autor. En ellas la novia era buena, comprensiva, generosa con los pobres y no se pintaba; siempre tenía algún otro que la rondaba, aparte de su novio, pero ella tenía un cariño de hermano para ése; el otro la rondaba porque el novio se le escapaba detrás de una que se pintaba mucho los ojos, tenía ojeras color violeta, era egoísta, vengativa y cuando se enojaba parecía un basilisco. La novia buena no tenía celos de la otra porque era religiosa; cuando él se iba, ella sufría, pero en silencio, para no amargar a los demás.

Hacía caridad con los pobres, se dedicaba a su familia y a su bordado.

A veces, como él tardaba mucho en volver, estaba por volverse monja; pero él volvía a tiempo cuando todavía era novicia, entonces ella le decía que había resuelto consagrarse a Dios, era una promesa para con Dios, que no podía romper por nadie, por querido que fuese. Después, tras duras luchas de conciencia, donde la novia buena pedía perdón a Dios por no cumplir su promesa, todo eso acompañado de ayunos, abstinencias, que no eran difíciles porque ella no tenía ganas de comer ni casi de vivir en ese estado, finalmente se iba con su novio.

Ahora, a esos ayunos, a esas crisis de conciencia de la novia buena, Luisa no los comprendía mucho. Esos tormentos y remordimientos le parecían una curiosidad, como si esa muchacha estuviera dotada de una espiritualidad que Luisa nunca iba a llegar a tener. ¿Qué misterio había detrás de esos remordimientos? Si Dios perdona esas cosas; no entra en detalles.

Entonces le pareció que esos sufrimientos y remordimientos de la novia buena, aunque revelaran una notable espiritualidad, eran una pérdida de tiempo. Empezó a leer una serie de libros del mismo autor, pero sobre los recién casados. La situación que más le gustaba era cuando él debía dormir en un sofá, en el cuarto de al lado. Por algún motivo el recién casado dormía en la pieza vecina. Él le decía que si necesitaba algo, lo llamara. Pero ella no precisaba nada, por ejemplo un vaso de agua, y dormía como un ángel. Él en cambio tenía insomnio y se levantaba; se ponía una bata y fumaba. A veces le parecía que ella lo llamaba; pero no, no llamaba y él no iba a perturbar el sueño de un ángel. Alguna rara vez el viento abría la puerta y él espiaba cómo dormía; ella nunca se despertaba. Después, no recuerdo cómo, él se iba a dormir a la cama de ella y ahí terminaba la novela.

## La parroquia

Su prima le dijo a Luisa que ya estaba madura, y, si quería, ella la presentaba en la parroquia. Luisa no sabía muy bien qué se hacía en la parroquia, pero con tal de estar madura para algo, fue. Ella antes siempre había visto la casa parroquial desde afuera; en la casa parroquial vivía el padre Calderón, que era viejo, y algún cura joven que se renovaba. El padre Calderón dejaba todas las puertas abiertas; una vez Luisa vio su colchón, que lo puso adelante, en el atrio para ventilarlo, y otra vez, de lejos, lo vio al padre Calderón que tenía puesta la servilleta como un babero y mojaba el pan en la leche. A él le gustaba sentarse en un banco de la plaza, repartía estampitas, los chicos se las arrebatában, le revisaban los bolsillos de la sotana; él protestaba en un lenguaje casi ininteligible y les daba chirlos suaves en las manos. Luisa hasta hacía poco iba a la plaza a buscar estampitas. Ahora entraba dentro de la casa parroquial. Por primera vez vio al padre Calderón en el interior de una sala; tenía las manos puestas sobre las rodillas y una expresión de que aunque le hubieran prohibido regalar estampitas o intentar algún trueque de los que estaba acostumbrado a hacer con niños o con adultos, él estaba contento igual. Un padre joven se movía, dinámico, llevando papeles para todos lados.

En el salón de al lado, con una alfombra que alguna vez fue persa, un escritorio grande y una silla de escribano gordo, había jóvenes reunidas. Junto a la silla de escribano estaba parada la presidenta de la congregación. Limpia, pálida, flaca, anteojudá, con el pelo recogido y sin senos, miraba de una forma como si fuera un pecado tenerlos. Al lado estaba parada su hermana, que sí tenía senos; ella era más grandota, más bondadosa, pero muy segundona. Esa hermana gordita de la presidenta hablaba y se movía como si pidiera disculpas por tener más tamaño que su hermana mayor. Si hubiera venido un desencantador para llevársela, ella hubiera ido; porque la hermana de la presidenta quería nada más que ser buena y útil. Si el desencantador le hubiera dicho:

—Quiero que vengas porque necesito que me rasques la espalda con urgencia.

La hermana de la presidenta hubiera dicho, con su voz un poco provinciana:

—Ya voy, ya voy.

Pero si su hermana la presidenta le hubiera dado un reglazo con la regla sucia, manchada de tinta que estaba sobre el escritorio, mientras le decía:

—Venga para acá.

La hermana de la presidenta hubiera dicho enseguida:

—Ya voy, ya voy.

Su prima la presentó a la presidenta y ella dijo:

—Chicas, tenemos una nueva aspirante.

Luisa miró la alfombra que fue persa alguna vez y sintió que se iba a desarrollar algo nuevo, grave. Después dijo:

—Todas de pie para rezar la oración al Espíritu Santo.

Y rezaron: “Ven, oh, Espíritu Santo y enciéndenos con el fuego de tu amor”.

Y las lenguas invisibles de fuego del Espíritu Santo planearon arriba de la habitación, porque el fuego del Espíritu Santo arde eternamente, no se consume; es invisible, pero se percibe. Estaba tan presente en el techo de la habitación, que Luisa no se animó ni a echar una ojeada alrededor para ver quiénes eran las otras; veía sólo figuras borrosas; veía bien a la presidenta y a su hermana, que era la secretaria. La presidenta dijo:

—Chicas: al escudo hay que merecerlo. No es cuestión de llevar el escudo porque sí, por lucimiento personal; al escudo hay que ganárselo todos los días con trabajo, con fe y oración. Porque si nosotros no somos testigos de Cristo ante los demás, cuando vean que llevamos el escudo y no somos dignas de él, nos van a señalar con el dedo. Me he enterado (y ahí hizo una pausa) de que alguien, que no voy a nombrar, se ha comportado públicamente de un modo inapropiado de una persona que asumió el compromiso de llevarlo. Además, jamás se lo deben sacar, porque siempre, permanentemente, ustedes son testigos de Cristo.

Entonces Luisa miró a las otras muchachas para ver los escudos; algunas lo tenían; otras, no. Era blanco, chiquito y a primera vista parecía el de un club cualquiera, pero era más sobrio. Las muchachas que lo llevaban parecían más compuestas, como si estuvieran más completas y satisfechas. Había una pelirroja, pecosa, con la cara y las manos coloradas que tenía edad para llevar escudo, pero no lo llevaba puesto; daba la sensación de que no había hecho méritos, de que no era suficientemente espiritual; como si alguna vez fuera a las reuniones de la congregación y otras veces se quedara en su casa, lavando ropa con sus manos rojas.

Mientras la presidenta hablaba, su hermana asentía de vez en cuando; era un asentimiento bondadoso, como si dijera: “Es así, queridas mías”.

La presidenta dijo:

—Lectura del Santo Evangelio.

Todas se pusieron de pie y escucharon el evangelio; otra vez el Espíritu Santo se hacía presente en lo alto de la habitación.

El evangelio del día era el que contiene la frase “Es más fácil que un camello entre en el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos”.

La presidenta explicó que la frase era figurada; Cristo sabía perfectamente lo que era un camello y una aguja; era una metáfora. Después señaló que Cristo no se refería a todos los ricos, sino a los malos ricos, a los que hacen mal uso de su riqueza, dijo, hay quien hace mal uso de su pobreza, que es cuando uno se rebela contra ella.

Después la presidenta dijo:

—Chicas: empieza el jueves la novena consagrada a la virgen santísima y terminaron ayer los actos celebratorios de San Clemente, pastor y orfebre. Se ha repartido ropa y medicinas en el barrio “Los cuatro vientos”. Ah, una advertencia; gracias a Dios, el padre Calderón mejora su salud con los nuevos remedios, pero debe permanecer en reposo; para ello todos nosotros tenemos que colaborar y cuidar esta reliquia de la que gozaremos hasta que se cumpla la voluntad de Dios. Entonces les pido, por favor, que cuando pasen ahora cerca de él, no le hablen mucho, no lo cansen, porque se excita y pierde el sueño; un saludo de pasada, solamente.

Y dando por cerrada la reunión, salieron todas juntas, pero no a sus casas; pasaron por el despacho parroquial donde estaba el padre Calderón sentado. Cuando él las vio pasar, quería decirle algo a cada una, hacía gestos de que se acercaran, pero ellas le hicieron una sonrisita y un saludito con la mano y entraron a la iglesia. En la iglesia se pusieron a rezar y ahí había más libertad que en la sala de reuniones: una, por ejemplo, eligió el altar de la virgen Macarena, que tenía dos cabezas de angelitos enfrentados junto a la cara de ella, y rezaba; otra se fue a rezar cerca del altar mayor, donde está el comulgatorio; la hermana de la presidenta sacó un rosario por su cuenta. Pero lo que más le llamó la atención a Luisa es lo que hicieron la presidenta y otra socia de la congregación; profundamente ensimismadas, con la cara tapada

por las manos, rezaban, pero como para adentro.

¿Cómo era ese sentimiento tan intenso que ellas tenían, en qué consistía? ¿Llegaría ella a tenerlo alguna vez? Le parecía un error que ella no se pudiese ensimismar de esa forma, para mantener un diálogo elevado con Dios. Porque esas personas, ¿qué le contarían a Dios? Le podrían contar su vida, por ejemplo, o sus problemas; pero si Dios todo lo sabe ¿qué podría responder? “Ya lo sé, ya lo sé”. Ella no se imaginaba cómo sería esa conversación de esas personas reconcentradas con Dios.

## El amor verdadero

Era verano y atardecía. Su prima, una amiga y Luisa salían de la reunión de la congregación; su prima con el misal en la mano y un saquito por si refresca. Su prima y la amiga eran muchachas grandes; tendrían diecinueve años. Su prima comentaba los casos de chicas y muchachos que habían sido amorosos y después se echaron a perder.

Un muchacho, que era amoroso, correcto, simpático y con lindos ojos, se echó a perder porque hizo un gesto obsceno mientras jugaba al básquet en la cancha del club.

Otro que tenía un auto color huevo, se había dado a la bebida; se tomaba como cuatro vermouths todas las noches en el club; él tenía lindo pelo y era culto; pero se ve que no tenía fuerza de carácter ni sentido común, porque la curda de vermouth es espantosa.

También, decía su prima, porque estaba completamente alejado de la fe se echó a perder: no pisaba la iglesia ni para Pascua.

Pero el que más se había echado a perder era el más amoroso de todos: había sido buen hijo, buen partido, buen estudiante. Él tenía una novia, Marisa, que era y seguía siendo amorosa; siempre tan ubicada para vestirse, con esos trajecitos sastre tan graciosos, y ella misma, tan bonita, pero sin llamar la atención, tan distinguida en eso de no impactar con ningún color detonante.

Y ese novio, que antes la quería con lo que parecía verdadero amor, pero después se vio que no lo era, sustituyó a esa criatura tan encantadora por Leticia, que era un capítulo aparte. Porque Leticia empezó acostándose con el primer novio que tuvo y, como todos los vicios, acostarse produce costumbre; ella se acostumbró con otros, y suma y sigue, suma y sigue, suma y sigue.

Y ahora ellos dos se iban a besar debajo del puente por donde pasa el tren, que es un lugar donde hay caca de perro, donde los crotos que acampan debajo del puente dejan latas de sardina tiradas y la pared del puente toda ahumada.

Marisa lo esperaba dignamente en su casa y él no iba; Marisa rezaba, lloraba sin hacer escándalos. ¿Cómo –decía su prima– se puede sustituir una persona por otra? ¿Y cómo él podía hacer sufrir así a una chica valiosa? Su prima hacía reflexiones sobre los peligros de las tentaciones, pero Luisa no

pensaba en eso. Cuando pasó por una verja de madreselvas, la miró bien; parecía llena de presagios, de perfume. Dentro del terreno se movían sombras oscuras.

Su prima seguía pensando que ya que se habían echado a perder, que se juntaran, por ejemplo, un réprobo con una réproba y allá ellos, y no un réprobo para hacerle perder el tiempo con una chica amorosa, que le ofrece amor verdadero. Pero, posiblemente, decía la prima, Dios quiere que se junten una chica buena y un réprobo, para que ella lo reforme con su buena influencia.

A Luisa se le presentaba muy fuerte la figura del réprobo y cuanto más réprobo lo imaginaba, más presente se hacía la figura de él.

¿Qué le haría él a esa chica tan buena?

¿Le pegaría? No, no se rebajaría a eso. La ignoraría; no aparecería por un tiempo largo y después vendría a buscarla; ella lo perdonaría porque era cristiana y siempre le pedía a Dios que él volviera al redil de la iglesia y al de ella. Y cuando pasaron por otro baldío, la imagen del réprobo se le hizo tan fuerte como si lo viera.

Hubiera deseado que alguien le explicara qué era eso, pero comprendía que no podía contárselo a su prima. Ahora ellas estaban hablando de otras parejas; analizaban en cuáles había verdadero amor y en cuáles no.

En algunas, por un tiempo, parecía que había verdadero amor pero era aparente; algunos casos eran dudosos; entonces su prima y la amiga los ponían en remojo, digamos, para que al tiempo cantara la verdad.

La amiga de su prima dijo, dubitativa:

—Es que a veces es difícil distinguir el verdadero amor del otro. Por ejemplo...

Pero su prima con firmeza dijo:

—En apariencia es difícil. Pero alguien que ahonda un poco, percibe lo que tiene bases verdaderamente sólidas.

Su prima veía las cosas claras, porque no era ninguna embrollona. Pero ahora, Luisa, además de embrollona como siempre había sido, según pensaba ella, se sentía embrollada y confusa. Hasta hacía poco tiempo, cuando era simplemente una embrollona, iba y venía, entraba y salía de las casas, de las conversaciones, de los juegos; ahora las cosas que pasaban la embrollaban. Por ejemplo en la iglesia o mientras caminaba, se le hacía presente el Espíritu Santo; él la hacía pensar sobre Dios, Cristo y lo que decían los Evangelios.

Pero a veces, al atardecer, o en la siesta del verano, se le aparecía la figura del réprobo, muy presente. No le decía que la quería ni le prometía amor verdadero ni nada; la invitaba a ir con él. Entonces Luisa caminaba y caminaba porque se sentía inquieta, solo se calmaba si llovía fuerte; se mojaba toda, los pies, la cabeza, y al secarse ella misma sentía consuelo y frescura.

## ¿Es verdaderamente Jesucristo hijo de Dios?

Por ese tiempo empezó a leer un libro que encontró en su casa. Su título era *¿Jesucristo, es hijo de Dios?*. El autor decía que había habido muchos falsos Cristos que se postulaban como hijos de Dios; uno solo era el verdadero.

Había muchas explicaciones para que uno solo fuera el verdadero. Una, lógica, que consideraba que si Dios hubiera mandado muchos Cristos o mediadores para revelar la verdad a los hombres, se hubiera producido una Babel, porque si la verdad de Dios era una, necesitaba un solo enviado para anunciarla.

¿Para qué iba a mandar a varios mensajeros a decir la misma cosa? El autor no informaba lo que decían los falsos Cristos, solo que eran usurpadores e impostores.

Había otro tipo de pruebas de que Jesucristo era verdaderamente hijo de Dios: por la santidad de su vida, que estaba contada por los Apóstoles y por los milagros, por ejemplo, el poder de caminar sobre las aguas. Además por el testimonio del mismo Jesucristo; él siempre dijo que era hijo de Dios y además lo mataron justamente por decir eso, cuando podría haber dicho que era cualquier otra cosa para salvarse. El autor, que era español, contaba los grandes debates históricos que se habían producido por la filiación de Jesucristo; unos decían que era hijo del padre solamente; otros, del padre y del Espíritu Santo. “¡Cuánta polémica, amados hermanos –decía el autor– por una ‘Y’! Esa ‘Y’ dio lugar a la más vasta polémica de la historia del cristianismo”.

Y parece que por esa “Y” se desataban los ejércitos, toda la caballería de Europa entraba en movimiento.

Entonces a Luisa le daban ganas de salir a la calle y caminar; salía de su casa y andaba a paso vivo; pasaba por la plaza, donde estaba el negro Félix durmiendo en un banco con la gorra echada sobre los ojos. Se contaba de él que no se despertaba de su siesta ni aunque le tiraran huevos podridos, pero esas eran anécdotas tan burdas, tan chatas, como una señora gorda que pasaba cargada con verdura. Esa señora cargaba un bolso absurdo, mientras la caballería de Europa había luchado simplemente por una “Y”, ¡pero tan significativa!

Era la hora de la siesta. Por la calle pasaba el heladero con su carrito y el

loco Scala. El loco Scala se sacaba la gorra y le gritaba desde atrás, tratando de alcanzarla: “Chau, piba, chau, piba”. Luisa sentía necesidad de salir del centro del pueblo, porque el sol cegaba y le impedía profundizar sus meditaciones. Entonces caminaba unas cuadras hacia el campo; empezaban a aparecer algunos caballos. A medida que aumentaba el pastito verde, y sobre todo cuando aparecía la primera vaca echada, su poder de concentración mental disminuía.

Esos caballos y esas vacas parecían decir:

“Nosotros estamos aquí echados, pero el mundo es ilimitado, está lleno de posibilidades; si una persona quiere, puede ir caminando hasta el Polo”. Si Luisa quería, podía ir caminando y pensando hasta el Polo.

A nadie le iba a contar que ella sabía cómo era de amplio el mundo; ni siquiera a ella misma; era un sentimiento muy hermoso, como para ser usado rara vez, en ocasiones propicias, porque si uno lo usaba siempre, se enloquecía.

Pero los caballos y las vacas eran cómplices durante el día; cuando anochecía, eran bultos inquietantes.

Entonces Luisa se volvía para repasar el teorema de Pitágoras, o las isotermas e isobaras.

Una noche, mientras preparaba el relleno para hacer ravioles, su mamá le dijo:

—Mañana va a venir María acá. Por favor, ni se te ocurra la palabra “internación”.

Luisa sabía que había una lista de palabras que no se podían usar delante de ella: inyección, chaleco, enfermera; tampoco se le podía regalar ningún objeto colorado ni caminar detrás de ella, porque se enfurecía.

—¿Y no le pregunto nada de cuando estuvo internada?

—¡No y no! ¡Qué inoportuna! Si está en condiciones, mañana va a Paso del Rey.

Su mamá no parecía alterada por la llegada de María; su papá, tampoco. Él fue al club y vino con la noticia de que la comisión de deportes había comprado un terreno para recreación de los socios y sus familias.

Luisa preguntó a la noche, en la cena:

—¿Cómo vendrá ella ahora?

—¿Cómo querés que venga? Con dos pies y dos manos como antes —dijo su papá.

Su mamá no dijo nada, pero su cara decía “Obvio”. Pero después Luisa no se podía dormir. ¿Habría cambiado María? ¿Habría mejorado con alguna inyección que no se podía nombrar? ¿La encontraría alta a Luisa? Le diría “Ah, querida, ¿te acordás de cuando eras chica y me venías a visitar?”. ¿Contaría algo de ese mundo alucinante, del que había sido testigo?

Porque María no era testigo de banalidades, como por ejemplo si se amplía la cancha de basquet del club o la zona de nichos del cementerio reservada a los socios; ella había convivido entre personas que hacían cosas insólitas y raras; personas que, aunque con un matiz un poco triste, eran libres, sorprendentes.

Donde estaba internada María, una viejita dio una clase entera de geografía, a la perfección, como si estuviera en un colegio. Pero lo hermoso es que no estaba en un colegio; daba la clase en el patio de recreación, al aire libre. La viejita había tenido el coraje admirable, la libertad de hacerlo.

Sí, tal vez una aprendería mejor al aire libre que en el colegio. Porque el colegio era muy oscuro y estaban todas apretadas en los bancos. Venía la Señora de Balestra, profesora de literatura; pesaba unos noventa y cinco kilos, tenía una cara muy linda, como de gata, pero estaba maquillada con un tono rosado de muñeca. Llevaba una valija apropiada a su tamaño y muy llena. Se sentaba cansada, apoyaba con ruido esa valija sobre el escritorio, suspiraba y decía:

—A mí un día de estos me agarra un ataque de presión.

Y después, sin decir agua va, en tono sonoro, moviendo las manos gorditas llenas de hermosos anillos, recitaba:

“Mester traigo formoso  
Non e de juglaría  
Mester traigo formoso  
que é de clerecía”.

Eso, en un ámbito de encierro, producía cierta perplejidad; al aire libre, pensaba Luisa, hubiera sido otra cosa.

Y la tía María volvió. Parada junto a la puerta, era una viajera sin equipaje: no traía valija, solo una bolsita blanca, con sus iniciales bordadas. La mamá

de Luisa le sacó la bolsita de las manos.

—Tengo el pañuelo ahí —dijo María.

—Yo te doy un pañuelo mejor —dijo la mamá de Luisa.

Se puso a examinar la bolsa: enaguas agujereadas, camisetas viejas. De una ojeada vio el contenido de la bolsa y le preguntó a María:

—¿Y las medias, los vestidos, el saco?

María dijo reflexiva y tranquilamente:

—Había alguna gente pendenciera.

La madre se fue para adentro sin decir nada; la tía María, vacilante, le apretó el brazo a Luisa; cuando volvió la madre, María le preguntó:

—¿Dónde me siento?

—En cualquier parte.

La tía María miró bien los lugares, parecía que se decidía por uno; después optó por otro. Pero esperó a sentarse hasta que viniera la madre. Ella dijo:

—¿Cómo no te sentaste?

—Esperaba que vos vinieras —dijo María.

—Bueno, bueno —dijo impaciente la madre—. Ya va a estar la cena.

—Pero como yo después me voy a mi casa. Quiero ver cómo está todo.

—Pero sí, ya vas a ir a tu casa.

Entonces apareció el padre de Luisa, que salía. Cordialmente le dio la mano a María y le preguntó:

—¿Cómo la trata el frío?

—Bien, gracias —dijo ella.

Él se iba a dar unas vueltas manzana. La madre iba y venía con los platos. Cuando le dieron el suyo, María preguntó:

—¿Este es para mí?

—Sí, mujer, sí. ¿No ves que te lo estoy dando?

—Ah, bueno.

María empezó a comer muy despacio y separó el contenido del plato en dos partes; comía solo de una; la otra parte quedaba intocada.

—Come todo —dijo la madre un poco fastidiada—. Es todo lo mismo, está rico.

—Claro, claro —dijo María y tuvo un acceso de tos.

—Pasaste frío. ¿Dónde pescaste ese catarro?

—En el colegio había una estufa, pero yo me iba lejos de ella. Yo después me voy a mi casa.

—Pero sí, nadie te la va a robar. Acá hay mandarinas.

La madre de Luisa miraba a su hermana como si siempre hubiera estado ahí; no parecía interesarle que fuese una especie de viajera o que hubiera vivido experiencias alucinantes. La tía María la tomó nuevamente del brazo a Luisa y le dijo:

—Querida, ¡qué alta que estás! No vengas más alta.

Le dijo lo que ella había pensado, pero no como Luisa había imaginado. Porque después la tía María agregó:

—Porque algunos se vuelven altos para achicar a los demás; son altos porque roban la estatura, son de esa raza ladrona y traicionera...

—Bueno, bueno —dijo la madre—, la cama está preparada.

La tía María pareció violentarse; tenía toda la cara colorada. En silencio, le sacó la piel a todos los gajos de mandarina.

Después se durmió vestida y quiso tener su bolsa de ropa en su pieza; la puso en un lugar bien cercano, en su propia cama.

## León Bloy

Los adultos que Luisa conocía no buscaban la esencia de las cosas; no les interesaba si los valores eran objetivos o subjetivos: todo era asquerosamente instrumental, no tenían espíritu de investigación. No querían saber, por ejemplo, qué sentiría la tía María cuando estuvo internada, qué opinión tenía ella de esa experiencia. Algunos llevaban su cobardía intelectual al extremo: la veían a la tía María y volaban. Eran seres cerrados que no querían abrirse a nada que fuera distinto de ellos, por el peso de la costumbre y la rutina.

Un día ella abrió al azar una página de un libro y encontró: “El odioso, el vil burgués, ese de alma baja y sórdida”. ¿Quién era el autor? León Bloy.

Siguió leyendo “catolicismo de bibelot” y después “Se incendió el bazar de caridad, atendido por lo más granado de la burguesía parisina. He aquí la mano del Espíritu Santo”.

Mientras esto ocurría, León Bloy y su esposa, María, no tenían calefacción; el carbonero, que tenía alma de burgués porque los burgueses habían corrompido los sentimientos más puros de los pobres, habían corrompido hasta el tuétano al Pobre, o sea a Cristo, bueno, el carbonero, no le fiaba más leña. María, su mujer, era excepcional; no se enfurecía ni hacía ningún reproche por la falta de leña, porque ella tenía revelaciones místicas: en sueños se le aparecían el Espíritu Santo y la virgen; le revelaban a ella su esencia, sus funciones y las relaciones de los miembros de la Trinidad entre sí. Después León Bloy escribía todo eso.

Sí, esos cerdos burgueses corrompían todo; por eso Luisa iba a adelgazar hasta que sus omóplatos sobresalieran del cuerpo como las alas de un ángel. Para eso tiraba la leche que su madre le preparaba todas las mañanas; la leche, ese alimento gordo y corrupto, iba a parar a la rejilla de la pileta.

Un mediodía, Luisa volvía de la escuela con Ana, que era de origen alemán. Ana aprendía con mucha facilidad Matemática y Ciencias Naturales; consideraba que la Historia era un conjunto de cuentos irrelevantes y la Literatura una verdadera cursilería. En una vidriera había un saco muy lindo y Luisa dijo:

—Mira qué saco divino.

Ana secamente dijo:

—Divino es sólo Dios.

Ana era atea; no lo decía por religiosidad, sino para poner los adjetivos en su lugar.

Luisa se apartó, profundamente herida y no le dirigió la palabra hasta que Ana se bajó del tren. Se hizo objeto de graves recriminaciones a sí misma. ¿Cómo una persona religiosa, como era ella, podía decir que un saco era divino? Ese era un error que debía ser castigado, era algo imperdonable.

Debía ser castigado con más soledad y ostracismo, si era posible; pero no era un ostracismo tranquilo. Se apartó de Ana y se sentó aparte; sentía ganas incontenibles de llorar y no quería que la viera llorar. A ratos pensaba: “Ya verán, ya verán”; pero eso no era lo más grave; lo más grave era una sensación nueva, como de algo que no podía controlar. Se sentía incómoda en su cuerpo; pensó en bajarse del tren, pero se dio cuenta de que con eso no solucionaría nada; en cualquier lugar iba a sentirse igual. Veía a los pasajeros como una masa confusa y ajena; no les importaba nada de ella; ella tampoco tenía que ver con nadie. Cuando hubo un asiento libre, Ana la llamó para que se sentara; pero Luisa oyó la voz como si viniera de muy lejos. No fue y solo se alivió un poco cuando Ana se bajó. No, ella no podía ir a su casa en ese estado; podían percibirlo; le podían preguntar cómo había llegado a ese estado de cosas; ella no sabía. Podía bajarse del tren, caminar un poquito hacia el campo y entrar a alguna casa desconocida, donde no supieran nada de ella.

Por ejemplo podía ir a uno de esos chalecitos, con su jardín adelante, o tal vez mejor a una de esas casitas más humildes, que están cerca del río, que tienen piso alto por las inundaciones. Ojalá el río estuviera desbordado; entonces ella iría al piso de arriba de la casita de madera; conversaría con los moradores, verían pasar tranquilamente unos patos. Pero el río estaba muy poco crecido, casi no existía. En ese momento no estaba crecido, pero todas las casas cercanas a él, a la estación Paso del Rey, mostraban las huellas de la inundación. Eran casas grises, húmedas, parecían cajas puestas a la intemperie, que el sol secara a medias y después, vuelta a mojarse. Había arbolitos chicos recién plantados; tan endebles y raquíticos que daban ganas de llorar.

Ese lugar y el día nublado eran reconfortantes para Luisa. Sí, ella se iba a bajar en Paso del Rey; iba a ir a lo de su tía María, que mientras no le mostraran nada colorado ni le andarán detrás, dejaba en paz a las personas.

Además posiblemente no hubiera comida; eso venía bien para sus fines mortificatorios. No entró por la puerta que comunicaba con el recreo, donde antes estaba el chajá; entró por la puerta que daba a la calle ancha, asfaltada, donde antes vivía la pareja de ancianos y ahora, nadie. Esa puerta exterior era muy vulnerable y María la había reforzado: había puesto un alambre que daba varias vueltas. No había timbre ni llamador; golpeando las manos, María no podía escucharla porque esa puerta daba a una enorme sala oscura, donde ella nunca estaba.

No podía desatar el alambre; finalmente, dio un empujón a la puerta y entró. En el jardín había un grupo de pollos que estaban en el recreo, si es que eso era recreo; no estaban acostumbrados a caminar en superficies grandes y más que pollos, parecían camellos.

Piaban todos juntos desesperados y parecían un grupo de exiliados. María estaba sentada junto a la enorme mesa de la cocina; escribía acotaciones a lo que leía en un diario viejo; por ejemplo, si leía “Paseo Colón” al lado señalaba: “Colón, descubridor de América”.

La llegada de Luisa no interrumpía su tarea, como si hubiera estado allí desde siempre o escondida en el jardín. Luisa le dijo:

—Hacé mate.

Pero María seguía su tarea de comentarista de periódicos.

De repente leía “aceitunas” y escribía al lado “ricas para comer”.

—Pero hacé mate, te digo.

—Ya va, ya va, querida.

Hacía mate cuando ella quería y mientras, iba pensando en una palabra, por ejemplo “sobrepasar”, con aire de duda decía en voz alta “sobrepasar” y después “quién sabe”.

Luisa fue a mirar la puerta de afuera; le parecía que había quedado abierta. En tono tranquilo, María le dijo:

—¿Adónde vas, querida?

Cuando volvió, el mate estaba preparado y María se estaba riendo; se acordaba de la tía Copeta. La tía Copeta tenía un sobrino llamado Atilio, al que parece que instaba para que se bajara de la parra. Entonces María, recordándolo decía:

“Atilio, bájate de la parra”. “Pero Atilio no se quería bajar”.

Inmediatamente le daba un ataque de risa y repetía de mil maneras el diálogo entre la tía y Atilio. Luisa, a propósito, le preguntó:

—¿Cómo era?

—La tía decía “Atilio, bájate”.

—Pero Atilio no se bajaba —daba pie Luisa.

—No, no; Atilio no quería bajar.

¿Qué era eso?, pensaba Luisa. ¿Por qué le producían tanto placer esas simplezas?

Después empezó a reírse a grandes carcajadas; la cara se le ponía roja y congestionada; iba variando las inflexiones de voz; a veces era una exhortación prudente a Atilio, otras, afectuosa, o terminante: “Te digo que te bajes inmediatamente”. Lo curioso de ese discurso, además de las mil maneras que puedan existir para pedir a alguien que se baje de una parra, era que la persona de Atilio no aparecía para nada.

No decía, por ejemplo “Me quiero quedar un ratito más”. Simplemente, por undécima vez, no bajaba. Cuando el cuento llegó a límites exasperantes y Luisa pensó en ir a buscar galletitas al recreo, hormigas en el pasto o en ir a ver el cielo, por si aparecía una señal luminosa o vaya a saber qué, notó que el tono de voz de su tía María estaba cambiando. “¡Bájense!” decía con voz amenazadora y después, con un tono de voz mucho más bajo, como si fueran dos voces las que le hablaran:

“Eso, que se bajen, ¡no hacen más que robar!”.

Y ahora, ya decididamente enojada, decía:

—¡Me robaron la madre, la llave, la cacerola!

Y Luisa quería saber qué relación había entre esos objetos y personas que no tenían nada que ver entre sí. Alguna conexión debía hacer ella; pero, por más que escuchó atentamente, no pudo sacar ninguna conclusión.

María siguió gritando sin parar y Luisa decidió irse. Era lunes y en el recreo solamente estaban su tío Esteban, don Servini y un viejo panzón de pijama color crema. Eran las tres de la tarde, hacía frío y estaban en una mesita al aire libre, sin hacer ni tomar nada. Cuando la vio, el viejo se sacó la gorra y saludó con ella muy lentamente; la panza le llegaba hasta la mesa. Don Servini, con aire reticente y algo ofendido, dijo:

—Buenas tardes, señorita.

Claro, ya no podía hacerle un chiste a Luisa, o tirarle del pelo para hacerla enojar. El tío Esteban estaba contrariado:

—No comiste —dijo.

—No —dijo Luisa—. No quiero comer.

Su tío parecía fastidiado, como si algo anduviera mal; su fastidio parecía tener relación con ella; podría ser porque no había comido, porque una señorita no debe escuchar un vocabulario como el de su tía María, o tal vez tampoco deba observar viejos tan panzones como el parroquiano nuevo.

## Los valores, ¿son objetivos o subjetivos?

En primavera entraba un sol suave por las ventanillas del tren. Las casas que se veían parecían secas, mansas y al mismo tiempo, llenas de actividades posibles. Ana venía haciendo ejercicios de Matemática y Luisa se cansó; no quería hacer más. Quería mirar ese sol lleno de buenos presagios. Estaba mirando un caballo atado en el terreno del ferrocarril; se ve que su dueño lo dejaba confiadamente, para que comiera del pastito que estaba cerca de la vía. De repente oyó una voz que decía:

—¿A qué colegio van?

—Al Normal N° 4 Estanislao S. Zeballos —dijo Ana.

Ana pronunció con sequedad y violencia el nombre del patrono del colegio; sonaba como el nombre de un cuco.

Ana siguió haciendo los ejercicios; Luisa miró al que hablaba: era un rubio hermoso, de unos dieciséis años; tenía una camisa celeste y un pullover azul marino.

—¿Y vos? —dijo Luisa.

—Yo voy al liceo naval —dijo él— pero por esta semana no tenemos clase.

Era un privilegiado, ya que no tenía clase por una semana. Debía ser un colegio totalmente distinto.

—¿El plan de estudios es igual? —preguntó Luisa.

—Algo diferente. Tenemos Trigonometría y Derecho Naval.

Ana miró al rubio como si fuera un paquete cuyo contenido se ignora.

—¿Y tenés buenos profesores? —dijo Luisa.

—Tenemos, eso sí, un profesor bárbaro de Filosofía —dijo el rubio—. El otro día hizo en el pizarrón un cuadro sinóptico de los valores que con solo mirarlo, uno aprendía todo. A propósito, vos qué pensás. ¿Los valores, son objetivos o subjetivos?

—Son subjetivos y objetivos a la vez —dijo Luisa.

Se lo había enseñado en un cuadro sinóptico su profesora.

Pero Luisa estaba un poco incómoda. Se dio cuenta de que sus zapatos no le gustaban; la cartuchera donde guardaba los lápices estaba sucia y ajada; no había reparado antes en eso. Además, ella no podía decir como él que la profesora que le había enseñado el problema de los valores era una persona bárbara: era una petisa que llevaba siempre un gorro negro de piel; le decían

Napoleón, por el gorro; hacía gestos amplios y despectivos con sus manos y un día dijo: “Cultura es lo que queda después de haber olvidado todo lo demás”. Y movía la mano como si todo lo demás se fuera a un rincón escondido. Hablaba siempre del hombre-masa y de la diferencia entre masa, persona e individuo, y moviendo las manos como en un recitado torvo, decía:

—Un individuo puede ser una vaca.

Esto dicho con absoluto desprecio para con la vaca.

Pero Luisa no se acobardó y le empezó a explicar a Fernando, que así se llamaba el rubio, por qué ella creía que los valores eran objetivos y subjetivos a la vez.

—Estoy de acuerdo —dijo Fernando sonriendo.

Tenía una sonrisa luminosa y le preguntó:

—¿Dónde vivís?

—En Moreno.

—Yo en Ramos Mejía —dijo—. Me bajo acá.

Cuando él bajó, Ana tuvo problemas con la ventanilla del tren. Le daba el sol en la cara; la bajó hasta la mitad, después la subió hasta cierto punto, hasta que finalmente la bajó del todo. Era una ventanilla rebelde.

A los pocos días Fernando apareció por el tren. Fue algo casual, si vivía en Ramos Mejía era lógico que tomara el mismo tren.

La miró con sorpresa. Luisa estaba un poco fastidiada; su cartuchera seguía siendo la misma, y bueno, ella qué sabía que él podía aparecer. Él se sentó frente a ella y estaban en un asiento de cuatro. Al lado había dos hombres con aspecto de chacareros y uno dijo:

—Es así, donde comen dos, comen tres.

Fernando miró de reojo y dijo:

—¿Vamos a otro asiento?

—Sí —dijo Luisa.

Esos hombres no eran un marco adecuado para un diálogo elevado. Luisa y Fernando hablaron de lo relativo y lo absoluto, de si el hombre desciende del mono, de la ontogénesis y de la filogénesis. Entonces él le dijo:

—Yo tengo un tío que es muy inteligente, muy capaz, con él suelo hablar mucho. Me gustaría presentártelo. Además, es ingenioso y ocurrente.

Luisa pensó que ella también tenía una tía muy ocurrente; pero ni por

asomo pensó en presentársela; no le dijo nada de su existencia. No, él nunca debía conocerla. Pero ese ocultamiento la volvía cautelosa y extraña ante sí misma.

Pensó que su tía era como un producto de baja calidad, digamos. Además sintió que el mundo de él era más plácido, homogéneo y confortable. Ese día él la acompañó a Moreno, y como hacía calor, el asfalto parecía derretirse. Cada veinte metros había unas líneas negras, como unas juntas del asfalto y Fernando tropezaba de vez en cuando con esas juntas. Ante esos tropiezos, ella tuvo un sentimiento contradictorio; uno de desilusión, porque no era perfecto ya que tropezaba, y otro, más feroz y vengativo; se alegraba de que él tropezara; él, tan rubio, tan lindo, tan protegido por un tío inteligente e ingenioso.

Cuando llovía Luisa no quería ir a estudiar a la casa de Ana. Ana tenía dos hermanos sanos y hermosos como ella, con los cuales se arañaba semanalmente. Ella quería solamente a otro hermano menor, que era mogólico. Con grandes esfuerzos le había comprado un par de guantecitos blancos, para hermosearlo. También vivía en casa de Ana su tía abuela Yuda, que tenía setenta y cinco años. Alguien la había depositado en esa casa y Yuda no reconocía a nadie; cada vez que debía entrar en un auto, en vez de agachar la cabeza, se golpeaba contra la puerta. Ana odiaba a Yuda y la consideraba una especie de monstruo obstinado y malvado; en cambio, curiosamente pensaba que su hermanito menor era, dejando de lado su enfermedad, como si fuese algo transitorio, un ejemplo de generosidad y lealtad.

No, no le podía decir a Ana que a ella le gustaba un poco Fernando, porque se iba a burlar. Solamente gustan de los muchachos las chicas estúpidas, y si ella se lo contaba a Ana, iba a pensar mal de ella, como pensaba de su tía Yuda. No quería ir a la casa de Ana; era blanca, con un jardín chico adelante; era un jardín no cultivado, como de compromiso, como si los dueños hubiesen dicho: ya que está ahí, que se quede. Ese día llovía y por la mañana no hubo clase; iba a ir a un lugar donde nadie le cuestionara nada. Por primera vez en su vida, antes de ir a la casa de su tía María, vaciló. Había una ley, no escrita en ningún lado que le decía “No vayas”. Si una persona se lo hubiera dicho, no hubiera ido. Pero esa ley, que era sensata, era muy misteriosa y no la protegía. Por eso la desobedeció y fue, absolutamente contrariada, porque no tenía ganas de ir a la casa de su tía. Desde que llegó al

recreo tenía ganas de volverse. En el recreo no había nadie, ni siquiera el parroquiano panzón que estaba siempre. Su tío dijo cuando la vio:

—¡Ay, con esta lluvia viniste! Secate.

Pero ella no quería secarse bien. Le pareció pobre el recreo, en el gallinero las gallinas parecían refugiadas y María había puesto todos sus recipientes para juntar agua de lluvia, pero no los controlaba. Cuando llovía, sobre todo si había relámpagos y truenos fuertes, María se tranquilizaba y se asustaba al mismo tiempo. Prendía una vela y se quedaba cerca de ella; cuando aparecía un relámpago enorme, decía:

—¡Quién sabe!

La vela era para mandar los relámpagos a otro lado, por ejemplo al pueblo vecino, Merlo, de donde creía ella que se los mandaban expresamente. De pronto todo ese sistema de creencias de su tía María le pareció tan pobre, tan primitivo, que le tuvo fastidio. Pero al mismo tiempo pensaba. ¿Cómo era posible que lloviera sobre locos y cuerdos igualmente, por qué Dios o alguien no mandaba una lluvia de ranas o de kinotos sobre la casa de su tía María y sus alrededores? Cuando pensaba eso, la oyó decir respetuosamente:

—La virgen llora, pobrecita. Le sacaron su manto, después la golpearon y la hicieron venir negra.

Había parado de llover y María seguía haciendo especulaciones. Hablaba en un tono tranquilo, como de quien se va explicando todo a sí misma. Entonces Luisa se dio cuenta de que la locura no era hermosa ni libre, de que ella no era una persona para su tía María, ni viceversa. Cerca del patio había una canaleta por donde corría agua, estaba húmeda todavía. Luisa se tiró ahí, dispuesta a quedarse todo el tiempo que fuera necesario hasta que alguien la viniera a buscar. María seguía especulando y tardó bastante tiempo en darse cuenta de que ella estaba tirada ahí. Luisa se preguntaba: ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede ser? En adelante, toda su vida iba a transcurrir en esa canaleta. Pero cuando pensó en ese proyecto, se puso a llorar sin parar. Cuando la oyó llorar, María dijo:

—¡Querida! ¿Dónde estás?

Luisa no respondió nada. María se acercó a mirar y le dijo:

—Levantate de ahí, querida, que está mojado, te vas a resfriar.

—¡No! —dijo Luisa.

En tono sensato, María repetía:

—Levantate, querida, haceme caso.

Como ella no se quería levantar, María la palmeó y en mil tonos le pidió que se levantara. Finalmente, Luisa lo hizo.

Esa repentina sensatez de María le dio más pena todavía; era una sensatez que nunca iba a tener oportunidad de usar y que ella misma no sabía que la tenía.

—Gracias —dijo Luisa.

No bien lo dijo le pareció absurdo; posiblemente, María después no recordara lo sucedido, ni asociara las gracias con lo que había hecho. Luisa tomó solo dos mates y dijo:

—Me voy.

—Quedate, no te vayas —dijo María.

—No, no, me tengo que ir.

No le dio un beso porque a María no le gustaba que se le acercaran; ella tiraba besos con los dedos.

Huyó rápidamente de esos besos tirados con los dedos, como para que no la alcanzaran; afuera había un colectivo precioso, de color rojo y ya entraba el tren a la estación; ese tren era una gloria.

## Epílogo

¿Y qué dice León Bloy? ¿Que no tiene leña porque no le pagó al carbonero, que es un hombre perverso y corrompido por la burguesía y por eso anda todo el día reclamando su pago?

¿Y él por qué no paga, como cualquier hijo de vecino?

¿Y esa mujer que tiene, siempre con sus revelaciones religiosas en los sueños, siempre soñando con que se le aparece la virgen o el Espíritu Santo, pero no en forma de paloma o de algo sensato, sino como una especie de viento del desierto y ella después se pasaba todo el día interpretando lo que le sugerían desde el cielo? ¿Por qué no mangaba un poco de leña al vecino y aunque sea amasaba un poco de pan? Ya la tenían harta esos dos; a ella le daba lo mismo que consiguieran leña, que se murieran de hambre o que se les apareciera Jesucristo en persona, de noche o de día. Porque ella no iba a leer más esos libros de León Bloy. Ahora iba a pedir a una prima un vestido prestado, que le gustaba mucho, porque estaba invitada a una fiesta.

Iba a ir con Fernando, que era un rubio divino.

## Cómo vuelvo

Yo no soy muy suelta de lengua y no crea que lo que le cuento a usted lo puedo decir por ahí, y menos en mi pueblo: se lo cuento a usted porque es una desconocida; si le contara a alguien de allá, en dos minutos estoy perdida. Yo vivo en una calle que da a la ruta; allí, mi marido y yo tenemos una estación de servicio; va bien, gracias a Dios; él es un buen hombre y no me deja faltar nada: tengo mi heladera, mi televisión y un cochecito usado: lo movemos poco. Los chicos se fueron a vivir a Venado Tuerto, para estudiar el secundario. Entre mi marido y yo atendemos la estación de servicio. Yo también atiendo la escuela: vengo a ser maestra, directora y portera, tengo en total diez alumnos. Donde vivo, son cuatro cuadras con casas; en invierno a las ocho de la noche están todos adentro. Y ahora que estoy lejos y lo veo desde acá, no me explico cómo pude vivir veinte años en ese lugar. Yo no tendría que extrañar, porque nací en un lugar parecido, cerca de la ruta; pasaban y pasaban los autos por la ruta y yo los miraba parada en una tranquerita, y deseaba tanto –inconciencia de criatura– que algún auto me llevara. Yo no pensaba en ningún lado especial: cualquiera. Me paraba en la tranquera para que me vieran, y decía: “Alguien me va a mirar”. Los autos pasaban como una exhalación y yo tardé mucho en darme cuenta de que nadie me miraba ni me iba a mirar, y cuando me sentí ahí plantada, sola, era como una especie de desilusión. Por eso, yo ya debía de haber estado curtida, pero al principio, cuando me casé, también me resentí. Me acuerdo que al principio un día pensé: “¿Y si se incendia la estación de servicio? Un incendio grande, digamos. Necesariamente tendremos que ir a vivir a otro lado”. Pero yo ya era grande y una entra en razones, sabe que son malos pensamientos, los sabe apartar. Nunca le dije eso a mi marido: él tiene otro ánimo, es más parejo, siempre está conforme y eso que no tiene vicios. Pero últimamente, después de tantos años de estar ahí, me volvió un poco de esa tristeza de cuando me casé, y en invierno a la noche miro afuera; no hay un alma y me da un no sé qué. Por eso cuando llegó la carta donde nos decía que habíamos sido sorteados para ir a Embalse –yo y los chicos de la escuela– tardé un poco en mostrársela a mi marido, en parte porque estaba tan

confundida que no creía que fuera cierto. Él me reprochó después porqué no se lo dije enseguida. Y yo hice ver como que no me importaba mucho, no fuera que si hacía ver que me importaba mucho se arruinara el viaje. Aparte a mí me gusta la gente ubicada, sensata, tranquila: hasta por televisión se da cuenta una de cómo es la gente: miro a los actores y a los artistas y ya veo si son personas confiables, responsables o, hablando mal y pronto, si son un tiro al aire. En la carta decía que había que llevar ropa deportiva, pero yo pensé que debía llevar un vestido, y como hubo que preparar la ropa de los chicos de la escuela, me traje un vestido ni fu ni fa. Como usted ve, tengo la cara curtida por el viento; no, las manos están así de lavar. Cuando viene la noche y yo ya terminé de hacer todo, antes de ver televisión me pongo a lavar. Allá al atardecer es tan triste que yo a veces quisiera apurar al tiempo, que se haga de noche de una vez. Entonces digo: “Tengo que hacer algo útil”. Y me pongo a lavar o a ordenar. Al atardecer me vienen esos pensamientos tristes que ni me distrae la televisión. Bueno, cuando llegué acá a Embalse, nunca hubiera supuesto que en el mundo había una cosa así. Yo acá en Embalse viviría toda la vida: no volvería más. El primer día que llegué me encontré perdida en esta planicie llena de gente. No hablamos con nadie, pero supimos que había porteños, entrerrianos, salteños, chaqueños y de tantos otros lugares. Recorrimos todo el lugar para ver dónde se compraban los alfajores y las postales –no como el negocio de allá, acá son negocios y negocios todos juntos–, hileras de burros y caballos con sus cuidadores, llenas las hamacas y los subibajas y todos los grupos haciendo gimnasia.

Después hablé con los maestros chaqueños; ellos se acercaron a hablar y me dijeron que para ellos era una delicia estar ahí porque les servían de comer y aparte no tenían que ir a la escuela; ellos hacían tres horas a pie de ida y tres de vuelta; por el camino paraban y tomaban mate, y también hacían sus necesidades. “Tranquilos –me dijeron–, no como esos porteños”, y señalaron a la coordinadora del grupo de la Capital, “que van siempre apurados”. Yo ya me había fijado en esa coordinadora, que de lejos me pareció una jovencita y de cerca vi que podía tener mi edad; eso sí, con las manos de una criatura y el pelo largo. Ella se mueve como si nadie la fuera a mirar y como si no le importara nada de nada, anda en subibaja y no come toda la comida que le dan en el comedor, come de una bolsa propia. A ella yo le oí decir al pasar, como si fuera algo malo: “Esa gente que tiene el televisor todo el día prendido en la casa”, y yo pensé: yo lo tengo prendido todo el día, pero es

para compañía. Aunque a veces no lo apago porque pienso: “Ahora va a venir algo hermoso, no sea que lo pierda”. Y los chicos porteños que lleva ella, ellos inventaron un sistema para comunicarse de cuarto a cuarto; desde el primer día ellos fueron solos a comprar alfajores y ellos mismos hablaban con el cuidador para andar a caballo y le pagaban. Yo les decía a los chicos míos: “No se alejen”. Ni falta que hacía, porque al principio no hicieron más que mirar, como yo. También, con todo lo que hay, esos concursos de juegos; no sé si usted estuvo en la guitarreada al aire libre que hicieron los maestros de Mendoza; yo estaba tan contenta y por otro lado me agarraba una tristeza al pensar “¿cómo fue que yo no sabía que había una cosa así?”. Me agarró tristeza por los años perdidos. Bueno, hace tres noches, usted no se debe haber enterado porque no la vi, había una guitarreada en el café, con vino y empanadas. Dejé a los chicos al cuidado de Aníbal, el mayor, y me fui con los otros maestros al café. Fueron también las instructoras de los chicos de la villa, que no sé cómo los aguantan, pobres: ellas pasaron agachadas a la altura del dormitorio de los chicos y uno las reconoció: enseguida todos gritaron desde la ventana del dormitorio: “Putas, putas”. Y pensar que esas chicas los instruyen por idealismo. Yo me fui con el vestido y después me sentí un poco desubicada: todos fueron de jogging y zapatillas. ¡Cuánta juventud! Toda con guitarra y con canciones nuevas y viejas, tanto ponían un bolero como esas canciones de a desalambrar, a desalambrar. Yo me puse a conversar con un profesor de gimnasia, más joven que yo. Yo no sé hasta el día de hoy cómo fue que me acosté con él. Nunca en veinte años de casada le fui infiel a mi marido, nunca conocí a otro hombre. Y yo quiero que me comprenda bien: yo no soy ninguna descocada ni tampoco una mujer desubicada; le tengo gran estima a mi marido y por suerte nunca se va a enterar de lo que pasó: pero yo con el profesor de gimnasia conocí otra cosa, como si se me hubiera abierto la cabeza, como si hubiera entrado en otra dimensión. Estaba él con su jogging azul -ni siquiera le podría decir si él era lindo o no; recuerdo que me dijo que era una mujer interesante, cosa que no creí- y por lo poco que sé de la vida, siempre me di cuenta de que era una aventura y nada más. Entiéndame: no me enamoré ni cabe enamorarse a mi edad, y además, mirándolo fríamente a mi profesor de gimnasia, hasta podría ser que tuviera pinta de haragán. Jamás me casaría con un hombre así. Después él me buscó y yo no quise saber nada de él: ya tenía suficiente para pensar. ¿Sabe en lo que yo pienso? En cómo vuelvo yo a mi pueblo. Estoy

acá, hablo con los maestros salteños, que me cuentan su pobre vida de allá, más pobre que la mía; escucho el altavoz y pienso que si en este lugar hay un mundo cuánto más habrá más allá, en todos lados, y ahora que estamos por volver, no hago más que preguntarme: ¿cómo vuelvo yo a mi pueblo?

## Sombras nada más

Es curioso lo que me sucede con las personas: al momento de conocerlas, tengo una idea global de quiénes son; con el trato y el paso del tiempo, esa idea se va fragmentando y ya no sé nada más de cómo es el otro, me abandono a las diferentes perspectivas; por un lado le pongo puntos, por otro le saco. Todo es mirado por un lado y por otro; ya no encuentro más el cauce. Así me pasó con Miguel, al que conocí en una fiesta. En esa fiesta estábamos juntos pero separados, los dos bailamos con todos los concurrentes y yo, de vez en cuando, me preguntaba de manera vaga ¿cómo sé que estamos juntos? Después me olvidaba y me venía una certeza. A cierta altura de la fiesta él dijo:

—¿Vamos?

Y nos fuimos.

A él esa noche le agarraron calambres en las piernas y no hacía más que gritar intermitentemente cuando le venían: cuando no, podía hablar de cosas interesantes; en medio del relato, volvían los calambres. Yo a eso no lo entendí ni le busqué explicación; me comporté muy bien, como una huésped que acompaña con cierta distancia, yo daba unos vagos consejos que eran rechazados por contraproducentes. Al día siguiente le fui a llevar comida y supe que había otras cosas contraproducentes: acelga no comía porque se le hinchaba la panza como si estuviera embarazado; el médico le había dado un régimen de pizza, sardinas y vino, ésa era la mejor combinación para su organismo. Me llamó la atención ese régimen pero lo puse a cuenta de la variedad de dietas posibles y de los derechos individuales. Por la forma en que miró un oso en una juguetería, adiviné que le gustaban los objetos chiquitos, fueran plantas o juguetes. Después me contó que estuvo en Ámsterdam, que venía a ser como una ciudad de juguete donde el chofer del pequeño tranvía va anunciando cada calle, todas con nombre terminado en *dam*, Budesdam, Kudasdam, Osterdam: él cantó los *dam* como los choferes de Holanda tan bien que yo hice de cuenta que estaba allá.

Le gustaba Irlanda por los ponys y por los carros bajos.

Yo tuve también intuición de los colores que le gustarían y de cómo sería la

veta que yo podría desarrollar en función de esos colores y texturas: rosa suave, azul, lana que no pique ni raspe. Había tenido muchas veces ropa así con la que me sentía adaptada a la vida, a la temperatura, cómoda para mí misma y para los demás... pero a veces yo quería vestirme de negro desafiante: pensaba que daba intensidad a los rasgos de la cara. Mi primer gran colisión con él se produjo cuando yo estaba vestida de negro; fue por motivos políticos, yo me manifesté peronista y él radical. Cuando más radical se mostraba él, más peronista yo. Él atribuía al peronismo un poder de aniquilación, una fuerza oscura y terrible. Aunque no me pareciera relevante esa discusión (los argumentos de ambos no eran ni buenos ni nuevos) seguimos discutiendo en la calle. Lloviznaba y cada uno era guardián de sus ideas y a su vez, las ideas eran guardianas de los pobres cuerpos, medio mojados. Por un momento sentí el placer de ser frágil, pero enseguida lo olvidé. Me separé de él amistosamente, pero como si fuéramos dos potencias de signo distinto. Yo pensé que en esa relación había algo que andaba y algo que no andaba. Por la parte que no andaba yo estaba dispuesta a terminarla esa noche, pero después de todo, las diferencias políticas pueden limarse y a santo de qué me mostré tan apasionada si en el fondo... yo... no creía demasiado en nada. Pero él sí, él sí. El día en que triunfó su partido, se compró una banderita para festejar. Él no festejaba en una manifestación o con grupos: lo hacía solo, en su casa, era una manifestación solitaria. Festejaba ante mí como si yo fuera multitudes, tenía una alegría tan grande que era imposible desalentarlo. También fue imposible desalentarlo cuando se puso a tocar la armónica y no sabía. Se había comprado una, con ella emitía sonidos extraños con tanta convicción, estaba tan compenetrado de lo que hacía que no me atrevía a decirle lo que a mí me parecía: eso no era música.

Yo ya lo veía bajo varios puntos de vista, me ponía contenta con su alegría, pero que no festejara a costa mía; tampoco yo hubiera tocado la armónica sin saber, pero bueno, la democracia es la democracia.

Pero todos éstos eran pensamientos solitarios míos; por ese entonces, íbamos tomados de la mano con tanta comodidad como si tuviésemos cuatro o cinco años.

La segunda gran pelea no vino por motivos políticos o por debates culturales: vino por una lata de sardinas (el médico se las había recomendado como parte de la dieta). Nunca supe usar bien los abrelatas: me resbalan sobre

la superficie de la lata, saltan y se burlan de mí. Yo las abría martillando un cuchillo con otro. Cuando él oyó los ruidos y vino a ver esa apertura gritó como si yo fuera asesina de sardinas –algo de eso dijo. Dijo que quedarían todas rotas y acuchilladas, que perderían su noble consistencia y su metálico aspecto, él jamás iba a comer sardinas después de ver ese procedimiento. Yo nunca lo había visto al asunto bajo ese punto de vista, de modo que a solas seguí abriendo latas como siempre, pero con cierta perplejidad. Me decía: “¿Estaré haciendo algo malo y yo no soy consciente por mi torpeza o por alguna deficiencia irreductible e incurable?”. Y en ese momento pensaba: “¿Serían las sardinas la causa de una ruptura definitiva?”. Me di cuenta de que no: al día siguiente vino lo más contento; habló de los ríos de la provincia de Buenos Aires, de las inundaciones y de las distintas etnias que viven en el país. Miguel decía que los italianos eran durísimos a la hora de pagar, pero acompañaban en las situaciones afectivas, por ejemplo cuando a uno se le muere un ser querido; los judíos vivían fascinados por Nueva York, pero eran muy correctos en sus pagos. Los paraguayos, de lo peor; pero cuando uno salía bueno, era excelente. Yo pensaba: “Ahora, ahora le voy a decir por qué te enojaste tanto ayer”, pero la conversación seguía su curso y no había lugar para decir eso, él ya estaba examinando a todos los gremios: el peor de todos era el de los plomeros. Esas consideraciones sociológicas, por un lado, me daban sentido de pertenencia a un lugar, a un país; por otro, era poco lo que yo podía aportar: a lo sumo alguna anécdota con un plomero, lo que no hacía más que confirmar la regla. Cuando Miguel recordaba un episodio histórico o político importante, su tono era el de un maestro de buena ley que habla pausadamente como para que el hecho se grabe en el discípulo (que era yo).

Cuando me contaba cómo era él víctima de las circunstancias, sus palabras se atropellaban y yo más bien intuía lo que quería decir: aparecían montones de seres desalmados, sórdidos y cueveros que explotaban su vida. Como una de mis pasiones es la ecuanimidad, traté de comprender a todos esos seres que él mencionaba. Lo hice una vez y nunca más: era un punto sensible.

A veces pedía disculpas: lo hacía muy ligero y en voz baja como para borrar la disculpa. Tampoco escribía cartas ni notas; él no dejaba huellas ni estaba atento al efecto que producía con sus alocuciones. Cuando estaba hosco me recordaba a esos personajes de *Cumbres borrascosas*, propietarios rurales que largaban los perros a la visita. La visita quedaba inmovilizada; no podía creer lo que veía: esperaba para salir o quedarse que alguien encierre a

los perros, pero nunca se sabía cuándo llegaría la tranquilidad. Su costado magisteril era muy simpático y ocurrente: imitaba a los brasileños exagerando con arte esas cadencias sentenciosas, los argumentos remataban en un disparate hilarante. Yo ya me sentía objetada por lo de las sardinas y además por un impermeable amarillo que me hacía demasiado ancha. A él le pareció tan espantoso como si yo fuera otra, una extraña aparición. Entonces cada vez que lo esperaba en un café, me ponía en situación de examinada; me sentaba un rato antes, como para habituarme al lugar, me revisaba el pelo y la cara en el baño para prepararlos bien y me ponía a leer un libro para que él creyera que yo estaba lo más naturalmente sentada y además, por si se producía alguna colisión, yo estaba haciendo lo que había hecho siempre: leer libros en un café.

Yo tenía la tentación de mostrarme aunque fuera una sola vez, de manera insólita, revelando mis aspectos más feos, por ejemplo peinada a contrapelo y vestida con total disonancia de colores pero temía la colisión. Sin quererlo me salía lo que yo pretendía, pero de otro modo: me ponía fea sin que yo lo intentara, pero no como una extraña aparición: humildemente fea. Nunca hice nada insólito pero una tarde de calor yo lo recibí con una remera vieja y en bombachas. Le dije:

—Perdón por recibirte así, hace mucho calor.

Él dijo:

—Uno en su casa está como quiere.

Entonces él podía ser ecuánime y libre. En otra oportunidad le pedí consejo, con largas y complicadas consideraciones, sobre cómo dar unas cosas y a quién. Él dijo:

—Oh, uno da lo que quiere a quien quiere.

Y me pareció que él gozaba de una misteriosa libertad; no iba a indagar en eso. Pero, ahora que lo conocía más ¿cómo una persona puede tasar los hechos con tan noble frialdad, producto sin duda de un decantado aprendizaje y al mismo tiempo ahogarse en un vaso de agua, atormentándose y atormentándome una hora por una lata de sardinas? ¿Cómo podía ser un maestro generoso y feliz, evocando los más variados conocimientos y al mismo tiempo ese hombre torvo, con esa angustia mal parida que le endurecía la cara y que lo podía? Cuanto más lo trataba, más perdía la pista de quién era él, como si se hubiera fragmentado en mil pedazos. Solamente tenía un conocimiento al modo de los animales de lo que debía hacer para no

entrar en complicaciones. Una vez intenté caminar como él para ver cómo era; era un paso sin prisa y sin pausa, aparentemente laxo pero muy encadenado. Era una disposición muy parecida a la que mostraba cuando hacía cuentas. Sí, en las cuentas nos llevábamos bien, a mí me venía una veta burguesa, yo tenía definiciones seguras que a él no le disgustaban. Esa veta burguesa ya había despuntado con un novio anterior mío, que decía: “Hay que tener firmeza de carácter y sentido común, el que resiste, gana”. Cuando me reencontré con él, después de una separación yo iba decidida a exponer mis nuevas ideas sobre posibles negocios; pero él ese día tenía muchas ganas de enseñarme el alfabeto ruso. Yo estaba irritada con esas ideas de logros efectivos que traía. ¿Para qué servía aprender un día el ruso si no lo íbamos a estudiar nunca más? Yo accedí porque él estaba tan entusiasmado como si en su vida anterior hubiese sido ruso. Yo accedí como si un bebedor empedernido le hiciera tomar una copa a un abstemio y éste bebiera con total prescindencia, haciendo algo que no tiene ningún peso en su vida. Y así entramos de nuevo a comer pizza, sardinas y a tomar vino, yo me acostumbré a que él viniera temporadas enteras todas las noches, después desaparecía, cuando volvía, lo hacía como si siempre hubiera estado presente.

Yo perdí una gran oportunidad de expresarme cuando un Año Nuevo preguntó:

—¿Sos feliz?

Yo dudé: la felicidad es algo muy genérico y difuso; nadie puede saber a ciencia cierta si es feliz; además lo de la felicidad es una idea antigua. Quise decir algunas cosas que no me gustaban, más que todo porque recordé que un novio anterior me dijo un día: “¿Vos no ponés ninguna condición a un hombre?” y yo le había dicho que no. En realidad lo que pasaba era que siempre, hasta con los perros, yo había visto cómo se violaban las normas establecidas; el dueño le dice al perro “se queda quietito acá” y a los dos minutos el perro está saltando lo más pancho. No es difícil imponer condiciones: lo difícil es que se cumplan. Pensando en todo esto, le dije:

—Sí.

Y perdí una segunda oportunidad cuando después de no poner condiciones, me acostumbré a contarle chismes irrelevantes, de esos que hacen más liviana la vida, que producen una suspensión del tiempo porque uno queda exactamente igual después de haberlos contado. Un día en que yo decía cualquier cosa, él hizo lo siguiente: se tapó un ojo y me miró con el otro. Era

un ojo que quería saber más, era poderoso. Me impresionó tanto que no le pregunté por qué hacía eso; yo quería que pasara pronto ese examen o lo que fuera y hacer de cuenta que no me había mirado con un solo ojo.

Igual seguíamos tomados de la mano pero de forma distinta: en las alternancias de pelea y reconciliación, cuando llegaba el encuentro él se mostraba demasiado apasionado, ponía un énfasis que me desconcertaba; yo pensaba: esto tan fuerte no puede durar para siempre: prefiero poco, pero estable. Y después de tanto hablar de los plomeros, de los boyardos, de las clases sociales, de las conveniencias y las inconveniencias, él empezó a tener algún interés en saber algo sobre mí. Preguntaba con tono prescindente, como quien no quiere la cosa, mientras destapaba una lata o una botella (él abría siempre las latas) preguntaba:

—¿Y cómo fuiste a parar a...

Y yo contestaba rápido una cosa cualquiera, porque ya se habían armado los carriles de una conversación, de los que era difícil salir. Además yo no quería contestar ahora; antes debió preguntar. Y yo pensaba también que esas preguntas íntimas deben ser hechas en un tono especial y él preguntaba como si tuviera una socia o una compañera incidental de ruta que cualquier azar puso en su camino. Yo encontraba placer en encerrarme en un rencor animal, cuando lo esperaba en un café —y a veces no venía— yo me decía: “Mejor así”. O si él anunciaba que se iría temprano, yo pensaba “Mejor”. Yo estaba curtida como una huérfana de asilo y aunque él no lo notara, yo estaba más torva que él, cuando se mostraba hosco e inaguantable. Yo era como una huérfana de asilo a la que inculcaran normas muy fijas, por ejemplo, que con la visita hay que ser amable, pero entonces la visita podía ser cualquiera. Eso sí, no podía prescindir totalmente de la visita, porque me quedaría sola en el mundo.

Después nos veíamos menos y evitábamos entrar en cualquier colisión. Como no se producían estallidos, estábamos agradecidos como el que se pone contento con tal que haya sol, nomás. Entramos a caminar mucho, cuando caminábamos, no había pelea. Una noche de enero íbamos por una zona de casas con jazmines, yo le pregunté, tímidamente:

—¿Qué tango te gusta más?

Y él cantó:

*“Íbamos tomados de la mano*

*bajo un cielo de verano”.*

Sí, era muy hermoso. Pero yo tuve una premonición, estábamos bajo cielo de verano y quise decirle: “No me dejes”. Pero él ya me estaba señalando una casa rosada y me daba explicaciones; perdí la oportunidad de decirlo. Cuando pasa el momento de decirlo, yo ya no puedo; si yo no lo decía, en el momento debí pedirle que parásemos la marcha y entonces ese pedido hubiese sido melodramático: todas esas casas viejas que nos rodeaban me mirarían asombradas.

Hace poco soñé con Miguel. Yo con mi sombra tapaba la suya; la de él era una sombra civilizada, discreta y correcta; la mía se iba haciendo cada vez más grande mientras la miraba; él tenía razón, pero yo no quise dar el brazo a torcer. Le dije:

—No tengo la culpa de tener esa sombra.

Por un momento lo vi mortificado y dolorido, quise amigarme. Él dijo algo complicado, como si hablara de un protocolo jurídico, levantando un dedo:

—¿Hacemos el deslinde definitivo?

Yo envalentonada, dije:

—Sí, a ver, lo hacemos.

Sabía que esa cualquier cosa definitiva me iba a costar cara. Después el sueño se borró.

## Mi gato

Cuando toma yoghurt se lame con él todo el cuerpo y parece decirme: “Por fin me refresco”. Cuando le doy pescado, me agradece pasándome su cola por mis piernas y cuando la carne no le gusta, la rechaza con una patadita que quiere decir “Está incomible”. Tampoco toma agua vieja o con olor a hormiga accidentada dentro del líquido: él mismo le pone el sello de invalidación al agua tirándole un trocito de alimento para gato a ese plato. Lame de una galletita el queso crema y yo sé si quiere mucho o poco. Si quiere mucho, lame la galletita cuidadosamente hasta el final, en pequeñas parcelas exhaustivas. Dirá: “Aprovechemos ésta, que quién sabe si hay más”. Algunas veces se acerca a la comida, o a visitar a la señora de al lado, no de manera mecánica o habitual, sino como si se acordara de que olvidó algo. Eso se nota porque cambia el ritmo de la marcha: va corriendo y con decisión hacia sus objetivos. Si lo miro fijo, desvía la mirada en el mejor estilo humano de hacerse el oso, también se hace el oso porque se asusta cuando me bordeo los ojos con las manos ahuecadas. De la pelota también se asusta porque los piques tienen un destino incierto; debe pensar que la pelota está loca. Le gusta jugar con aritos de plástico; se los tiro y los busca, cuando los agarra los afirma con la pata como diciendo: “Acá está”. Prefiere unos aros a otros y es sensible al interés que ponga yo en ese juego: cuando el juego ha sido bueno y satisfactorio, me devuelve el aro cerca de los pies, reforzando el aquí con la pata. De esos aros el que más le gusta es una especie de triángulo y yo tengo una teoría: percibe mejor lo angular; de chico exploraba mucho las juntas de las paredes, en la zona del ángulo.

Si lo beso y lo acaricio cuando no tiene ganas, se sacude como los chicos que se limpian los besos, pero cuando le doy un beso muy sentido, no tiene más remedio que aceptarlo y no se resiste. Tiene absoluto control sobre el efecto de sus uñas y dosifica sus arañazos: si está un poco molesto, las saca apenas, si la molestia va in crescendo, no las saca todavía de plano: lanza una advertencia: produce con ellas una sensación un poco molesta, parecida a la del pinchazo de la inyección que ponen para la anestesia general: un calor entre picante y pinchante, como el pincho de una tela caliente y rugosa. Es

peligroso acercarle la cabeza y dejar que roce el pelo porque tiende a investigar la consistencia del cuero cabelludo, debe creer que ahí hay un nido de tarántulas.

Cuando está muy generoso y a gusto –para él es lo mismo– me permite jugar con la punta de la cola: me da golpecitos a intervalos regulares sobre la palma de la mano. Salvo que odia el viento, detesta la lluvia y se aterroriza ante el granizo, en relación a lo que se le puede o no hacer, no hay reglas fijas: se le puede tocar la cola y los bigotes en ciertas circunstancias. No se lo puede acariciar mientras graniza, porque como es un animal, su terror es sagrado. Tal vez toda la inteligencia humana no haya sido más que vencer el terror, todas las fórmulas de cortesía, qué tal, cómo le va, sólo sean fórmulas para aventar el terror que nos produce otro ser humano. Pero a diferencia de nosotros, que cuando aprendemos algo nuevo nos sentimos llenos de estímulos y vitalidad, si él aprende un juego nuevo más difícil, no lo repite: una vez aprendió un juego difícil y huyó aterrorizado. Huele y se regodea con el cuero y la lana de la camiseta que, como diría Platón, participan de la animalidad, y rechaza los simulacros de gato y perro de porcelana. Cuando se rasca las uñas en la madera y en la paja no es sólo por necesidad, es también un ritual. Lo hace siempre que tarde mucho en volver y ahí querría decir “gracias a Dios”. También se rasca las uñas cuando paso de una actitud sedentaria a otra más movida: ahí indica el pasaje de un tiempo a otro. Cortarle las uñas significa impedirle imaginar los tiempos. Sabe entonces lo que es “aquí”. Cuando afirma con la pata los objetos y sabe también “nosotros”. Cuando se va la visita también se rasca las uñas en alguna parte como diciendo “por fin solos”, o “por fin un poco de tranquilidad”.

Yo invito a unos amigos que tienen nenas. Las nenas juegan en el cerramiento de atrás. Mientras nosotros hablamos del Mercosur, de que se compraron una computadora o de que es inadmisibile que alguien haga esto o aquello, el gato se va a ver lo que hacen las nenas: ellas cambian todo el lugar en dos minutos: llenan la mesa de fichitas que caen, cambian de lugar las macetas para el juego de visitas y siempre establecen un nuevo orden con los objetos. Yo voy al cerramiento llena de satisfacción para investigar el nuevo orden y el gato está exclusivamente cerca de ellas, lleno de fascinación y terror, no pudiendo creer toda la osadía que ve, como les pasaba a los espectadores de la tragedia griega, ante la transgresión del héroe.

Sabe que espero visita porque acomodo las sillas, pongo el mantel y las

copas, doy vueltas, miro la hora, y cuando la mesa está puesta se sienta arriba del mantel a esperar. A él no le importa si suena el teléfono, pero si oye el portero eléctrico, se baja del mantel hasta la puerta para ver quién viene y saca la cabeza como una vecina chusma. Sabe también cuándo termina la visita antes que yo: cuando se produce un silencio en la conversación, en ese estarse despidiendo, en ese me quedo un ratito más o me voy, él ya está despierto y sentado cerca de la puerta como despidiendo.

Cuando vienen unas amigas para tomar sol, mientras hablamos de la gente conocida: que si él, que si ella, que si es maduro, que está verde, que si no era, que se habrán separado, él da vueltas al sol junto a nosotras: toma sol y da vueltas para arriba y para abajo, como un pollo que se está rotizando.

Mira a algunas personas con cara de pronóstico reservado: seguía muchísimo con la mirada a una chica de la limpieza que era casi profesora de Historia y ex monja. A ella se le caían todas las cosas a cada rato, se apartaba y cantaba bajito pero con una voz muy rara, estaba como ajena y aparte. El gato la seguía de habitación en habitación observando todo lo que hacía, con las patas y la cabeza bien afirmadas al suelo y con el culo levantado. Quizá esperara algún hecho fascinante y novedoso de ella o no lo dejaba tranquilo el modo de ella de moverse por la casa. De repente, después del canto de la chica –inquietante, en verdad– sentí un grito desgarrador y creí que ella estaba por morir o algo así –a esa chica le podía pasar cualquier cosa– y gritó porque sin que ella se diera cuenta, el gato se le había subido al hombro, como si fuera una lechuza. Porque él tiene relaciones distintas con las personas: cuando viene Clara para hacer planillas, las despliega a todas en el suelo para ver simultáneamente distintos datos. Él no se asusta por dos cosas: Clara ostenta un dominio eficiente del espacio y coloca las planillas en un movimiento rasante sobre el suelo, no hace un revoleo al azar. Él se pone a prudente distancia para observar sus seguros movimientos y parece otro gato, un señorito tímido y educado; eso sí, sin que ella se dé cuenta, le huele con prudencia los zapatos. Cuando el gato era chico, vino un ex novio con el que estábamos hablando amigablemente sobre la situación política, se le acercó rápida y decididamente, como enfrentándolo y advirtiéndole, sin agresión, aunque se puso de frente a él, cara a cara. En esa advertencia le quería decir: “El novio de ella ahora soy yo”. Mi ex novio se rio del gesto y yo también: nadie hizo ningún comentario porque se entendió todo.

El hombre debe ser para él un animal más grande que lo alimenta, lo

acompaña y lo abandona. Por eso se pasa la vida estudiando mis hábitos: sabe por la bolsa si voy lejos, si voy cerca y yo sé por él cuándo estoy desasosegada e insegura: doy vueltas por la casa, no encuentro lo que busco, no sé si salir o quedarme. Cuando doy muchas vueltas y él me ha seguido, finalmente me da una patadita que quiere decir: terminá con tanta vuelta que me ponés nervioso. Y a la noche, cuando me siento con un vaso de algo frente al televisor, él puede salir tranquilo al balcón, desde donde vuelve de tanto en tanto para controlar si todavía estoy ahí. Si en el ínterin entra una persona que escapó a su control –cosa rara– mira con cara de decir “¿cómo sucede esto nuevo sin mi presencia?”.

Se pregunta por los arcanos, mejor dicho los investiga, adentro del armario, la valija de los plomeros, la rejilla por donde corre el agua y mi valija de viaje. Mi valija de viaje es arcano y fatum. ¿Qué hay más allá, qué hay más arriba, qué hay más abajo? Destapa la rejilla de la canaleta y mete la pata adentro. El ascensor es el arcano mayor y es el infierno. El movimiento y el golpe de las puertas producido por un gran viento previo a las lluvias es para él el anuncio del fin del mundo. El fin del mundo es el granizo y él no espera la salvación inventando un mundo nuevo, pobre, la espera escondido abajo de la cama.

Tiene un maullido distinto para cada cosa, pero uno totalmente diferente para el extrañamiento metafísico: es largo, quebrado y mientras mira a su alrededor con cara de desconocimiento y asombro, como si fuera la primera vez que observa todo: es una cara y una actitud que me recuerda a los ejercicios de extrañamiento que recomendaba Stanislavski a los actores para que vieran a su alrededor con una mirada nueva.

Cuando el tiempo está bueno, la comida rica y yo estoy tranquila, contadas veces me hace una caricia muy especial y rara: pasa muy suavemente su lengua por la palma de mi mano, una caricia que nada tiene que ver con los lengüetazos apurados habituales. Yo interpreto que esa caricia quiere decir “gracias por existir” (abarca su existencia y la mía) y es similar al agradecimiento que hacen los conductores de programas televisivos a sus entrevistados famosos –pero también quiere decir “esta casa es un cosmos”. La intuición de la unidad del cosmos que Schopenhauer atribuye al santo y al genio, quienes han vencido las estrategias de la razón, él la tiene sin ninguna necesidad de ascetismo ni de vencerse a sí mismo. La única diferencia está en que si se le presentara un pajarito, abandonaría su intuición

c3smica y ese estado de beatitud para hacerlo pelota desplum3ndolo en dos minutos.

## El padre Calderón y sus ayudantes

El primer cura que conocí fue el padre Calderón, párroco de la iglesia. Él al principio no necesitaba ayudantes: repartía estampitas a los chicos, todos los domingos decía un sermón que nadie entendía. Ni hablemos de los conceptos: modulaba las letras como si fuesen parecidas y las palabras ídem; no pronunciaba bien la “r” y todo el sermón era como un zumbido de abejas que la gente escuchaba respetuosamente. No se puede decir que monologara en sus sermones; era como si hablara ante nadie por alguna obligación, pero no se lo veía molesto. Cuando confesaba, la penitencia era “Té padrenuestro y té avemaría a la virgen” cualquiera fuese la falta; nunca indagaba en relación a la falta y se atenía a lo que le contaban. Ponía su colchón a ventilar en el atrio de la iglesia y tomaba la leche mojando el pan adentro, con la cabeza muy cerca del plato, con la puerta abierta para todo el que circulara por la casa parroquial. Los jóvenes se podían permitir un grito burlón —“¡Padre Calderón!”— pero él seguía en lo que estaba: no lo afectaban las burlas. Tal vez la gente dijera que el padre Calderón era un santo porque daba la impresión de que si sobreviniera una guerra o una inundación, todos se podrían refugiar en la parroquia, porque a él le daba igual uno que mil. Si hubiera tenido a 21.000 personas refugiadas por alguna hecatombe, chiquito como era, el padre Calderón las hubiera sorteado para ir a decir la misa o tomar la leche.

Para las fechas patrias se ponía un palco de honor en la plaza donde estaban las autoridades; la banda tocaba frente al palco y los colegios desfilaban. Antes de tocar el himno, decían:

—Falta el padre Calderón.

Lo esperaban pacientemente como quien espera un colectivo o una lancha. Ya estaban las autoridades, las damas, la banda y él, petiso y gordo, se iba caminando desde la parroquia, sita junto a la plaza, con el mismo paso de pato con que se encaminaba a su banco de plaza habitual para repartir estampitas. Y uno veía cómo por el camino se iba poniendo a tientas su birrete negro para la ceremonia, no de una vez; hacía varias tentativas hasta que quedaba fijo. Lo llevaba como llevan los gorros los bebés o los caballos.

Pero empezaron a decir que necesitaba un ayudante, que él solo no podía. Sobre todo para las ceremonias concelebradas, cuando venía el obispo y el padre Calderón debía ponerse la casulla en público. Por más que el monaguillo lo ayudara, él no le embocaba a la manga. De no ser por la nerviosa mirada de ese obispo que parecía tan fervoroso, tan correcto en sus rituales, la gente hubiera preferido no buscar ayudante. Pero además últimamente, cuando repartía estampitas al atardecer, se arremolinaban muchos chicos y se armaba una confusión: se sacaban entre sí las estampas y él castigaba siempre al que no había sido, con una palmadita tan poco agresiva como la del bautismo. Entonces empezaron a decir:

—Ya no puede con todo, pobrecito. No da abasto.

Además permitía que los chicos revisaran el reloj de la iglesia y se la pasaban descomponiéndolo.

El obispo mandó como ayudante al padre Werner. Sólo los ignorantes le decían ayudante; su título era padre coadjutor. Ese título era tan notable como su persona. Él era alemán y contó que había escapado de la Alemania nazi uniéndose a una maratón, en ropa interior, pero en los zapatos llevaba escondido un trozo de oro para obsequiar a Eva Perón, que ella aceptó. Ese padre se había acostumbrado a una dieta de bananas y chocolate, desde la guerra. Si lo invitaban a una casa aceptaba una copa de licor y en él mojaba su budín, pero de manera distinta a la del padre Calderón: comía como cumpliendo una obligación inevitable. Él era químico y decía que en el futuro nos alimentaríamos con píldoras. Lo debía desear, así cargaría menos el canasto de su bicicleta cuando se iba por todo el día y no volvía hasta la tarde: se iba a hacer experimentos junto al río. Él pensaba que en el futuro muchas actividades inútiles se abreviarían: por eso, en vez de vestirse para dar misa en la habitación previa a la del altar, abrió un boquete por el otro lado (donde dormía el sacristán) que era más directo y emergía hacia el altar agachado para ahorrar tiempo. A pesar de ser extranjero se le entendía más que al padre Calderón en cuanto a la emisión de la voz. Recuerdo que decía: “La comunión es como una torta, grande, grande, con mucha levadura”. No entendía mucho el significado porque atendía al modo de hablar: acentuaba las “r”. Yo pensaba que si de tortas se trataba, la comunión vendría a ser como una torta chica; pero a lo mejor, para una persona que decía ggrande, ggrande como él (el primero asombrado y el segundo cerrado) lo grande y lo pequeño eran otra cosa distinta de lo que yo creía. Decía también: “Y los

chicos les tiran de las trenzas y del moño a las chicas” (este sermón vendría a ser sobre el mal y sus consecuencias), pero yo no entendía a dónde iba a parar, porque todo era descriptivo. Él no aconsejaba a nadie ni parecía dispuesto a parar el mal. Tampoco indagaba en las culpas de la gente, pero fue objetado. No por sus sermones, porque esas descripciones del mal no afectaban a nadie, sino por sus hábitos y omisiones:

- 1) Se alimentaba con bananas y chocolate.
- 2) Andaba todo el día arriba de la bicicleta.
- 3) Tenía una valija (la que llevaba al río) llena de brújulas, cajas metálicas y aparatos desconocidos, que a veces conectaba a su cuerpo.
- 4) No acompañaba al padre Calderón en su desayuno (el padre Werner picaba algo de parado).

Le permitió al padre Calderón que saliera de cualquier manera a la calle y así llegó a salir ese pobre anciano con una sotana corta que mostraba los calzoncillos largos.

Pero lo que colmó la paciencia de la gente fue que permitió o no vio que había asistentes a misa en short. Se quejaron ante el obispo y él lo mandó a la parroquia de Bella Vista donde una gran cantidad de gente iba a misa en short. Pero como sus experimentos estaban muy avanzados, desaparecía días y días para comprarse aparatos en la capital. Hasta la liberal comunidad de Bella Vista se quejó de las ausencias del padre Werner y entonces lo mandaron a dirigir una casa de curas ancianos e impedidos. El padre Werner compró una enorme horma de queso, bolsas de pan y una lata de dulce grande, grande, y se las dejó para que ellos se administraran.

Bueno, al padre Calderón se le envió otro ayudante. Su nombre ahora era cura teniente (el párroco seguía siendo el P. Calderón). No se podía medir el grado de envejecimiento del padre Calderón, porque salvo el episodio de los calzoncillos largos y la sotana corta, todo siguió igual: no se entendía nada de lo que decía en los sermones, pero tampoco nunca se había entendido; a lo sumo, los más observadores podían ver que se le había vuelto permanente una semisonrisa, que antes tenía a veces. Pero esto era hasta benéfico, escuchar ese murmullo de abejas con esa sonrisa, hacía bien al espíritu.

Al curita nuevo se le entendía todo y parecía dispuesto a hacer grandes cosas: quería salvar las almas, orientar a los jóvenes, poner una mesa de ping-pong y ocuparse de la moralidad. Por si esto fuera poco, cuidaba del padre Calderón: le cerraba la puerta para que no lo viera todo el mundo mojando el

pan en la leche (al padre Calderón le daba igual la puerta abierta o cerrada) y cuando se iba a repartir estampitas a la plaza y se quedaba mucho tiempo, le decía:

—Entre, que se va a enfriar.

Este padre Víctor, que así se llamaba, se sentía desconcertado ante esa comunidad. Parecía una comunidad no trabajada, no tenían verdadera conciencia de lo que significa ser cristiano; él estaba agobiado por todo lo que debía hacer y pensar para llevar luz a esas almas y entonces oraba solo, apoyando la cabeza en sus manos. La gente pensaba: qué concentrado está, pobre, tan joven, tan lindo. Él vivía atormentado: entre que tenía malos pensamientos y entonces se sentía una bazofia y entre muchas dudas –aparte de las dudas de fe– se preguntaba “¿Quién tendrá la culpa de que todo esto marche así? ¿Ellos o yo?”. (Ellos eran los feligreses). El padre Calderón lo miraba ir y volver, ir y volver de la cancha de ping-pong a las visitas domiciliarias; lo miraba con su semisonrisa perenne, como si esperara algún espectáculo divertido, por ejemplo que el padre Víctor caminara por las paredes.

El padre Víctor veía mucha inmoralidad en la gente; no culpable porque tal vez no fueran conscientes, pero había que combatirla. Empezó a insistir para que las jóvenes de la parroquia no usaran vestidos sin manga, para que llevaran medias largas en verano y salida de baño. Ahí no hubo ningún problema, porque la lejanía de las playas era inversamente proporcional a la cercanía del padre Víctor. Pero sí tuvo problemas con las novias: él avisaba en sus sermones que no fueran a la ceremonia de casamiento con un gran escote, porque él tenía preparadas unas capitas. Él las hizo preparar de varios tamaños, para flacas y para gordas, de un algodón blanco tizado: tenían olor a sacristía, más que capitas, eran unas casacas con mangas. En cuanto puso dos o tres casacas sobre el vestido, con pelea previa (si no se las ponían no las casaba) algunas se fueron a casar al pueblo de Merlo, pero no era el caso. Se llevó tal disgusto con este asunto, que se enfermó del hígado; lo mandaron durante un mes a su casa para que se repusiera. Durante este mes aprovecharon muchas novias para casarse como es debido, en su parroquia y con el querido padre Calderón, con su lindo traje y todos decían que el P. Calderón era un hombre de alma grande, que no se fijaba en pequeñeces.

El padre Víctor volvió de su descanso más reflexivo, pero su cara tenía un tinte amarillo que nunca se le fue. Ahora él les decía:

—Miremos en nuestros corazones.

Pero ellos no querían; algunos no tenían tiempo, a otros les daba fastidio que les dijeran eso, otros trataban y trataban de mirar en sus corazones, pero no encontraban nada distinto. De modo que la gente se fue alejando. Algunos iban a la capilla de Paso del Rey, de los franciscanos que son monjes, no pastores de gente, entonces en sus sermones no reflexionan sobre esto y lo otro, cuentan siempre la historia de San Francisco. Otra gente empezó a decir que no se es religioso por el hecho de ir a la iglesia; ellos hablaban con Dios sin necesidad de iglesia; otros veían la misa por televisión, porque les dolían las piernas. De modo que al quedar más solo, el padre Víctor redobló el esfuerzo y la prédica con las chicas y muchachos parroquiales, los hábitos de siempre: pero eran tantas las recomendaciones y prevenciones “que a los tibios los vomitaba el Espíritu Santo”. La mitad de ellos no aguantó y se fueron. Entonces el obispo envió al padre Víctor a una parroquia donde la gente era muy espiritual y durante un largo tiempo el padre Calderón volvió a estar solo. El reloj de la iglesia estaba siempre descompuesto y como ya no quería salir afuera, autorizaba a los monaguillos, que tenían unos doce años, para que dirigieran las procesiones en la calle. Una vez uno de ellos llevó la procesión bajo la lluvia y se tuvieron que refugiar en el cine, pero nadie protestó.

## El mono Alberto y la antropóloga norteamericana

Linda Johnson parece similar a cualquier antropóloga norteamericana y su mono Alberto luce semejante a cualquier otro: pero Alberto ha logrado comprender una cantidad tan grande de palabras y frases que está por encima de las expectativas corrientes. Si le dicen “Poné la cebolla en el tuco” él va y la pone de taquito. Entre otras cosas, aprendió el significado de “bien”, “mal”, “por qué”, “duro”, “blando”, todos los colores, también “cansado” y “contento”. La madre de Linda era una mujer muy hermosa que la quería, pero no se podía saber bien en qué consistía ese afecto: era un poco distraída y quería a todo el mundo. Y no distinguía entre lo mío, lo tuyo y lo nuestro: abría los cajones de los armarios de los demás y no le importaba que le miraran los propios. Por eso Linda había tenido un gran sentido de lo propio, desde muy chica. Eran “sus cajones” aunque en ellos no acostumbrase a guardar mucho que digamos. Cuando su madre se separó y se casó de nuevo con su padrastro, pudo ver una veta nueva en ella –parecía alegre sin importarle si su matrimonio iba a durar o no. Linda empezó a jugar con sus bichos. Hacía carreras de gatas peludas y experimentos de bloqueo con las hormigas. Alrededor de los veinte años tuvo una etapa de disipación que su madre vio con buenos ojos, pensando que de tanto dar vueltas encontraría la horma de su zapato, pero Linda salió de ese caleidoscopio como si nada hubiera pasado: no tuvo culpa, ni reflexión, ni frustración, ni se planteó cuál de ellos le gustaba más ni si se casaría o no. Pocos años después, a la luz de unos estudios de antropología que había emprendido, esa forma de sexo le pareció responder a una necesidad más: respondía a una etapa de su vida y punto. Ella sabía perfectamente cuándo cerrar las etapas. Cerraba una etapa como se cierra una puerta. Tuvo después una pareja más estable con un antropólogo, con quien vivió en la Florida para estudiar al lagarto. Era una relación de intercambio intelectual y de tareas comunes: medir al lagarto, pesarlo, marcarlo, etc. El sexo, en ese ambiente cálido y verdoso, se daba de manera tan natural como el comer y el tomar agua. Pero él consiguió una beca para estudiar al lagarto africano y ella no: obtuvo un subsidio de la Universidad de Minnesota. Fue entonces cuando hizo el cambio más

importante en su vida: se iba a especializar en monos, no le importó perder todos los antecedentes ganados con los lagartos: cuando vio a los monos en el gran parque de reserva de animales, ella supo que quería trabajar con ellos. Esa noche no durmió, fue una noche de revelaciones, larga y corta a la vez. Cuando fue de visita a la casa de su madre le contó a qué se dedicaría y Linda la escuchó decir con entusiasmo a una de las tantas visitas:

—A ella ahora la han destacado para el estudio de los monos.

Y la visita dijo:

—¡Qué bien!

Cuando Linda miró la expresión de su madre al hablar de ese tema, descubrió un apocamiento en sus ojos, una pequeña reticencia que sólo podía percibir alguien que la hubiera observado mucho. No supo bien qué pensar. Se decía: “Mamá está envejeciendo”. O si no: “Tal vez esté frustrada”. Pero no iba a indagar en ese complicado avispero.

Desde el primer contacto que tuvo con los monos, supo dos cosas: 1) que ese trabajo iba a durar un largo rato; 2) que de todo ese grupo, ella había elegido a Alberto para ejercitar. Antes de que ella lo llamara Alberto, él respondía al nombre de Ricky. Esto fue objeto de polémicas en la comunidad científica, en función del eventual retraso del mono por obturación de identidad. Pero como en la práctica el mono respondía contentísimo al nombre de Alberto y como hasta en las comunidades científicas la gente se cansa o se olvida de polemizar, le quedó Alberto. Tenía una disposición gentil, sociable, no aparecía hirsuto como Penny, que parecía siempre cascarrabias. Detrás de los ojitos brillantes de Alberto había como una súplica por un velo que debía ser despejado. Ya antes de la llegada de Linda había sido medido, pesado, marcado, vacunado y tabulado: todo eso se notaba en el aire de resignación de su cuerpo, como si estuviera a la espera de que le hiciesen algo. Había aprendido con Linda “Recogemos cocos grandes”, “Nos sentamos debajo del olmo”, “En una carrerita estamos allá”. Cada vez que obedecía las órdenes, Linda le sonreía y le decía:

—Buen muchacho, Alberto.

Cuando la mona Penny veía que Linda le sonreía a Alberto, iba decidida con su cara hirsuta y le daba a éste una patada en el culo. Linda entonces le enseñó a Penny unas pavadas menores, como ensartar broches de la ropa en una cuerda y ordenar cubos por tamaño. Después le decía:

—Buena chica.

O lo contrario si hacía embrollos o daba patadas. Penny aprendió a no pegarle a Alberto en presencia de Linda, pero no bien ésta se iba, lo volvía loco y Alberto se apartaba en un rincón y la dejaba correr, esperando ansiosamente que viniera Linda con su grabador, los auriculares para las órdenes (Alberto se los ponía con una especie de prestancia) y todos los cartones con dibujos de frutas, de monos del grupo, que Alberto reconocía perfectamente por sus nombres. Después aprendió los verbos potenciales y los aplicaba a diversas circunstancias. Por ejemplo: “Me comería una manzana verde”. Y Linda lo dejaba esperando un largo rato, horas. Él sabía que la manzana verde estaba lontana. La manzana venía como premio, pero mucho más tarde y en esa espera Alberto adquirió una expresión peculiar: las comisuras de la boca se le alargaban en una especie de generosidad y los ojos parecían extrañar algo que no estaba presente. Linda juzgó que era el momento de mostrar a sus colegas los progresos de Alberto. Cuando vieron eso, pensaron que había algún truco. Y además, como Penny andaba rondando, a pesar de que Linda le decía “Buena chica” y “Divina” (esto último era el sumum y sólo usado en ocasiones excepcionales), Alberto, que miraba de reojo a Penny, escribió en el tablero: “Le pegaría una patada a Penny”. Linda se asustó y se confundió y le dijo a Alberto alternativamente: “Buen muchacho” y “Abolido el premio”. Alberto empezó a pelear con Penny de tal manera que se produjo un desbande. Los investigadores colegas dijeron que lamentablemente no se pudo evaluar el progreso por interrupción de la experiencia. Desilusionada por la mezquindad académica, por la mediocridad de sus colegas que eran incapaces de admitir lo ostensible, resolvió dedicarse totalmente a los progresos de Alberto, ensayando cada día nuevas formas de aproximación.

Un día Linda se fue con un collar de bananas y se puso a bailar delante suyo. Primero estaba perplejo porque las bananas eran premio pero como ahora estaban asociadas al baile y además había una distancia sagrada (él no podía acercarse a ella salvo que Linda fuera con los brazos extendidos hacia adelante) se puso chinchudo. Caminaba para acá y para allá y emitía unos ruidos que eran como refunfuños. Otra vez Linda puso en el tablero varias imágenes de mona para que él eligiera. A la primera, que era una mona fea y con cara de estúpida, la miró y le dio la espalda. Después le mostró una monita joven que llevaba un sombrero decorado con frutas y la señaló con entusiasmo: le gustaba. También le mostró la imagen del caballero y de la

dama tomando té y practicaron la situación. Alberto servía té de la tetera, le enseñó que primero le sirviera a ella y después se sirviera él. Para obtener un líquido inocuo para el mono y que ella también pudiera tomar (el mono se daba cuenta si ella tomaba algo distinto) hizo arduas consultas al departamento de Biología de la Universidad de Illinois. De allí le enviaron el preparado. Alberto sirvió de ese té de la tetera, primero a ella, después se sirvió pero Linda lo vio extraño: no comunicaba nada. Cuando ella no se daba cuenta, escupía ese té muy disimuladamente. Ella vio lo que hacía y escribió en el tablero: “Un caballero no escupe el té”.

Y él le escribió en el tablero: “No soy un caballero. Soy el mono Alberto”.

Decidió abandonar el juego del caballero y de la dama, que rondaba un tema muy delicado, el de la identidad, y optó por promover un poco de chacota. Alberto descubrió que todos los monos tenían el culo salido: le daban verdaderos ataques de risa. Pero Linda, para honrar a la realidad, a la verdad y a los progresos experimentales, le dijo:

—Tú también, Alberto.

Alberto le hizo una seña que podría interpretarse como “Tu abuela”.

Entonces Linda le armó en el tablero un silogismo:

“Todos los monos tienen el culo salido.

Alberto es un mono.

Por lo tanto Alberto tiene el culo salido”.

El mono le hizo un corte de manga, fue al tablero y escribió: “Linda culo chato”.

Y era tal la alegría desenfrenada que le produjo a Alberto su observación, que Linda no lo pudo hacer sentar para que leyera el silogismo correspondiente.

A Alberto le encantaba posar para las fotos, se ponía con los brazos cruzados, con las manos en la cintura, con una mano detrás de la cabeza (levantaba graciosamente la cabeza hacia arriba). La pose que más le gustaba era un gesto de toma de pelota, como el de los jugadores de básquet a punto de encestar: sosteniendo grácilmente la pelota en la base de la mano abierta, a la altura de la cara. Había aprendido a encestar y a jugar al ping-pong. Después Linda le mostraba las fotos. Alberto se dio cuenta de que Linda se ponía muy nerviosa cuando no encontraba enseguida la pelota de ping-pong y

se la tiraba lejos, para ver qué hacía ella; Linda supuso al principio que lo hacía porque no podía mantener atención en un proceso de regularidad mecánica. También vio que se ponía muy nerviosa cuando no encontraba los anteojos. Por la mañana, él tenía obligación de barrer todo el lugar donde se ejercitaba y cuando ella llegaba, lo primero que hacía era esconderle los anteojos, después la miraba ir y venir de acá para allá buscándolos con su mejor cara de ángel.

Alguien tenía que ver esos progresos. Escribió a Illinois, de donde le mandaron el preparado para el juego del caballero y de la dama y vino el doctor Joshua, jefe de conductas avanzadas. Trajo una caja muy bien embalada con botellas del preparado que él consideraba fundamental para la salud de los monos: había vivido veinte años en África y a esa altura de su carrera le preocupaba más la salud de los monos que sus avances mentales. El doctor Joshua llevaba un conjunto desteñido de camisa y pantalón, de un color incierto. Su piel estaba desteñida por los soles de África: no se había curtido, se había desleído. El mono lo miró como si no le encontrara el punto y finalmente vio dónde estaba: tenía los anteojos colgados de unos hilos y cuando lo vio distraído, le dio un leve tironcito del hilo. Joshua estaba acostumbrado a las gracias de los monos y no le prestó atención. Alberto fue a espiar la caja del preparado y le encontró olor: después se puso a dar vueltas alrededor del antropólogo, tenía el mismo olor que la caja, porque últimamente andaba repartiendo botellas por toda la zona.

Empezaron a hacer las pruebas de tablero delante del doctor Joshua y cuando las órdenes eran sencillas y ya ejercitadas, Alberto las cumplía con algún movimiento adicional, prosopopéyico, como para enriquecer el acto. Pero el doctor Joshua vio a Penny y a otro mono –ellos miraban a prudente distancia– y con una sonrisa les alcanzó una botella del preparado. La compartieron alegremente, como dos borrachos amigos. Alberto escribió en el tablero: “Le sacaría los anteojos”. Linda borró eso. Y mientras el doctor Joshua miraba a los monos con su mamadera, Alberto se sintió raro: hizo toda su tarea con desgano, con añoranza de desaprender. El doctor Joshua dijo que efectivamente estaban muy bien esos progresos, pero Linda no se daba cuenta de cuán bien le parecían. Linda se derrumbó, era como una médium que perdió sus capacidades mediúmnicas, un caracol sin casa. Se sentó en el suelo, puso la cabeza entre las rodillas y quedó un buen rato de esta forma. Cuando Alberto vio que ella seguía así un buen rato –nunca la

había visto en esa posición– le dio una palmadita suave en el brazo, pero Linda seguía igual. Entonces él por su cuenta conectó el tablero, barrió el espacio de trabajo y preparó los auriculares. Cuando ella lo vio, no le dijo “Buen muchacho”. Le dijo “Bien, Alberto”, con una voz calma, triste y humilde. Y a Alberto le quedó un gesto de vanidad vencida y de suspicacia incipiente; ya no enriquecía las respuestas con gracias y firuletes: aprendió a hacer todo por deber.

## Iorá

Cuando llegué a Madrid, haré unos veinte años, estaba poseída por un ataque de mal humor. Al bajar del avión vi esos nombres de calles considerados tan poéticos, “Calle de los Desamparados”, “Calle de los Huérfanos”, “Pasaje Angustias” y mi mal humor crecía. En el hotel había un cadete de unos catorce años, con un uniforme pomposo. Me dijo:

—En mi casa somos siete hermanitos y debo alludarlos.

Por la vestimenta y el tono de voz no parecía un chico de la realidad, parecía sacado de un libro de lectura de principios de siglo. En la calle pregunté una dirección y una señora con voz encocorada me dijo “mande usted”, y cuando ayudé a cruzar a un ciego me lo agradeció tanto que me sentí como obligada a frecuentarlo toda la vida. Veía a mucha gente vestida de negro y de marrón, algunos tenían las piernas combadas; muchos ciegos y lisiados atendían kioskos. La primera impresión que me llevé de Madrid fue que era un lugar de mando, de humillación, de cosas chotas y viejas. Cuando me acerqué a los cafés del centro, me extrañó la cantidad de viejos ufanos que había en cada mesa: se veía a cada rato a un viejo que hablaba sin parar a cuatro o cinco jóvenes que lo rodeaban respetuosamente. Esos viejos fumaban cigarros, tenían una tos de caballo que en cualquier otro lugar del mundo habría sido causa de muerte, pero se ve que la tenían dominada; además escupían constantemente por la calle de forma ruidosa. Para ver algo distinto, me fui al bar de los literatos. Allí vi a un pintor viejo que vivía en Buenos Aires, pero acá estaba rodeado de jóvenes como en los casos anteriores. Mi mal humor crecía, ir a Madrid para ver a ese pintor cuando —en caso de quererlo— lo podía ver todos los días en Buenos Aires atornillado a la silla de un café.

Yo llevaba una dirección para alguien de Madrid, que paraba en ese café; pregunté por él y no estaba; había ido a su casa de Ibiza. “Como siempre”, pensé, “la gente más agradable, más amena y más mundana se va y queda el zapallo sentado”.

Se me acercó un rubio, alto, de unos treintitantos años y me dijo:

—Antonio Díaz, servidor. Conozco a quien buscas. Si lo deseas, puedo

guiarte por Madrid.

Antonio Díaz ni me gustó ni me disgustó de entrada, pero si me iba a guiar por Madrid...

—Si quieres —dijo— vamos a un café literario de verdad, con tradición y no el rejuntao éste.

El café literario de verdad estaba al lado, ahí nomás, era mucho más chico que el otro y a mi juicio tenía menos animación. Nos sentamos en una mesita junto a una pared, justo frente al baño y me dijo:

—Tienes un honor muy grande. Aprecia este honor.

—¿Por qué?

—En esta mesa se sentó Valle Inclán.

Él estaba sentado muy tieso, como si el espíritu de Valle Inclán planeara por ahí y le exigiera compostura, como si pudiera venir en cualquier momento.

—Ah... —dije yo.

—Y también venían acá Azorín y Pérez Galdós.

—Claro —dije yo.

Me producía la misma impresión de una vez que fui a Mar del Plata con mi papá. Yo tenía quince años y él me decía:

—Este es el edificio del Banco de la Provincia. Fue construido en 1948. La base es de granito.

Y yo le decía:

—Claro.

Entonces, viendo que no vibraba con lo de Valle Inclán o tal vez por otra causa, ya que no parecía hombre de arredrarse ante cualquier cosa, me dijo:

—Ven. Vamos a tomar calvado en un sitio sumamente especial. El lugar no tiene parangón por donde se lo mire; ahí se toma el calvado con más cuerpo de todo Madrid. El dueño es un tío muy especial.

—¿Vos en qué trabajas? —pregunté.

—Hago libretos para la televisión.

—¿Tienen censura, no?

Se amoscó. Dijo:

—Oye, los argentinos estáis llenos de prejuicios. Una cosa es lo que se cuenta allá y otra lo que pasa acá.

“Ma, sí”, me dije. “Total, me voy a tomar un calvado con él y voy a ver a ese dueño del mesón tan especial”. Por el camino me contaba que había

tenido una novia, Rocío o Amparo, no recuerdo, a la que jamás tocó y que había muerto virgen y tuberculosa. Pero él, estuviera con quien sea, le era fiel a su memoria y también le era fiel a la memoria de su padre –que en paz descansa, dijo– al cual llamaba de usted y no como esos cabrones de ahora que tutean hasta a su propio padre. Le dije:

—En Argentina todos tuteamos a los padres.

Pasó por alto la observación y ya no le hice más preguntas; él dijo que el padre se sentaba a la cabecera de la mesa y les daba la bendición antes de comer. Yo entonces viré la conversación hacia los distintos usos de las palabras en ambos países. Pregunté:

—¿Acá en España se dice “servilleta”?

—Naturalmente –dijo orgulloso, como si la servilleta no pudiera tener otro nombre.

—¿Y dicen “alero”?

—Claro, mujer –dijo.

Y era un “mujer” rotundo y seguro. Por un lado me inspiraba confianza; por otra parte, era como si se dirigiera a otra persona y no a mí.

—¿No es que a los duraznos los llaman albaricoques?

—Oye, ¿tú te crees que vosotros habéis inventado el idioma?

Me reí de la observación y quedé más tranquila. El lugar para tomar calvados era un negocio chico y chato, oscuro, con un barril en la puerta que era una abertura como las que dibujan los chicos para las casas. Cuando entramos, Antonio le dio un gran abrazo al mesonero que estaba un poco disfrazado de tal, con una faja negra en la cintura. Con las piernas cubiertas por una manta y con aspecto de pasar la vida en esa silla, estaba la mujer del mesonero. Antonio me dijo:

—Es una santa.

Se notaba que por ser santa o lisiada todo el mundo la iba a visitar, la trataba con gran consideración y ella estaba absolutamente cómoda en su situación de santa o lisiada. Como los hombres se pusieron a hablar entre sí, me acerqué a ella y le dije cualquier cosa. Cuando salimos, Antonio, muy emocionado, me dijo:

—¡Hiciste lo que debías hacer! ¡No hiciste otra cosa que lo que debías hacer!

“Qué será lo que hice yo”, pensé sin decir nada, muy asombrada de que yo fuera capaz de hacer algo sin enterarme, como si fuera sonámbula. Pero no

dije nada. Él dijo:

—¡Esta es la prueba, es lo mejor que podrías haber hecho por mí, sí, sí, estoy decidido! —ya habíamos tomado unos tres calvados—: podemos casarnos. Vivimos seis meses en Madrid y seis en Buenos Aires.

Humildemente, como alguien que pregunta si habló bajo el efecto de la anestesia, le pregunté:

—¿Qué hice yo?

—¡Te acercaste a ella, hablaste con ella!

Yo nunca pude interpretar la admiración de él. Si que me acercara a ella tenía que ver con alguna cábala, si se sentía conmovido por mis sentimientos humanitarios al hablar con la señora lisiada o tal vez de ella emanara algún poder que yo no veía. El entusiasmo de él estaba tan fuera de mi alcance, que no pregunté nada. Eso de casarse tan pronto era raro, también; se podía posponer. Pero a lo mejor había otras cosas para ver en Madrid... y así era. Caminando y caminando, por esas calles, llegamos a una especie de club, lleno de gente muy bien vestida donde estaban, en salas distintas, los retratos de los grandes de España, de los pares los duques y todas las personas famosas de toda la historia de España. Antes de sentarme, me desconcerté un poco: yo llevaba un tapadito de piel bastante lindo, pero el forro de la manga estaba totalmente descosido y cuando saqué el brazo, saltó un pedazo de forro. Además llevaba sandalias y medias gruesas. Me repuse, miré desafiante a mi alrededor; pensé que era turista y para darme más ánimos dictaminé que todos los que me rodeaban se podían ir bien a la mierda. Con esa porteña tesitura me tomé otro calvado, mejor dicho, tomamos. Antonio me contó una anécdota, algo que había sucedido en el siglo XVIII entre el rey y el duque de Sevilla, o el conde de Barcelona. Como el duque de Sevilla o quien fuese tenía menos linaje que el rey, se despedía no dándole el traste sino de frente, caminando para atrás. O tal vez fuera el rey el que caminara para atrás, no recuerdo bien. Lo que sí recuerdo es que lo que él festejaba como un artilugio ingenioso; a esa altura de la soirés a mí me hacía acordar a Buen día, su señoría, mantantirurirurán. Yo a esa altura hacía prolijos y públicos ensayos para meter mi brazo en la manga del forro descosido, todo esto visto por él como algún desperfecto, algún inconveniente para salir, pero sin reparar en lo que sucedía.

Afuera, en la calle fría, dijo cosas tales como “Vida”, “Alma”, que tomé relativamente, ya que yo tenía una vida turística en ese momento y por lo

tanto un alma turista: estaba pensando a qué otro lugar me llevaría, pero la velada terminó ahí.

\* \* \*

Yo quería ir a París, mejor dicho *debía*, porque así lo había planeado y soy una persona muy rigurosa con los itinerarios y planes. Cuando le dije a Antonio que me iba, dijo:

—Si vas a París no tienes aventuras.

Yo no dije ni sí ni no, uno nunca sabe lo que puede llegar a hacer y menos en lugares tan extraños, soy muy sensible a los lugares.

—Ve más adelante a París conmigo —dijo.

“Más adelante”, pensé, “estoy en mi tierra y no en la galaxia”.

Cuando me acompañó para tomar el tren a París y nos despedimos, lloré. Él también lloró y entonces le di la dirección del hotel en París. No entiendo por qué lloré tanto; me parece que era debido a que en teoría yo quería tener un novio, pero en la práctica no estaba haciendo más que frangollos. Por suerte, él también estaba haciendo frangollos porque se equivocó de estación de tren y lo vi peleando con el chofer de taxi; me di cuenta de que estaba equivocado; lo vi muy obstinado y lo odié un poco. Lo veía a él como ofendido, como si hubiera fracasado sin saberlo, llevándome de acá para allá al cuete y por momentos me daban ganas de llorar de nuevo. Para colmo el camarote del tren que iba de Madrid a París era cerrado, con asientos enfrentados; las personas estaban muy cerca entre sí, pero yo lloré sin importarme mucho, porque eran europeos. Otras veces me habían dado ganas de llorar por la calle, específicamente en trenes, pero me contenía porque estaba en la Argentina. Frente a mí había un árabe con su mujer vestida de tal: podía llorar con tranquilidad. Esa gente bajó y quedó solamente en el camarote un muchacho algo menor que yo, de apariencia descuidada aunque no sucio (yo todavía seguía llorando un poquito), vestido con un traje viejo, con la manga descosida en el hombro y ojos grandes y azules. Cuando empecé a estudiarlo, paré de llorar y él me preguntó:

—¿Dónde tú eres?

—De Argentina —dije.

Me intrigaba. Hippie no era. No tenía el pelo largo, ni remera con efigie; tenía un traje marrón clarito que había atravesado sus avatares.

—Argentina, Ia.

Ese Ia quería decir que ya había encontrado el concepto en su cabeza y por lo tanto estaba tranquilo.

Yo quería adivinar de dónde era él. Francés no era, porque no se hubiera acercado simplemente para charlar, salvo que estuviera seguro de que yo ofrecería un curso teórico-práctico de castellano, de buen nivel, para aprovechar el viaje.

—¿Alemán? —dije.

—Ah, habla poquito alemán.

—Si sos alemán.

—Oh, no. Yo, me, migo, sueco. De Suecia.

—Sí, comprendo, de Suecia.

Que él me explicara que un sueco es de Suecia me impacientaba; pero visto de otro modo, era un desafío, yo tendría que expresarme de forma que me entendiera. El espíritu desafiante me duró poco, decidí preguntarle algo sencillo:

—¿Vas a París ahora?

—A Parí, sí —dijo complacido y se quedó contento y callado.

“A París le dice Parí”, pensé.

Y sonriendo, como quien dice un chiste ingenioso a un amigo, dijo:

—Tú, te, tigo, ahora también a Parí.

“Mirá vos”, pensé. Le pregunté:

—¿Cómo te llamás?

—¿Mi apelativo, tú dices? Mi apelativo es Goran Ahrel. Mas en Suecia todos dicen para mí Iorá.

Me empecé a acordar de Antonio el español cuando decía “Si vas a París no tengas aventuras” y ahora que lo recordaba, recién caía en la cuenta de que Antonio era ceceoso, decía “aventuraz”. Se produjo un bache en la conversación y después él preguntó como si fuera una curiosidad cualquiera, sin ninguna intensidad ni espíritu de invasión:

—¿Y por qué tanto tú llorar?

—Ah, nada —dije. No podía explicarle algo tan largo, pero tenía ganas de decir algo.

—Lloraba por si las moscas.

—¿Cómo, cómo, cómo? —dijo medio alarmado. Tenía unos ojos grandes, de chico, más que de chico, de bebé. Era muy alto y estaba algo gordo, pero no

le sentaba mal estar gordo, como a los bebés. Cuando profundizamos esta conversación me dijo que había oído hablar de Fangio, de Perón y del Che Guevara. Incluso sabía algo de Lanusse. A mi vez, le pregunté si en Suecia hacía frío.

La terminal de tren de París era un depósito de gente. Un lugar oscuro, viejo. Superaba en fealdad a la de Madrid. Bajamos, cada cual con su valija y me dijo:

—¿Adónde tu vas a París?

Le mostré la dirección del hotel y me dijo:

—¿Puedo yo ir con tú, te, tigo?

—Sí, pero a otra habitación —le dije, mientras buscaba un taxi, en ese antro. Entendió.

—Bien, bien —dijo. Y fuimos al hotel.

\* \* \*

Mi pieza de París tenía cortinas rojas de terciopelo viejo y una colcha también aterciopelada y sospechosa. Esa pieza parecía encubrir algo. Tardé en acostarme en esa cama; hice bien en sospechar, porque me picó un bicho. Me desperté, asustada y revisé abajo de las camas, era una chinche redonda y gorda, casi como una moneda que me hizo hinchar la mano. A la mañana siguiente le mostré la hinchazón a Iorá y le describí el insecto.

—Mirá —dije.

—Ah, eso no mucho malo —dijo él.

—Tu abuela —dije yo en voz alta. Él ya se había resignado a no entender ciertas cosas que yo decía para me, mi, migo.

—¿Vamos ver torre Eiffel? —dijo.

—No, no quiero —dije. Me intrigaba más la combinación de chinches y terciopelo que la torre Eiffel.

—¡Estar a París y no ver torre Eiffel! —dijo él asombrado—. Yo andando allá.

—Anda, nomás.

Cuando vio que yo trataba de ordenar y limpiar la pieza, me dijo:

—Mi habitación tiene muchos feos olores. ¿Puedo yo comer en la noche en la habitación de te, tigo?

—Yo quiero ir a un restaurante —dije.

—Oh, restaurante mucho caro. ¿Acá pan y salami?

—Y vino.

—Vino poquito pra mí. Medicamentos.

—¿Para qué tomas medicamentos?

—Pral cerebro.

—Si vas a la torre Eiffel, cambiáme unos dólares.

Me inspiraba plena confianza y además la sensación de que yo podía decidir.

—Ahora tengo que hacer. Ocupada.

—Ah, ya —dijo—. Y se fue dando grandes zancadas, torpe como un oso y rígido como un soldado prusiano.

Me fui a ver a unos argentinos y a la noche volví al hotel sin acordarme para nada ni de su persona ni de la cena. Cuando estaba por bañarme, sentí unos golpecitos. “¿Quién será?”, pensé.

—Iorá —dijo.

Pronunciaba su nombre acentuando la primera I, como si se apoyara en ella y después el resto le salía con trabajo. Vino con el pan, el salame, el vino, los medicamentos y el dinero correctamente cambiado. Empezamos a conversar. Me contó:

—Mi padre muy desiludido pra mí. Mi padre es maderil y querría pra mi maderil también.

—¿Carpintero? —dije yo.

—¿Cómo eso?

No, no era carpintero, era industrial de la madera. Mientras me hablaba le cosí la manga del saco con una costura abominable; se mostró muy agradecido, tan agradecido que me regaló un pullover celeste claro que llevaba. Yo llevaba puesto un pullover que tiraba a azul petróleo pero no llegaba a serlo, mis rasgos se veían duros con él y parecía pálida y como contrariada. Iorá algo advirtió, porque dijo:

—Ése no está bien pra te, tigo; éste sí.

Tenía razón. Con el pullover celeste suave de él yo ofrecía un aspecto mucho más armonioso, con ese pullover me sentía una muchacha bondadosa.

Yo estaba tranquila y tomaba vino con moderación; él, de vez en cuando, tomaba un medicamento. A cierta altura, dijo:

—Cuando yo niño —y decía niño como si la infancia estuviera muy lejana, a pesar de que su aspecto era de chico— yo de seis años miraba siempre pra mis padres. E yo decía (pronunciaba “decía” como algo aprendido

trabajosamente, la voz sonaba a querer comunicarse, pero a través de una bruma o un vacío) yo decía: Eles van morir. E yo sufría. ¿Tú comprendes?

—Claro —dije.

Pero no era un “claro” de compromiso. Sin haber tenido la experiencia de él, lo comprendía. Por el tono de voz, por la gravedad y prolijidad que puso en decirlo, era una confidencia del alma decantada, en reposo, que no teme ninguna sospecha ni juicio del otro, porque no está alterada por ningún viento superficial. Después dijo:

—Pardon. Descansa cabeza tre minutos e sigo.

Y por tres minutos no habló. Eso me desconcertó. ¿Cómo puede descansar la cabeza si nunca descansa? ¿Cómo hará él para desconectar el pensamiento? Yo respeté esos minutos en que se desconectaba, pero no entendía. Imaginaba que sería como cuando uno hace un minuto de silencio en memoria de alguien, pero acá era por nada. Porque los minutos de silencio son obligados, alguna institución los prescribe mientras la gente suele pensar en otra cosa; pero él estaba totalmente quieto. Me resultaba muy extraño el poder de hacer descansar totalmente la cabeza. Cuando volvió a hablar, le conté que había tenido un novio en España y se lo describí. Dijo:

—No casa tigo ya. Yo sienta en una mesa e mira te, tigo e pra novio. Te, tigo, no pronta pra casar.

No le pregunté por qué. Me dio risa y le toqué la cara con un dedo. Dijo:

—¿Puedo yo dormir dése cama?

—Ya que estás —dije.

Se había acomodado en una cama más chica, también con su colcha de falso brocato. No recuerdo quién se pasó a la cama del otro, pero sí recuerdo que él no hacía ninguna caricia inventada, ni exagerada y a mí me resultaba tan fácil y natural estar acostada con él, como si no hubiera hecho otra cosa en la vida. Era como acostarse con el hermano, si estuviera permitido. Yo cuando estaba sola no pensaba en él: él estaba en mi imaginación ligado al hotel, al barrio donde comíamos y a alguna salida que habremos hecho, porque después yo buscaba otros horizontes sola, me fui a comer cus-cus con los hippies y un día entero salí con un chileno que estaba en el hotel, para hablar con un hermano latinoamericano no incestuoso. Con el chileno podía chismear un poco; nos sentamos en un café-pecera para ver pasar a la gente toda una tarde. Cuando vio pasar un hombre con un tapado de piel, dijo:

—Mira tú, una cosa así en Santiago, incluso en Buenos Aires, qué pasaría.

—Qué te parece.

Iorá no chismeaba, porque aparte de ser un arte lingüístico complejo, él no miraba mucho a las personas. Se detenía en negocios donde vendían piedras y dijo una vez que cuando estuviera en condiciones, quería seguir la carrera de Mineralogía.

Una noche le dije por qué no íbamos a comer cus-cus con los hippies: opinó que no era demasiado bueno para el cerebro. Esa noche me contó que él tenía la ropa descosida y un poco arruinada porque desde hacía seis meses andaba dando vueltas por España; por el camino, encontró a una alemana y viajaron juntos un tramo, pero él la dejó.

—¿Por qué?

—Ella hacía arenga pra obreros.

Parece que iban a comer a pizzerías donde iban obreros, y ella no hacía otra cosa que arengar. También me contó que una noche lo pusieron preso en Almería y él no sabía por qué “junto a señora toda vestida negro y chica quince años mucho llorar”.

—¿No preguntaste por qué?

—Policiales no dijeron pra mí.

Su alma nórdica se ofuscó ante la ilegalidad. Dijo:

—Pedía consulado y no permitían pra mí.

—¿No preguntaste a la chica o a la señora qué pasaba?

—¡Ah, no! Señora grande muy vestida de negro y chica quince años mucho llorar.

“Mirá vos”, pensé.

—Mas luego yo a Stocolmo reclamo cónsul.

Estaba firmemente convencido de que le iban a dar una respuesta, después de seis meses.

“Échale un galgo”, pensé.

—Tú, te, tigo, ¿vienes Stocolmo me, migo?

—Hace mucho frío –dije.

—¡Ah, eso no mucho malo!

\* \* \*

Pude ver la pieza de Iorá cuando se estaba por ir. Había oído hablar a las mucamas, que eran españolas, sobre su pieza.

—Joder con el sueco de mierda. Tiene la mar de frascos.

Cuando oí eso le pedí a Iorá que me la mostrara y no quiso; pero cuando hizo la valija volvió a buscar algo que se olvidó y la vi: tenía tantas botellas vacías de Coca-Cola y similares como las que se acumulan en un mercado chico, envases de remedios y un olor a mugre pero raro, no identificable, como si los distintos olores hubieran convivido hasta armonizarse: a ropa sucia guardada húmeda, a museo sin ventilar, a algún remedio. Él dijo:

—No agrada —como si el olor de la pieza no le perteneciera ni fuera de su incumbencia. Cuando bajamos, lo vieron las mucamas con su valija y no paraban de alabarlo. Una decía:

—¡Mira qué majo el suequito!

Y otra:

—¡Qué bonitos ojos tiene!

Pero él no tenía ni un franco, ni un dólar, ni nada. Miraba asombrado a las mucamas y no comprendía esa súbita expresión de cariño. Lo acompañé hasta el tren, me despedí sin pena ni gloria y lo olvidé, como suele olvidar uno lo que ocurre en la galaxia. A los cuatro o cinco meses, recibí una carta de Iorá en Buenos Aires. Decía:

“Estoy en ospital e yo piensa tú, te, tigo cuando estoy en alta é también en baja. Médicos miran pra mí como un objetivo, mas yo soy un subjetivo, soy Goran Ahrel, Iorá. Más luego yo estaré a Buenos Aires e voy a tu casa”.

No contesté esa carta; no quería que viniera a Buenos Aires, donde yo ya tenía otros pensamientos y designios. Me reí de esa carta y la mostré para provocar la hilaridad total como si tuviera dieciocho años. Me desconcertó la actitud de algunas personas al leerla; alguien, que no se rio, me dijo con sequedad:

—Se entiende perfectamente lo que quiere decir.

Después, cuando recordaba a otras personas, me volvía el pensamiento de qué sería de Iorá, si habría salido del hospital o qué habría sido de su vida. Por eso quise recordarlo en estas páginas, con el deseo firme de que esté vivo, sano y bien del cerebro.

## Cartas de un colono

Querida Marianne:

Mi más anheloso deseo es que estés pronto en esta tierra, que acá comemos pan de trigo todos los días, y dos veces por día carne y café. Debes poner franqueo a la carta, si no, no llega. Estoy gordo y la ropa no me entra, traeme dos camisas. Paso a referir de cuando bajamos a Montevideo, que nos llevaron a un café, que había unos consejeros buenos y consejeros malos, unos alemanes borrachines que asustaban a la gente y contaban embustes de la colonia, decían que acá había pumas, arañas y víboras y toda clase de bichos desconocidos. Nos daban vino y algunos se dejaban sacar la plata pero vi que Sartorius no les creía y él es un hombre entendido. No me sacaron ni una onza y aquí estoy, triunfador. Acá va toda la gente a caballo, yo en Suiza no lo creía, van a hacer los mandados a caballo, que cuando vengas te voy a preparar uno pero mejor que de entrada montes unos tiempos en burro, para ir amasando el cuerpo. A un tirolés lo tiró un caballo brioso y le quedó la mano fuera de su sitio, se la acomodamos entre cuatro tirando fuerte, porque el médico cobra cuatro onzas de oro y está lejos. Es mejor el caballo, así no se gastan suelas de los zapatos, me vieras cómo yo ando y vieras también las tres vacas, los cerdos y lo que he sembrado. No traigas relojes, que todos tienen uno colgado en la puerta del rancho y los naturales no saben leer los números. Las casas están muy lejos una de otra, yo tengo a un natural de la tierra al lado que viene a ser como un español de acá. Le quise enseñar el reloj pero la lengua suya me resulta muy dura. Es muy buena persona, pero en un comienzo me miraba con una risita cuando yo iba a montar o a sembrar la tierra. En esta tierra crece de todo, pero yo no era experto con la guadaña, ahora le emboco lo más bien. Él es curioso pero para bien, porque cuando aprendí a montar me hacía que sí con la cabeza cuando yo iba por el camino correcto y ahora no sonrío más. Hay un inglés que vive en una casa de paja y tiene más de mil animales, ha domado a un loro y otros pájaros con la flauta y se trepa a los árboles para tocar su música. Como se sabe, los ingleses son locos y trepadores, en cambio Sartorius se hizo una casa de material en una

colina, con piso de cal. Aquí hay ciervos, perdices y avestruces, que el avestruz es grande como un ternero, tiene un cuello largo. Yo oí un ruido y creí que era un ladrón, preparé la escopeta y desapareció. Acá se necesitan muchas cosas, y has de traer camisas, tijeras, cuerdas y piolines, botas, copas y vasos, dos sombreros de paja y un sombrero para el niño para el futuro. Muchos saludos a Augusto y Clara y a Brandel que es como los estaría viendo acá, que todos juntos si vienen, se hacen cosas portentosas.

Tu Beda

Mi querida Marianne:

Vino el sobrino Carl, que no termina ninguna tarea hasta el final, hace como que trabaja pero nunca está, aparece y desaparece como por arte de magia; no sé dónde es que va él pero ya se metió en muchas casas como gitano que es y en tres días sabe más cosas de todo lo que pasa que yo en dos meses. Se fue a visitar al paisano y dice que tiene en el fondo unos bueyes y arriba de los bueyes, pajaritos. Y los cerdos en un pozo de barro. En todas partes le dan de comer y yo ya pensaba en ir a todas las casas para que no le dieran de comer, porque como le dije: “El que no trabaja no come”, pero no pude avisar, porque los ranchos están muy separados. Él sigue gordo y colorado, en casa no come. Él ve todo mal porque justo llegó con una invasión de loros que se comieron el maíz, esa cosecha era para la escuela y no se pudo fundar. Y después pasó otra desgracia, que el viento hizo volar los techos de las casas, es un viento con tierra que viene con unos remolinos. Todos estábamos con el ánimo en baja y él se reía como persona verde, alocada y frangollera que es. Eso sí, ayudó a poner los techos siempre riendo y después desapareció. Antes me enseñó unas palabras de ese idioma duro, la castilla. Yo fui a la colina, donde Sartorius y él me dijo: “Hay que separar la paja del trigo”. Y yo le tenía preparado un sermón al sobrino para darle, y me dijo: “Me voy a Montevideo”. Yo no vi cuándo se fue ni en qué vehículo. En esta tierra negra nace de todo: tengo zapallos gigantes y hago un horno para hacer el pan. Conserva tu peso y tu fuerza porque acá hay mucha tarea para hacer. Unos grandes abrazos a todos. Cuando vengas, trae tijeras.

Marianne:

Después de los loros picotereros nos vino otra desgracia, que eso no lo teníamos pensado, todo el ganado que hay alrededor de las casas se vino al terreno que limpiamos para plaza, que ahí estaría el monumento a Guillermo Tell. El ganado vino porque era su costumbre ir a ese sitio. Le encomendamos al señor Fender, el director de la colonia para que tome las medidas exactas de la estatua de Basilea, para que la de acá quede igual. El señor Fender viaja siempre a Suiza y nos trajo todo perfecto, pero esa contrariedad de las cosas impidió nuestra querida plaza y entonces se hicieron dos sociedades de tiro, una obligatoria y otra a voluntad. Yo entré solo en la obligatoria porque no voy a andar tirando tiros todo el día, que se pierde mucho tiempo; están todo el día tirando al ganado y a los loros picotereros para que se espanten. También comenzó la asamblea, el presidente es Sartorius, un hombre sabio. La asamblea se hizo para alejar a los animales del centro de la plaza, para prohibir las tabernas y los conculinos. Quieren que sean todos casados, que no exista ningún conculino, pero para casarse hay que ir al Rosario, lejos, y la boda vale veinticinco onzas. También uno dijo en la asamblea que había que tirar tiros para espantar a los paisanos que se la pasan mirando y dan vueltas alrededor de las casas porque pueden ser ladrones (Sartorius no lo dijo). Yo tiros a mi vecino Palemón, que es el natural, no le pienso tirar. Él me enseñó a subir al caballo y a limpiar la tierra. La asamblea tiene su parte buena y su parte mala. La parte buena es que ahí nos conocemos todos y sabemos cosas de mucho aprendizaje. Y también tiene la parte mala, cuando vuelvo en mi caballo (me verías) se meten en la cabeza todas esas cosas que se dicen y me pongo nervioso y la nerviosidad se contagia también a los animales. A mí me gusta tener la cabeza fresca para sembrar y dar de comer a los cerdos, Palemón tiene cerdos marrones en un pozo de barro que brilla. Y yo quiero hacer un corral para los cerdos, procuro madera y más tarde le hago uno a Palemón. Él tiene muchas parvas de alfalfa y encima de las parvas, están las palomas blancas. ¡Que vieras acá lo que es esto! Tengo flores, tengo zapallos, gallinas y un gallo crestudo y ya estoy viendo dónde procurar la madera. Traeme botas de lo de Eligi y un barrilito

de vino.

Tu Beda que te tiene recuerdos.

Querida Marianne:

Recibí tu carta para las Navidades, cuánta alegría que el niño esté bien aunque llora mucho, eso es bueno para la fuerza de los pulmones. Y que tú también estés bien fuerte, procura mucha salud allá, que el médico está lejos y es muy caro. Fabriqué tres sillas y una menor para el niño. Me tienes que decir si haría una cuna o ya no, la madera que junte en adelante ¿pueda ser para cuna? Yo le mostré tu carta a Palemón y a Sartorius. A Palemón le dije que tengo señora en Europa, que frau se dice señora, pero encuentro que no me creyó, porque él no tiene señora, y él en todo es así, yo pienso, si hay señora, bien, si no, no importa. Si tiene para fumar, bien, si no, igual. Cuando le viene el cansancio, duerme muchas horas y después trabaja todo junto. Come el huevo haciéndole un agujero y es porque él vive de la forma natural, como si fuera un caballo o un cordero, pero es un racional también. En cambio Sartorius bien que se alegró con tu carta y me dio buenos consejos, como hombre entendido que es, dijo que traigas un poco de leche en polvo para el viaje para el niño (a ti no te ha de faltar) que no escuches a nadie en Montevideo, que él va a hacer que te reciban allá, no sea que tengas que llegar en un fardo de pasto como el sobrino Carl. Llegó el gitano peregrino en un carro y el carretero lo tuvo que despertar, que si era por él, seguía de largo para ver qué había más allá. Yo le pude decir el sermón que le tenía preparado y le transmití los mandatos de la asamblea del viernes. Donde Vetter dijo que un hombre que se conforma con un rancho y no se hace una casa, es un hombre con polleras. Me dijo el señorito que quería ir a la asamblea, que tenía cosas portentosas por contar y ahí me agarró un ataque de ira, no molestar a Sartorius con algún embuste. Le dije: “Ya estuviste con los alemanes charlatanes de Montevideo, con esos pendencieros y borrachines sin remedio”. Y yo no lo puedo cazar porque él se ríe y aparece con otra cosa. Él estuvo allá en las oficinas del señor Fender, que tiene todo el piso alfombrado con alfombra de Persia y diez empleados vestidos con traje y corbata que van de allá para acá llevando papeles y me dijo: “Llevan papeles

como señores, tienen las manos de una señorita”. Y yo no sé si es verdad o no, si es embustero, porque no puedo correrlo a Montevideo. Le dije que cuando vaya a la asamblea cuide esa boca, no vaya a ofender a Sartorius, lo último que le queda. A mí ya me venía el fuego a la cabeza, y me fui afuera, al fresco. Más tarde Carl mejoró su conducta porque es irrespetuoso, pero no es perverso de corazón. Más tarde Carl me enseñó muchas palabras: frau se dice “señora”, kneipe es “pulpería”, hinein es “adentro”, y después wenn sie Lust haben se dice “si gusta”, y me enseñó “la bandera de la patria uruguaya” que es Die flage Uruguays. La bandera de la patria uruguaya tiene color celeste y blanco y queda muy pálida al lado de nuestra bandera, pero acá los colores son distintos, los pájaros son marrones y color de madera porque la tierra es muy negra y toman agua de esa tierra, también son grises. Dejé conmigo a Carl unos días, a ver si se puede reglamentar. Tengo todo un terreno limpio de hierbas, lo verías, lo vería Brandel y Augusto y Clara, que ellos saben apreciar, que a Carl le da la misma cosa que haya yuyos, sembrados o elefantes. Y yo estoy acá, en medio de esto.

Tu Beda

Mi Mariana:

Traeme si se puede un barrilito de cerveza negra, que acá hay un infeliz que fabrica una bebida porquería que ni los chanchos tomaran. La taberna está muy lejos y todo está muy lejos. Ayer yo presenté a Carl en la asamblea, dije: “mi sobrino” y ya todos sabían lo que era. El remolcado ocioso ya se fue a hablar por ahí, y le apalabré para que no sea irrespetuoso con nadie y menos con Sartorius. Se puso a hablar en la asamblea como gran señor y dijo cosas portentosas que escuchó en Montevideo: que Fender iba a quebrar o ya estaba en la quiebra porque se había gastado todo el dinero en las alfombras persas y los empleados señoritos, que llevan los papeles de acá para allá. Y que allá decían que iban a vender la colonia con todos nosotros adentro. A nosotros no nos pueden vender, porque eso es la esclavitud, pero te sacan la tierra, los caballos y todo el sembrado. Eso no puede pasar y no sé por qué escuchan al cuentero con tanta atención, Carl de acá, Carl de allá. Como si fuera un gran señor. Yo no quiero escuchar esas cosas y tampoco esos cuentos de que hay

pumas, porque después siento olor a puma. Cuando volví de la asamblea me vino el fuego a la cabeza y le di unos golpes para que responda. Así me puse como nuevo y me fui a trabajar con la guadaña para cortar bien el pasto, que acá a veces no lo cortan, lo come el caballo. Tengo cebada, tengo papas, alfalfa, el maíz y el trigo. Y cuando entro a hacer mis tareas, mucho me convenzo que no me van a sacar nada. Y Carl también dijo lo que le contaron los loros picotudos de Montevideo: Que pusieron las casas muy lejos una de otra en la colonia, que las debían poner más cerca y se equivocaron porque no saben de colonia. Y ahí yo bien le dije mis razones a Carl, que a mí me pagan para trabajar y a ellos le pagan para pensar, y si las casas están lejos, es así y ya está, que si yo habría nacido en Francia, al día de hoy sería francés y no suizo, como es que soy. Y él se ríe y se va a comer con Palemón, que le entiende lo más bien. Yo más tarde iré donde ellos, para que se me afloje la lengua de acá.

Tu Beda

Mariana:

Hace ya más de un mes que no recibo tu carta, hay que poner estampilla, yo recibí donde referías que Úrsula perdió la cabeza sin remedio. Bueno, un poco tocada siempre fue, es que con el tiempo se nota más. La gente tiene que venir acá, acá está la sanación. Yo no veo la hora de ver a los dos en esta parte. Y manda carta para que yo no ande preguntando como tonto si hay correo. Yo dinero para el viaje no te puedo mandar, todo se gasta en semillas y se compra a cuenta, acá se hacen muchas deudas y yo no quiero deudas pero es la costumbre. No se compra el pan de a uno, se compra una bolsa, todo a cuenta y al final es costoso, todo florece pero no se ve dinero casi, en el futuro puedo guardar. También la pulpería es a cuenta. Yo te compré un peine y un espejito de un ambulante que pasa con su canasta y un polvo rosado que da color. Pero tú no necesitas color. ¿Verdad? Que bien colorada te dejé y espero que dure hasta acá y si pálida lo componemos con el polvo color rosa. Está cantando Heildelerche, que es la calandria y al niño le hice un caballito con madera y sogá, poca madera, que da trabajo encontrar y la cara del caballo parece que vive. Le hice un muñeco con relleno de pasto, el

caballo está mejor. Lo mostré a Palemón y dijo “ein gutes Ding” que es “Cosa buena”. Debes aprender a decir cuando vengas “Caballero, el mate está servido” que es Mein herr, der mate ist bedient. El mate es una pipa muy grande sin mango; el mango se llama bombilla y viene aparte, con un agujero para chupar. Escribe.

Tu Beda

Mi Marianne:

Gran lástima que Carl no aprovechó las enseñanzas de la asamblea de ayer, que ahora se reúne toda la gente con el cuerno de caza, mi vecino Palemón lo vio y dijo: “Y eso, ¿pa qué?”. Wofür? Él no le da importancia pero el cuerno de caza es de alto valor. En la asamblea habló Penz, dijo que en todas las majadas hay una oveja sarnosa y puso los ejemplos. Un muchachito que estaba casado en Suiza y dejó esposa allá, se hizo conculino con una que encontró en el puerto y cuando vieron todo el trabajo del campo se fueron a Montevideo. Casi mejor que no vino Carl, porque se le prende la idea y se pone de conculino con la primera ambulante que se le cruza y andan los dos en los carros de pasto. Y Penz dijo también que el que no se hace una casa y vive en rancho, hace el triste papel de hombre con polleras. Como el inglés que tampoco se hizo casa y tiene mil vacunos, que como es sabido los ingleses son demenciales y éste el primero, porque para peor lee y después se limpia el culo con los papeles arrancados de los libros. Y todo esto viene a cuento porque Penz dijo que si cae la colonia es por todos los malos elementos, que son la cizaña que no permite el progreso. Y muchas más cosas ciertas de importancia, pero él tiene una cosa molesta, cuando habla la boca se le llena de espuma, escupe como rabioso y salpica.

Me hice amistoso de un avestruz, que es como un ternero grande y un cogote más largo que la tía Herna; busqué alambre en el Rosario y le hice una mansión de cuatro metros por cuatro, pone huevos de tres libras y es una compañía. También planté árboles de durazno, que crecen cada día. Todos los días los miro y están fuertes. Trae cigarros, que compre Joaquín en lo de Eligi.

Querida Marianne:

Recibí tu carta con la noticia de Munsch. Fue buen padre, buen amigo y buen sastre. Ya la vista no le daba para la aguja y tenía las piernas muy pesadas y gordas, un poco gordo está bien pero como él ya era un relajado. Lástima de buen hombre. Acá no hay ninguna alimaña en la casa, hay solo pulgas, una me está picando en este momento, una sola, pero eso no es muy malo. Acá se armó un gran revuelo porque leyeron el diario de Montevideo, dice que van a vender toda la colonia, pero eso no puede ser, el diario es como el burro, lleva lo que le ponen encima. No pueden vender porque hay muchas cosas distintas, chanchos, vacas y sembrados y no se pueden colocar tan rápido. Yo limpié bien limpio un tarro y guardo monedas para el futuro. Todas las noches las cuento y veo que el tarro se pone pesado, yo le dije a Palemón del ahorro pero él no me entendía y eso que la lengua se me ha soltado mucho en la castilla y me dijo: “Pa qué si allá en el horno vamos a ir todos”. Yo le pregunté si su madre ahorra y me dijo que él no conoció a su padre y a su madre, que lo crió un señor, pero no sabe dónde está. Dijo que él era guacho waisenkind y que guacho se iba a morir. Él está muy feliz sin padre ni madre. Y pasó un italiano ambulante con un órgano y un mono chiquito, que si yo era un hombre pudiente se lo compraba, era del tamaño de una mano y muy entendido. Fui con Palemón a escuchar la música y saqué cinco centavos del tarro para pagar. Yo le dije “Toque la música porque yo pago”. Le dije que toque bien. El italiano se enojó y me dijo que por cinco centavos yo tenía demasiado pretensión. ¡Palemón se echó a reír sin parar, que a veces no sé de qué se ríe! ¡Verías ese mono! ¡Qué hermoso para compañero del niño! Tenía su pelo parado y parecía enojado, pero el italiano me dijo que es la raza, la naturaleza lo hizo así. Y yo a la asamblea que pasó ni fui. Yo pensaba así: ¿Voy a la asamblea o hago la tranquera? ¿Voy a la asamblea o junto los duraznos? Y después de un rato, ni la asamblea, ni la tranquera ni los duraznos. Que si estarías acá, Marianne y tú me dices “Anda a la asamblea” o “Queda acá”. Yo obedezco y ya está. Pero así como estoy, yo me mando solo y a veces yo me mando y ¡Qué cosa! Entro en desobediencia con lo que me mandé. Un abrazo grande.

Tu Beda

Querida Marianne:

Mucho me duele que ha perecido la querida abuelita Cata, que tanto sabía hacer un pastel con poquita cosa, que caminaba sin bastón hasta el bosque y reglamentaba a hombres y gallinas, nietos y las nueras. Pero eso es de la naturaleza, grandes imperios han caído y así caemos nosotros como pera madura. Ahora para bien la oreja a lo que te digo: Una vez muerta la querida abuelita, tú no puedes estar sola en la casa con el niño. Debes darle las mesas, las sillas y los adornos a Henriette (separa para nosotros la fuente redonda con flores azules, que la estoy viendo) y trae en un arcón los platos, copas, martillo y botellón. Dale los roperos y las camas a Peter y Ana y les pides un poco prestado para tú venir acá. Yo he de pedir a cuenta de la cosecha, que este año es una cosa portentosa. No gusto nada de pedir, pero el finado abuelo decía que cuando es una cosa importante se puede pedir y el finado abuelo era cascarrabias pero sabio. Voy a pedir ayuda a Sartorius, que no me dará la negación porque tengo una estima muy alta de él. Trae un mosquitero para el niño, lo coloco al aire libre, en este suelo liso donde no hay ninguna piedra.

Que al final no echaron de la colonia a nadie, como yo bien te decía, quedamos todos confirmados acá. Así el niño tendrá padre y no queda guacho waisenkind allá. Para bien la oreja: Ve donde Eligi que te compre el pasaje y te hace los papeles. En el barco habla poco, sí, no, porque la gente es desconocida. Todo va bien envuelto y atado en los baúles para que no se choquen las cosas. Si te mareas, no comes y te pones lejos de las olas que mojan a traición.

Tu Beda

Hebe Uhart nació en Moreno, provincia de Buenos Aires, en 1936. Estudió Filosofía en la Universidad de Buenos Aires.

Lleva publicados más de una decena de libros, entre ellos: *La gente de la casa rosa* (1973); *El budín esponjoso* (1976); *La luz de un nuevo día* (1983); *Mudanzas* (1995) y *Camilo asciende y otros relatos* (2004). En el año 2010, Alfaguara publicó sus *Relatos reunidos*.

Uhart, Hebe

El gato tuvo la culpa - 1a ed. - Buenos Aires : Blatt & Ríos, 2013.

Ebook

ISBN 978-987-3616-07-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos.

CDD A863

© 2014 Hebe Uhart

© 2013 de esta edición, Blatt & Ríos

Diseño de cubierta: Mica Hernández

Producción de eBook: Recursos Editoriales

Blatt & Ríos es un sello de Recursos Editoriales

[facebook.com/BlattRios](https://facebook.com/BlattRios)

[www.recursoseditoriales.com](http://www.recursoseditoriales.com)

RECURSOS EDITORIALES

eISBN: 978-987-3616-07-5

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

Otros títulos de Blatt & Ríos disponibles en eBook

*Los sueños no tienen copyright*

Cecilia Pavón

*Yo era una mujer casada*

César Aira

*Gracias*

Pablo Katchadjian

*Cuaderno nuevo*

AA. VV. (Hebe Uhart comp.)

*Un año sin amor*

Pablo Pérez

*Lo que la gente hace*

Marina Yuszczuk

*Se conoce que sí*

Leticia Obeid

*La cadena del desánimo*

Pablo Katchadjian

*Vikinga criolla*

Lila Siegrist

*Frío de Rusia*

Ricardo Strafacce

*Exposiciones*

Daniel Link

*Intercambio sobre una organización*  
Violeta Kesselman

*Lobo rojo*  
Majo Moirón

*Desierto dividido en centímetros por piedras*  
Cuqui

*Más nunca*  
Adela Pantin

*Taller Literario*  
Facundo R. Soto

*Once Sur*  
Cecilia Pavón

*Brandsen*  
Marcel Pla

*A rebato*  
Emilio Jurado Naón

*Crónicas Canallas*  
Santiago Llach

*Nuevas crónicas*  
AA. VV. (Hebe Uhart comp.)

[blatt-rios.com.ar](http://blatt-rios.com.ar)